UN FINAL, DE HOLLYWOOD

JOHN GREEN

Autor de Bajo la misma estrella

NUBE DE TINTA

UN FINAL, DE HOLLYWOOD

JOHN GREEN

Autor de Bajo la misma estrella

NUBE **DE TINTA**

UN FINAL, DE HOLLYWOOD

JOHN GREEN

Traducción de **Noemí Sobregués**

NUBE **DE TINTA**

Para Elyse Marshall Pfeiffer

2019

PRIMERA PARTE

EL RODAJE

JUNIPER

1

Cuando me enteré de que Matthew Malone quería conocerme, estaba releyendo el guion de *Andy Warhol no envejece jamás* en un apartamento de paredes desnudas que el estudio había alquilado para mí. Me dijeron que Matthew quería que nos reuniéramos en el vestíbulo de su hotel. Todos acabábamos de trasladarnos a Pittsburgh, una ciudad que no es famosa por sus hoteles, pero Matthew había dado con el mejor, claro. Así que cogí un Uber y me pasé todo el trayecto atiborrándome de pastillas de menta Altoids y pensando en lo que le diría al único e inigualable Matthew Malone, que iba a hacer el papel de Warhol en la película. Matthew y yo habíamos intercambiado llamadas y un par de mensajes, pero todos mis amigos querían saber a qué olía, cómo caminaba, qué tipo de emoción reflejaban sus ojos, si era o no un típico piscis y cosas por el estilo.

La primera vez que hablamos, unos meses después de la muerte de mi madre, me llamó y me dijo: «Me entusiasma la idea de trabajar contigo en esta película», y yo le contesté: «A mí también», y entonces él me dijo: «Sé que has atravesado una temporada difícil, y lo siento». Menuda frase. «Has atravesado una temporada difícil». Sin duda estaba atravesando una temporada difícil.

Las primeras semanas después de la muerte de mi madre sentí sobre todo alivio de que hubiera terminado. Me sentí como saliendo a la superficie a respirar después de haber pasado mucho tiempo bajo el agua. Pero al final descubrí que en realidad no había terminado. Los muertos no están en el pasado, lo cierto es que no, porque los llevas contigo.

Cuando llegué al hotel, entré en el vestíbulo: una lámpara de araña absurda y cuadros abstractos con destellos de neón. Recorrí la sala con la mirada buscando a Matthew, pero no lo vi. A quien sí vi fue a un chico guapo —delgado, con el pelo castaño despeinado y unos ojos verdes traviesos— tirado en un sofá semicircular. Estaba escribiendo en un cuaderno Moleskine. Parecía —no se me ocurre otra forma de decirlo— una estrella de cine. Yo soy de un atractivo que los blogs de cotilleos a veces califican como «interesante» o «sorprendente». Tengo los dientes de arriba un poco salidos y los ojos un poco más separados de lo que deberían estar. Tengo una cara ideal para la pantalla: expresiva, pero no especialmente simétrica. Sin embargo, a ese chico, con sus vaqueros negros ajustados y su camisa azul claro, casi se le veía el aura. Hay muchas personas atractivas, pero muy pocas son genuinamente magnéticas. Quise apostar por él de inmediato, incluso sin haberlo visto nunca actuar. Di unos pasos hacia él.

—Tú debes de ser Kai —conseguí decirle.

Levantó la mirada del cuaderno. Estaba mascando chicle y me sonrió de oreja a oreja con total naturalidad mientras se quitaba los AirPods.

—Juniper —me dijo, como si nos conociéramos de toda la vida.

Se levantó y me tendió la mano. Se la estreché. Con más fuerza de la que esperaba.

No hacía mucho que yo había salido de una relación, aunque en realidad no había salido, sino que me habían echado, como a una doncella caída en desgracia a la que expulsan de la iglesia. Al dejarme, el tío me había dicho que había una palabra que describía lo que yo sentía por él, y que la palabra no era «amor» ni «deseo», sino «limerencia», un estado de obsesión involuntaria. Yo tenía veintidós años. Él tenía treinta y seis. Había sido el director de fotografía de mi última película, que había fracasado, y se disponía a pasar a la siguiente.

Después de que la película recaudara apenas siete millones de dólares el primer fin de semana, yo no tenía ningún otro proyecto en espera, así que me matriculé en la universidad, en un curso de literatura y arte modernos. De alguna manera sospechaba que mi carrera como actriz podría haber terminado, pero entonces llegó Matthew Malone a salvarme.

Si hubiera habido espacio en mi vida para otra limerencia, quizá habría empezado a sentirla por Kai en ese vestíbulo del hotel, pero había aprendido que el amor verdadero no puede coexistir con la verdadera ambición. No buscaba echar un polvo en el rodaje de *Andy Warhol no envejece jamás*. Buscaba hacer mi trabajo lo bastante bien para volverme indiscutible, para dejar de ser «una

antigua estrella infantil», como suele decirse, y convertirme en algo más.

—¿Es tu cuaderno de personajes? —le pregunté.

—¿Este? No, no. Es solo un bloc de dibujo, supongo. Solo dibujo. ¿Tú utilizas cuadernos de personajes?

Siempre. Incluso cuando hacía el papel de la hija de un personaje secundario en una serie policiaca, encontré la manera de hacerla digna de cien páginas de notas. Cuanto menos serio es tu trabajo, más en serio debes tomártelo.

—Sí —le contesté.

—He leído que eres así. No es que sigas el método, pero vas fuerte, ¿no?

—Supongo.

Joder, qué guapo era, sobre todo ahora que estaba de pie, con la espalda recta. Era lo bastante alto para mí.

Lo miré fijamente durante un minuto, sin desviar los ojos de los suyos.

—Te sientes muy cómoda con el contacto visual —me dijo.

—Es parte del trabajo —le contesté sin apartar los ojos de él.

Al final se rio y desvió la mirada.

—Me alegro de que uno de los dos sea valiente —me dijo—. Yo estoy aterrorizado, joder.

—¿De qué?

Enumeró las razones contándolas con sus dedos largos y delgados.

—De cagarla en mis diálogos, de no poder olvidarme de la cámara y de no ser capaz de compartir pantalla con el puto Matthew Malone. Me asusta parecer asustado. Solo he estado en un rodaje

una vez, y fue como auxiliar de producción. Me despidieron al cabo de una semana.

A mí estas cosas no me daban miedo. Llevaba en platós desde los seis años. Para mí era la forma más cómoda de vivir, la verdad. Cuando no estaba rodando ni promocionando algo, no sabía a qué hora levantarme, ni cómo conocer gente, ni qué comer. En los rodajes, alguien contesta por ti a todas esas preguntas.

—Lo harás genial —le dije—. ¿Qué estabas dibujando?

—Pues… lo cierto es que a ti. Como él intenta entenderte y todo eso… Jude, quiero decir.

Abrió el cuaderno y me mostró un precioso boceto de mí en la alfombra roja del estreno de mi última película. El pelo me cubría casi toda la cara, y el vestido me caía en cascada hasta los tobillos.

—Es muy bonito, Kai. De verdad. Además, esa foto es muy importante.

—¿En serio?

—Sí, fui al estreno con sandalias y alguien subió las fotos a WikiFeet, así que tengo el gran honor de que WikiFeet me haya dedicado una página entera.

Se rio.

—¿Qué coño es WikiFeet?

Oí una voz detrás de mí que decía:

—Un sitio web donde los entusiastas de los pies y de los dedos de los pies puntúan los pies de los famosos. Yo tengo un 4,6. —Era Matthew, por supuesto—. Sobre cinco —añadió tras una pausa.

Piel muy blanca. Pelo negro. Todo sombras y ángulos, y unos ojos tremendamente vivos. Se parecía más a Warhol de lo que esperaba, con aquella cara delgada y aquellos pómulos marcados, como si

antes de que hubiera empezado el rodaje estuviera ya convirtiéndose en su personaje. Me abrazó, y luego a Kai. Lo sujetó por los hombros un momento, luego se giró hacia mí y después de nuevo hacia Kai.

—Yo también tuve veintiún años —dijo.

Lo dijo como si tener veintiún años fuera una enfermedad debilitante a la que solo a veces se sobrevive, y esa había sido más o menos mi experiencia.

2

Matthew nos llevó a su suite de lujo en la última planta del hotel, con vistas al perfil de Pittsburgh y al río Allegheny. Allí estaba nuestra directora, Kathryn Johnson —alta, pero aun así llevaba tacones, y con una media melena rubia—, y Matthew sirvió champán a todos menos a mí; para mí había comprado zumo de uva espumoso porque sabía que yo no bebía alcohol. Claro que lo sabía.

Al cabo de un rato nos sentamos en un enorme sofá en forma de U, donde Matthew y Kathryn empezaron a hablar de Andy.

—¿Qué sabes de Carly? —me preguntó Kai, que estaba sentado a mi lado.

Me gustó que lo expresara así. Los directores suelen preguntar: «¿Qué idea te haces de tu papel?» o «¿Qué te sugiere?» porque no quieren aceptar que tú, un simple actor, puedas conocer al personaje mejor que nadie.

—Es autodestructiva —le contesté—, pero también muy entregada. Sabe que tienes que desearlo más que nadie. ¿Qué sabes tú de él? —le pregunté.

El personaje de Kai, Jude, era un becario de Andy en la revista *Interview*.

—Creo que preferiría sentir casi cualquier cosa antes que sentirse solo —me contestó.

Había esperado que Kai fuera el típico tío de Hollywood, pero en ese momento supe que estaba ante alguien totalmente diferente.

—Sí —le dije por fin.

A nuestro lado, Matthew Malone hablaba.

—Todas las industrias se dedican a devorar el tiempo y la conciencia de las personas para forrarse, pero en Hollywood no utilizan tu trabajo para convertir hierro en acero ni nada de eso; utilizan tu trabajo para convertirte a ti en algo. Te convierten en entradas de cine o en suscripciones a Netflix. No eres solo la mano de obra, sino también la materia prima.

Saqué la libretita que siempre llevaba conmigo y escribí:

> *No solo la mano de obra, sino también la materia prima. Lo mismo le pasa a Carly. A las mujeres suelen vernos como «algo que lo hará cambiar a él», «algo que él debe salvar para llegar a ser él mismo». Qué emocionante conocer a una persona como Andy, que quiere cosas de ti, pero no esas.*

Matthew seguía hablando, y yo lo escuchaba embelesada. Era evidente que ese actor de películas de superhéroes reflexionaba en profundidad sobre el oficio, sobre la relación entre el arte y el artista, y sobre lo extraña que se vuelve esa relación cuando tu propio cuerpo es a la vez tu lienzo y tu pintura.

—Warhol sentía fascinación y repulsión por su propia humanidad —dijo Matthew—. Fascinación y repulsión por el sentimiento en su máxima expresión. Y este es el punto en el que conecto con él.

Después de que Matthew pidiera la cena al servicio de habitaciones, Kathryn nos puso una vieja película de Alfred Hitchcock titulada

Vértigo. Matthew nos habló del protagonista, Jimmy Stewart, que aunque ya era famoso cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, insistió en alistarse para la forma más peligrosa de combate en el frente europeo: pilotar bombarderos B-24 sobre territorios controlados por los nazis.

—He pensado mucho en Stewart mientras me preparaba para este papel —nos dijo—. ¿Cómo se sentiría siendo una figura pública en un cuartel abarrotado? Qué extraño debió de ser para una persona como Andy Warhol estar en una cama de hospital, sin sus pelucas y sin su ropa, cuando lo operaron de la vesícula. La fama es una especie de armadura, y necesitas esa armadura para sobrevivir a la fama. ¿Cómo te sientes al convertirte en una persona normal, como Stewart estuvo dispuesto a hacer, pero Warhol no?

—¿Qué significa ser fiel a tu verdadero yo? —añadió Kathryn.

—Warhol se creaba a sí mismo todo el tiempo. Ese era su verdadero proyecto artístico. La constante construcción de sí mismo.

Me sentía afortunada solo por estar en esa enorme suite en la que Kathryn había bajado todas las persianas para que viéramos la película como correspondía a su supuesta grandeza, una habitación en la que Matthew Malone decía cosas como «la constante construcción de sí mismo». Menudo trabajo para los actores, y para cualquiera, construirse a sí mismos. Kai estaba sentado a mi lado, tan cerca que me llegaba el olor de su piel. Estaba tan callado como yo, asimilando lo surrealista que resultaba estar en la suite de Matthew Malone con la prometedora cineasta Kathryn Johnson. ¿Nos había tocado la lotería?

Vértigo era…, bueno, vertiginosa. Yo no dejaba de pensar en una de las asignaturas que había cursado, Modernidad Nocturna, que

analizaba cómo los escritores y los artistas modernos plasmaban la noche. ¿Cómo se pinta la noche cuando es básicamente invisible? ¿Cómo se muestra o se expresa lo que no puede verse, oírse, olerse ni sentirse? En clase leíamos a Gertrude Stein y a Jean Toomer, y veíamos cuadros de Jean-François Millet, Anita Malfatti y J. M. W. Turner. Me encantaba la universidad, pero también sabía que Hollywood se olvida de ti enseguida. En mi profesión, cuando tu último proyecto es *Un sobresaliente en una asignatura de la UCLA*, es señal de que tu cara tiene cada vez menos demanda. Ya tendría tiempo para estudiar cuando la industria me retirara.

Kathryn no dejaba de pausar la película para señalar una metáfora junguiana o un plano innovador, pero yo me fijaba sobre todo en los actores, en especial en Kim Novak, que en la película interpreta a dos mujeres distintas que se pretende que sean reflejo la una de la otra, y con personalidades muy diferentes a pesar de que su aspecto es obviamente similar. Era fascinante ver una película en la que el protagonista masculino intenta destruir la individualidad de una mujer, pero nunca termina de conseguirlo. Para Novak tuvo que ser todo un reto, y me decepcionó saber que ni siquiera la nominaron a un óscar. Ser una joven estrella en Hollywood nunca ha sido fácil.

Ya era pasada la medianoche cuando terminó la fiesta. Kai y yo compartimos un Uber de vuelta a nuestro edificio.

—¿Prefieres un día tranquilo antes de los ensayos o un día ajetreado? —me preguntó.

—Creo que tranquilo. Quizá busque alguna exposición o vaya a una tienda de discos a comprar portadas de álbumes. Necesito algo para las paredes de mi apartamento. Ahora mismo es demasiado deprimente.

Abrió la mochila, metió la mano, sacó el cuaderno y arrancó con cuidado la página de mi dibujo.

—Empieza con esto —me dijo.

3

Acabé comprando un montón de discos de una caja de a tres dólares en una tienda enorme de Squirrel Hill y varios marcos. También compré pósteres de bandas que ni siquiera conocía —Michael and the Argonauts, The Bitter Pill— y los colgué por todo el apartamento. Al acabar, las paredes me parecieron un poco menos opresivas. Me eché una siesta. Escribí en mi cuaderno. La tranquilidad de esa tarde me recordó a mi infancia, cuando mi madre, mi hermano y yo matábamos el tiempo jugando a un juego al que llamábamos «mímica avanzada», en el que cada uno intentaba que los demás adivinaran una película actuando como uno de los personajes, pero sin hablar. Camina a cámara lenta y con actitud, con los hombros hacia atrás y las piernas ligeramente encorvadas, y puede que mi madre adivine que se trata de *Reservoir Dogs*. Recuerdo que una vez mi hermano extendió el brazo pegado a la cara como si fuera la trompa de un elefante y se puso de puntillas, como si algo lo elevara por los aires, y aunque mi madre y yo sabíamos que era *Dumbo*, no dijimos nada, porque su actuación nos había dejado pasmadas. Ahora mi hermano estudia enfermería en Dallas.

Luego eché un vistazo a Instagram y colgué una foto que me había hecho con Kai. Lo etiqueté y miré sus posts. Solo había unas

pocas fotos del último año, todas en Nueva York con amigos. No vi a nadie que apareciera con frecuencia con él, lo que me hizo pensar que o no tenía pareja o no quería que Instagram lo supiera.

Yo había controlado mis posts del último año para evitar las típicas historias sobre las estrellas infantiles. Nada de fotos de fiestas nocturnas. Nada de recuerdos nostálgicos de los viejos tiempos, ni fotos con mis antiguos compañeros de reparto. Recibía menos likes que antes, pero intentaba adquirir cierta credibilidad como actriz adulta. Por supuesto, después de seis años en una serie sobre una agencia de jóvenes talentos dirigida por adolescentes —que *Time Out New York* llegó a calificar como «una cacofonía insufrible de auténtica vergüenza ajena»—, renovar con cuidado mi Instagram apenas consiguió distanciarme del personaje que había interpretado durante tanto tiempo. Pero no me importa que me confundan con la chica de esa serie. Soy auténtica. La ironía me aburre. Y «vergüenza ajena» es como la gente que no siente nada llama a los sentimientos.

Seguía mirando Instagram cuando recibí un mensaje de Kai. «¿Cómo van las paredes del apartamento?».

Le envié una foto de la pared con su dibujo. «Un poco menos deprimentes. ¿Qué tal el tuyo?».

Me respondió con una foto de su pared. Cada centímetro estaba cubierto de láminas de Warhol clavadas con chinchetas. «Me he quedado mirándola y preguntándome si van a despedirme mañana».

«¿Quieres que repasemos el guion?».

«Claro».

Así que vino a mi apartamento. Se tumbó en el sofá y yo me tiré en el sillón de cuero de al lado. Ensayamos juntos las escenas de los tres primeros días. Esa noche estaba nervioso, aunque no tuviéramos cámaras.

—Es todo tan pretencioso… —se quejó en un momento dado. Yo acababa de sacar una pizza del horno y él estaba devorándola—. ¿Cómo voy a sonar real diciendo: «Lo que necesitamos, querida, son nuevas palabras para las viejas oraciones»? ¿Quién habla así?

—Pero no tienes que sonar real en la vida —le contesté—. Solo tienes que sonar real en la película. Es lo que siempre dice mi profesor de interpretación: «No seas real. Sé real con el guion». En fin, conoces a tu personaje. Vale que no conozcas su trauma personal, que nunca hayas hecho prácticas en una revista, ni hayas vivido en 1986, ni hayas sufrido abusos por parte de tus padres, pero supongo que esos ojos tristes tuyos han visto mucho de lo que ha visto Jude.

—Es que… la única manera de llegar a las partes más intensas, como la escena en la que te lo confiesa todo sobre la muerte de su hermano, lo de sus padres y lo demás, la única manera de meterme en esos temas es pensando en lo peor que me ha pasado en la vida, y no me apetece nada.

—¿Tan personal es tu método?

—Sí —me contestó—. Sí. En fin, ¿cómo fue tu infancia?

—Qué pregunta tan brusca.

—Lo que has dicho ha estado bien. No voy a ser real. Voy a ser real con el guion. Así que pasemos a otro tema.

—A mi infancia.

—Sí.

—Mi infancia fue… pública.

—Nunca vi la serie en la que salías. Lo único que sé de tu infancia es que tuviste que despedir a tu madre. Salió en las noticias en algún momento. Porque te robó dinero o algo así.

—Sí, algo así. Ahora está muerta, así que he recuperado parte del dinero.

—No sé si decirte que lo siento.

—Y yo no sé si sentirlo.

En el fondo, actuar es escuchar. Los buenos actores suelen ser también buenos escuchando, lo bastante buenos, por ejemplo, para saber que cuando alguien cambia de tema tan bruscamente, está esquivando algo en concreto. Pero actuar no es entrometerse, sino estar dispuesto a escuchar más.

—¿Y cómo fue tu infancia? —le pregunté.

—Privada. Crecí en Indianápolis. Mi madre es profesora de lengua. Mi padre vende material dental y le encantan los coches de carreras. Resulta que a mí se me daba fatal leer y conducir, así que fui una pequeña decepción.

—Mírate ahora. En una película de Hollywood con apenas… ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiuno?

—Sí. No dejo de pensar: «¿Es la primera vez que voy a salir en una película o la única? ¿Es mi primer día con un nudo en el estómago antes del rodaje o el único?». En el mundo de los actores nunca se sabe. —Cogió otro trozo de pizza—. ¿Quieres más?

Negué con la cabeza.

—Conoces a ese tío —le repetí.

Se limpió la grasa de la boca con el dorso de la mano.

—Solo quiero desaparecer, ¿sabes? Es lo que me gusta de actuar. Me permite desconectar de mi puto yo.

Seguimos hablando de actuación un rato —le conté que Alfred Hitchcock dijo una vez que los actores son ganado y que deberían tratarlos como tal— y luego se levantó para marcharse. Me dio las gracias por la pizza y después añadió:

—Vale. Nos vemos mañana. Te quiero.

—¿Qué dices?

—Te quiero.

—¿Qué coño dices, Kai?

—Lo siento si no debería haberlo dicho, pero me gusta decirlo, si no te importa. El amor es grande y temerario, así que lo digo cada vez que lo siento. Me has recibido en tu apartamento para repasar el guion porque estaba nervioso. Me has dado buenos consejos. Has colgado mi dibujito en la pared. Te quiero.

—Guau. Bueno, pues gracias, Kai.

—No es que te quiera mucho ni nada de eso. Pero sí un poquito. Te quiero un poquito.

—Vale. Tú me caes bien en una cantidad moderada. En una cantidad socialmente aceptable.

—Genial. Nos vemos mañana.

4

A la mañana siguiente empezamos los ensayos con Kathryn en un almacén acondicionado como una discoteca de 1986. Kathryn dirigía la puesta en escena, nos indicaba nuestras posiciones y comentaba los movimientos. Aunque Kai parecía nervioso, sus gestos y sus decisiones eran impecables. Veía a su personaje como introspectivo, con movimientos precisos y contenidos, casi como si le diera miedo soltarse, hasta la escena en la discoteca en la que Jude pierde la compostura y le cuenta a Carly su profundo trauma familiar.

En el mundo del espectáculo suele decirse: «No lo malgastes en los ensayos», y yo intento evitarlo, pero Kai se entregaba tanto que sentía que tenía que seguirle el ritmo, así que los dos nos reíamos y sonreíamos de verdad cuando hablábamos en la casa de Andy.

—Tienes que parecer inocente —me dijo Kathryn después de una toma en la que el operador fingía sostener una cámara mientras yo agarraba a Kai por la cintura de forma insinuante.

—Ella no es inocente —le contesté.

—Bueno, es un ensayo —replicó Kathryn—. Ya la iremos entendiendo a medida que avancemos.

Asentí intentando disimular que me había molestado que Kathryn creyera que entendía a Carly mejor que yo.

Yo era consciente de mi reputación. Difícil de dirigir. Desafiante. No deja pasar ni una escena. Obsesiva.

Pero ¿no son estas cualidades positivas? ¿No quieres a un colaborador que lo dé todo para hacer la mejor película posible?

Cuando hicimos una pausa para comer, me dirigí hacia unos arbustos que había detrás del almacén. Me senté en un cubo de veinte litros colocado bocabajo para llamar a mi agente, Jamie. Hollywood es puro glamur.

—¿Alguna novedad? —le pregunté.

—Ahora que estás haciendo una película con Matthew Malone, todo el mundo me llama. Los estudios están fijándose en ti, Junie. Tengo un par de guiones para enviarte. —Para Jamie todo era trabajo. Si tenía aficiones, ni me había dado cuenta—. Uno es de una serie del universo de *Star Wars*. Una miniserie. Muy sofisticada. El único problema es que eres azul.

—¿Azul?

—Sí, azul. Así que pasarás mucho tiempo en la caravana de maquillaje.

—¿Es una de esas series con CGI en las que todo se filma en un almacén de Atlanta?

—Para serte sincera —me contestó Jamie—, creo que el almacén está en Manitoba. Pero el presupuesto es alto. Y tienen a una showrunner estupenda: Angela Simpson. La que hizo esa serie de espías para Netflix. Ahora está con Disney en esta de *Star Wars*. Ocho capítulos. Me gusta para ti. El otro guion es una fantasía épica. El nuevo proyecto de Brian Arawas.

—Mientras no tenga que hacer de cría…

Una de las razones por las que me esforcé tanto por conseguir el papel en *Andy Warhol no envejece jamás* fue porque mi personaje no está en el instituto. El problema de tener veintidós años es que todavía puedes hacer el papel de una chica de diecisiete, y cuando eres una antigua estrella de Nickelodeon, es difícil conseguir papeles en películas que no sean para adolescentes. Necesitaba demostrar que podía ser una adulta.

—No es una cría. Es una reina. Agripa, reina del Reino. Mira, es fantasía. Luchas contra orcos o algo así. Pero Brian Arawas tiene una franquicia de quinientos millones de dólares a sus espaldas. Sé que no te encanta la fantasía, pero este personaje tiene sustancia, y serías la protagonista de una película de Brian Arawas.

—No te gusta el guion —le dije.

—No me gusta el guion —aceptó Jamie—. Pero me gusta el personaje de Agripa. Tiene matices. Auténtica fuerza femenina. Es algo que no se ve todos los días.

—Los leeré los dos. Mándamelos.

Después de otras cuatro horas de ensayos, Kai y yo compartimos coche de vuelta a nuestro edificio.

—¿Te apetece que vayamos a cenar? —me preguntó.

—Tengo que leer unas cosas que me ha enviado mi agente. Y tengo que llamar a mi publicista a las ocho. Me encantaría, pero tengo trabajo.

—Lo entiendo. Yo tengo que grabar un par de pruebas de casting.

—¿Quieres que lea contigo? —le pregunté—. Supongo que hacia las nueve estaré libre.

—Claro, siempre y cuando pueda devolverte el favor algún día.

Pedí una ensalada en un restaurante de Pittsburgh que imitaba los Sweetgreen y escribí en mi cuaderno durante veinte minutos (un ritual diario) antes de descargarme los guiones en el iPad.

El guion de *Star Wars* trataba sobre una diplomática twi'lek (tuve que buscarlo en Google) que trabaja para el Imperio en el Departamento de Defensa Imperial. Al final del capítulo piloto, el espectador descubre que nuestra diplomática de nivel medio es en realidad una espía de la Alianza Rebelde que se reúne con su contacto en un bar de mala muerte. Nosotros vemos lo que la diplomática no puede ver: que un colega que sospechaba de ella la ha seguido hasta el bar.

La escritura era ágil, aunque un poco sosa para mi gusto. Leí hasta la mitad del segundo capítulo antes de pasar a la película de Brian Arawas, *Dioses de Andrómeda*.

Antes de que *Dioses de Andrómeda* fuera un guion, había sido un libro, al parecer un gran éxito de ventas, aunque yo nunca había oído hablar de él. Tanto el guion como el libro los había escrito una mujer llamada Valentina Leavitt, que en las fotos que encontré en internet tenía toda la pinta de una autora de novelas de fantasía: pelo largo canoso, gafas enormes y ojos grises llorosos.

En el Reino, una joven noble acaba de convertirse en reina tras la repentina y sospechosa muerte de su madre. Me gustó que fuera una sociedad matriarcal, y la ambientación estaba bien. Los diálogos

me parecieron un poco recargados —montones de «mi señor», «mi señora» y cosas por el estilo—, pero veía la película. A veces, cuando leo un guion, me veo como el personaje que me han ofrecido, siento mi cuerpo como el suyo y mi voz como la suya. Aunque las frases de Agripa eran un tanto forzadas y formales, me imaginaba a mí misma diciéndolas.

Me gustó sobre todo cómo Agripa interactuaba con su marido, Gavinth, con el que se había casado por conveniencia y que era el segundo protagonista de la película. Él era ambicioso y algo intrigante, aunque encantador, y ella era consciente de sus maquinaciones, pero aun así lo amaba. O quizá no lo amaba tanto, pero le parecía útil. En su matrimonio había una tensión fascinante. ¿Esas dos personas se quieren, se necesitan o ambas cosas? Cuando el amor es políticamente conveniente, ¿es amor?

Llamé a Jamie a las ocho menos cuarto, en cuanto terminé el guion. Se oía un poco de jaleo de fondo.

—¿Te llamo en mal momento? —le pregunté.

—Nunca —me contestó—. Es que estoy en la fiesta de cumpleaños de un niño.

—¿De quién es hijo?

—Mío. ¿Has podido leerlos?

—Sí, me gusta *Dioses de Andrómeda*. Me gusta el personaje. Es un poco cursi, pero…

—El público estadounidense que va al cine también lo es. —Jamie terminó la frase por mí—. Me gusta para ti. Y al estudio le interesa mucho este proyecto. Mira, es una apuesta arriesgada, pero nos encantan las apuestas arriesgadas. Seguramente te pagarán el vuelo para que vayas a hacer el casting. Si no, puedes grabar un vídeo.

—Antes tengo que leer el libro —le dije.

—Sí, claro. Te lo enviaré.

—Ya lo he pedido.

—Cómo no. Buena idea que lo leas. La autora quiere implicarse mucho. Insistió en escribir el guion. Va de ese palo. Pero la película es de Arawas, y el tío sabe cómo petar las salas de cine. Muy bien, voy a llamar al estudio ahora mismo para camelármelos.

—Perfecto. El de *Star Wars* no me ha gustado tanto.

—Está muy bien si quieres una serie de televisión, pero no quieres una serie de televisión. Eres actriz de cine. Ya harás televisión cuando —¡ALICE, DEJA DE PEGARLE A TU HERMANO, POR DIOS!— seas una madre de treinta y ocho años que busca un poco de estabilidad. Como tu sufrida agente.

—Te dejo ya. Tengo que llamar a Katie.

—Salúdala de mi parte.

Katie y yo repasamos los medios de comunicación que iban a venir al set durante el rodaje. Toda la prensa estaría allí por Matthew, por supuesto, pero Katie estaba intentando conseguirme entrevistas individuales con revistas para mujeres y con varios medios digitales, ya que las plataformas de internet atraen a un público más joven. Cuando colgué el teléfono, me quedaban unos minutos libres, así que leí unas cuantas páginas de *Mi filosofía de A a B y de B a A*, de Andy Warhol, que estaba utilizando para prepararme. Warhol no cuenta mucho sobre sí mismo en este libro; intenta ser ingenioso e inteligente sin dejar de ser radicalmente superficial. No habla de su infancia, ni de su creación artística, ni de sus amantes, ni siquiera de

sus intereses, pero al hojearlo esa noche encontré un pasaje que me pareció profundamente revelador:

> A veces las personas dejan que un problema las haga infelices durante años cuando podrían limitarse a decir: «¿Y qué?». Es una de mis frases favoritas. «¿Y qué?».
>
> «Mi madre no me quería». ¿Y qué?
>
> «Mi marido no quiere follar conmigo». ¿Y qué?
>
> «Tengo éxito, pero sigo solo». ¿Y qué?

«Tengo éxito, pero sigo solo. ¿Y qué?». Me pareció real como muy pocas cosas en el libro me lo habían parecido. Y me pregunté si la soledad es una consecuencia inevitable del éxito, porque nadie más sabe cómo te sientes siendo tú, y en cualquier caso no puedes saber si la gente quiere estar cerca de ti porque eres tú o porque tienes éxito, lo cual es una forma de soledad en sí misma. Este debió de ser un aspecto de Warhol en el que Matthew se vio reflejado: los dos eran personajes extravagantes creados por ellos mismos.

Hay problemas peores, claro. Pobre Matthew Malone, que no puede quejarse ante sus amigos de su fama y su riqueza. Y eso amplifica la soledad. ¿Y qué?

Ya eran las nueve, así que subí al apartamento de Kai.

—¿Qué tal los guiones?

—Me ha gustado uno. Están interesados en mí para Agripa, reina del Reino.

—Bueno, yo voy a grabar un vídeo para el papel de Kevin, un becario que dice seis frases en una comedia sobre una empresa de

videojuegos, así que los dos estamos arrasando.

El teléfono de Kai ya estaba colocado en un trípode en la mesita que separaba la zona de la cocina de la sala de estar. Su apartamento tenía la misma distribución que el mío y muebles casi idénticos, pero él tenía pósteres por todas partes. Todos eran de exposiciones del Museo de Arte Carnegie y del Museo Andy Warhol, e incluían un montón de cuadros de flores de Warhol. Cogí una de las dos sillas de madera pegadas a la mesa y me coloqué detrás de la cámara.

—¿Tienes las separatas? —le pregunté.

—Sí, prepárate para ver Arte con mayúscula —me contestó, y me tendió una hoja de papel con el diálogo en cuestión—. Eres mi jefe, Richter, el protagonista de la película.

Leímos el guion una vez. No era muy bueno, pero el trabajo de un actor no consiste en juzgar el material, sino en dejarse llevar por él, y cuanto peor es el guion, más interesante se vuelve el trabajo, porque tienes que encontrar la manera de meterte en el papel. Al menos eso es lo que me digo a mí misma. Kai pulsó el botón de grabar.

—Soy Kai Laramie. Uno ochenta. Vivo en Nueva York. Mayor de dieciocho. Vale.

—Kevin, necesitamos ese informe. —Intenté decirlo en tono inexpresivo para que el de Kai quedara mejor.

—Aquí lo tengo, señor —dijo Kai haciendo el gesto de entregarme una hoja de papel—. El problema, señor, es que hay muchos errores.

—¿Cuántos?

—A lo largo del verano he encontrado mil trescientos… —hizo una pausa y tragó saliva— doce, señor.

—Has encontrado mil trescientos errores.

—Mil trescientos doce.

—¿Se puede jugar?

—Bueno…

—¿Pagarías 2,99 dólares por él?

—Sinceramente, señor, me ha costado mucho, y eso que me pagan por jugar.

—¿Ahora pagamos a los becarios? Madre mía, esta empresa ya no es lo que era.

—También consigo créditos para la universidad —dijo Kai nervioso —. ¿Podría firmar este formulario para confirmar que he venido todo el verano?

Hizo el gesto de entregarme otra hoja y después pulsó el botón para detener la cámara del teléfono.

—Listo —me dijo—. Gracias. La verdad es que espero que no me lo den, aunque mi agente dice que es un buen curro para mí.

—¿No quieres volver a intentarlo? —le pregunté.

Se encogió de hombros y se recostó en la silla.

—¿Tan malo ha sido mi Kevin el becario? —me preguntó sonriendo.

—No, ha estado bien, pero, no sé, yo siempre hago varias tomas.

—Me lo imagino. ¿Cuántas?

—No sé. Muchas —le contesté.

Decenas. Sabía que mi forma de trabajar podía agotar a mis compañeros de escena, pero tampoco conocía otra forma de hacerlo bien.

—Creo que me basta con una —me dijo.

Y la verdad es que le bastaba. El chico tenía, como suele decirse, un talento natural.

5

Ese viernes teníamos la lectura del guion. Matthew recorría la sala saludando a todos y presentándolos. Ya nos habíamos reunido con algunos, pero yo no conocía a la publicista del estudio, Ellen Kim, ni a la script, ni al ejecutivo del estudio, Todd Simons, que acababa de cortarse el pelo y llevaba un traje gris a medida.

—Estoy muy orgullosa del trabajo que ya hemos hecho y muy ilusionada con el que nos queda por delante —empezó diciendo Kathryn—. Con este reparto y este equipo, tenemos la oportunidad de hacer una película muy especial.

—Kathryn, Matthew —dijo Todd el del estudio—, es todo un regalo compartir este día con vosotros. Cada vez que nos embarcamos en un nuevo proyecto, recuerdo el viejo chiste de George Burns: «Actuar exige honestidad. Si puedes fingirla, lo tienes todo hecho».

Todos nos reímos por educación.

—Todd y sus chistes —comentó Ellen—. Ya hemos conseguido que MTV y *Today* vengan al set. Vamos a organizar una gran campaña combinando la experiencia de Matthew con la frescura de Kai y Juniper.

Miré a Kai, que estaba sentado a mi lado. Parecía que fuera a vomitar en cualquier momento. Yo siempre me sentía así después de terminar, cuando ya no había nada que hacer, pero antes y durante

los rodajes me sentía segura. Alguien te dictaba las palabras, literalmente.

Me incliné hacia él.

—La ansiedad es el vértigo de la libertad —le susurré.

—¿La frase es tuya? —me preguntó.

—De Kierkegaard —le contesté.

La idea de leer el guion juntos es que todos los que son clave para la película lo escuchen entero de una sola vez. Yo no desvié la mirada de las páginas en ningún momento e intenté entregarme mucho a Carly, pero no del todo. Para darlo todo tenía que esperar a que estuviéramos en el set, vestidos y filmando. Pero Kai sí lo daba todo. Cuando me dijo que me deseaba, con una seguridad que no sé de dónde había sacado, sentí que me deseaba de verdad. Perdió un poco de fuerza en la escena en la que Carly y él discuten en una discoteca a la que habían ido a divertirse con Andy, pero por lo demás se metía tanto en el papel de Jude que apenas podía seguirle el ritmo.

Matthew, por su parte, imitaba la voz de Andy, tensa e inexpresiva. Parecía casi aturdido por la realidad, o embriagado de un distanciamiento irónico. «Los jóvenes me inspiran y me agotan», dijo. «Arte es cualquier cosa con la que puedas salirte con la tuya». «Las personas deberían enamorarse con los ojos cerrados». «Si miras algo durante mucho tiempo, pierde todo su significado». Hablaba con las parábolas de los diarios y los libros de Warhol, y sin duda con la parábola de su arte. Andy no era el centro de la película, o al menos no el centro de mi película, pero era el corazón palpitante, un corazón que al principio latía lento y frío, luego con miedo y fervor, y al final no latía en absoluto.

Cuando terminamos, toda la sala estalló en un aplauso y vi a Ellen, la publicista, secándose una lágrima. Observé a Todd el del estudio con especial atención, sobre todo porque él decidiría si la película se promocionaría mucho o poco, incluso si se estrenaría en cines. Si le parecía una película menor o de nicho, la enviaría directamente a plataformas de streaming.

—Es estupenda —dijo Todd mientras los aplausos se apagaban—. Estupenda. Creo que tenemos magia en nuestras manos. Pura magia.

El domingo antes de que empezara el rodaje fui al Museo Andy Warhol, donde había una enorme colección no solo de obras, sino también de cachivaches y papeles. Warhol, coleccionista empedernido, lo guardaba todo y todo lo legó al museo, desde viejos ejemplares de la revista *Interview* hasta ropa interior firmada por Calvin Klein.

Nuestra película trataba sobre la obra tardía de Warhol, las cosas que hizo en los últimos años, como la serie *La última cena*. Varios de los cuadros de *La última cena* estaban en el museo, pero lo que más me fascinó fue su obra cinematográfica más temprana. Vi muchos de sus *Screen Tests* en bucle, películas de cuatro minutos en las que solo se ve a personas mirando fijamente a la cámara, parpadeando de vez en cuando, con expresiones tímidas o seguras, o ambas cosas según el momento. La cámara está quieta y filma a los actores del cuello para arriba. Me recordó a los castings, pero sin palabras y sin hacer nada, solo la cara. Pensé en lo raro que es actuar frente a una cámara, en lo vulnerable que te sientes. Warhol fue el gran

poeta de la mercantilización radical y de la trivialización de la experiencia humana, pero también le gustaba capturar a las personas en los momentos en los que se sentían desprotegidas, aunque estuvieran actuando. Jackie Kennedy en el funeral de su marido, por ejemplo. Me impactó especialmente el *Screen Test* de Edie Sedgwick. Sus enormes ojos marrones, que me recordaron a los míos, parecían contener todo el terror, el temor y el asombro del mundo. Como actor, quieres ser lo más transparente posible, pero eso también significa, por supuesto, que la gente puede ver hasta lo más profundo de tu ser.

Esa tarde volví a casa y releí los últimos capítulos de una biografía de Warhol que, a diferencia de los libros escritos por él, sí abordaba su vida privada. Andy no solo era un artista, sino que intentaba mantener activos todos los frentes de Andy Warhol Enterprises. Era presentador de su propio programa de televisión en MTV e imagen de varias marcas. Dirigía la revista *Interview* y además seguía creando arte. Y todo esto mientras el mundo del arte que había conocido y había ayudado a desarrollar estaba en plena convulsión. En 1986, muchos amigos de Warhol habían muerto de sida o padecían la enfermedad. Por otra parte, el arte contemporáneo iba dejándolo atrás a medida que jóvenes artistas como Cindy Sherman y Barbara Kruger empezaban a crear obras íntimas y a la vez conceptualmente deslumbrantes.

Warhol temía haberse estancado. No encontraba el camino a seguir, sobre todo desde que sus colaboraciones con el joven Jean-Michel Basquiat habían fracasado estrepitosamente tras una mala

crítica en *The New York Times*. A medida que pasaba el tiempo, un hombre que siempre se había considerado feo se sentía cada vez más incómodo con su cuerpo envejecido y alterado por las operaciones a las que había tenido que someterse tras recibir un disparo en el estómago a finales de los años sesenta. Y la vesícula biliar le fallaba. Una operación de vesícula había matado a su padre, y ahora tenían que extirparle la suya. Warhol estaba seguro de que la operación también lo mataría a él. Y aunque se trataba de una intervención rutinaria y relativamente segura, cuando por fin ingresó en el hospital, ya nunca salió con vida. Murió allí solo, demasiado avergonzado por no llevar peluca y por su vulnerabilidad para aceptar visitas, ni siquiera de sus mejores amigos.

«Tengo éxito, pero sigo solo. ¿Y qué?».

«Warhol presagió la degradación del significado de la imagen —decía el libro—. Nos mostró que ya no podemos confiar en las imágenes ni conmovernos con ellas como antes. Con Warhol todo es superficial, pero eso es precisamente lo que hace tan profunda su obra. Vivimos en una época superficial, absortos en pantallas bidimensionales e imágenes infinitas, una época impulsada por la publicidad, el consumo y la creación de contenido. Warhol ya se dedicaba a todos estos negocios mucho antes de que existiera Instagram».

El libro también hablaba un poco de lo que Warhol habría pensado de internet. Le fascinaba la tecnología. Hizo una campaña publicitaria con Apple e inventó un robot animatrónico. En general, estaba obsesionado con las pantallas mucho tiempo antes de que se pusieran de moda, y el libro aseguraba que habría acogido con

entusiasmo aquellos aspectos de los inicios de internet que daban refugio a los bichos raros y a los marginados.

El portero llamó a mi apartamento e interrumpió mi lectura. En la portería había un paquete para mí. Resultó que eran unos pendientes de margaritas de Dior (con un precio de venta al público de 680 dólares) que querían que promocionara en Instagram. El contrato con Dior, que había firmado por primera vez cuando tenía dieciocho años, me había ayudado a aguantar durante los baches de mi carrera profesional, y se lo agradecía, pero aun así sentía que perdía parte del alma cada vez que colgaba un post para ellos.

Me vestí (un mono negro y zapatos de tacón bajo), me peiné el pelo hacia atrás y le pedí a Kai que me hiciera de fotógrafo. Me hizo un montón de fotos con los pendientes delante de sus paredes repletas de obras de Warhol, y luego publiqué varias en Instagram.

Los comentarios iban desde «Estás guapísima» hasta «Anda y que te follen» pasando por «Vendida».

¿Y qué?

6

Siempre me sorprende la cantidad de gente que trabaja en un set de cine. Carpinteros, electricistas, operadores de cámara, los auxiliares de producción, que te dicen dónde tienes que estar y cuándo, y el segundo ayudante de dirección, que les grita a los auxiliares de producción cuando no te han llevado al lugar donde deberías estar. Están el fotógrafo del set, el publicista del estudio y los técnicos de sonido, que se empeñan en no mirarte a los ojos mientras te pegan el micrófono al pecho. Dos personas trabajan en la zona de refrigerios, además de las siete que se ocupan del catering. Están también los productores que observan los monitores a unos metros del set, y el técnico de vídeo que se encarga de que funcionen. Y en esa luminosa mañana de abril, todos ellos se habían desplazado a un barrio de Pittsburgh porque nuestro primer día empezaba con una escena delante de la que en la película era la casa adosada en la que había crecido Warhol. El personaje de Kai, Jude, lleva a Andy en coche hasta allí para que mi personaje, Carly, lo entreviste. Íbamos a rodar la que supongo que equivalía a la típica escena de comedia romántica en la que los protagonistas se cruzan por primera vez.

En la película soy una joven periodista —tengo poco más de veinte años— que está escribiendo un artículo sobre Andy para *Esquire*. Él acepta ir conmigo a la casa donde vivió de niño, algo poco habitual

en él. Warhol muere justo antes de que el artículo entre en imprenta, y yo acabo reescribiéndolo frenéticamente durante dos noches con la ayuda de Jude, con quien comparto la firma del artículo y la cama. La película trata sobre la tensión entre la vida pública y la privada y sobre el surgimiento de la cultura de la fama, pero a Carly le interesa sobre todo conocer a un artista al que en realidad nadie conocía, además de colocarse con metacualona cada vez que tiene la oportunidad, esnifar coca e irse de fiesta a cualquier discoteca en la que la dejen entrar. Carly quiere saber si Warhol es tan superficial como finge ser o si está protegiendo su yo más profundo. Pero cuando le pregunte si su última serie de retratos con pelucas extravagantes trata sobre el hecho de envejecer, él le contestará de forma elíptica: «No hago arte sobre nada. Hago arte que es, no que trata sobre algo».

Ese primer día, mantengo un breve diálogo con él en la entrada de la casa, donde le pregunto qué siente al estar en el hogar de su infancia, y él me contesta: «Huele diferente». Luego le pregunto en qué piensa y me dice: «En la entrevista a Lauren Bacall. ¿Puedo ponerla a ella en la portada? Y pienso en la joven Carly, en si llegará a ser una gran escritora. No conozco a muchos escritores. Soy disléxico, ¿sabes?».

Pero antes de llegar a mi escena teníamos que filmar la toma exterior en la que Andy le habla a Jude de una fiesta que quiere organizar, a quiénes incluir en la lista de invitados, dónde celebrarla y si debería ser una fiesta de la revista *Interview* o simplemente una

fiesta de Andy, y mientras tanto Jude toma notas a toda prisa e intenta mantenerlo todo en orden.

Ya habíamos conocido al equipo de peluquería y maquillaje durante los ensayos. Belinda se encargaba de maquillarme y Crystal de peinarme. B y C. Fáciles de recordar. Pero pronto los nombres se fueron acumulando: estaba Sean, el jefe de atrezo, y Marina, su ayudante, y Monique, la directora de vestuario, y Alicia, la ayudante de vestuario, que acababa de planchar la minifalda blanca y la blusa naranja escotada que yo llevaba puestas. Kathryn me explicó durante los preparativos que el naranja era «mi» color, y que el turquesa (el color de Kai) y el naranja entraban en conflicto, colaboraban y chocaban alternativamente en la película. Kathryn apostaba por el *color blocking*, según me contó. Cada cosa en su tono. A mí me parecía un poco exagerado, pero habían nominado su primera película en los Globos de Oro y yo había perdido en los Nickelodeon Kids' Choice Awards frente a la chica de la segunda versión de una serie sobre los primeros youtubers, así que ¿qué sabía yo?

Cuando ya estuve vestida, Monique me echó un vistazo y me ajustó la parte de atrás de la camisa con un imperdible. Luego Chris, un auxiliar de producción, me dijo que subiera a una furgoneta blanca que estaba esperándome delante de mi caravana y que conducía Trish, que me llevó al set, a menos de un kilómetro de distancia, donde conocí a Alistair, otro auxiliar de producción con gafas que se ofreció a traerme un café. Estábamos en un barrio obrero de Pittsburgh, en una calle de casas adosadas.

Habían instalado el combo —un denso conjunto de monitores y sillas— en la entrada de una casa situada frente a la que se hacía pasar por la de Andy. Los productores estaban reunidos con Kathryn comentando la previsión meteorológica para el jueves y lo que la lluvia podría suponer para el calendario de rodaje.

—Me aseguraré de que no llueva —dijo Matthew—. Tengo línea directa con el de arriba.

—¿Y la utilizas para evitar retrasos por lluvia? —le preguntó Kathryn.

—Solo para eso —le contestó Matthew, y soltó una carcajada descarada de las suyas—. ¡Juniper! —exclamó al verme—. Mírate. Más naranja imposible.

Él llevaba un jersey negro de cuello alto y vaqueros desgastados, y su pelo negro estaba escondido debajo de una peluca blanca de la que brotaban mechones puntiagudos en todas direcciones.

—Pues parece que ya estamos en marcha —dije.

Kai estaba sentado en el césped delante de la casa de enfrente, solo, arrancando briznas de hierba. Me acerqué a él y me arrodillé porque no quería mancharme la falda blanca.

—Los actores son ganado —me dijo—. Desde que me lo comentaste no se me va de la cabeza.

—Te quita presión, ¿no? Llegas a tu hora. Te colocas donde te dicen que te coloques. Dices lo que te dicen que digas. Te llevan de aquí para allá y luego te vas a dormir.

—Un trabajo fácil, la verdad. Solo que si te olvidas de tus frases y tienen que rodar un día más, cuesta cien mil dólares.

—¡Doscientos! —gritó Lon desde el combo—. Lo oigo todo. Oigo cada palabra en este puto set. Doscientos mil si te olvidas de tus

frases. Aunque no te va a pasar, Kai. Eres un profesional. Novato, pero un profesional.

—Gracias, Lon —le dijo Kai.

—Y los actores no sois ganado —añadió Lon—. Sois más bien como muñecos. Dentro de diez o veinte años tendremos buenas animaciones que os sustituirán por completo, pero por ahora tenemos que quedarnos con los humanos de mierda.

—Como si tu trabajo no pudiera automatizarse —le replicó Matthew—. Eres solo una máquina que convierte dinero en películas.

—Lo pondré en mi tarjeta de visita —le contestó Lon.

Un auxiliar de producción vino a llevarme al interior de la casa. En realidad, yo no salía en esa primera escena, pero Carly estaba viéndola desde una ventana, así que necesitaban que me colocara allí para filmar un plano mío mirando hacia abajo con cuidado para que no me vieran. Se suponía que la antigua casa de Andy estaba deshabitada cuando la visitábamos para la entrevista, así que la idea era que yo ya hubiera entrado en su habitación de la infancia, sin muebles, llena de pelusas y con una alfombra de pelo largo.

Estaba casi segura de que esa toma no llegaría a salir en la película, pero aun así intenté meterme en el personaje y olvidarme de los actores, del ganado, de los enormes focos, de la cámara en la calle y de Lon y Natalie, que nos observaban en los monitores. Intenté olvidarme de Kathryn, de que yo llevaba una ropa que jamás me pondría, de mi ex, de su avidez de mi cuerpo y de mi cuerpo en

general. Pensé en el cuerpo de Carly, en su relación con él, en su deseo de ser guapa y a la vez en su horror ante la idea de que la cosificaran por ser guapa, en su afán por dañar su cuerpo, por beber, fumar y esnifar para escapar de él. Y entonces miré hacia abajo y vi a Kai —no, a Jude— cerrando de golpe la puerta de un coche y corriendo hacia Matthew —no, hacia Andy—. La fama te hace grande, pero también te vuelve bidimensional.

Desde donde estaba no los oía, pero la escena pintaba bien: Jude escribía nervioso en una libreta mientras Andy recitaba a toda velocidad los nombres de los invitados a la fiesta.

—¡Sí, corten! —gritó Kathryn al cabo de un minuto—. Genial. Una primera toma estupenda. Ha quedado preciosa. —Se giró hacia los productores del combo, charló con ellos y después añadió—: Vamos a repetirla.

—¡Repetimos! —gritó un auxiliar de producción, y luego otros, incluido el que estaba en la casa conmigo.

Sabía que Matthew lo haría bien, pero sentí cierto alivio al ver a Kai garabateando a toda prisa en la libreta de Jude, lo que me convenció de que le costaba seguir el ritmo de Andy. El problema de actuar es que en realidad nadie puede decirte cómo hacerlo bien; solo pueden indicarte el camino para conseguirlo. Se habla de entregarse, de olvidar, de dejarse llevar y de confiar, infinitivos que señalan el camino hacia la actuación, pero que no son actuar. Mientras observaba a Kai y a Matthew, me permití soñar que Kai no

solo era bueno, sino que quizá era de verdad especial, tal vez lo bastante especial para hacer que nuestra película fuera especial.

Hicieron seis tomas más mientras yo seguía allí, en la ventana del piso de arriba, mirando hacia abajo y sin oír apenas, sintiendo la admiración que se siente en presencia de personas reconocidas. En este sentido, Carly mirando a Andy no era muy diferente de mí mirando a Matthew Malone. Matthew Malone —uno de los Vengadores, estrella del cine de acción y extraordinario actor de películas comerciales— no era Andy Warhol, por supuesto, pero la fama irradia de todos modos. Mi ex me dijo una vez que «estrella» es la palabra perfecta para los actores famosos porque brillan con tanta intensidad que te sientes reconfortado en su presencia.

—Corten —dijo Kathryn sacándome de mis pensamientos.

Me di cuenta de que ni por asomo me había metido en la piel de Carly en la última toma, pero no importaba demasiado, claro. Si existía, solo era una silueta en la ventana.

—Ha estado genial —añadió Kathryn tras consultarlo con los productores—. Seguimos adelante.

Las palabras se repitieron y aumentaron de volumen a medida que se extendían.

—¡Seguimos adelante! —gritaron los auxiliares de producción.

—¡Vale, seguimos adelante! —oí gritar al primer ayudante de dirección desde la calle—. Vamos a hacer primeros planos de Matthew. Primeros planos de Matthew.

Durante el descanso, los tres volvimos a las caravanas en la misma furgoneta, así que me hice un par de selfis con ellos. Kai estaba muy

callado, parecía agotado, y Matthew se pasó todo el trayecto tecleando en el móvil, de modo que me dediqué a colgar en mi Instagram un carrusel con las fotos. Luego llegamos a las caravanas.

Puedes valorar tu estatus profesional por la caravana que te asignan. Matthew tenía una entera para él solo, por supuesto. Kai y yo compartíamos un camerino doble, una caravana dividida en dos espacios. Yo tenía un sofá cama de polipiel y un baño con una ducha pequeña. El único problema de los camerinos dobles es que oyes todo lo que pasa en la habitación de al lado, así que si tu compañero de reparto está jugando a videojuegos o follando, tú te enteras. Y oyes también los ruidos del baño.

Luego están los camerinos triples, en los que apenas tienes espacio para vestirte; y, por último, para los actores que trabajan días sueltos, hay una caravana con varios camerinos muy pequeños. Yo había estado en uno de esos en mis primeros anuncios y apariciones como invitada en series de televisión. En *Cazador de estrellas*, al principio, tuve un camerino triple, y tras la segunda temporada, uno doble. En las dos películas para adolescentes que hice después de *Cazador de estrellas*, ninguna de las cuales fue un gran éxito, me dieron uno doble; y en mi última película tuve una caravana para mí sola porque era la protagonista. Ahora había vuelto al camerino doble.

Llevaba solo unos minutos allí cuando oí que llamaban a la puerta.

—Hola, soy Ellen —me dijo, como si al instante yo tuviera que saber quién era Ellen—. Ellen Kim. La publicista del estudio —añadió.

Ah, vale. Abrí la puerta. Era una mujer delgada, con el pelo liso y bastante corto, que llevaba unos vaqueros negros y un jersey de cuello alto.

—Hola —me dijo—. Lo siento, pero el estudio me ha dicho que te pida que borres el story de Instagram.

—Oh. Oh, mierda. Lo siento mucho. Ha sido culpa mía. No quería…

—No es tan grave. Es que le hemos dado a *People* la primicia, y eso incluye el vestuario y todo lo demás. Con ropa de calle puedes hacer fotos, por supuesto. La verdad es que odio que hagan estas cosas, porque tus redes sociales son fundamentales para esta película. —Otra forma de decir que mis redes sociales fueron una de las razones por las que me habían contratado—. Queremos que cuelgues fotos, pero no con el vestuario, si no te importa. Y sí, ya sé que te pasas casi todo el día con él y con el maquillaje, así que no es tan fácil, pero el estudio…

—Lo entiendo y lo siento mucho. ¿Tengo que escribir o llamar a alguien para disculparme?

—No, no. No hace falta, pero en el set hay varios fans. Cuando vuelvas, si puedes acercarte a ellos y hacerte unos selfis, nos iría muy bien. Verás que una de las fans tiene una cámara muy buena. Si le dejaras hacerte varias fotos, te lo agradecería, porque en realidad es fotógrafa de la revista *People*. Hemos adelantado la exclusiva.

—Sí, claro.

Me sentí fatal. Había perjudicado la película antes de haber rodado mi primera escena.

Media hora después, Kai, Matthew y yo nos acercamos al perímetro de seguridad, a media manzana del set, firmamos autógrafos a los

niños del barrio y nos hicimos selfis. Y sí, una de las supuestas fans tenía una cámara muy buena y nos dijo que no era necesario que ella saliera en la foto; solo quería una de los tres juntos. La imagen apareció en las cuentas de Twitter e Instagram de *People* esa misma tarde.

7

Alguien me dijo una vez que cuando tu madre muere, vives las dos vidas, la tuya y la suya. Yo vivía la vida de mi madre incluso cuando estaba viva. Cada temporada de capítulos piloto nos alojábamos en un edificio de apartamentos lleno de niños actores que estaban allí para lo mismo que yo, y cada vez que conseguía un anuncio o cualquier otra cosa, mi madre presumía de mí en la piscina, como si lo hubiera conseguido ella. Se suponía que me encantaba actuar, pero tenía seis años. Ningún niño de seis años sueña con trabajar.

Aun así, la echaba de menos. No dejaba de pensar en ella, en lo contenta que estaría el primer día de rodaje. Pensaba en que cada día, un poco antes de la hora de comer, iría a buscarme mi plato para que yo no tuviera que hacer cola, pudiera comer rápido y no perdiera la concentración. Mi madre había sido una constante en mi vida hasta que tuve que echarla, en la última temporada de *Cazador de estrellas*. Nunca nos separábamos, excepto cuando nos abandonaba para ir a emborracharse. Y de repente nos separamos para siempre.

Ahora yo estaba viviendo su sueño. Siempre le había encantado Matthew Malone, y yo lo miraba y decía palabras que un guionista buenísimo había escrito para mí. Me sentía fatal por haber cabreado al estudio con el post de Instagram, así que me costaba más de lo

habitual meterme en el personaje de Carly, pero después de un par de tomas de un plano general sentí que había cogido un buen ritmo. Kathryn me hacía ese tipo de comentarios abstractos que me molestan un poco —«¿Podemos intentarlo con más naturalidad?» o «Me ha encantado lo mucho que te has entregado»—, y seguía insistiendo en que interpretara a Carly como una chica muy joven e inocente, que no era como yo la imaginaba. Después de terminar esa toma, estaba volviendo a los camerinos cuando la productora Natalie se acercó a mí.

—¿Todo bien hasta ahora? —me preguntó.

No quería hacer honor a mi reputación de actriz difícil, pero tampoco quería hacer malas películas.

—Me está haciendo parecer una ingenua y una tonta —le contesté.

—Bueno, en la película tienes veintidós años.

—En la vida real también tengo veintidós años, y eso no me convierte en una idiota.

—Claro —me dijo Natalie—. Tienes toda la razón. Hablaré con ella.

Matthew, por su parte, interpretaba a Andy de forma exagerada y teatral, pero no había otra manera de ser Andy. Cuando Carly le pregunta sobre su admiración por Basquiat, él le contesta: «Jean-Michel pintaba encima de mí. En todo lo que hicimos juntos, pintaba encima de mí. Era maravilloso». ¿Cómo se puede decir algo así sin ser un poco teatral?

Kathryn intentaba frenar a Matthew.

—Piensa en *Vértigo* —le dijo—. Imagina que estamos nadando en un estanque pequeño, no en el mar.

Pero cuando te has pasado casi veinte años encarnando a superhéroes, es difícil que mantengas la sutileza en tu repertorio. Aun así, Matthew parecía dispuesto a trabajar duro, y le agradecí que actuara bastante bien en los planos en los que solo me filmaban a mí.

Muchas veces, los actores famosos no se quedan para tus planos o recitan sus frases en un tono monótono. Matthew se quedó y siguió siendo Andy, lo que me facilitó mucho interpretar a Carly. Justo antes de terminar ese primer día, Kathryn vino a buscarme y me abrazó.

—Eres nuestro pilar —me dijo—. Creía que lo sería Matthew, pero lo eres tú.

Me sentí muy bien, aunque me tratara como a una ingenua y a una tonta en lugar de como a la chica inteligente y con experiencia que yo había imaginado.

Después de terminar la jornada, cuando llegué a la caravana de maquillaje, me sorprendió encontrarme a Ellen, la publicista, esperándome.

—Juniper —me dijo—, he cometido un error garrafal.

—¿Qué ha pasado?

—Tu post de Instagram recibió más likes durante la hora que estuvo publicado que el de la revista *People* en las últimas siete horas. Así que vamos a cambiar de estrategia. Haz lo que quieras. Publica fotos con el vestuario. Publica conversaciones. Publícalo

todo. Eres el medio de comunicación número uno de esta película. No tenía ni idea de lo activos que son tus seguidores.

—Es por Nickelodeon —le dije—. Toda esa generación de chicos que de alguna manera han crecido conmigo.

—Bien, pues publícalo todo. Es una orden del estudio. Tienes total libertad creativa.

Así que colgué una serie de fotos en las que estaban desmaquillándome con el texto «De Carly a Juniper: Un viaje en cinco fotos». Mientras terminaban, actualizaba mi página de Instagram constantemente y veía aumentar los likes: 302 al minuto, 487 al siguiente, 1.645 poco después. Tenía diez o veinte seguidores más cada vez que actualizaba, solo por un post en la silla de maquillaje.

No quiero querer que me quieran personas a las que no conozco, pero tampoco quiero querer la mayoría de las cosas que quiero.

Como estuve más tiempo que Kai en la caravana de maquillaje, acabé volviendo a mi apartamento sola en una furgoneta que conducía un tipo que se llamaba Tony. Llamé a Katie para ponernos al día y contarle lo de mi desastre en Instagram. Ella le quitó importancia, por supuesto, y me dijo que en todo caso el estudio debería darme las gracias. Luego recibí un mensaje de Matthew para Kai y para mí: «Aunque os cueste creerlo, en Pittsburgh hay un restaurante crudivegano. Estaré allí a las siete. Espero veros a los dos».

Le respondí de inmediato: «Me encantaría, pero esta noche tengo que leer para un proyecto. ¡Otra vez será!».

Sabía que el libro *Dioses de Andrómeda* estaría esperándome en mi apartamento y quería leerlo cuanto antes.

Nuestra película era modesta —treinta y cuatro días de rodaje, solo catorce millones de dólares de presupuesto—, pero había puesto en ella grandes esperanzas porque la película anterior de Kathryn había tenido éxito y también porque a veces actores que hacen de superhéroes, como Matthew Malone, consiguen un papel de ese tipo y su talento sorprende a todo el mundo. Me permití fantasear con que la película podría ser un éxito, con que yo podría ser un éxito.

—¿Sabrías decir si una película va a ser buena? —le pregunté a Tony—. Por el ambiente que ves en el set o por cualquier otra cosa.

—Para nada —me contestó—. A veces pienso que una película seguirá viéndose dentro de cincuenta años y es un fracaso total. Llevo en el coche a Clooney y a Pitt, y todos se llevan de maravilla, pero se estrena la película, y nada. Recuerdo que una vez trabajé en una para adolescentes sobre una chica muy especial con poderes especiales, y todo el mundo se pasaba el día peleándose, nadie quería compartir la furgoneta, el equipo estuvo con los nervios de punta durante dos meses, y yo creía que la película sería una auténtica mierda, pero resultó ser buena. No solo tuvo éxito, sino que fue buena. Así que no tengo ni idea. ¿Tú sí?

—No, pero no llevo tanto tiempo en esto como tú.

—Eso seguro, joder. Creo que es como hacer un pastel, solo que sin receta y con ciento treinta personas preparándolo, y todos con los ojos vendados menos el director. El negocio del cine es una lotería, así que tienes que divertirte.

Kai me llamó.

—No puedes decirle al puto Matthew Malone que no puedes ir a cenar con él.

—Tengo que leer un libro. *Dioses de Andrómeda*. El proyecto podría ser importantísimo para mí.

—Es Matthew Malone —insistió Kai—. Nos invita a cenar. No puedo ir solo. Será incómodo. Te necesito allí.

—Voy a preguntárselo a Tony. Tony, ¿debería ser una adulta responsable y volver a casa a leer para lo que espero que sea mi próximo trabajo o debería salir a cenar con Matthew y Kai?

—Sal a cenar, mujer. Este negocio depende de las relaciones. Relacionarte con Matthew podría irte muy bien. Él consiguió que me contrataran. Trabajé con él hace diez años en una superproducción y ahora que ha vuelto a Pittsburgh se ha asegurado de que volvieran a contratarme. Es un buen tío. Deja que te invite a cenar.

—Hazle caso a Tony —me dijo Kai.

—Vale, vale.

Colgué y le mandé un mensaje a Matthew diciéndole que nos veríamos a las siete. Me quedaba media hora para llegar al apartamento y leer.

Llevaba diez páginas de *Dioses de Andrómeda* —la novela no destacaba por su estilo, pero la ambientación se disfrutaba muchísimo— cuando Kai llamó a la puerta.

Se había puesto pantalones de vestir, una camisa metida por dentro y una americana de solapas estrechas. Yo iba en chándal.

—Joder, no sabía que había que arreglarse para salir a cenar en Pittsburgh. Espera un momento. —Le cerré la puerta en las narices, me puse un vestido, me recogí el pelo, me puse brillo de labios y rímel, y volví a abrir la puerta—. Lista.

—Te has puesto muy guapa.

—Tú pareces esforzarte mucho —le dije.

—Me esfuerzo mucho —me contestó.

No bebo alcohol. En la medida de lo posible, que no es mucho, me gusta tener el control de mi vida. Además, como he crecido con una madre alcohólica, tengo una opinión bastante mala sobre este asunto. Por lo que he visto, puede hacer que lo quieras más que a tus amigos, tus hijos, tu casa o cualquier otra cosa, así que prefiero mantenerme alejada del suero que te destroza la vida, aunque tenga «notas florales» o «un retrogusto con un toque de nuez moscada».

Eso es lo que Kai y Matthew comentaban sobre el vino blanco en Unheated, el restaurante crudivegano. Nos habían llevado a una sala privada frente a la cocina, pero aun así la llegada de Matthew no había pasado inadvertida. Al verlo entrar, la camarera había abierto ligeramente los ojos.

—Seguro que te lo piden todo el tiempo, pero ¿podría hacerme una foto contigo? —le preguntó.

Matthew le contestó que por supuesto, así que le quité el teléfono de las manos temblorosas e hice dos fotos horizontales y dos verticales.

—Madre mía —me dijo—, ¿tú eres… tú eres Janie, de *Cazador de estrellas*?

—Sí —le contesté.

—Madre mía, me encantaba esa serie.

Y entonces Kai se ofreció a hacernos una foto, y yo sonreí. Cuando era pequeña, mi madre siempre criticaba mi sonrisa. Decía que

parecía que me doliera algo o que mostrara los dientes porque estuviera enfadada o tuviera miedo, pero yo no sabía de qué otra manera mostrar los dientes. Creía que sonreír era mostrar los dientes. Ahora, claro, ya sé que es actuar, que tienes que conectar un instante con la idea de alegría para que los ojos, las mejillas y el cuerpo sonrían a la vez.

Pensé en el funeral de mi madre, en que había tenido que pensar en un momento feliz con ella, o al menos con alguien, para sonreír cada vez que una persona se acercaba a abrazarme y a darme el pésame. Todos me decían: «Lamento mucho tu pérdida», pero yo ya había perdido muchas cosas antes de que ella muriera. Había perdido la certeza de que las madres son buenas, de que el amor es sencillo, y con su muerte perdí incluso la capacidad de odiarla. El duelo es un extraño compañero de cama.

—Uno se cansa de ser un icono —dijo Matthew sonriendo en nuestra sala privada—. Pero sin ellos, ¿quién soy?

—Hablas como Warhol —le dije.

Matthew asintió, se rio un poco para sus adentros y dio otro largo trago a su copa de vino.

—¿Qué tal te ha ido el primer día? —le preguntó Kai.

—Más divertido que rodar una película de Marvel, eso seguro —le contestó mientras nuestra camarera llegaba con «patatas fritas de zanahoria», que parecían sencillamente zanahorias crudas cortadas en forma de patatas fritas y espolvoreadas con sal—. Te pasas casi todos los días en un estudio haciendo coreografías. ¿Y a ti cómo te ha ido? Para ti todo esto debe de ser nuevo.

—He estado aterrorizado hasta la segunda o tercera toma, pero después me he metido en el papel.

—Me encanta que tu primera escena en una película haya sido conmigo —le dijo Matthew—. Nunca lo olvidaré, chico. ¡Por Kai!

Los tres levantamos la copa —la mía, una especie de kombucha con moras— y brindamos por Kai, que se sonrojó.

—Os quiero, tíos —nos dijo.

—Kai es bastante derrochador con sus te quiero —comenté.

—Bueno, a mí me encanta —dijo Matthew. Se llevó la servilleta a la boca, volvió a dejársela en el regazo y añadió—: Cuando estábamos haciendo el casting para esta película, dije que quería a chicos de verdad, jóvenes de verdad, no a treintañeros haciendo de jóvenes, porque estos personajes tienen una energía especial. Los dos están buscando aceptación, amor y poder. Y encontramos a los chicos perfectos. De verdad. Desde el primer momento me he dado cuenta de que los dos estáis muy metidos en vuestros papeles, como dice Kai.

Nos quedamos un momento en silencio porque la camarera volvió con una especie de arroz de coliflor en escabeche. Matthew me preguntó qué era eso en lo que estaba trabajando que en un primer momento me había hecho rechazar la cena.

—Una fantasía épica que le gusta a mi agente —le contesté—. La próxima película de Brian Arawas. Se basa en un libro titulado *Dioses de Andrómeda*, así que ahora lo estoy leyendo.

—El mismo estudio que la de Warhol, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. Está ambientada en un mundo en el que todas las líderes son mujeres jóvenes. Al cumplir los treinta, dejan de gobernar. Y los hombres son cortesanos.

—Fascinante. No conozco mucho a Brian, pero sí al director del estudio. ¿De verdad te gustaría hacer esa película?

—Sería algo enorme para mí. Nunca he trabajado en nada con ese presupuesto.

—Pero ¿te gusta el proyecto?

—Sí, me gusta.

Cuando Matthew te hablaba, te sentías como si fueras la única persona en el mundo. No desviaba los ojos de los tuyos.

—Está muy bien que leas el libro —me dijo—. Yo intenté leer los diarios de Warhol, pero me aburrían. Incluso en audiolibro. Mi capacidad de concentración ya no es la que era. Me he preparado sobre todo viendo entrevistas en YouTube.

—Juniper se prepara a conciencia —comentó Kai—. En plan, ¿no te has leído todo lo que escribió Warhol?

Me encogí de hombros.

—Llamaré a Tom —dijo Matthew de repente—. Es el jefe de Todd en el estudio. De todas formas, tengo que hablar con él de otra cosa que nos traemos entre manos. Una película de Navidad con Brad. —Hizo una pausa—. Pitt.

—Claro —le dije—. A Brad Pitt le llamas Brad.

—Y tú a mí me llamas Matthew. Al final, todos somos personas.

8

Había empezado a observar un patrón en Kathryn. Nos dejaba rodar cada toma varias veces siguiendo nuestro instinto y después iba pidiéndonos poco a poco que la hiciéramos a su manera: yo, inocente y confundida por el mundo del gran artista, y Kai, expresivo y fascinado por mí. Me preocupaba que montara la película utilizando solo sus tomas, pero al menos me dejaba actuar un rato como yo lo sentía, que es más de lo que puede decirse de muchos directores.

Ese viernes empezaríamos a rodar a las siete de la tarde y terminaríamos a las siete de la mañana para hacer tomas nocturnas. Primero nos filmaron a Kai y a mí durante la hora mágica en una azotea, hablando de Andy, de su talento para no dejar que nadie le calara hondo. «Soy una persona muy superficial», como él mismo dijo una vez.

Me había fijado en que, en las entrevistas, Andy calificaba con frecuencia las cosas como «maravillosas» o «excelentes», pero nunca parecía disfrutar de su maravilla ni de su excelencia. Para ser una persona rodeada de placeres —comida de lujo, grandes fiestas, famosos, arte y todo lo demás—, parecía curiosamente inmune a ellos. Eso me rondaba por la cabeza mientras Kai y yo estábamos sentados en la azotea.

Luego nos trasladamos al set de la discoteca, donde mi personaje está de fiesta. Yo no salía en la primera escena. Andy y Kai están fuera de la discoteca. Andy le dice a Kai que es muy guapo, Kai le contesta: «Si quieres acostarte conmigo, solo tienes que pedírmelo», y Andy le dice: «Creo que me gusta más dormir que todo lo demás». Me sentí muy identificada, aunque a veces pienso que quizá es porque nunca he tenido buen sexo, pero sin duda he dormido bien muchas veces.

Cuando volvieron a necesitarme, ya eran casi las doce de la noche. Estaba cansada, pero mi madre me había enseñado a aprovechar el cansancio. Si el cansancio te pone de mal humor, siente esa emoción y ten claro que puedes transformarla en cualquier otra. En la siguiente escena que rodamos, esnifo coca hasta que me sangra la nariz, Jude me grita que soy una idiota de mierda y me confiesa que su hermano murió de sobredosis y que los dos recibieron palizas de su padre durante años. El cansancio me ayudó, como siempre lo hacen las emociones, así que hacia las dos de la madrugada estaba hecha una piltrafa, llorando, con los nervios a flor de piel, agotada y eufórica, con sangre falsa por toda la blusa mezclada con mocos de verdad.

Ni siquiera tuve que pensar en mi madre, que murió a causa de un trastorno por consumo de sustancias. No tuve que pensar en las veces que he visto a gente esnifar coca en fiestas, con esa sensación de invulnerabilidad recorriéndoles el cuerpo. Tampoco tuve que pensar en la única vez que probé la marihuana, más o menos una semana después de que muriera mi madre. Un amigo me dio unas gominolas y me tomé una con la esperanza de poder dormir, pero me quedé tumbada en la cama, inmóvil, pensando en todas las

cosas terribles que todavía podían pasarme, en que si mi hermano y mi padre morían, me quedaría sola en el mundo de verdad.

No necesité recuerdos para meterme en el papel de Carly. Solo necesité lo que ya tenía, sentir el cansancio en mi cuerpo y transformarlo en miedo, en nostalgia y en un anhelo palpitante.

En cada toma, la palabra «corten» me pillaba un poco por sorpresa, y entonces Kathryn me hablaba, pero yo apenas la escuchaba porque estaba totalmente inmersa en la experiencia de estar colocadísima, con ganas de follarme a alguien solo para que me mirara como te miran los hombres cuando les haces correrse.

—Estás haciéndolo genial —me dijo Kathryn—. Me sabe mal pedirte que te frenes un poco, pero seguramente también necesitemos una versión más contenida.

—Entendido —le contesté.

Cerré los ojos. Respiré despacio un par de veces. Estaba colocada en una discoteca en la que no sonaba música mientras rodábamos porque aún no sabíamos qué temas incluiría la banda sonora. Kai gritaba por encima del silencio, porque tenía que gritar por encima de esa música que no sonaba. Y yo le chillaba a él, con sangre goteándome de la nariz, intentando hacer «una versión más contenida» de la escena más emotiva que tenía en la película.

Jude también lloraba y me suplicaba que volviera con él a su casa.

—Vas a morirte, como Cam. Estás destrozándote la puta vida.

—¡MI VIDA! —le grité—. MI PUTA VIDA ES MÍA.

—Me preocupo por ti. Porque mereces que me preocupe por ti.

Me acerqué bailando con gestos torpes y perdí el equilibrio, pero conseguí no caerme agarrándome a él. Intenté besarlo, pero él se apartó.

—ESTAMOS PASANDO UNA NOCHE DE PUTA MADRE.

—Yo estoy pasándolo de pena.

—TÓMATE UNA PASTI Y RELÁJATE, JODER.

—Estás sangrando.

Miré mi blusa. Estaba salpicada de sangre. Ya no lloraba. Estaba más bien desconcertada.

—ANDY TAMBIÉN ESTÁ COLOCADO Y A ÉL NO LE GRITAS.

—Andy no tiene la camisa llena de sangre. Tengo que sacarte de aquí. —Lo dijo en un tono extrañamente distante, pero intenté mantenerme en la escena.

—¡ES MI VIDA! —le grité revolviéndome para que me soltara—. LA VIVO COMO QUIERO. LA DESPERDICIO COMO QUIERO. ES MÍA.

Jude puso los ojos en blanco, levantó las manos como para indicar que se rendía, observó cómo me caía al suelo y luego se marchó.

—Corten —dijo Kathryn.

Se llevó a Kai aparte y la oí susurrar, pero no entendí lo que decía. Kai parecía un poco bloqueado, como si no acabara de conectar conmigo en la escena, como si le preocupara hacer el ridículo. Y quizá eso fuera fiel a su personaje, pero yo sentía que la escena tenía que explotar, del mismo modo que en una película todo tiene que ir fatal hasta que las cosas empiezan a resolverse.

—La repetimos —dijo Kathryn.

Kai lo intentó de nuevo respetando sus marcas y sus frases, pero su actuación era un poco inexpresiva, como si estuviera cohibido. No dejaba de mirar a las personas que estaban a nuestro alrededor, como si le importaran.

—Corten. Una vez más —dijo Kathryn.

Lo intentamos otra vez, pero, en lugar de acercarnos, estábamos cada vez más lejos, y yo sentía que me distanciaba de él, que intentaba encontrar a una Carly que pudiera existir al margen de su Jude, un tanto frío.

—Corten. Vamos a repetirla.

Volvimos a intentarlo, y ahora Kai estaba enfadado, había en él una frustración que se acercaba más al tono adecuado, pero seguía faltándole profundidad.

—Vamos a comer —dijo Kathryn tras esa toma.

—Es un poco pronto para comer —le contestó Jo, la jefa de producción.

—A comer —repitió Kathryn, esta vez con más firmeza.

Mientras me dirigía con un auxiliar de producción a la furgoneta que iba a llevarme a mi caravana, Kathryn me agarró por el hombro.

—Intenta llegar a él —me dijo—. A tu coprotagonista. Intenta desbloquearlo.

Había sido genial trabajar con Kai toda la semana. Había estado intrépido, desconsolado, ambicioso, locuaz y rebosante de carisma. Pero sabía a qué se refería Kathryn. Aunque nada de lo que hacía y decía estaba fuera de lugar, parecía más preocupado por todos los

demás que por mí, lo que me parecía un extraño error en un actor cuyas elecciones instintivas siempre eran tremendamente acertadas.

Volví a mi camerino. Estaba agotada. Me tumbé un minuto en el pequeño sofá de polipiel y oí a Kai jugando a un videojuego. Yo siempre necesitaba un tiempo para salir del personaje después de escenas intensas. Experimentaba esa especie de catarsis que sientes tras haberte pasado un buen rato llorando desconsoladamente, cuando te das cuenta de que a pesar de todo sigues viva. Recordé la mañana después de que me dijeran que mi madre había muerto. Me di una ducha, y mientras las gotas de agua golpeaban mi cuerpo, no dejaba de pensar: «Sigo viva». Me parecía imposible existir sin ella. Pero existía.

Salí a la fría oscuridad de Pittsburgh, me serví una taza de café en el mostrador de bebidas y llamé a la puerta del camerino de Kai.

Abrió. Bajó la mirada hacia mí y hacia mi blusa empapada de sangre. El equipo de atrezo se había ocupado de que la sangre falsa me saliera a borbotones por la nariz y me cayera en la blusa. Inclinó la cabeza señalando hacia dentro. La camiseta blanca ajustada se le pegaba a la piel y todavía tenía los brazos cubiertos de sudor por el calor de los focos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí mientras cerraba la puerta detrás de mí y me senté en el sofá.

—Todo esto me divierte —le aseguré; llevaba tanto tiempo diciéndolo en los sets, en entrevistas y a los coaches de interpretación que quizá fuera cierto.

—Eres muy buena. Contigo todo es fácil.

—Lo mismo digo.

Se quedó callado un momento, sin desviar la mirada de mí, ni yo de él.

—¿Y tú estás bien? —le pregunté.

Negó despacio con la cabeza y se echó a llorar. Me levanté para darle un abrazo, pero pensé en la sangre de mi blusa y no quise joderle el vestuario, así que fue un abrazo incómodo.

—Son muchas cosas —le dije—. Y es tu primera película. Pero lo estás haciendo increíble, Kai. De verdad.

Se soltó de mi abrazo y me miró con lágrimas silenciosas resbalándole por las mejillas.

—Estoy intentando darlo todo —me dijo por fin—, pero sé que la estoy cagando. Después de cada toma, Kathryn intenta explicarme lo que tengo que hacer, pero no puedo hacerlo. No consigo meterme en el papel.

—¿Cómo te metes en un papel? ¿Qué haces exactamente?

—Lo único que sé hacer es convertirlo en real. No soy como tú. No puedo prepararme para meterme en el papel. Tengo que convertirlo en real. Tengo que pensar en mí, en mi vida, en mi… historia, en lo que sea, y luego utilizarlo. Pero esta escena… Sabía que en esta me vendría abajo. He intentado ensayarla mentalmente mil veces, pero no soy lo bastante bueno.

—Eres bueno de sobra.

—No dejo de intentarlo, pero para sentir de verdad lo peor que le ha pasado a Jude tengo que sentir lo peor que me ha pasado a mí, y sigo bloqueándome. Es demasiado. —Ahora estaba llorando de verdad—. No puedo hacerlo, Juniper.

Lo dejé llorar un rato.

—Escúchame, Kai —le dije por fin—. Lo que pasa en el set no es real. —Le acaricié la cabeza—. No pasa de verdad. Lo que pasa de verdad es que estamos hechos polvo y metidos en una caravana en Pittsburgh.

—Tengo que utilizarlo, pero no puedo —me dijo.

—Define eso que no puedes utilizar.

Necesitaba que Kai estuviera preparado, que estuviera dispuesto a intentarlo. Conseguir que esa escena saliera bien era fundamental para nuestra película.

—No puedo, Juniper. No puedo. No puedo definirlo y no puedo utilizarlo. Y me bloquea.

—¿Es lo peor que te ha pasado nunca?

—Sí, tengo que utilizarlo, pero no puedo. Tengo que utilizarlo para abrirme del todo, pero me da miedo, o lo intento una y otra vez y me agobio.

Sentía curiosidad, claro, pero sabía que era mejor no preguntar.

—Mira, cuando sentías esas emociones en el pasado, estuvieras donde estuvieras, no estabas a salvo. Pero aquí estás a salvo. En eso consiste actuar, en ir a todas partes…, pero de forma segura.

—Sí. Sí. Gracias. Lo siento, es que es muy intenso para mí.

—No te disculpes. Pero lo peor que te ha pasado nunca no está pasándote ahora, Kai. Ahora estás conmigo.

—Sí. Tienes razón.

—Y si necesitas utilizar algo para romperte cuando volvamos al set, utilízalo. Sea lo que sea, no tiene poder sobre ti, porque estás aquí y estás rodeado de gente que se preocupa por ti y te apoya.

—Sí. Vale. Creo que voy a jugar un rato hasta que nos llamen. Te quiero.

Por extraño que parezca, le creí.

Cuando volvimos al set, lo bordó. Después de dos tomas, Kathryn anunció que seguíamos adelante.

—No sé qué le has dicho —me susurró mientras pasábamos a la siguiente toma—, pero sigue diciéndoselo.

9

El domingo por la mañana, estaba metida de lleno en el Reino, todavía en pijama, leyendo *Dioses de Andrómeda*, cuando oí que llamaban a la puerta. Me levanté y vi a Kai por la mirilla con una gorra y una camiseta de los Pittsburgh Pirates. Abrí la puerta.

Su sonrisa era tan radiante como la mañana y tenía las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Te apetece venir a un partido de béisbol? —me preguntó.

—Claro —le contesté.

—Genial, porque ya te he comprado una gorra. —La sacó de detrás de la espalda y me la puso.

—Tengo que vestirme.

—Vas a cerrarme la puerta en las narices, ¿verdad? —me dijo mientras le cerraba la puerta en las narices.

Faltaban dos horas para que empezara el partido, así que después de vestirme y lavarme los dientes lo invité a entrar y no dejé de hablarle de *Dioses de Andrómeda*.

—Es muy interesante, de verdad, porque la reina debe tener una hija, ya que los hijos varones no son muy importantes. Y hay un báculo de madera; tener el báculo significa tener el poder, así que

todas las gobernantes quieren conservarlo, pero, claro, tenerlo también implica ser consciente de que no siempre tendrás el poder, ¿sabes? Es como si el poder no lo tuvieras tú, sino el báculo. El báculo solo lo tienes en depósito.

—Suena de puta madre —me dijo.

—Por otro lado, si lo que quisiera es ser una de esas chicas que ganan premios, no aceptaría esta película. Tiene un cero por ciento de posibilidades de ganar premios. Quizá el premio al mejor beso en los MTV Movie Awards, pero nada más.

—¿Hay besos?

—Claro que hay besos. Ella está casada, pero también tiene… ¿cómo dirías «queridas» para hombres?

—Queridos —dijo él sin dudar.

—Ella también tiene queridos. Incluido un extranjero que está buenísimo y que es medio orco. Los orcos son malos, pero, por lo que he leído, los medio orcos están bien.

—Así que tendrás que enrollarte con un medio orco si consigues el papel.

—Sí.

—Parece un buen plan.

—Si lo consigo. Mi agente dice que es muy difícil.

—¿Tienes padre? —me preguntó.

—¿En el libro? Si lo tengo, no lo mencionan.

—No, en la vida real. Me he aburrido de hablar de trabajo.

—Sí, tengo padre. Es militar. Mis padres se separaron cuando yo tenía cuatro años. No lo conozco mucho, pero nos llevamos bien. Me llama por mi cumpleaños, viene a mis estrenos y esas cosas.

—¿Le echas la culpa a tu madre por no haber tenido una relación cercana con él de niña?

—Por Dios, ¿no podemos hablar del tiempo?

—Es solo por curiosidad.

—Le echo la culpa a mi madre de muchas cosas. Ella es en buena medida la razón por la que he acabado así.

—Bueno, a mí me gusta cómo has acabado.

La verdad es que siento que si hablo de mi madre, de alguna manera se manifestará desde el más allá y me llevará con ella al otro mundo, y que estará esperándome en el cielo con una mirada decepcionada por haber destrozado su reputación. Le tengo miedo. «Nadie me había dicho que el duelo se pareciera tanto al miedo», escribió C. S. Lewis, y para mí ambos sentimientos se entrelazan.

Kai, tumbado en el sofá de polipiel beis de mi apartamento y mirando al techo con textura de palomitas, me preguntó si pensaba en ella durante las escenas difíciles, como la del viernes.

—Intento no darle esa satisfacción —le contesté.

—Aunque esté muerta —observó él.

—Por muy muerta que esté, sigue siendo mi madre.

—¿Y por qué no quieres darle esa satisfacción?

No me apetecía entrar en detalles con él, así que me limité a decirle lo que ya sabía.

—Porque me robó.

—Mientes fatal —me dijo.

—Eso es una ofensa doble —repliqué dándole una patada desde el otro lado del sofá—. En primer lugar, no estoy mintiendo, y en

segundo lugar, miento de puta madre.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—¿Sales con alguien? —me preguntó.

Estoy segura de que mi cara delató cierta sorpresa, aunque intenté disimularla.

—No. ¿Y tú?

—Siempre estoy un poco enamorado de alguien, pero no, no salgo con nadie.

—¿Y de quién estás un poco enamorado últimamente?

—De ti, supongo —me contestó tan tranquilo—. Pero soy como Andy. En estas cosas estoy jodido. Bueno, deberíamos irnos al partido.

En el Uber, de camino al estadio, me llamó Jamie.

—¿Estás follándote a Matthew Malone?

—¿Perdona? Claro que no.

—Hum —murmuró—. Interesante. Bueno, Matthew Malone ha llamado al director del estudio y le ha dicho que haría no sé qué película de Navidad con él si te dan el papel de Agripa en *Dioses de Andrómeda*.

—Me tomas el pelo.

—Para nada.

—Me dijo que lo llamaría, pero no que le diría eso.

—Pero no te lo estás follando.

—No.

—Lástima. Esperaba que me contaras qué se siente. En fin, el jueves y el viernes no trabajas, así que el estudio quiere que cojas

un vuelo y vayas a hacer el casting.

No me gusta especialmente el béisbol, pero fue divertido ver a Kai dibujando el estadio y el campo mientras me explicaba quién era cada jugador y por qué debíamos animarlos o abuchearlos. Nos marchamos después de la séptima entrada porque estaban pegándoles una paliza y fuimos a dar un paseo por la orilla del río Allegheny. Kai tenía una forma curiosa de caminar, como un misil guiado por infrarrojos. Yo caminaba en línea recta y él se acercaba a mí, luego se alejaba medio paso y volvía a acercarse hasta que nuestras caderas casi se tocaban, y entonces volvía a alejarse medio paso. Aun así, me gustó pasear con él.

Desde que nos habíamos marchado del partido hablaba menos, y yo disfrutaba del silencio, o al menos de lo que podía considerarse silencio cuando uno estaba a un tiro de piedra de una autopista.

—Sabes mucho de béisbol —le dije por fin.

—Sí, bueno, jugaba de pequeño.

—¿Eras bueno?

—Supongo que sí. Defendía muy bien. Como bateador no estaba mal.

—¿Y podrías haber jugado en la universidad?

—Me hicieron varias ofertas. No para la División I ni nada de eso, pero sí, podría haber jugado en la universidad. Lo que pasó fue que muchos otros lo deseaban más que yo.

—Así que eras deportista y además hacías teatro.

—Llevo a una multitud dentro de mí.

—Eras popular.

—Supongo.

—Y guapo.

—Si tú lo dices.

—Y bueno en todo. Con un padre, una madre y un hermano… Parece que tu vida no ha estado nada mal, Kai Laramie.

—Seguro que lo parece —me contestó.

El lunes por la mañana trabajaba con Matthew, los dos solos. En la escena, estamos viendo una exposición de Rothko, y Andy me dice: «Me gusta Mark, pero es demasiado cálido». Mientras esperábamos a la siguiente toma, Matthew y yo nos sentamos uno al lado del otro en las sillas con nuestro nombre y le agradecí que hubiera llamado pidiendo que me dieran el papel en *Dioses de Andrómeda*.

—¿Quién es tu agente? —me preguntó.

Le dije que trabajaba con Jamie en CAA y le pregunté por el suyo.

—No tengo solo a una persona, tengo un equipo. ¿Te cae bien?

—Es una agente —le contesté, y se echó a reír.

—Son serpientes, pero son mis serpientes. Lo que no debes olvidar, Juniper, es que siempre pueden buscarse a otra como tú. Siempre pueden encontrar a alguna chavala ilusa que acaba de bajarse del autobús de Omaha. Pero tú solo te tienes a ti misma.

—Sí —le dije, y la frase «Solo me tengo a mí misma» me recorrió todo el cuerpo.

—Eres buena.

—Gracias.

—Kai también es bueno. Muy bueno.

Intenté no tomarme como algo personal que yo fuera buena y Kai muy bueno.

—Lo es —le dije—. Oye, ¿puedo hacerme un selfi contigo? El estudio quiere… contenido.

—Hay que alimentar a la bestia —me dijo.

Y al instante se transformó en Warhol. Se le hundieron las mejillas y se le vaciaron los ojos. Esbozó una ligera sonrisa mientras yo hacía tres selfis seguidos.

—Me recuerda a las Polaroids de Andy —me dijo Matthew—. A él le habría encantado internet. Lo habría devorado, y le habría encantado de todos modos.

Subí las tres fotos como una serie. A la gente le gustó mucho. Dos mil likes en quince minutos.

Después del trabajo, Kai y yo fuimos a cenar a un restaurante de cocina de Oriente Medio que estaba a menos de un kilómetro de nuestro edificio. Apenas nos habíamos sentado cuando volvió a sacar el tema de mi madre.

—Era una relación complicada, pero la echo de menos —le dije.

—Sigues siendo una pésima mentirosa.

—Contigo todo es una sesión de terapia.

—Me interesas —me dijo—. Me pareces muy interesante.

Después de cenar volvimos a su apartamento a ver el primer largometraje de Kathryn, *Pro Patria Mori*, que trata sobre un chico que vuelve de la guerra y va a ver a las familias de tres compañeros

suyos que han muerto. Kai quería verlo para «hacerse una idea de lo que hará Kathryn con nosotros». La película era lúgubre —todo cielos grises—, pero triste, como no podía ser de otra manera, y estaba bien interpretada. El protagonista era un tío al que reconocí, aunque no recordaba su nombre, uno de esos actores que son como un lienzo en blanco, que se las arreglan para salir en todas partes, pero nunca llegan a ser famosos. Kai se sentó a mi lado en el sofá y nos tapamos con la misma manta, pero sin tocarnos, salvo los hombros. Mi ex, el director de fotografía, me besó la primera vez que estuvimos solos en una habitación. Pensé en que él siempre me deseaba, en que hasta en el set me miraba con evidente deseo.

Pero Kai estaba sentado en el sofá en una postura incómoda, con las manos cruzadas sobre el regazo para no tocarme sin querer. Era como si buscara otro tipo de intimidad. Pensé en algo que había leído en uno de los libros de Andy: «El amor de fantasía es mucho mejor que el amor real. No hacerlo nunca es muy excitante». Y no se equivocaba. Sentía la tela de la camiseta de Kai contra mi antebrazo, y solo eso me dejaba casi sin aliento. Pensé en besarlo —tenía la sensación de que él no daría el primer paso ni aunque pasaran diez mil años—, pero no quería estropear la sensación de su codo casi rozando el mío, de nuestras rodillas a milímetros de tocarse.

—¿Echas de menos a tu madre? —me preguntó Kai cuando empezaron a aparecer los créditos finales de *Pro Patria Mori*—. Aunque te hiciera daño y esas cosas.

Suspiré. Era incansable, así que cedí.

—No era mala persona —le contesté pegando las rodillas al pecho y rodeándome las piernas con los brazos—. No exactamente. Pero sí, la echo de menos. Quería que se sintiera orgullosa de mí. Seguramente sigo queriéndolo.

—Yo también echo de menos a la persona que más daño me ha hecho.

—¿No quieres contármelo?

—Sí que quiero, pero eso cambiaría las cosas, y no quiero que cambien.

—Vale. —Él se quedó callado, así que añadí—: Lo que le pasaba a mi madre es que no quería querer lo que quería. No quería beber. No quería… En fin, me despertaba, ella no estaba y yo tenía que ir sola al set. Mi madre siempre estaba ahí, en todos los castings, en todas las pruebas finales, cada día en el set, y por eso cuando no estaba era terrorífico. Recuerdo que cuando tenía doce o trece años tenía que llamar a los productores para que mandaran a alguien a recogerme y a llevar a mi hermano al colegio.

»Ella aparecía un par de días después apestando a whisky, aunque no era lo que quería. Entonces yo cenaba cereales o comida que cogía del set, veía la tele y me preocupaba por si no volvía más. Cuidaba de mi hermano, que era aún más pequeño. Estaba siempre muy asustada. No era lo que mi madre quería para nosotros, claro, pero así eran las cosas, ¿sabes?

Él se limitó a asentir invitándome a que siguiera hablando, y eso hice.

—Y cuando estaba en casa, no siempre era mejor. Se emborrachaba y nos decía cosas horribles, horribles. Me llamaba cerdita cada vez que comía, porque no quería que engordara. Una

vez que estaba como una cuba nos dijo que no nos quería, que quería querernos, pero que no podía. Me pregunto muchas veces si era verdad. Seguramente no, pero lo dijo.

»Me hacía tomarme el pulso —esto fue cuando tenía seis o siete años—. Me enseñó a contar los latidos en la muñeca durante quince segundos y luego a multiplicarlos por cuatro para calcular mi ritmo cardiaco. Me sentaba a la mesa de la cocina y me hacía contar, y yo le decía: "Cien", y ella me decía: "Bájalo a ochenta". Entonces yo intentaba calmarme, me decía a mí misma que estaba tranquila. Actuaba, ¿sabes? Y lo conseguía. Conseguía bajar mi ritmo cardiaco a ochenta. Entonces me pegaba y me preguntaba cuál era mi ritmo cardiaco, yo le contestaba que ciento veinte o lo que fuera, y ella me decía: "No, no, bájalo a ochenta, Juniper. Mantenlo en ochenta". Y volvía a pegarme. Al final aprendí a mantenerlo en ochenta incluso mientras me pegaba. Ella de pie frente a mí, yo sentada a la mesa de la cocina, ella pegándome y yo intentando mantener el pulso en ochenta o menos. —Me coloqué el pulgar derecho en la muñeca izquierda y sentí la vida dentro de mí—. Incluso ahora, mientras te lo cuento, puedo mantenerlo exactamente en ochenta. Y puedo bajarlo si quiero. Toca. —Extendí el brazo y sus suaves dedos me presionaron la muñeca. Mantuve el pulso bajo, luego lo aceleré y a continuación volví a ralentizarlo—. Estoy actuando. Como ella me enseñó.

»Sin embargo, estaba encantada con mi éxito. Le encantaba cuando conseguía un trabajo. Yo pensaba: "Algún día dejará de beber. Algún día tendremos una relación de verdad. Me pedirá perdón, se redimirá, yo la perdonaré y podremos tener una relación de verdad". Pero ahora ya no es posible, ¿sabes? Porque ahora está

muerta. No te das cuenta de lo definitiva que es la muerte hasta que muere alguien a quien quieres.

Solo entonces me di cuenta de que Kai seguía sujetándome la muñeca.

10

Tenía dos días libres porque Kai y Matthew iban a filmar escenas con la actriz que hacía el papel de Pat Hackett, la amiga de Warhol. Mi vuelo a Los Ángeles para ir al casting era a las cuatro de la tarde, así que pasé la mañana en el Museo de Arte Carnegie. No sé mucho de arte contemporáneo, aparte de lo que aprendí investigando sobre Andy, pero me gustan los museos. Me gustan las cafeterías. Me gusta ver a parejas contemplando arte juntas. Creo que lo que me gusta de los museos es lo mismo que me gusta de actuar: actuar es una oportunidad para visitar rincones de mi mente que no podría descubrir de otra manera.

Por ejemplo, estaba frente a un tríptico abstracto de Joan Mitchell, y de repente recordé un ensayo de Donald Hall en el que cuenta que su tío lo guardaba todo, incluida una caja con la etiqueta «Cuerda demasiado corta para guardarla». ¿Por qué ese cuadro me había hecho pensar en eso? Seguí mirándolo y pensé en nuestra escena en la discoteca, en que quien lloraba era y no era Kai. Pensé en besarlo, en que, de una forma u otra —actuando o no—, besaría a Kai muy pronto.

Seguí mirando el cuadro y empecé a verlo en tres dimensiones. Me senté en un banco blanco y duro y oí el suave zumbido de un aire acondicionado. Los tres paneles del cuadro me atraían hacia

ellos. Franjas de color azul, naranja, amarillo y verde con algunos destellos en rojo. La verdad es que el cuadro no parecía nada en concreto, pero sentí que podía entrar en él. Me pareció casi un paisaje del interior humano, como la sensación al recordar que todas las personas que conoces van a morir.

En la cafetería, escribí en mi diario.

> *¿Quién eres tú, aparte de la lista de cosas que eres? Superviviente de maltratos, hija, amiga y exnovia. ¿Existe un tú al margen de todas esas identidades o eres una acumulación de ellas? Cuando reflexionas sobre Carly, piensas en todas las cosas y en todas las personas por las que ha pasado, pero ¿no hay un yo independiente, un tú ineludible? ¿Conoces esa parte de ella o solo acumulas sus traumas?*

Justo en ese momento me llegó un mensaje de Kai. «Te echo de menos y te quiero, pero pasar el día con Matthew Malone es mágico que te cagas. Acaba de decirme: "Una buena vida te cabe en el coche. Una vida genial te cabe en la moto"».

Le contesté: «Dice esas cosas como si nada».

Él: «Hace un momento me ha dicho que soy elegante como un gato».

Yo: «ERES elegante como un gato».

Él: «Gracias. Siempre he querido ser un gato».

Yo: «Que quieras ser un gato es quizá lo que menos me sorprende de ti».

Él: «Solo quiero tumbarme al sol y estar seguro de que me quieren. ¿Dónde estás?».

Yo: «Estoy en el Museo Carnegie. Me he pasado la mañana viendo arte contemporáneo, que me gusta, aunque no acabo de entenderlo. Quizá debería apuntarme a algún curso».

Vi que aparecían los tres puntos y luego desaparecían. Hora de volver al trabajo, al parecer. Pasé por delante de los cuadros de paisajes del siglo XIX, pero la verdad es que no me dijeron nada. De repente, saliendo de las salas, me detuve en seco ante un cuadro de Kerry James Marshall en el que aparecía una joven negra en una galería de arte, con una falda de estampado botánico y un jersey ancho de cuello alto. Me encantó el cuadro, aunque no lo entendía. Ojalá supiera más de arte, por qué me gustaba lo que me gustaba o incluso si me gustaban las cosas adecuadas.

Le hice una foto al cuadro y volví a mi apartamento. Me comí un plátano y un poco de melón y colgué en Instagram un carrusel sobre mi visita al museo. Me pasé un rato dando likes y comentando fotos de mis amigos y después leí y comenté varios posts recientes en los que me habían etiquetado. Había ganado once mil seguidores —ya estaba cerca de los cuatro millones— desde que había publicado la foto con Matthew. Él arrasaría en Instagram, pero nunca se abriría una cuenta, por supuesto. Las auténticas celebridades no lo necesitaban. Instagram es acceso: te pones a disposición del mundo a cambio de su atención. Las estrellas de verdad, las que están a años luz de todos los demás, no necesitan hacer ese trato.

Mientras hacía la maleta para el viaje, lloré la pérdida de mi madre. Pensé en lo contenta que estaría por ese casting, en que me llamaría y me enviaría mensajes por muy borracha que estuviera. Para mí, el duelo no es lo mismo que echar de menos o querer; es la sensación de ausencia, la conciencia de un vacío. Ella siempre me

llamaba «mi pequeña», «mi brillante actriz» o «mi niña especial». Siempre suya. Y seguía siéndolo. Seguía siendo suya, seguía cautiva de ella.

Mi anterior película, la que filmó el director de fotografía, era un drama con tintes de comedia romántica en la que mi personaje se enamora mientras llora la pérdida de su padre, un cómico de monólogos que rara vez estaba en casa con ella. Por supuesto, cuando acepté el papel no sabía que antes de que terminara el rodaje yo misma estaría llorando la pérdida de mi madre.

Toda historia de amor cinematográfica necesita un obstáculo, una razón que impida que los personajes se enamoren de forma natural. En nuestra película, el obstáculo era que mi interés amoroso finge estar casado para complacer a sus padres, pero mi personaje cree que lo está realmente. Es un obstáculo tonto —la mayoría de los obstáculos de las películas lo son—, pero solo tienes dos horas para contar una historia, así que debes recurrir a atajos. En la vida real, los obstáculos siempre son complejos y desconcertantes, claro. Por ejemplo, los de Andy Warhol para enamorarse eran: 1. Se sentía feo; 2. Adoraba la fama y la belleza; 3. El sexo lo aterrorizaba al menos tanto como lo excitaba, y 4. Le costaba encontrar a la persona entre tanta actuación. En mi relación con el director de fotografía, el obstáculo fue que me deseó hasta que me tuvo, y a partir de ese momento empecé a ser cada vez menos interesante. Estos obstáculos no son buenos para una película.

En la vida real, a veces el obstáculo es que el hecho de que alguien te toque te pone de los nervios por razones que no

entiendes. La persona te resulta molesta, o es inmadura, o desprende malas vibraciones, o lo que sea. Pensé en Kai y en nuestro obstáculo. Por una parte, yo no tenía tiempo para una historia de amor, al menos no para una de esas historias apasionadas en las que solía meterme. Por otra parte, él parecía cerrado a una relación amorosa. Pero me gustaba gustarle a Kai. Quería gustarle más. Me encantaba que dijera «Te quiero», la naturalidad con la que lo decía, y quería que me quisiera más. Ni siquiera sabía si lo deseaba, porque estaba demasiado ocupada deseando que él me deseara a mí. Me gustaba que se me cortara la respiración cada vez que nos tocábamos, que él no pudiera evitar acercarse a mí y que nuestras rodillas se hubieran rozado cuando estábamos sentados uno al lado del otro viendo *Pro Patria Mori*.

Cuando esa tarde llegué al aeropuerto de Los Ángeles, un coche estaba esperándome. Había terminado el libro *Dioses de Andrómeda* en el avión. En los libros siempre hay muchas cosas que no tienen cabida en las películas, digresiones y comentarios que hacen que una historia parezca real. Pero, aunque está claro que no soy imparcial, las buenas películas suelen parecerme mejores que los libros en los que se basan, precisamente porque en las películas no hay espacio para la paja y cada escena tiene que cumplir varios objetivos.

En cualquier caso, *Dioses de Andrómeda* me había gustado mucho, y mientras iba directamente desde el aeropuerto hasta el casting en un Mercedes negro, no dejaba de pensar en una página que había doblado por la esquina con un breve monólogo de Agripa

que no estaba en el guion. Aunque nunca lo interpretaría, creía que si me aprendía ese monólogo, podría llegar a entender de verdad a Agripa desde dentro.

Conocía un poco a la directora de casting, Nina, que me recibió en la puerta oscurecida de su local de West Hollywood. Me acompañó a una sala donde todos estaban sentados detrás de una mesa: Brian Arawas, dos productores, Todd el del estudio y la autora, Valentina Leavitt. Todd estaba contando un chiste justo cuando entré.

—Y el loro no dejaba de decir los tacos más guarros que os podáis imaginar. Al final, el dueño se cabrea y mete al loro en el congelador. El loro grazna durante un minuto y luego se queda totalmente en silencio. El dueño, preocupado por si lo había matado, abre el congelador, y el loro sale de un salto y grazna: «Señor, lamento mucho mi lenguaje soez. No volverá a pasar». Y al cabo de un momento añade: «Por cierto, ¿qué hizo el pollo?».

Me reí junto con todos los demás y fui a saludarlos, primero a la autora, que casi me hizo una reverencia cuando le dije que su libro me había encantado. Arawas era el último de la fila, un hombre de cuarenta y pico años que llevaba unos vaqueros y una camiseta desteñida de Grateful Dead. Las gafas pequeñas y redondas le agrandaban los ojos, que ya eran grandes. Después de los saludos me coloqué delante de la cámara.

—Primero haremos la escena del inicio de la guerra de los orcos —me dijo Nina, y yo asentí.

Mientras preparaban las cámaras, no pude evitar volver a pensar en mi madre. Me había llevado a muchísimos castings. Yo tendría

ocho o nueve años cuando me di cuenta de que, como ella estaba borracha día y noche, también conducía borracha cuando me llevaba por la ciudad, y recuerdo la contradicción de saber que conducir borracho estaba mal y también que mi madre era buena.

Mi madre no quería querer lo que quería, pero lo quería igualmente. Es imposible que creyera que darme bofetadas era una estrategia eficaz para convertirme en una buena actriz.

Aunque, pensándolo bien, soy bastante buena actriz.

Me tomé un segundo, la expulsé de mi mente y dije: Juniper Castillo. Uno sesenta y tres. Mayor de dieciocho. «Los orcos están a las puertas, mi señora», dijo Nina, y me metí en el personaje de Agripa. Durante la siguiente media hora hicimos dos escenas cinco o seis veces cada una; Brian y de vez en cuando Todd me daban indicaciones entre escena y escena. Tenía que demostrar no solo que sabía actuar, sino también que seguía las indicaciones del director.

Después de filmar las escenas, Nina se dirigió a las cámaras para apagarlas.

—Perdón… —dije—. En el libro hay una escena, un monólogo de Agripa, que me encanta. ¿Puedo hacerlo aunque no esté en el guion?

Vi que Valentina me miraba con interés.

—Por supuesto —me contestó Brian.

Y empecé a interpretarlo.

—Si abandonamos nuestras tradiciones en esta guerra, los orcos ya habrán ganado. Durante siete generaciones, y las siete anteriores, este báculo lo han empuñado las mujeres que gobiernan el Reino. Este báculo es más importante que quien lo empuña. Pero

ahora mismo, señores y señoras, la que lo empuña soy yo, y no voy a cedérselo a ningún hombre ni a ningún orco.

Seguí así durante un par de minutos y sentía que las palabras me salían del estómago, como si expulsara el aire desde la barriga, no desde los pulmones.

—Ha sido muy bonito —me dijo Valentina cuando terminé.

—Vaya, veo que te has preparado —añadió Brian.

—Gracias. ¿Queréis que lo repita o…?

—No, Juniper —me contestó Brian—. Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos. Ha sido un placer ver a tu Agripa. Un regalo. Te llamaremos.

11

—¿Es tu cuaderno de personajes? —me preguntó Kathryn una mañana entre toma y toma.

Estábamos rodando al aire libre, una escena de la entrevista con Jude y Carly.

—Sí —le contesté—. Algo a medio camino entre un cuaderno de personajes y un cuaderno personal.

—Yo antes llevaba un diario —me comentó.

Odiaba la palabra «diario». Me sonaba como a cosa de niños.

—¿Ya no?

—Creía que sería muy importante que los especialistas en dirección compararan mi diario con mis películas para entender mis obras. Luego dirigí un anuncio de Verizon y me di cuenta de que mi diario no iba a interesarle a nadie.

—A mí me ayuda a mantenerme concentrada —le dije poniéndome a la defensiva.

—Sí, bueno, cada cual tiene su método.

Pasamos casi una hora ensayando la escena en la que camino con Jude y le hago preguntas sobre Andy. Llevaba mi libreta de periodista en las manos, así que tenía que tomar notas mientras

caminaba y escuchaba a Kai hablándome de Andy. Yo solo tenía que decir una frase —«Cuando Andy hace de modelo, ¿crees que es consciente de la ironía?»—, pero tenía que decidir cómo Carly iba a escuchar su épica respuesta. Era una de las mejores y más contundentes partes del guion.

—No es ninguna ironía, querida. No es ninguna ironía. Andy Warhol quiere ser conocido. Quiere ser conocido, y no te lo tomes a mal, incluso por ti y por gente como tú. Pero Andy también quiere que lo conozcan otros artistas, los que marcan tendencia, la juventud electrizante y los que valoran la cultura. No ironiza cuando se convierte en modelo; hace de modelo. No ironiza cuando se convierte en un hombre de negocios; hace… negocios. No ironiza. Es absoluta y radiactivamente él. Le encantan los frikis, los gais y los atrevidos porque tienen lo que tú quieres, lo que todos queremos, que es estar a la vanguardia de todo. Saben algo que tú nunca sabrás, que es cómo amar en un mundo que no te devolverá el amor.

—Esto va directo al tráiler —dijo Kathryn—. Lo tengo clarísimo. ¡Corten!

Volvimos a rodarlo. Clavé mi frase en cada toma y ocupé mi posición exacta, y Kai la suya. Sentí que habíamos encontrado el ritmo de la película. El diálogo ya no nos resultaba difícil ni ajeno; ahora era nuestro lenguaje compartido. En cuanto conoces a tu personaje, es un placer vivir con él. Uno de los grandes problemas de ser humano es que te pasas todo el tiempo dentro de un mismo cuerpo, mirando el mundo a través de los mismos ojos, incapaz de imaginar con

claridad cómo te sentirías si fueras otra persona. Ves a todo el mundo, incluso a las personas más cercanas a ti, en relación contigo mismo. Mi madre. Mi hermano. Mi amigo. Pero mientras caminaba y hablaba con Kai, no sentía que Carly fuera mi nada. Estaba, en la medida de lo posible, fuera de mí y dentro de ella. Era lo más parecido a la magia que he experimentado jamás, y aunque acabé cansada de rodar la misma escena una y otra vez (dieciséis veces, para ser exactos), la sensación de no ser yo nunca dejó de sorprenderme.

¿Me gustaba actuar o me gustaba ser buena actuando? Me gustaba ser buena, pero también me encantaba el trabajo en sí. Disfrutaba encontrando el gesto adecuado, el momento perfecto para pasar la página de mi libreta de periodista y la forma correcta de mirar de reojo a mi compañero de escena. Y el dinero tampoco estaba nada mal. Iba a ganar noventa mil dólares por esa película, menos de lo que casi todo el mundo cree que ganan los actores, pero más de lo que ganaría en tres meses haciendo cualquier otra cosa. Y además podría proporcionarme otras oportunidades, más acuerdos como el de Dior. Todavía no tenía mucho dinero, pero iba camino de conseguirlo, y sé que es algo poco frecuente en jóvenes de veintidós años que han dejado la universidad. Yo fui una niña maltratada, pero también una niña privilegiada forjada por mi maltratadora.

Esa noche invité a Kai a cenar —pedimos comida tailandesa a domicilio en su apartamento—, y él me puso una serie de televisión

que le gustaba sobre un pueblo medieval que luchaba por el poder en una tierra mágica. Estaba bien interpretada y me recordaba un poco a *Dioses de Andrómeda*. Cuando terminó la serie, estuvimos hablando de ella y luego nos quedamos sumidos en un silencio compartido. Al final, me levanté para marcharme.

—Te quiero —me dijo.

—Gracias. —Me detuve en la puerta y me volví hacia él—. Kai, ¿te caigo bien o sabes que es bueno para la película que te caiga bien?

—Oh, me caes bien. Me caes muy bien. Creo que eres muy inteligente y muy interesante. Me atraes, por así decirlo. Siempre quiero pasar más tiempo contigo.

—Gracias.

—Bueno, es la verdad. No le diría a Kathryn que me cae bien, porque no me cae bien.

—¿Qué es lo que no te gusta de Kathryn?

—Tú eres mucho más inteligente que yo, pero no me lo haces sentir. Ella sí.

—Tú eres inteligente de otra manera.

—Eso es lo que dicen las personas inteligentes para ser amables.

—Eres un actor brillante.

—Para mí es más fácil. Sé menos que tú, así que tengo menos que olvidar.

Me reí.

—Y eres gracioso.

—Gracias, Juniper. Somos una auténtica Sociedad del Aprecio Mutuo. Me gusta.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Di un paso hacia él.

—Hablas mucho de lo peor que te ha pasado en la vida, pero no dices lo que fue. Es difícil no sentir curiosidad.

—Eso no es una pregunta.

—¿Qué fue lo peor que te ha pasado?

—Básicamente, tuve que testificar en un juicio.

—¿Qué pasó?

Suspiró.

—He observado que la gente hace estas cosas. Creen que si se muestran sus peores horrores o lo que sea, están unidos. Son amigos. Tú me cuentas lo de tu madre y yo te cuento lo del juicio, y así nos unimos. Pero en realidad no es la forma de conocer a una persona, es solo la forma de ver sus heridas más sangrientas. Es como un atajo. No quiero coger un atajo contigo.

Quise decirle: «Pero tú me preguntas por mi madre a todas horas». Sabía que solo estaba poniéndose a la defensiva, y una parte de mí quería derribar esos muros y llegar a lo más profundo de él, pero era su vida, su historia, y él debía decidir si compartirla o no.

—De acuerdo —le dije—. Me parece bien. Solo digo que quiero estar cerca de ti. Quiero escucharte.

—Buenas noches, Juniper. Te quiero.

—Buenas noches, Kai.

12

En las escenas que rodamos al día siguiente, Andy está en la inauguración de una exposición en Italia, la última inauguración de su vida, la de sus cuadros de *La última cena*. Kai y yo aparecemos casi todo el tiempo al fondo comentando su aspecto (frágil y enfermo) y el ambiente de falsa alegría del evento (el galerista que había encargado la obra estaba en el hospital, muriéndose de sida, pero todo el mundo intentaba fingir que todo iba bien). En nuestra galería ficticia, construida en un almacén de Pittsburgh, habían colgado reproducciones de los cuadros, y yo las miraba entre toma y toma.

—¿Te gustan? —me preguntó Kai.

—No los entiendo, pero me gustan.

—Es lo que me pasa a mí con las personas.

Empecé a decirle algo, pero él ya se había ido a hablar con Lon y Natalie. Me quedé un rato delante del cuadro, una enorme recreación de *La última cena* de Leonardo da Vinci, pero con las franjas de colores de Andy. Pensé en el hecho de estar contemplando una reproducción de un cuadro de Warhol que a su vez era una reproducción de una escultura de yeso de *La última cena* que Andy había comprado en Times Square que a su vez era

una reproducción del cuadro de Da Vinci. Imagino que a Warhol le habría gustado.

Warhol era católico, como yo, supongo, aunque yo no voy a misa. Los cuadros no eran irónicos, pero tampoco me parecían especialmente sagrados. De nuevo me descubrí preguntándome si para él todo era superficial. Levanté la mirada y vi a Matthew, con su peluca plateada y su complexión esquelética, a mi lado.

—Sigo sin entender a Andy —me dijo—. Por suerte para mí, Andy tampoco se entendía a sí mismo, así que eso me salva.

Esa semana no terminamos hasta las cuatro de la mañana del sábado. Dormí hasta el mediodía y luego leí varios poemas de una antología titulada *Poética estadounidense*, que había formado parte de la asignatura Modernidad Nocturna. Estaba intentando desengancharme del móvil, que prácticamente dominaba mi vida, así que eran las dos de la tarde pasadas cuando me levanté por fin de la cama y descubrí que mi teléfono, que estaba enchufado en el baño, tenía tres llamadas perdidas y varios mensajes de Jamie.

La llamé.

—¿Qué pasa?

—Te quieren para *Dioses de Andrómeda*. Un millón doscientos por adelantado y la participación en los beneficios no está nada mal, pero vamos a intentar subirla un poco. No tendrás participación en los beneficios desde el primer dólar, claro, pero si la película da dinero, tú también lo ganarás. El libro está en boca de todos. Brian Arawas es brillante. Me encanta para ti. ¿Qué te parece?

—¿Un millón doscientos mil dólares?

—Exacto. Y si hacen secuelas, negociaremos al alza.

Hice números: mi abogado se llevaría sesenta mil dólares por el contrato. Jamie se llevaría ciento veinte mil. Luego estaban los honorarios de Katie, el estilista, los impuestos y todo lo demás. Aun así, acabaría con medio millón de dólares limpios.

—Sí —le dije.

—¡SÍ! —exclamó Jamie—. ¡Sí! Llamo ahora mismo al estudio y lo cierro.

Una cosa sobre mi madre: no escatimaba en orgullo. Siempre me decía que estaba orgullosa de mí. Estaba orgullosa incluso después de un mal casting. Siempre nos llamaba a mi hermano y a mí «mi orgullo y mi alegría», pero cuando yo era pequeña, creía que decía «mi orgullo es mi alegría», como si se alegrara de sentirse orgullosa de nosotros. Sabía lo orgullosa que estaría de mí por haber conseguido el papel protagonista en una película tan importante. Me imaginaba su cara —pálida y deteriorada por el paso del tiempo, una de esas caras que te recuerdan que la gravedad tira de nosotros— iluminándose al decirle que había conseguido el papel. «¿Y qué?», diría Andy.

Al primero que llamé fue a Kai.

—Me han cogido para Agripa.

—¡DE PUTA MADRE! ¡CLARO QUE SÍ! —gritó—. ¡Sí! Acabo de levantar el puño como un personaje de una película de deportes. ¡Eres Agripa!

—La reina del Reino.

—Voy a intentar meterme como extra solo para verte con tus vestidos sexis de Agripa.

—En realidad, las reinas del Reino suelen llevar túnicas largas.

—Para, esto se pone demasiado sexi. Joder, Juniper, es increíble. Tenemos que celebrarlo. No tengo presupuesto para celebrarlo, pero conozco a alguien que sí. Espera un momento, te llamo enseguida.

Me colgó. Intenté volver a leer poesía, pero estaba demasiado emocionada. Un millón doscientos mil. Un papel protagonista de verdad en una película de verdad. Kai me llamó.

—Listo, quedamos en un bar que se llama Pelican a las tres de la tarde. Tú, yo y quizá un mecenas rico. Las copas corren por mi cuenta. Es decir, por la suya.

—Yo no bebo —le recordé.

—Lo sé. He buscado en Google los «mejores cócteles sin alcohol de Pittsburgh» y ha aparecido el Pelican. Vas a pillar un buen pedo de mojitos sin alcohol.

—De acuerdo —le dije tras pensarlo un instante—. Nos vemos a las tres.

Matthew Malone estaba esperándome fuera del bar, con una gorra de béisbol y gafas de sol.

—Oh, Junie —me dijo—, felicidades. —Y me dio un abrazo.

—¿De verdad le dijiste a Tom Weisman que harías otra película con el estudio si me daba el papel? —le pregunté mientras entrábamos en el bar.

—Puede ser —me contestó—, pero solo porque iba a hacer esa película de todos modos. —Esbozó una media sonrisa.

—Gracias, Matthew.

—Nuestro negocio funciona a base de favores. Algún día me lo devolverás dándome un papel en una película que produzcas cuando yo sea un viejo decrépito. Tienes mucha garra, Junie. Y talento. Pero lo que te llevará a donde quieres llegar es la ambición.

Cuando Matthew llegó a la barra, se quitó las gafas de sol. El camarero lo miró dos veces antes de decir:

—¿Es usted… quien creo que es?

—Pues sí. Unos amigos y yo queremos celebrar algo esta tarde y nos gustaría alquilar vuestro bar.

—Bueno, no hay casi nadie.

Lo cierto era que había dos personas en una mesa mirando boquiabiertas a Matthew Malone.

—Nos gustaría que el evento fuera privado.

—Señor, verá…, no sé si puedo echar a la gente sin más. Tendría que llamar a mi jefe.

—¿Serían suficientes cincuenta mil dólares para alquilar el local para una fiesta privada durante un par de horas?

El tipo asintió con bastante efusión.

—Sí. Sí. Serían, oh, sí. Yo me ocupo.

—Y como disculpa por las molestias, pagaré su cuenta —le dijo señalando con la cabeza a la pareja de la mesa.

—Claro, por supuesto —le respondió el camarero.

La pareja no tardó en marcharse.

Kai apareció unos minutos después y me rodeó con sus brazos.

—Ahora ya eres toda una estrella de cine —me dijo—. Aunque nuestra película sea una mierda.

—Que no lo es —lo interrumpió Matthew.

—Que no lo es, por supuesto, pero, aunque lo fuera, tú vas…, tú vas a ser el puto Matthew Malone, con gafas de sol y gorra, vayas donde vayas.

—Bueno —le dijo Matthew—, tampoco te pases. Solo hay un puto Matthew Malone.

Me tomé tres cócteles sin alcohol diferentes, uno de ellos con una especie de ginebra falsa que se llamaba Juniper Everlasting, lo cual nos hizo mucha gracia a todos. Matthew se tomó sus habituales Old Fashioned, y no pocos, Kai se bebió un par de cervezas y hablamos de cómo había ido el rodaje hasta ese momento y de que solo nos quedaban dos semanas.

—Kai la recordará como su primera película —dijo Matthew—, pero me pregunto cómo la recordarás tú.

—Como mi primera película buena —le contesté.

—Yo la recordaré por vosotros dos. Dos chicos que es evidente que aman su trabajo y que se aman el uno al otro. Me habéis recordado por qué me dedico a esto. Por qué sigo queriéndolo a pesar de todo.

Kai me rodeó con el brazo y en ese momento me sentí muy querida. Pero claro que lo era. No puedo evitar asociar el éxito con ser querida; es lo que me enseñaron.

13

Mi parte favorita del guion, la que de verdad hizo que quisiera participar en la película, no era un diálogo, sino la página que describía una escena de Andy en el hospital preparándose para la operación de vesícula biliar.

La música va subiendo de volumen. Él odiaba los hospitales. Representaba de todo en sus obras: sillas eléctricas, ejecutivos, zapatos, accidentes de coche, botellas de vino, drogas, gatos, edificios y billetes de dólar. Pero solo una vez una cama de hospital. 1954. Estaba al principio de su carrera. Era un dibujo a tinta, casi abstracto. Un encargo, por supuesto. En aquel entonces todavía no era Warhol. Seguía siendo Andrew Warhola. Hagamos lo que hagamos, lo que realmente creamos es a nosotros mismos. La calidad de su trazo era prometedora, pero lo prometedor es frecuente, incluso omnipresente, en las personas de veintiséis años. En el dibujo, la cama de hospital está al fondo. En primer plano, unas manos. Las manos que se adentraron en su padre, tal vez. Las manos que le extirparon la vesícula biliar, la operación de la que Ondrej nunca se recuperó. Ahora su hijo estaba en una cama de hospital. El mismo órgano fallido. La misma operación. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sí mismo como el hijo de Ondrej, pero ahí estaba, un chico con una bata, sin poder decidir lo que iba a pasar. Era horrible estar sin peluca y vestido así, más aún porque todas las enfermeras lo sabían. Este es Warhol. El artista. En qué se ha convertido Warhol el artista, forjado en la fragua de no tener alma.

Una enfermera entra en la habitación, la música se detiene y Andy oye: «Ha llegado la hora, señor Warhol». Está solo. Su última pareja, Jon, había muerto de sida un año antes. Warhol tiene un cristal en la mano —al final de su vida le dio por los cristales curativos— y se dirige al quirófano a someterse a una intervención de la que nunca se recuperará.

Nunca vemos el cadáver; nos vemos a nosotros enterándonos de la noticia, y al mundo enterándose de la noticia. Y entonces todos sus amigos y colegas se reúnen en la Fábrica, porque, aunque el local ya no existe, es el único lugar al que ir. Jude y yo acabamos en la azotea de su apartamento y allí nos damos el primer beso, en lo que el guion llama «una obstinada negativa a caer en la desesperación».

La escena de amor estaba justo al final del rodaje, y antes de filmarla nos reunimos con un coordinador de intimidad que nos preguntó a cada uno cómo veíamos la escena y qué tipo de cobertura queríamos. Yo en ningún momento me quitaba el sujetador, pero a Kai se le veía desnudo, así que tuvo que ponerse un pequeño parche en la entrepierna. Ese día nos besamos y lo sentí como un beso de verdad, me senté a horcajadas sobre él y me sentí a horcajadas, y la cámara recorrió su torso desnudo y bajó hasta más allá de la cadera, y solo estábamos actuando, pero también nos estábamos enrollando. Es una droga de lo más extraña que te hace sentir ambas cosas a la vez, sobre todo porque, aunque era un set cerrado, había mucha gente mirando, incluido el chico que sujetaba el micrófono de pértiga, que tenía que mantenerlo por encima de su

cabeza mientras Kathryn conseguía su toma de varios minutos, y cuando Kathryn por fin gritaba «¡Corten!», él bajaba el micrófono y gemía como si también estuviera teniendo sexo, algo de lo que Kai y yo no dejábamos de reírnos entre toma y toma.

Esta vez a Kai no le costó sumergirse en las profundidades emocionales. Sentía que confiaba en mí. Lo besaba y besaba sus lágrimas. Le acariciaba el pelo mientras él sollozaba sobre mi hombro. Entre toma y toma, se sentaba en su silla con los AirPods puestos y después volvía a llorar. El ambiente en el plató era bonito y tranquilo, como si todos compartiéramos esa terrible pérdida.

Yo no dejaba de pensar en el momento en el que murió mi madre, aunque no quisiera. Aquel día había estado en el set, haciendo la película que filmó el director de fotografía, y en mitad de una toma el director gritó «¡Corten!» y me dijo: «Junie, vamos a tu caravana, que tengo que hablar contigo». Odio que me llamen Junie, aunque la gente siempre me llama así en cuanto creen que me conocen.

En mi caravana me dijo: «Esta mañana han encontrado muerta a tu madre. Lo siento mucho, Junie». Lo primero que pensé fue: «Se acabó». Se acabó. El estrés se había acabado. No saber si contestar o no sus llamadas, no saber si enviarle dinero…, se había acabado. Pero ella me había querido. Me había hecho mucho daño, pero también me había querido, y cargar con esa paradoja se volvió aún más imposible después de su muerte.

En el set había ciento treinta personas esperando a que volviera al trabajo, así que volví al trabajo. Terminé la jornada. Al menos mi madre había criado a una profesional.

De vuelta en mi camerino después de haber rodado la escena de amor, oía a Kai caminando al otro lado de la estrecha pared que nos separaba.

—¿Quieres estar solo? —le pregunté a través de la pared.

—La verdad es que no —me contestó.

Así que salí, subí los escalones hasta su camerino, me tumbé en el sofá con él y dejé que su precioso pelo se deslizara entre mis dedos. No era muy diferente de la escena que acabábamos de rodar, solo que sin besos.

—Ahora puedo llegar hasta ahí —me dijo—. Has conseguido que me sienta seguro adentrándome en los lugares más profundos, los lugares que no me parecen estables.

—Cuando quieres a alguien, supongo que parte de su dolor se convierte en el tuyo.

—Básicamente acabas de decirme que tú también me quieres —me dijo Kai riéndose.

—Básicamente —admití.

Un par de días después, cuando terminamos el rodaje, todo el mundo nos aplaudió a Kai y a mí, yo lloré un poco y Matthew Malone vino al set, aunque ese día no trabajaba, y nos abrazó, y después Kai me abrazó y me dijo que me quería por milésima vez. Al volver a mi camerino encontré una tarjeta de felicitación en el sofá en la que ponía: «A mi cuñada favorita, feliz cumpleaños».

Querida Juniper:

Gracias por haber hecho esta película. Gracias porque haya sido tan divertido actuar contigo. El aire es diferente cuando tú estás en una habitación. Tú cambias el ambiente. Gracias por ser una buena amiga y por no juzgarme. Gracias gracias gracias. Te quiero.

A las seis estaré en el vestíbulo de nuestro edificio con mis mejores galas porque Matthew tiene un regalo para los dos.

Con cariño,

Kai

Tony me llevó al apartamento por última vez en su furgoneta blanca.

—¿Qué tal te ha ido? —me preguntó.

—Solo espero que la película sea buena.

—Tienes que disfrutar del proceso. El horario es una mierda y el sueldo es mediocre, pero estás haciendo películas, ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Sí —le contesté—. Me gusta hacer películas.

—Bueno, ha sido un placer llevaros en mi furgoneta. ¿Qué es lo siguiente que vas a hacer?

—Una fantasía épica. ¿Y tú?

—Van a rodar aquí una película de Batman. Intentaré meterme, pero eso mismo harán todos los demás.

—Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

—Oh, seguro que sí. La vida es larga si tienes suerte, y ninguno de los dos tenemos edad para jubilarnos.

14

Me arreglé para estar presentable: un vestido corto de manga larga y unas botas hasta la rodilla que un estilista me había combinado alguna vez. Me cepillé el pelo y me lo dejé suelto. Ahora sé que tengo buen pelo, o al menos mucho. Cuando bajé, Kai ya estaba allí, apoyado en una columna del vestíbulo, con un traje negro y una corbata estrecha también negra.

—Guau. Estás guapísima —me dijo.

—Gracias, Kai. Tú tampoco estás nada mal. ¿Qué nos ha regalado Matthew?

—A ver si lo adivinas.

—Espero que sea un coche. He oído que regaló una moto a cada miembro de su equipo de especialistas después de su última película.

—Vaya, pues prepárate para llevarte una decepción.

En el todoterreno —negro, con asientos de cuero y un chófer vestido con traje— le pregunté a Kai a dónde íbamos.

—Estaba hablando con Matthew sobre lo que podía regalarte para celebrar el final del rodaje, y él me dijo que las experiencias duran más que los objetos.

—Una respuesta muy propia de Matthew.

—Sí. Me preguntó qué te gusta, y pensé que, aunque hemos hablado mucho, no sé qué te gusta. Sé que no te encanta el béisbol…

—No me encanta.

—Pero no sé si te encanta hacer punto, por ejemplo.

—No me encanta.

—Bueno, supongo que te gusta algo, así que he pensado que podría llevarte a una clase de cerámica, a una charla de un profesor de literatura francesa del siglo XVIII o a lo que sea, pero la verdad es que tampoco sé si te gusta alguna de esas cosas. Lo único que sé es que te gusta el arte, pero dices que no entiendes el contemporáneo. Así que le comenté a Matthew que te gustaba el arte y que quizá podría llevarte a un museo con un guía o algo así, y él me dijo: «Yo me ocupo de organizar algo», así que vamos al Carnegie a ver qué nos ha organizado.

—Qué detalle tan bonito, Kai. Pero estás haciendo que haya quedado fatal con mi regalo.

—¿La funda del iPad con la lata de sopa de Warhol? ¡Me encanta mi funda de iPad, joder! No hables mal de mi adorada funda.

Cuando llegamos al museo, vimos fuera a una mujer bajita con flequillo corto mirando el móvil.

—¿Kai y Juniper? —nos preguntó.

Asentimos y se presentó como la conservadora jefe de arte contemporáneo del Museo Carnegie. Rondaría los cuarenta y cinco años y tenía los ojos grandes y un aspecto serio.

—Me han dicho que te gusta nuestro tríptico de Joan Mitchell —me dijo.

—Sí, pero no lo entiendo.

—Bueno, no sé si hay tanto que entender como temes —me contestó mientras abría la puerta del museo y nos invitaba a seguirla.

Subimos una escalera y llegamos a una galería larga y estrecha. Me detuve de nuevo frente al cuadro de Kerry James Marshall en el que aparecía una mujer en una galería, y la conservadora me explicó que la piel negra a menudo se había descuidado y pintado muy mal. Artistas como Marshall intentaban plasmar la piel de otra manera al tiempo que se adentraban en la historia del arte, un aspecto que quedaba enfatizado al haber situado a la figura en una galería. Frente a mí, Kai contemplaba un cuadro vibrante y enérgico de algo que parecía un estadio semidesmantelado.

—Ah, Julie Mehretu —dijo la conservadora—. Uno de mis favoritos. Siempre he pensado que este cuadro quizá refleja lo que supone ser un deportista en los Juegos Olímpicos o algo así: un torbellino de banderas y nacionalismo, de miedo y orgullo.

Recorrimos la siguiente sala y contemplamos los *Nenúfares* de Monet y obras de Van Gogh y Boudin.

—El arte suele buscar lugares que el lenguaje no puede encontrar para expresar lo que no puede expresarse de otro modo —nos comentó la conservadora—. La crítica de arte es un ejercicio intelectual, por supuesto, pero es también un intento de aplicar rigor académico a un campo que básicamente escapa a ese rigor. En fin, en la siguiente sala encontraréis nuestro tríptico de Joan Mitchell.

Nos explicó que estar al cuidado de ese cuadro, titulado *Sans Neige* (*Sin nieve*), había sido una de las razones por las que se había trasladado de Nueva York a Pittsburgh para ocupar ese puesto.

—Mitchell pintó muchos trípticos, podéis ver que la obra consta de tres lienzos del mismo tamaño unidos entre sí, pero a mí este me parece especialmente vivo.

Nos colocamos delante de esa obra inmensa y embriagadora.

—En la pintura renacentista —siguió diciendo la conservadora—, cuando se quería representar la inocencia, se pintaba al Niño Jesús, y cuando se quería representar el sufrimiento redentor, se pintaba al Cristo crucificado. Pero, por supuesto, estas no son imágenes de la inocencia ni del sufrimiento; son metáforas de la inocencia y del sufrimiento. ¿Cómo pintar directamente el sentimiento? Esta es la pregunta que se hacían artistas como Mitchell y Agnes Martin. ¿Y qué sientes al mirarlo?

—Me quedo fascinada —le contesté—. Absorta. Es casi un mundo en el que me gustaría adentrarme.

—Y decías que no entendías de arte —me dijo la conservadora—. Mitchell llamaba a estos cuadros paisajes, aunque no parecen vistas tradicionales. Quieres adentrarte en ellos porque estás contemplando un lugar.

Mientras recorríamos las salas, Kai me cogió de la mano y entrelazó los dedos con los míos. Sentí que se me aceleraba el pulso. Kai tenía las manos suaves, y sus largos dedos me apretaban los nudillos. Sentía su piel muy viva en contacto con la mía.

Pensé que quizá pasaría algo esa noche, cuando me llevó a su apartamento a ver una película. Era una comedia romántica en toda regla, una película de los noventa sobre un presidente de Estados Unidos que se enamora de una abogada ecologista. Nos sentamos el uno al lado del otro, yo con las piernas dobladas en el sofá, y sentía su respiración subir y bajar mientras tenía el brazo apoyado en el respaldo, pero sin tocarme. Yo no dejaba de mirarlo, pero él siempre estaba pendiente de la película, sonriendo ligeramente, con el rostro iluminado por la luz cambiante de la pantalla. No conseguía identificar nuestro obstáculo. En ese momento lo deseaba desesperadamente, pero algo invisible seguía interponiéndose entre nosotros. Habíamos hablado mucho durante semanas, pero todavía había algo que no habíamos dicho. Si lo hubiéramos dicho, quizá esa noche habría sido diferente, pero en cuanto aparecieron los créditos, Kai se levantó de un salto y me propuso que subiéramos a la azotea del edificio.

Ya arriba, me tomé un té frío mientras hablábamos de que aquello era casi como en la película, de que Carly y Jude se sientan en una azotea y hablan de que Andy ha muerto y de que todos nosotros moriremos pronto. Nos quedamos en silencio.

—Echaré de menos esto —me dijo un rato después—. Te echaré de menos a ti.

—Yo también, Kai. No creo que vuelva a hacer nunca una película como esta.

—Puede que acabemos haciendo un montón de películas juntos.

—Sería divertido, pero seguramente no.

—Seguramente no. Gracias por ayudarme a meterme en el papel. Antes no lo entendía, pero en realidad actuar no tiene que ver con

uno mismo. Tiene que ver con las personas a las que escuchas. Tus compañeros de escena o quien sea.

—La magia no está en lo que hago yo ni en lo que haces tú, sino en lo que pasa entre nosotros.

—Sí. Exacto. Te quiero mucho, Juniper.

—Y yo a ti, Kai —le dije por fin, y sentí su sonrisa, aunque no lo miré porque me daba mucha vergüenza.

Hacer una película es como ir a un campamento de verano. Estás convencida de que las relaciones son muy reales, muy profundas, que durarán toda la vida, pero el director de fotografía corta contigo después del estreno, el chat grupal con tus compañeros de reparto acaba en mensajes de vez en cuando para felicitarlos por su cumpleaños, y la única razón por la que sabes que es su cumpleaños es porque cuelgan una tarta en Instagram. Resulta que la principal razón por la que erais amigos era la proximidad y haber compartido una experiencia extraña e intensa. En los agitados mares del mundo real no puedes recuperar la magia de estar en una azotea de Pittsburgh con alguien al que por fin has aceptado que quieres. Me di cuenta de que, en el cielo nocturno de mi vida, Kai Laramie sería una de esas estrellas fugaces que cruzan a toda velocidad, pero que se apagan antes de que hayas podido siquiera emocionarte.

SEGUNDA PARTE

EL EXAMEN

KAI

1

El día antes de mi vuelo a Los Ángeles para ver *Andy Warhol no envejece jamás*, mi publicista, Ellen, me pidió que quedáramos a comer en una cafetería. Ellen, junto con Juniper y Todd el del estudio, estaba en Nueva York para asistir a una comida con la prensa por el estreno de la película. A mí no me invitaron porque aún no había recibido formación para tratar con los medios, y al parecer Hollywood no confía en los actores que no hayan pasado por ese filtro.

La cafetería, a tres paradas de mi piso de Brooklyn en la línea C del metro, estaba casi vacía, solo había unas pocas personas con AirPods e inclinadas sobre sus portátiles. Mientras pedía mi café y un cruasán, me di cuenta de que Ellen ya estaba allí, sentada en la esquina del fondo, debajo de un cuadro del cielo nocturno. Acerqué una silla.

—Sabes que no soy tu publicista, ¿verdad? —me dijo a modo de introducción.

No lo sabía.

—Ah, ¿no?

—Soy tu publicista para este proyecto, pero trabajo para el estudio. Si fuera abogada, no sería tu abogada.

—Entendido.

—Bien, pues el estudio está pensando en incluirte en la promoción. Sería muy importante para ti. Si fuera tu publicista, estaría muy contenta.

—Pero no lo eres.

—Pero no lo soy. Darías entrevistas con Juniper y hablaríais con diversos medios de comunicación en diversos escenarios. Entrevistas en programas de televisión matutinos de cadenas de todo el país. Quizá alguna aparición en programas de entrevistas nacionales, si tenemos suerte. Y también algunas rondas de entrevistas en las que, cada siete minutos durante varias horas, un periodista entra en una sala de conferencias sin ventanas y os hace preguntas delante de una cámara. Es muy pesado. A nadie le gusta especialmente. Pero tienes que concentrarte, porque cualquier error puede ser catastrófico. Recordarás, por ejemplo, cuando Charles Oldham dijo «retrasado».

—Creo que no es tan difícil no insultar —le dije.

—Muy bien, eso te hace mejor que la mayoría de las estrellas de cine. Bueno, y también darás entrevistas en mesas redondas a periodistas de prensa escrita y digital. Siete u ocho personas con grabadoras sentadas a una mesa que te harán preguntas que tú contestarás. Y luego haremos varias sesiones de fotos y espero que uno o dos reportajes en profundidad, si los conseguimos, en los que un periodista pasa un día o dos contigo y escribe sobre lo genial que eres, a menos que no tengas cuidado y digas alguna tontería o te comportes como un gilipollas. Bueno, cuéntame cómo te preparaste para este papel.

—Me reuní con Kathryn y hablamos de…

—No. ¿Te has leído al menos los puntos clave? —Asentí sin demasiada convicción, y Ellen puso los ojos en blanco y siguió hablando—. No sé quién es Kathryn. No sé mucho de cine. Soy un padre divorciado de treinta y siete años con dos hijos que vive en las afueras de Chicago. Lo que hiciste fue sumergirte de cabeza en la vida de Andy Warhol, empezando por leer sus diarios.

—Bueno, escuché el audiolibro.

—Eso es leer, Kai. Así que sí, empiezas por ahí. Por tu inmensa investigación. ¿Cuál es tu método para actuar?

—Bueno, alguien dijo una vez que hay que leer el guion doscientas cincuenta veces y luego entregarse a una serie de circunstancias imaginarias, así que eso es lo que hice.

Era en buena medida mentira, pero no me apetecía contarle nada personal a Ellen.

—Está bien, pero tienes que citar la fuente. —Buscó en su iPad—. Lo dijo Anthony Hopkins, así que cítalo.

—Entendido.

—¿Cómo te preparaste para el papel?

—Empecé leyendo los diarios de Warhol y después leí todos los libros sobre Warhol que encontré para entender a los personajes de esta película.

—Muy bien, pero no digas «esta película». Di *Andy Warhol no envejece jamás*.

Y siguió así durante una hora. Ellen me hacía preguntas: ¿Cómo fue trabajar con Matthew? ¿Cómo lograsteis Juniper y tú tener tanta química en las escenas en las que aparecéis juntos? ¿Por qué crees que esta película es importante? Ella analizaba mis estúpidas respuestas y las reformulaba, seguía haciéndome preguntas y de

repente me soltaba algo que no venía a cuento. Si pudieras decirle algo al presidente, ¿qué sería? ¿Tu primer crush famoso? Me han dicho que sales con Juniper, ¿es cierto?

—No, claro que no —le contesté—. Juniper está casada con el mar.

Ellen se rio y tomó nota en el iPad.

—Tu respuesta es tan buena que voy a hacer que uno de esos capullos te lo pregunte.

—Pero lo he dicho en serio.

—Sí, por eso es tan divertido. ¿Es cierto que va a hacer *Dioses de Andrómeda*?

—Sí, le han dado el papel protagonista.

—No, no, no, no, por Dios, Kai. No. Tienes que decir: «He leído el libro y es genial, pero no sé qué es lo siguiente que va a hacer Juniper».

—Vale, pero no estaba hablando con un periodista. Estaba hablando contigo.

—Durante los próximos veinticuatro días imagina que todo lo que digas, literalmente, aparecerá publicado en una revista que leerán tus abuelos.

—Me parece un poco distópico.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Pasemos a las mierdas personales que sacarán sobre ti. La cuestión es esta, Kai: si hay algo, digamos un vídeo en el que se te ve dando un puñetazo a una mujer, un tuit racista que escribiste cuando eras un chaval de doce años con ganas de provocar, lo que sea, dímelo. Es mucho más fácil no llevarse sorpresas.

—No tuiteo —le contesté.

—¿Vamos a tener problemas de acoso o agresión sexual?

—No.

—¿Te han detenido alguna vez?

Negué con la cabeza.

—¿Cuál es tu cifra? ¿Es de dos dígitos? ¿De tres dígitos?

—¿Mi cifra?

—De parejas sexuales.

—De un solo dígito.

—Tienes que salir más —me dijo con total seriedad—. Así que todo va sobre ruedas contigo. ¿Dónde está la parte no visible del iceberg? ¿Tu padre está en una milicia rara? ¿Eres terraplanista? Todo el mundo tiene algo, Kai.

—¿Qué tienes tú? —le pregunté.

—Si quisiera hablar de mis cosas, me habría hecho actriz.

Sabía lo que me estaba preguntando, pero no estaba seguro de si ella sabía lo que me estaba preguntando.

—¿Te han demandado alguna vez?

—No.

—¿Has demandado a alguien alguna vez?

Metí la mano en el bolsillo y saqué un chicle. Me gusta mascar chicle, el de toda la vida, el de barra. Masco chicle de menta fresca desde niño, y huele a bosque en verano. Le quité el papel de aluminio y empecé a mascarlo. Ellen volvió a preguntarme si alguna vez había demandado a alguien, y le contesté que no, lo cual es cierto, pero estaba seguro de que lo sabía. Sentía la tensión en el ambiente y una presión en el pecho.

Me incliné hacia atrás, con las manos cruzadas sobre el pecho. Una de las muchas cosas que me gustan del chicle de menta fresca

es que cuando lo mascas no notas ningún otro olor.

—¿Alguna vez has sido testigo en un juicio?

—Creo que ya sabes la respuesta —le dije, y ella no replicó.

Me pregunté si él me lo había hecho a mí o lo había hecho conmigo. Siempre he odiado las preposiciones. A mí, supongo. Por mí, diría él.

—Sí, he sido testigo en un juicio —le dije por fin—. Un profesor abusó sexualmente de mí o algo así.

«Esto es parte de ti —me decía—. Una parte de ti que tenemos que sacar a la luz».

—No digas «o algo así». Ni «abusó». Di «agredió».

—No voy a decir ninguna de esas palabras, porque no voy a hablar de eso.

—Vale. No vas a hablar de eso, y yo dejaré claro que no vas a hablar de eso si alguien saca el tema. Podemos evitar que salga en la prensa, pero no puedo impedir que se filtre si no lo sé.

—Bueno, lo sabes.

—No es algo de lo que avergonzarse. No nos perjudica.

—Bueno, a mí no me benefició.

—Quiero decir que no perjudica a la película. De todos modos, tienes que contarme estas cosas para que no me lleve sorpresas. Sé que es una mierda, pero va en el lote. ¿Hay algo más que deba saber?

—No lo sé. ¿Ha salido algo más cuando has llamado a mis amigos del instituto?

—Tus amigos no han dicho nada, si eso te hace sentir mejor. Me he enterado por uno de tus profesores. Nadie tenía nada malo que

decir de ti, Kai. Hablaban del mismo chico dulce y sensible al que veo yo.

Él siempre me decía que yo era el único, que ningún otro alumno le había tentado ni podría tentarlo jamás. Era mentira, claro. Resultó que éramos muchos. Pero me eligieron a mí para testificar en el juicio porque yo era el típico deportista con aspecto de heterosexual. Mantuvieron mi nombre en secreto, pero eso no significa gran cosa en un instituto.

El chicle empezaba a perder sabor. Volvía a llegarme el olor a café.

—¿Hemos terminado? —le pregunté.

—No puedes enfadarte conmigo por hacer mi trabajo, Kai. ¿Sabes cuántas películas se han ido a pique en los últimos diez años porque se descubrió que los actores eran unos gilipollas? Ahora los estudios tienen que andarse con cuidado. Seguro que lo entiendes.

—Lo entiendo. Solo pregunto si ya hemos terminado.

—Si me permites que te dé un consejo, deberías adelantarte y dejarlo atrás. Te buscamos a un periodista comprensivo, alguien del *Times* o de *The New Yorker*, lo reconoces y sigues adelante. Recuerda que tú eres la víctima. No hiciste nada malo. Pero si lo ocultas…

—Si esto es todo, me voy a casa a hacer la maleta —le dije—. Espero haber aprobado el examen.

En el metro de vuelta a casa me pregunté si debía contárselo a Juniper. En los cuatro meses que habían pasado desde que habíamos terminado el rodaje de *Andy Warhol no envejece jamás*, nos habíamos visto unas cinco o seis veces. Yo estuve en Canadá un

par de semanas interpretando al becario Kevin en una comedia que no tenía nada de divertida, y Juniper estaba obsesionada preparándose para *Dioses de Andrómeda* en Los Ángeles.

Contárselo sería raro, pero también me parecía raro no hacerlo. Debería habérselo contado en Pittsburgh, pero me daba miedo. Siempre tengo miedo. Una parte de mí nunca dejará de sentir el miedo que me invadió cuando la abogada defensora empezó a interrogarme.

Lo más difícil en la vida es ser pequeño, no tener voz ni voto sobre lo que te sucede ni sobre quien te lo hace. Estar a merced de los demás. Yo necesitaba clemencia. Siempre la necesitaría. Y no lo soportaba. No podías adelantarte a eso, jamás. No puedes dejarlo atrás. Yo tenía veintiún años y él estaba muerto, pero sus putas manos seguían tocándome todo el cuerpo.

2

Juniper y yo estábamos sentados uno frente al otro en el avión, con una mesita plegable y un jarrón con flores bastante grande entre nosotros, de tal manera que su cabeza parecía formada por capullos de rosa muy apretados. La azafata me preguntó si quería una copa de vino. Le dije que me encantaría probar el tinto. Me sirvió el vino, que no cayó en la copa salpicando, sino formando un remolino, y yo di un sorbo mientras ella me miraba expectante.

—Está buenísimo —le dije.

—Me alegro mucho de que te guste —me contestó.

—Cuando me muera, enterradme en este avión —intervino Juniper.

—Si quieres tener un avión como este, más te vale arrasar con *Dioses de Andrómeda* —le contestó Katie, la publicista.

—¿Quieres ensayar una escena conmigo? —me preguntó Juniper al cabo de un rato.

—¿De *Dioses de Andrómeda*?

—Sí —me contestó.

—Claro.

Quería apartar las flores. Era ridículo mantener una conversación sin vernos. Pero por alguna razón no lo hice. Sentía que esas flores no eran mías.

Juniper se levantó y se sentó a mi lado. El pelo le caía en la cara. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta de tirantes, aunque ninguna de las dos prendas parecía especialmente informal ni cómoda. Sacó del bolsillo una hoja de papel doblada muchas veces y me la tendió. Me recordó a una carta de amor del instituto. Desdoblé la hoja y eché un vistazo al texto.

—Eres Agripa, ¿verdad?

—Si quiero este avión, diría que sí. Agripa, reina del Reino.

Esbocé una sonrisa burlona y empecé.

—¿Te atreves a interrumpir el juicio legítimo de Medivh?

—Me temo que debo hacerlo, porque…

—¡Golpead a esta mujer!

—Los orcos. —De repente, a Juniper se le hizo un nudo en la garganta—. Los orcos, mi señor. Han arrasado Calenbath. Lo que no está en llamas es ceniza. Nuestros aliados se han marchado. Nuestros enemigos están a las puertas. El futuro es incierto y el pasado yace bajo tierra, mi señor. Solo existe el tiempo, y ese tiempo es el ahora.

—¿Puede ser que…?

—El tiempo de las preguntas ha pasado, Gavinth. El tiempo de hablar ha pasado. Ahora luchamos, todos nosotros. Sin juicios. Sin tribus. Sin gremios. Solo humanos y orcos. Luchamos por el Reino que fue. ¡Y LUCHAMOS POR EL REINO QUE SERÁ!

—Eso ha estado bien —le dije.

—La última revisión ha empeorado muchísimo el texto. Es para morirse.

—¿Y no deberías echarte atrás?

—No va a echarse atrás —intervino Katie, la publicista—. Esta película va a dar un montón de pasta.

Ellen, sentada a su lado en el sofá, estuvo de acuerdo.

—Todo bicho viviente está intentando meterse en *Dioses de Andrómeda* como sea. Un director brillante. Un presupuesto enorme. Es la próxima superproducción del estudio, y Katie tiene razón en que va a dar un montón de pasta. Contraerá el norovirus del dinero, cagará pasta y vomitará pasta.

Juniper y yo nos miramos.

—¿Sabes algo de Garon? —me preguntó.

Me habían preseleccionado para el papel de Garon, el nervioso hermano de Gavinth, en *Dioses de Andrómeda*. Había enviado un vídeo justo después de terminar el rodaje de *Warhol*, y les había gustado, así que querían que fuera a hacer una prueba de química en cuanto hubieran elegido a los protagonistas.

—Todavía no —le contesté—. Ni siquiera he visto el guion completo, aunque todo el mundo dice que Brian Arawas es muy bueno.

Juniper puso los ojos en blanco, pero girada hacia mí. Me llegaba el olor de su champú.

—Si tan listo es, ¿por qué dirigió esa película de *X-Men*?

—Esa película de *X-Men* hizo pasta como para comprarse este avión —le dijo Katie.

Además, a mí me había gustado, pero no dije nada.

—¿Sabéis el chiste de la polilla? —nos preguntó Todd el del estudio, que estaba apretujado en el sofá con Ellen y Katie.

—Por Dios, Todd, si cuentas un chiste más, saltaré de este puto avión —le dijo Ellen.

—Vale, pues una polilla entra volando en la consulta de un cardiólogo —dijo Todd.

Tenía el pelo canoso, pero con un corte a la última, y siempre llevaba trajes impecables. Hablaba mucho, así que sabía un montón de cosas de él. Tenía dos hijas, ambas en la universidad, y no te imaginas lo que cuesta eso. Se levantaba cada mañana a las cinco y corría exactamente ocho kilómetros. Llevaba haciéndolo seis días a la semana desde que estaba en el instituto. Me contó que una vez se hizo un desgarro en la rodilla, no pudo correr durante seis meses y creyó que iba a volverse loco. Contaba muchos chistes.

—Y el cardiólogo… —siguió diciendo Todd—. Un cardiólogo es un médico del corazón, trabaja con corazones.

—Ya sabemos lo que es un cardiólogo, Todd —le dijo Katie.

—El cardiólogo le dice: «¿Qué te pasa, polilla?». Y la polilla le contesta: «Ay, doctor, ojalá solo me pasara una cosa. Mi padre ha muerto y lo echo muchísimo de menos. Todavía soy una polilla joven y no sé cómo vivir en este mundo sin él. Mi novia, supongo que era mi novia, pero no estoy seguro, se ha vuelto completamente loca y ya ni siquiera me reconoce. Y lo peor de todo es que mi madre se ha liado con mi tío. Me siento tan perdido y solo, doctor, que no sé si quiero seguir viviendo». Y el cardiólogo le dice: «Bueno, tus problemas son muy graves, polilla, pero parece que deberías ir a ver a un psiquiatra. Yo soy cardiólogo. ¿Qué te ha traído aquí?». Y la polilla le contesta: «Ah, la luz, que estaba encendida».

Solo Juniper se rio, pero se rio de verdad.

3

Cuando aterrizamos en California, Katie, la publicista, quiso hacernos una foto a Juniper y a mí delante del avión, pero le dije que no porque no quería que la gente de la vida real supiera que iba en un avión privado.

—Cuelgas fotos en Instagram para tus fans, no para tus amigos —me dijo Katie, la publicista.

—Cuelgo fotos en Instagram para mis amigos —le contesté.

Juniper se rio. Dio un paso hacia mí y me cogió de la mano.

—Me encanta. Es como el último árbol Trúfula del Lórax. No lo tales, Katie. Déjalo vivir.

—Te quiero —le dije a Juniper.

Ella sonrió.

Dos todoterrenos negros nos esperaban. Juniper, Katie y Todd el del estudio se metieron en uno de ellos, y Ellen y yo subimos al otro. Nuestro conductor nos dijo que se llamaba Al.

—¿Como Alvin? —le pregunté.

—No —me contestó.

—Yo soy Kai —le dije.

—¿Como *Cobra Kai*?

—Exactamente.

—¿Vienes de Nueva York?

—Sí.

—No pareces neoyorquino.

Ellen estaba a mi lado con el móvil. El todoterreno no olía a nada en concreto, pero desprendía un olor penetrante.

—Soy de Indiana —le dije.

—Mi más sentido pésame.

Ellen me pasó el móvil. Era el Instagram de Juniper, una foto de ella y de mí cogidos de la mano con el avión de fondo.

—¿La ha colgado Juniper?

—Juraría que Katie la ha colgado por ella.

—Ha dicho que yo era el último árbol Trúfula del Lórax y después me ha talado.

—No seas dramático, Kai. Es Instagram.

Katie no era publicista de un estudio, como Ellen; trabajaba para Juniper. Cuando eres lo bastante famoso, tienes tu propio publicista. Juniper era lo bastante famosa, pero ahora estaba a punto de dar el gran salto. Eso decía Ellen. Ellen decía que las personas como Juniper no saben lo que se les viene encima, pero que se les viene encima de todos modos.

—¿De qué parte de Indiana? —me preguntó Al.

—De Indianápolis.

—Coches de carreras —me dijo—. Es lo único que sé de Indianápolis.

—Sí. ¿Tú eres de aquí?

—No, soy de Irán. ¿Conoces Irán?

—Claro —le contesté.

—¿Sales en una película?

—Sí.

—¿Qué película?

—Se titula *Andy Warhol no envejece jamás*.

—¿Sobre el artista?

—Sí.

—Trata sobre el último año de vida de Warhol —intervino Ellen—. Kai es toda una revelación en la película.

—¿Y qué papel haces? —me preguntó Al.

—Soy el becario de Andy. La película trata sobre todo de Andy, pero tiene una trama secundaria en la que una periodista que está escribiendo sobre Andy y yo nos enamoramos, más o menos.

—No se enamoran más o menos. Se enamoran de verdad —dijo Ellen—. Es muy romántico.

—Pero los dos estamos un poco jodidos —añadí—. En la película, quiero decir.

—Conozco a muchos actores —dijo Al un rato después.

—¿Has conocido a Matthew Malone? —le preguntó Ellen.

—Claro, he conocido a Matthew. Lo he llevado en coche unas cuantas veces. Un tío majo. Tranquilo.

—Matthew sale en la película —le dijo Ellen.

Oí la sonrisa de Al. Matthew hace sonreír a todo el mundo. Es su superpoder.

—Qué bien. Felicidades. ¿Qué es lo siguiente que vas a hacer?

—No lo sé —le contesté—. Ni siquiera sé lo que voy a hacer esta noche.

Al se rio. Fuera, Los Ángeles estaba teñida de gris. Había estado allí muy pocas veces. Antes de la película había pasado un año en

Nueva York haciendo castings y trabajando, y antes de eso estaba en el último curso del instituto.

No me gusta pensar demasiado en estas cosas, en qué punto estás de tu vida o de tu carrera, dónde vives y todo eso. Me da dolor de estómago. Me da el mismo dolor de estómago que cuando Ellen me muestra el calendario con los veintitrés días previos al estreno de la película, o cuando miro Reddit, o cuando el cajero automático me pregunta si quiero ver el saldo de mi cuenta. Tengo algún tipo de dolor de estómago la mayor parte del tiempo, así que no como lo suficiente, y esta es una de las razones por las que no parezco una persona que vaya a triunfar. Todos los chicos que van a triunfar en Hollywood están cachas.

Todo el mundo dice que en Los Ángeles siempre hace sol, pero en realidad el clima es sobre todo seco. En las grietas de las aceras no crecen malas hierbas. En verano, en Indianápolis parece como si la naturaleza estuviera a punto de arrebatarnos la tierra, todo está húmedo, verde y en pleno crecimiento. En Los Ángeles, incluso el césped parece reseco. Nunca hay agua suficiente.

Al me preguntó si me caía bien Matthew. Le dije la verdad, que sí, y pensé en la vez que Matthew me dijo que era más fácil querer que ser querido. Pero no estaba pensando en Matthew Malone. Estaba pensando en Juniper. Antes del vuelo llevaba un mes sin verla. Habíamos hablado por FaceTime, pero casi había olvidado su presencia, cómo cambia el aire cuando está cerca de ti, igual que cambian las voces cuando se leen poemas en voz alta.

4

Al nos dejó en el Hotel Bel-Air. Ellen y yo tuvimos que coger tres ascensores diferentes para llegar a mi suite, que tenía un salón y un patio enorme con una piscina climatizada en miniatura. Era más grande que el apartamento que había tenido durante el rodaje de *Warhol*.

Le envié un mensaje a Juniper: «Mi habitación tiene piscina».

Juniper me contestó: «Si enciendes la tele y das una vuelta por la habitación, te sigue». Aunque vivas en la ciudad en la que estás haciendo la promoción, el estudio te paga el alojamiento, así que, aunque Juniper era de Los Ángeles, también tenía una habitación de hotel gratis.

Encendí la tele. Sonó música romántica de piano mientras la pantalla mostraba información sobre el Hotel Bel-Air. Ellen y yo dimos una vuelta por la habitación, y la tele giraba en la dirección en la que nos movíamos. Me agaché, y la tele se inclinó hacia abajo para que pudiera seguir viendo toda la información que el Hotel Bel-Air quería compartir sobre sí mismo.

Recibí un mensaje de Bob. «Llámame cuando puedas. Novedades de Arawas». Pero no me apetecía llamarlo. Bob hablaba tanto que me agotaba, como si el mundo estuviera en llamas y solo sus

palabras pudieran apagarlo, y yo estaba un poco mareado por el vuelo.

El sofá del salón era bonito, aunque parecía incómodo. Un montón de ángulos rectos. Había champán en la mesita de delante, y la botella se movió un poco al derretirse el hielo. Apagué la tele.

—¿Haremos algo después de ver la película? —le pregunté a Ellen.

—Tú irás con Juniper y los productores al único restaurante vegetariano del mundo con dos estrellas Michelin. Yo me iré con mi mujer, pediremos comida tailandesa y nos la comeremos en el sofá mientras vemos la tele y seguimos con nuestra eterna discusión sobre si podemos formar una familia cuando una de las dos viaja tanto por trabajo.

Entré en el dormitorio y me tumbé bocabajo en la cama. Ellen me siguió y se sentó en una silla.

—La película es muy buena. —Lo dijo como si lo lamentara.

—¿Pero? —le pregunté.

—No hay ningún pero. Es una película buenísima. Y tú estás genial.

—¿Pero?

—¿Qué opinas de Juniper?

—Me encanta Juniper.

—Estupendo. —Ellen miró el móvil, se levantó de la silla y empezó a teclear mientras hablaba—. Kai, las puntuaciones de esta película son una locura. ¿Sabes lo que son las puntuaciones? —Asentí, aunque en realidad no lo sabía—. Noventa y dos por ciento en las dos categorías superiores. Noventa y dos por ciento. Así que las puntuaciones son increíbles, pero es una película de autor. Nadie sabe que la película existe. Nadie sabe cómo se titula porque el

título tiene cinco putas palabras. ¿Sabes cuántas películas taquilleras tienen un título de cinco palabras? Ninguna. Piensa en las películas que triunfan: *Transformers* trata sobre coches que se transforman. *Los padres de ella* trata sobre conocer a los suegros. Esta película va de un artista que está muerto. No te imaginas lo excepcional que es, la suerte que tienes de que tu primera película sea oro puro y pueda recibir premios. Pero tenemos que conseguir que la gente la vea. —Me pasó el móvil—. ¿Ves algún patrón aquí?

Era el Instagram de Juniper.

—¿Un montón de fotos de ella y de mí?

La cama del Hotel Bel-Air era la más cómoda en la que me había tumbado nunca. Empecé a preguntarme cuántas noches seguidas podría pasar allí antes de quedarme sin dinero. Nunca había tenido mucho dinero, pero por la película me habían pagado ochenta mil, que no había tocado. Con lo que había ganado con dos anuncios de Lowe's tenía suficiente para pagar el alquiler del piso donde se suponía que vivía.

—¿Cuánto crees que cuesta esta habitación por noche? —le pregunté a Ellen.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó ella.

—Sí, perdona. ¿Qué decías?

—Es evidente que a Juniper le caes bien de verdad, y también es evidente que a ti te cae bien Juniper de verdad, y este cariño evidente y verdadero deberíais reforzarlo ante vuestros seguidores, algo que Juniper ha estado haciendo estupendamente.

—Bueno, ¿no es Katie, la publicista, la que está colgando los posts?

—Otra cosa que tienes que entender es que Katie es Juniper y que yo soy tú, al menos en los próximos veintitrés días.

—Así que debería darte mi contraseña de Instagram.

—Y la de Facebook. No estás saliendo con nadie, ¿verdad?

—En realidad no.

—No.

—¿Cómo?

—Si en realidad no estás saliendo con nadie, pues no, no estás saliendo con nadie. Sí, estás libre. No, no tienes pareja, y sí, es evidente que Juniper te cae bien de verdad. ¿Pasará algo entre ellos? ¿No pasará? Eso es lo que buscamos.

—Claro, sí —le dije—. No, no tengo pareja.

Tampoco la había tenido. En Nueva York había salido varias veces con una chica que estaba haciendo un posgrado en Columbia sobre «virología social». Era inteligente, interesante y atractiva, pero no especialmente amable. En nuestra última cita me había dicho que yo era «fascinantemente inculto», y me dolió, porque era inculto y así me sentía constantemente. Todo el mundo sabía más que yo sobre cualquier cosa, sobre vino, sobre variedades de marihuana, sobre literatura rusa y sobre virología social. Me quedaba atrás en todas las conversaciones.

—Kai, tus redes sociales.

—¿Sí?

—¿De verdad no estás escuchando lo que te digo?

De verdad no estaba escuchando lo que me decía.

—Tus cuentas de Instagram y Facebook ya están verificadas. No tienes Twitter, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues ahora sí. No tendrás que preocuparte de esa cuenta. Mira, tus redes sociales son geniales. Solo tenemos que aumentar un poco las PPD. Puedo publicar por ti, con tu permiso, claro.

—¿Las PPD?

—Publicaciones por día. Sé que es mucho. Pero cuando veas la película, lo entenderás. Es muy especial, y tú eres la revelación, pero vamos a depender mucho de las redes sociales para promocionarla.

—Vale.

—¿Cuál es tu contraseña de Instagram?

Se la di, y también la de Facebook. Se acercó a mí y me revolvió el pelo, como si fuera un niño pequeño.

—Te dejo que te prepares —me dijo—. Me alegro muchísimo por ti.

Mientras me duchaba, me llamó Bob, mi agente, y me dejó un mensaje en el buzón de voz. Lo escuché por el altavoz tumbado en la cama del Hotel Bel-Air, envuelto en un albornoz del Hotel Bel-Air. La cama era tan cómoda que sentía que no pesaba nada, como si no tuviera cuerpo.

«Kai, soy Bob. Sé que los jóvenes no escucháis los mensajes del buzón de voz, pero tengo que decirte que estoy muy orgulloso de ti, chico, y de lo que has conseguido, y muy ilusionado con el futuro. Esta mañana me ha llamado el director del estudio y me ha dicho que ha visto la película y que eres una epifanía. Eso ha dicho. ¡Una epifanía! No me despidas cuando te hagas famoso, ¿vale? Es broma, pero lo digo en serio. Voy a organizarte una reunión con Brian. Quiere hablar contigo sobre *Dioses de Andrómeda*. Quiere que

hagas una prueba esta semana mientras estás en la ciudad. Como Juniper ya está en el reparto, sería genial para nosotros. El mismo estudio y la misma pareja de estrellas. No es que seáis pareja, claro. O puede que sí. ¡No es asunto mío! ¡Disfrútalo, Kai! Mejor no te podría ir. Vas a triunfar».

5

En Los Ángeles no hace tanto calor, aunque siempre haga sol. Apenas se nota el aire en la piel. Los Ángeles es lo contrario al clima. Bajé en los tres ascensores, me perdí en los sinuosos pasillos del Hotel Bel-Air y al final encontré la entrada, donde había varios todoterrenos negros aparcados en fila. Con los cristales tintados. Me pregunté si estaban llenos o vacíos.

Me había puesto unos vaqueros negros y una camiseta de los Mountain Goats. Al lado del puesto del aparcacoches vi a un tío mayor fumándose un cigarrillo. Era un actor famoso, pero yo no conseguía situar su cara ni recordar su nombre. William algo. Uno de esos tíos que han salido en cien películas, pero a los que no les prestas atención.

Apareció Ellen.

—Gracias por haberte arreglado, Kai —me dijo.

—¿Tenía que hacerlo? Puedo ir a cam…

—Estás bien así. Va con el estilo de la película. Tenemos que irnos.

Le dijo su apellido al aparcacoches, que señaló uno de los todoterrenos. Cuando nos acercamos, Al salió y nos abrió la puerta.

—Hola de nuevo —le dije.

—Cobra Kai —me contestó asintiendo y haciéndome subir al coche.

Al nos dijo que tardaríamos quince minutos en llegar al estudio, así que saqué el móvil. Había compartido en Instagram la foto del avión; bueno, la había compartido Ellen. Eché un vistazo a los comentarios: un montón de corazones y caritas sonrientes, un montón de desconocidos diciendo que uno de nosotros, o los dos, éramos guapísimos. El mejor comentario era: «Imagina ser ese avión y tener a Kai Laramie dentro de ti».

Se lo leí a Ellen, que se rio.

—¿Sabes qué es lo gracioso? —me preguntó—. Que lo he escrito yo. FanGirlOfLiterally3V3RYTHING es una de mis cuentas falsas. Me alegro de que te guste mi trabajo, Kai.

Algunos amigos míos también habían comentado. Una compañera de piso de Nueva York, Carmen, escribió: «¿Cuándo te has convertido en una de las hermanas Jenner? ¡Felicidades!», con emojis de botellas de champán.

Le envié un mensaje a Carmen. «Ya no controlo mi Instagram. Ahora es propiedad del estudio».

No me contestó enseguida, así que le mandé un mensaje a Juniper. «Hola».

Ella: «Hola. ¿Estás nervioso?».

Yo: «Estoy raro».

No me contestó. Le pregunté a Ellen cuántas cuentas falsas tenía.

—Yo, cuatro. Pero tenemos gente que nos ayuda con estas cosas.

Mi móvil vibró. Era Juniper. «Perdona, creo que voy a vomitar. Ya he vomitado en el hotel».

Yo: «Todo el mundo dice que la película es buena».

Ella: «Siempre vomito antes de ver algo en lo que salgo».

«Lo odio. Además, habrá prensa».

Yo: «Mierda, ¿en serio?».

Ella: «Sí, y estará Kathryn. Y quizá Matthew».

Yo: «Ahora voy a vomitar yo».

Ellen levantó la mirada del móvil.

—Parece que habrá algo de prensa. No van a ver la película, solo van a recibiros a Juniper, a Matthew y a ti. No tendrás que hablar con ellos, solo saludarlos, pero por si acaso acabas diciendo algo más que un hola, vamos a practicar adjetivos.

—¿Adjetivos?

—Sí, adjetivos, Kai. Supongo que hiciste cuarto de primaria y te acuerdas de los adjetivos. Cuando la prensa te pregunte por la película o por el reparto, utiliza adjetivos. Juniper es encantadora, por ejemplo.

—Juniper no es encantadora. Es…

—Era un ejemplo.

Notaba su nerviosismo, lo que hizo que también yo me pusiera nervioso.

—Vale.

—Tú me dices adjetivos y yo te digo si son buenos. Matthew.

—¿Qué?

—Matthew. Adjetivos.

—Cariñoso. Distante. Generoso.

—Distante es malo.

—Cariñoso. Generoso. Maestro.

—Maestro no es un adjetivo, pero está bien. Genial. Kathryn.

—Intensa.

—Intensa es malo.

—Audaz. Segura de sí misma.

—¡Mejor!

—Entregada. Apasionada.

—Me encanta. Juniper.

—Hum.

—Hum no es ninguna maravilla.

—¿La quería?

Ellen resopló con los dientes apretados.

—En presente, Kai. No se ha muerto. La quieres.

—La quiero. Juniper es… considerada. Preparada. Cuidadosa.

—Cuidadosa no queda bien. Cariñosa sí —me dijo Ellen.

—Pero no quiero decir que es cariñosa. Lo que quiero decir es que es cuidadosa.

Ellen cerró los ojos.

—¿Qué más?

—Ambiciosa.

Negó ligeramente con la cabeza.

—Ambiciosa es espantoso.

—Trabajadora.

—No —me dijo.

Ahora se presionaba los ojos con el pulgar y el índice.

—Es una compañera de escena estupenda.

—Adjetivos.

—Inteligente.

—Bah.

—Guapa.

—Oh, me gusta guapa —me dijo.

Me eché a reír.

—Apuesto a que sí.

—Pero eso no se dice. Se muestra con la mirada, ¿no? Eres actor. Así que dices brillante, cariñosa y divertidísima, y lo de guapa lo muestras, no lo dices.

No creía que Juniper fuera brillante, cariñosa ni divertidísima. Creía que era considerada, preparada y cuidadosa.

Entramos en el recinto del estudio, y el vigilante le indicó por señas a Al que pasara. Vi a Juniper y a Katie, la publicista, juntas en el aparcamiento, hablando con Kathryn y con Todd el del estudio.

—Tres adjetivos para cada uno —me dijo Ellen—. Halagadores y personales. Luego los desarrollas. Matthew es amable, cariñoso y comprensivo. Aquí incluye una anécdota sobre su amabilidad. Y así sucesivamente. ¿De acuerdo?

—Sí.

El coche se había detenido. Al salió a toda prisa del asiento del conductor para dar la vuelta y abrirme la puerta. Aunque yo sabía abrir las puertas de los coches, esperé a que lo hiciera él.

—Kai, cariño —me dijo Kathryn cuando salí del coche. Me dio dos besos. Algo olía a aceite de coco, su cara o su brillo de labios—. Estoy impaciente por que veas nuestra película.

Me abrazó y yo cerré los ojos, porque siempre lo hago cuando abrazo a alguien. Pero Kathryn me abrazó durante tanto tiempo que al final los abrí y, a través de su pelo rubio ceniza, vi a Juniper muy pálida.

—Te quiero —le dije a Juniper.

—Estoy intentando no vomitar —me contestó sin mala intención.

6

Caminamos todos juntos, con Todd el del estudio y Ellen en cabeza. Kathryn me preguntó cómo estaba, le contesté que bien, luego me preguntó si seguía en Nueva York, y le dije que sí, aunque no sabía dónde iba a vivir después del estreno de la película.

A Kathryn se le daba tan bien soltar nombres de famosos que no sabría decir cómo llevó la conversación hacia el nuevo videoclip de una estrella del pop que había dirigido ella, y dijo que la noche anterior había estado en casa de esa estrella, en una fiesta que se había alargado, y que ahora tenía resaca, de ahí las gafas de sol.

—Ya sabes que no soy de llevar gafas de sol —me dijo, aunque yo no lo sabía.

—¿Has probado los sueros intravenosos para la resaca? —le preguntó Todd.

Kathryn le contestó que no, que le daban miedo las agujas, y Todd le dijo que él confiaba ciegamente en ellos, que una enfermera se pasa por tu casa con una bolsa de suero y vitaminas, y media hora después estás listo para salir a correr, por mucho que hubieras bebido. Kathryn le dijo que lo tendría en cuenta. Estábamos caminando por una calle falsa de Nueva York con escaparates falsos. Todo en el recinto parecía un poco más pequeño que en la realidad, las calles eran estrechas y los edificios estaban demasiado cerca de

la carretera. Daba la sensación de estar caminando dentro de una película, y supongo que de eso se trataba. Llegamos a una calle y vi una marquesina en miniatura que sobresalía de una pared de estuco en la que se leía: PROYECCIÓN DE ANDY WARHOL NO ENVEJECE JAMÁS. Le hice una foto y me acerqué a Juniper, que estaba sentada en un banco con las manos en las rodillas y mirando hacia abajo, hacia sus zapatillas con plataforma. Estaba muy pálida. Me senté a su lado.

—Mira la marquesina —le dije, y ella intentó sonreír—. ¿Estás bien? —le pregunté.

—Creo que la parte de mi cerebro encargada de la diversión no funciona como debería.

—O sencillamente esto no es tan divertido.

—No me he preparado bien para la prensa. Katie no me avisó, así que solo he repasado los puntos clave un par de veces. Ni siquiera tengo buenas respuestas para las preguntas básicas. No sé con qué quiero que se quede el público de la película. ¿Esperanza, supongo? Pero parece una idiotez. Quizá que la película ahonda en que la perseverancia no es una ingenuidad, sino lo mejor de nuestra especie, pero eso suena un poco grandilocuente. ¿Espero que la gente se dé cuenta de que la fama está sobrevalorada? Demasiado autoindulgente. ¿Con qué esperas tú que se quede el público?

—La verdad es que no suelo ir a ver películas como esta. No sé por qué la gente ve películas tristes.

—Bueno, sin duda tu respuesta es peor que las mías.

La sombra de Todd el del estudio llegó al banco un poco antes que él.

—La película es una celebración del espíritu humano y del poder del amor —nos dijo.

—Por Dios, Todd —comentó Ellen—, ¿te ganas la vida escribiendo tarjetas de felicitación? Queremos que la gente salga del cine pensando: «Este Kai Laramie se merece un óscar».

—¿Podéis apartaros un poco para que me dé el aire? —preguntó Juniper en voz baja, y todos dieron unos pasos atrás. Empecé a levantarme del banco, pero ella me cogió de la muñeca—. Tú no. ¿Puedes quedarte?

—Claro —le contesté.

Ella me miró.

—Odio verme a mí misma y no poder cambiar nada. Lo odio. Perdona si me huele el aliento a vómito.

—No te huele —le dije, aunque en realidad sí le olía un poco.

—¿Podemos hacerlo juntos? —me preguntó.

—¿El qué?

—Todo esto. Todo. No quiero estar sola. ¿Podemos ocuparnos juntos de la prensa y del…? Te necesito. Contigo me dan menos ganas de vomitar.

—No sé si darte las gracias…

—¿Podemos hacerlo juntos?

—Claro —le contesté.

Cuando levanté la mirada, vi que Ellen y Katie estaban haciéndonos fotos.

Kathryn se acercó y se sentó al otro lado de Juniper. Le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Escúchame —le dijo en voz baja—. Sé que estás nerviosa, pero te han traído en el avión del estudio porque les encanta la película. Te han alojado en el Hotel Bel-Air. Creen que esta película es especial. Y tienen razón.

Kathryn se levantó. Es una mujer corpulenta, alta y que siempre lleva tacones. Sé que la palabra «escultural» tiene un significado concreto, pero Kathryn parece de verdad una escultura.

Mientras entrábamos en el cine por un pasillo largo y poco iluminado, Kathryn no dejó de hablarnos.

—Los dos vais a triunfar en cuanto la gente vea nuestra película. Junie, me alegro muchísimo de que estés en *Dioses de Andrómeda*. Brian Arawas es un genio. Un genio de verdad. ¿Sabéis que no tiene ayudante? Nunca lo ha tenido. Contesta él mismo al teléfono. ¿No es increíble? Los mejores siempre tienen tiempo para todo el mundo. Hablando de los mejores… —nos dijo mientras entrábamos en la sala.

Y allí estaba Matthew. Llevaba unos vaqueros ajustados, una camiseta gris lisa y una americana fina. La gente lo rodeaba formando un semicírculo un poco incómodo, pero se apartaron cuando él se dirigió a Kathryn y la abrazó.

—¿Cómo estás? —le preguntó Kathryn—. No te veía desde la boda de Kim.

—Apenas me he visto a mí mismo desde la boda de Kim —le contestó.

Entonces nos vio, nos abrazó y nos dijo que nos había echado de menos. Olía a tabaco. En Pittsburgh no había dejado de mascar chicles Nicorette, pero no lo había dejado del todo. Durante un rodaje que había durado toda la noche me había dicho: «Lo que nadie te cuenta sobre fumar es lo genial que es. El alivio de rendirte al tabaco. Necesito un cigarrillo, así que me lo fumo. Necesitar un cigarrillo es el único problema de mi vida que sé resolver». En ese

momento le pedí un cigarrillo, se rio a carcajadas y me contestó: «Ni hablar, amigo».

—Estos son mis chicos —dijo Matthew a la gente que nos rodeaba —. Son buenísimos. Estoy deseando que todo el mundo los vea en esta película.

Ellen me cogió del brazo y me presentó a Jill, de *The New Yorker*, que me preguntó si estaba entusiasmado por ver la película.

—Más bien nervioso —le contesté.

—El nerviosismo es una forma de entusiasmo, por supuesto —le aclaró Ellen.

—Que Dios te mantenga inocente y sincero —me dijo Jill, y añadió —: Ellen no deja de repetirme lo maravilloso que estás en la película, pero no me permite verla.

—Aún no está terminada del todo —le dijo Ellen.

—Me pregunto qué se siente al estar al borde de algo sin saber exactamente de qué.

Abrí la boca para responderle, pero Ellen intervino.

—Sin duda Jill escribiría un reportaje estupendo sobre ti. Jill, ya hablaremos. —Mientras acompañaban a Jill y a los demás periodistas a la salida, Ellen me susurró—: Estás entusiasmado. Estarás permanentemente entusiasmado y contento durante los próximos veintitrés días.

—No dudéis en hacernos los comentarios que creáis oportunos —nos dijo Kathryn después de que se hubieran marchado los periodistas—. Todavía estamos en la fase de edición.

La sala era pequeña, unas veinticinco butacas. Katie, la publicista, Ellen y Todd el del estudio hicieron las presentaciones: esta es Caitlyn, la editora de la película; esta es Autumn, la supervisora de la

música; este es Tyrell, de marketing, y esta es Chloe, que trabaja con Caitlyn.

Todd el del estudio nos acompañó a Juniper y a mí hasta la primera fila de butacas. Me senté al lado de Juniper. Matthew se sentó unas butacas más allá.

Las luces, ya débiles, se atenuaron aún más. Juniper me cogió de la mano. Más que cogérmela, se aferró a ella. La miré y le sonreí. Estaba a punto de verme en una película de verdad, joder.

7

Cuando el logotipo del estudio llenó la pantalla, sentí una extraña oleada de emoción. Algo parecido a la felicidad, pero no del todo. Juniper seguía cogiéndome de la mano —la suya por encima de la mía— y me la apretó cuando mi nombre surgió en color azul claro de la oscuridad.

En la primera escena de la película, Matthew y yo estamos jugando a un videojuego, *Super Mario Bros.*, en la Nintendo original. Cuando rodamos la escena, Kathryn no dejaba de pedirme que moviera el cuerpo y los brazos a la vez que el mando, como si intentara desplazar a Mario moviendo mi propio cuerpo. Yo no quería hacerlo, sentía que mi personaje no era el tipo de persona que hace gestos innecesarios de ningún tipo, y además quería estar muy quieto para que se notara el gran cambio al final de la película, cuando se pelea con Juniper y se mueve de forma descontrolada.

Pero a Kathryn le gustaba mucho la idea de que yo moviera los brazos para dirigir al personaje del juego, así que lo intenté, aunque me sentía incómodo. Era nuestra primera semana en el set. Tenía la sensación de que el equipo y los productores empezaban a enfadarse conmigo.

Después de varias tomas, Kathryn nos dijo a todos que nos tomáramos un descanso de diez minutos y me acompañó a otra

habitación de la casa en la que estábamos rodando. Era una habitación infantil, y el equipo tenía allí todo tipo de estructuras de acero, pero conseguimos sentarnos en una esquina de la cama.

—Respira despacio cinco veces —me dijo—. Inspira y espira. Suave y profundo.

Yo miraba el póster de los Pittsburgh Steelers de algún niño preguntándome si estaría encantado o cabreado porque un estudio de Hollywood estuviera utilizando su habitación, y respiré cinco veces despacio, al mismo ritmo que ella.

—Voy a contarte una historia que me contó una vez Bradley Cooper. Es todo un filósofo. Me dijo que cuando una persona tiene una reacción de lucha o huida, a menudo se queda atascada entre luchar y huir. La sensación es tan nueva, tan potente y tan abrumadora que se queda ahí parada. No es la decisión lo que te mata, Kai. Es estar entre dos decisiones, ¿verdad?

—Sí —le contesté.

—Es como mi titular favorito de *The Onion*: «Ardilla atropellada en la carretera es recordada como frenética e indecisa». Pero hoy, mi querida ardilla, correrás de un lado a otro y sobrevivirás.

Kathryn se levantó y yo la seguí. Me senté al lado de Matthew, y el equipo volvió a las cámaras y las luces. El operador cogió el micrófono. Cámara en marcha. Sonido en marcha.

—Lucha. ¡ACCIÓN! —gritó Kathryn.

Y yo luché con el mando moviendo el cuerpo al unísono con el muñequito de la pantalla. Ella dejó que la escena se alargara un poco, hasta que Matthew y yo empezamos a improvisar bromas.

—Corten. Genial. Una vez más. Ahora vuela, Kai. Vuela.

Y cuando todo estuvo preparado, volvió a decir «Acción», y yo interpreté la escena como quería. Movimientos mínimos. Economía en todo. Contenido. Íntimo. Interior.

—Corten —dijo cuando terminamos la escena—. Muy bonito. Seguimos adelante.

Kathryn utilizó su versión en la película, por supuesto, en la que yo movía el mando de un lado a otro de forma ridícula. Aun así, era una buena escena.

Me costó mucho ver las partes de la película en las que yo salía porque no podía dejar de pensar en mi cara, en mi voz y en lo idiota que parecía. Pero las escenas con Matthew eran increíbles. Andy Warhol, ese eterno enigma sin alma, de repente era humano, actuando, claro, como todos nosotros, pero aun así era una persona, con todas sus debilidades y sus inseguridades. Mientras recorría la casa de su infancia en Pittsburgh, se veía en sus ojos todo lo que no decía, que aquel había sido el único lugar seguro en una vida marcada por el acoso, y ni siquiera era tan seguro. Se te partía el corazón.

Y Juniper también estaba fantástica, con movimientos estridentes e impredecibles, una disonancia tensa de talento y autodestrucción. Parecía más joven de lo que era en la vida real, poco preparada para todas las cosas de adultos por las que tenía que pasar. En la escena de la discoteca en la que está sangrando y yo le suplico que se venga a casa conmigo, lo hizo tan bien que me eché a llorar. No sabía si lloraba por Juniper o por su personaje, porque las quería a las dos.

Mientras veía la película, pensaba que las personas más cínicas o irónicas suelen ser también las más vulnerables, porque no pueden arriesgarse a ser sinceras. Andy siempre estaba en algún punto entre la sinceridad y la indiferencia, y Matthew encontró ese punto a la perfección.

A mi lado, Juniper no dejaba de tomar notas en su cuaderno. Bajé la mirada intentando verlas, pero estaba demasiado oscuro. A mí ni siquiera se me había ocurrido llevar papel y bolígrafo. Típico de mí.

Recordaba lo que había sucedido los días que rodamos cada escena. Me vino a la mente el día que Matthew me invitó a su caravana para jugar a un simulador de carreras de motos que alguien le había enviado. Pensé en que un día tuvimos que esperar a que pasaran los aviones para que el audio saliera bien, y Lon gritaba desde detrás de los monitores de vídeo: «¡Estos putos aviones me han costado hoy doce mil dólares! ¿Sabéis lo que se podría comprar con doce mil dólares?».

Durante la escena en la que Andy y yo nos tomamos una cerveza, recordé haberme reído con Matthew de lo ridículas que eran las etiquetas de cerveza falsas. Matthew se ofreció a pagarle al jefe de atrezo lo que hiciera falta para que trajera al set varias Stella auténticas, y entonces yo me burlé de Matthew porque le gustaba la cerveza mala.

—¿Acaso tienes edad para beber? —me preguntó Matthew.

—Claro que sí, joder —le contesté.

Y él echó la cabeza hacia atrás y miró al techo riéndose, como si Dios le hubiera contado un chiste.

La verdad es que no conseguí meterme del todo en la película hasta los últimos veinte minutos. A medida que Andy se ponía cada vez más enfermo y nosotros nos enamorábamos, la película se volvía tan desgarradora que olvidé lo que había pasado en la vida real, quiénes eran Juniper y Matthew, e incluso quién era yo. Hacia el final hay una escena en la que Carly y Jude hacen el amor y yo lloro apoyado en el hombro de Carly después de enterarnos de que Andy ha muerto; rodarla había sido intenso, pero verla lo era aún más. Me sentía muy mal por todos. La película trata sobre lo que les debes a las personas a las que quieres y sobre que es imposible saldar todas esas deudas, y todo eso me destrozó tanto que empecé a llorar.

Miré a Juniper y vi que se frotaba los ojos, pero no le vi ninguna lágrima. Estaba muy guapa, con la luz gris dorada de la película reflejada en su cara.

Cuando terminó la película, yo lloraba de verdad. Ni siquiera lloraba por la película. Lloraba porque incluso Andy Warhol era muy frágil, y porque todo lo frágil acaba enfrentándose al mismo destino.

8

Algunas personas que estaban detrás de nosotros aplaudieron durante los créditos. Se encendieron varias luces y me costaba mucho dejar de llorar. Tyrell, de marketing, se acercó a mí con Katie, la publicista. Me preguntó si estaba bien. Asentí y sonreí. No quería parecer una de esas personas que lloran viendo sus películas, pero no conseguía recomponerme.

—No sé por qué lloro —le dije—. Ya sabía lo que iba a pasar.

Tyrell se rio.

—Debes de haber puesto mucho de ti en este papel.

Me encogí de hombros.

—Sí, gracias. Juniper está genial, ¿verdad?

—Sin duda, pero tú eres toda una revelación. Felicidades, Kai.

Kathryn apareció por detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—Creo que es buena —le contesté—. El final me ha conmovido.

—Es por la canción de Lou Reed —me dijo Kathryn.

Salimos todos del cine. Fuera, la luz era cegadora. Lon y Natalie estaban sentados en un carrito de golf delante de la sala de

proyección. Natalie se levantó de un salto y corrió a abrazar a Kathryn.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó a Juniper.

—Está muy bien. He tomado algunas notas para Kathryn.

—Oh, Junie, fantástico. Seguro que serán estupendas —le dijo Kathryn, y entonces se acercó Matthew y añadió—: Pero tengo que volver a la sala de montaje, así que coméntalo con Nat y Lon, por favor, ¿vale? —Nos dio la espalda y abrazó a Matthew—. ¿Qué te ha parecido?

—Aún mejor en el tercer visionado. —Y sonrió.

—Vamos a cenar algo y a comentar tus notas —nos dijo Natalie.

—Aún no hay nada definitivo —añadió Lon mientras bajaba del carrito de golf—. Me interesan mucho tus comentarios. ¿Te han dicho algo de las puntuaciones?

Saqué el móvil del bolsillo y vi que tenía un mensaje de Bob, mi agente. «LLÁMAME». Ellen me agarró y me giró hacia Caitlyn, la montadora de la película, que me preguntó qué me había parecido.

—Creo que me ha gustado. La verdad es que nunca…

Ellen me tiró del brazo.

—Un momento. —Me llevó aparte y me susurró—: Tú no crees nada.

—Estoy bastante seguro de que me ha gustado —le dije a Caitlyn, que se rio.

—¿Cómo te has sentido viéndote a ti mismo?

Tardé un momento en contestarle.

—Expuesto —le dije.

—Me lo imagino —me dijo Caitlyn—. La mayoría de los actores jóvenes imitan. No expresan miedo ni el terror de la impotencia; los

interpretan. El grito de un niño en una película de terror casi siempre dice más sobre las películas que ha visto que sobre los miedos que ha experimentado. Pero pasar tres meses interpretando tu papel… Cuando le gritas a Carly, bueno, incluso ahora hablo de ello como si fuera real. Aunque de alguna manera fue real, ¿no?

—Tengo que subir a Kai a este carrito de golf porque tiene una reunión con los productores —dijo Ellen.

Me hicieron subir a la parte de atrás del carrito de golf, en el que al final solo nos montamos Lon, Natalie, Juniper y yo. Como iba sentado de espaldas, vi alejarse a Matthew, Kathryn y todos los demás.

—Ya tenemos fechas de estreno en dieciocho países —dijo Lon—. Dieciocho. La película trata de un artista estadounidense y tenemos dieciocho estrenos internacionales. Anoche… Nat dice que los sueños no son más que la forma que tiene el cerebro de eliminar residuos, pero anoche soñé que estaba en el tejado de mi casa y un bombardero B-52 pasaba volando. Creí que estaba en una zona de guerra, pero de repente se abrieron las compuertas y empezó a caer dinero que revoloteaba a mi alrededor, billetes de absolutamente todos los países del mundo, dólares, euros, reales, pesos y libras. He visto nuestro futuro, amigos, y es multinacional.

—Juniper ha tomado notas —le dijo Natalie.

—Bien. Las comentaremos durante la cena. Os queremos a los dos en la promoción. Habrá una en Nueva York una semana antes del estreno, como seguro que ya habéis comentado con vuestros equipos, pero con tanto revuelo internacional estamos intentando sacarle partido. Es posible que vayamos a Europa. Quizá a Londres o

a París. Kai, ¿tienes algún diseñador favorito? Juniper, tú tienes a alguien, ¿verdad?

—Dior. Kai, ¿tú tienes algo que comentar o soy la única? —me preguntó Juniper.

—Espera, ¿cuándo es el estreno?

—El estreno es el miércoles día 2.

—¿De octubre?

—Sí. ¿Te ha gustado la canción de Lou Reed del final? ¿No te ha parecido un poco obvia? —me preguntó mientras nos bajábamos del carrito de golf y nos subíamos a un todoterreno.

—Pues… supongo que me ha gustado —me atreví a decir mientras me metía en la parte trasera del coche.

Juniper se sentó a mi lado.

—Dime la verdad.

—Bueno, no soy supervisor musical.

—Cierto —me dijo Juniper—. Tampoco Kathryn, por cierto. Natalie, ¿te gusta la canción de Lou Reed del final?

—Ya la hemos pagado —le contestó Natalie.

—Pero ¿te gusta?

—Le gusta —intervino Lon—. A nosotros nos gusta. La canción no vamos a cambiarla. Es genial. Lou Reed escribió una canción sobre la muerte de Andy Warhol y la ponemos mientras Andy Warhol muere. Es así de sencillo.

—Pero la canción en sí…

—Ya la hemos comprado —dijo Natalie dando el tema por zanjado.

—Bueno —dijo Juniper—. Sí, ya veo. ¿Empezamos a comentar mis notas?

—Me da la impresión de que ya hemos empezado —le contestó Natalie.

Juniper sacó el cuaderno con tapas de cuero negro.

—En mi primera escena con Andy, aparezco yo en pantalla cuando él dice: «Nunca me desmorono porque nunca me recompongo», y da la impresión de que me hace mucha gracia y de que estoy encantada con él, no parezco una periodista de verdad, y creo que eso socava desde el primer momento mi seriedad como periodista, así que me pregunto si al menos en esa frase podría aparecer en pantalla Andy y que lo viéramos a él diciéndola, y luego pasar a un plano de Carly en el que no parezca tan embelesada.

Juniper siguió hablando sobre casi todos los planos de la película. Se había fijado en cientos de detalles que yo había pasado por alto y había pensado en mil aspectos que yo no había tenido en cuenta. Veía la película como los deportistas analizan las grabaciones de partidos antiguos.

En el restaurante, leí la carta y observé a Juniper desglosando todas las escenas y comentando cómo mejorarlas. Aunque estoy seguro de que para Lon y Natalie fue una hora y media insoportable, yo estaba asombrado. ¿Cómo podía una persona fijarse en tantas cosas y preocuparse tanto? Ni siquiera recuerdo el uno por ciento de lo que dijo, pero, por ejemplo, en un momento dado cuestionó que hubieran corregido el color de una escena que tiene lugar en mi dormitorio porque hacía que las ventanas parecieran oscuras, cuando, según ella, la habitación se había iluminado a propósito para enfatizar que toda la luz procedía del exterior, ya que la casa se había convertido en lo que ella llamó un «pozo de oscuridad metafórica».

La dejaron hablar. Natalie tomó notas. Yo me comí un cuenco de quinoa con verduras a la parrilla. Juniper pidió una especie de ensalada y bebió mucha agua.

—Juniper, te adoro —le dijo Lon un rato después, mientras dejaba una tarjeta American Express que parecía muy resistente encima de la cuenta—. Algún día serás una gran directora, pero no vas a dirigir esta película.

—No pretendo dirigirla, solo intento…

—Le pasaremos a Kathryn tus comentarios, por supuesto, pero, verás, esta película tiene un noventa y dos por ciento en las dos categorías superiores tal como está. ¿Podría ser mejor? Claro. *Ciudadano Kane* podría ser mejor. Pero ¿un noventa y dos por ciento en las dos categorías superiores? Llevo mucho tiempo en esto…

—Lleva muchísimo tiempo en esto —añadió Natalie.

—… y esta es solo la segunda de nuestras películas que supera el noventa por ciento en las dos categorías superiores.

—La otra fue *Moulin Rouge* —aclaró Natalie.

—El estudio la cagó con la campaña de premios, y aun así ganó cuatro óscars.

—Debería haber ganado el de mejor película —dijo Natalie—. Los jodieron, pero así es la Academia.

—No voy a decirle a Kathryn que vuelva a montar toda la película cuando tiene un noventa y dos por ciento en las dos categorías superiores.

—Al menos la escena del cementerio —insistió Juniper—. Y la…

—Oye, descansa un poco. Sé que no es fácil verte en la pantalla. Sé que es un proceso estresante. Para mí también lo es.

—No estoy estresada —replicó Juniper—. Quiero que la película quede me…

—Nosotros también queremos que quede mejor. Y tus comentarios la mejorarán.

—Por supuesto que le pasaremos tus comentarios a Kathryn —le aseguró Natalie—. Son estupendos. Muy útiles.

—Pero no queremos que te hagas ilusiones —le dijo Lon.

—La película está prácticamente terminada —le dijo Natalie.

—Y todos debemos apoyarla. A todos nos conviene que la película nos encante.

—Todos estamos en el mismo equipo —añadió Natalie.

—Sí —dijo Juniper—. Sí, claro. Lo entiendo.

9

Casi nunca se lo cuento a nadie hasta que no me queda más remedio. Se lo conté a mis padres solo después de que todo saliera a la luz, de que lo detuvieran y de que la policía quisiera interrogarme. A la policía solo le conté lo que me preguntaron, y solo cuando me lo preguntaron. Me repetían: «No te has metido en problemas», pero me lo decían en una sala de interrogatorios de una comisaría, sin ventanas e iluminada con fluorescentes, lo que me hacía sentir que sí me había metido en problemas.

Nunca quiero contárselo a nadie, pero por alguna razón quería contárselo a Juniper. No sé por qué. Simplemente quería hacerlo, pero no encontraba el momento adecuado. Es algo difícil de introducir en una conversación.

De vuelta en el hotel, teníamos algo de tiempo antes de salir para reunirnos con los amigos de Juniper. Quería contárselo, pero estábamos hablando de la película y ella no dejaba de criticar su interpretación y las decisiones de Kathryn.

—Creo que la película es buena —le dije por fin.

—Claro que es buena —me contestó—. Es la mayor oportunidad de mi vida, y quizá también de la tuya. Por eso es tan importante.

—También creo que respondes al estrés de forma muy analítica.

Respiró hondo.

—Es verdad —admitió—. Es verdad. Eres un buen observador.

—Quizá deberíamos salir con tus amigos y celebrar que la película es buena.

Y supongo que podría habérselo contado en ese momento, pero habría cortado el rollo.

Fuimos al bar de otro hotel donde preparaban martinis en la mesa y podías elegir entre cinco vermuts, cada uno de un sabor diferente. Pedí un martini de vodka con limón y vermut con aroma a cardamomo. La chica que estaba sentada a mi lado, delgada, con las cejas gruesas y los ojos grandes, pidió lo mismo. Juniper se tomó una club soda.

Juniper hablaba con un actor al que yo conocía de vista porque a menudo coincidíamos en los castings, un chico que se llamaba Casey cuyos ojos azules me daban un poco de envidia, sobre todo por cómo Juniper se inclinaba hacia él mientras charlaban.

Yo hablé sobre todo con la chica que había pedido lo mismo que yo. Cuando conozco a una persona, le hago muchas preguntas porque prefiero escuchar a hablar, así que hablamos de dónde era su familia —Londres—, de cómo había acabado en Los Ángeles —quería vivir en una ciudad en la que nadie te mirara, y si lo hacían, que no les importara quién eres— y de a qué se dedicaba.

—Últimamente siento que mi trabajo es estar en Instagram. Por cierto, ¿te importa si nos hacemos una foto juntos? —me preguntó.

—Claro que no, siempre y cuando me etiquetes —le contesté.

Ella se rio e hizo una foto de los dos brindando con nuestras copas de martini.

—Juniper me ha contado que le dices «Te quiero» a todo el mundo —me dijo con su acento inglés—, pero a mí todavía no me lo has dicho.

—Te quiero.

Ella se rio, me dio las gracias y me dijo que también ella estaba enamorándose de mí. Pedimos otra ronda de martinis, y luego otra más. Empezaba a preocuparme que esas copas de treinta dólares se acumularan, pero cuando Juniper comentó que se marchaba, la chica con la que yo había estado hablando insistió en pagar. Quise protestar.

—Oh, déjala. Este mes sale en la portada de *Vogue* —me dijo Juniper, lo que me indicó que quizá había estado toda la noche hablando con una persona bastante famosa.

Fuera nos esperaba una multitud de paparazis, algunos con cámaras de vídeo y otros haciendo fotos con flash. Yo intentaba parpadear para protegerme de la luz. Estaba bastante borracho, Juniper me sujetaba con fuerza por la cintura y todos miraban detrás de nosotros gritando: «¡Jaya! ¡Jaya!». Le preguntaban si había roto con Stephanie, por qué habían roto y si ahora salía con Juniper. De pronto varios paparazis vieron a Casey y sus ojos azules y empezaron a gritarle, pero en general a Juniper y a mí nos dejaban en paz, menos un tío que no dejaba de pedirle un autógrafo a ella. No llevaba cámara ni nada, solo un rotulador Sharpie, la cara sudorosa y una foto de 20 × 25 de Juniper de pequeña. El ruido

aumentaba porque Jaya ya había salido. Vi nuestro Uber aparcado al otro lado de la calle y le hice señas para que se acercara.

Abrí la puerta trasera y Juniper se deslizó dentro. Justo cuando yo estaba a punto de subir al coche, el hombre sudoroso saltó al asiento trasero con Juniper.

—Lárgate de una puta vez —le dijo ella dándole una patada.

Agarré al hombre por la camisa, lo saqué del coche y le pegué un empujón que lo tiró al suelo.

—¿A ti qué cojones te pasa? —le grité.

Me metí en el Uber y cerré de un portazo. Sentía la adrenalina retumbándome en los oídos. Juniper temblaba, acurrucada en el otro extremo del asiento.

—Madre mía, Jaya atrae a los paparazis.

—¿Quién coño es Jaya?

—Venga ya, Kai. ¿No te has dado cuenta de que te has pasado toda la noche ligando con Jaya Hudson-Rowe, la supermodelo? ¿La supermodelo más famosa del mundo?

—No —le contesté—. Y no estaba ligando.

—Es la mujer más guapa del mundo, literalmente.

A mí me parecía que Juniper era mucho más atractiva, pero no se lo dije.

—¿Habías visto alguna vez a ese tío?

—No, creo que no, aunque tengo un par de acosadores. Podría ser uno de ellos. Dios, qué miedo.

—Sí.

El Hotel Bel-Air estaba a solo diez minutos.

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación? —le pregunté cuando llegamos.

—Sí —me contestó—, pero nada de tonterías.

—Solo me dedico a asuntos muy serios —le dije, y ella me dedicó una débil sonrisa.

—Sé que es ridículo —me dijo cuando llegamos a su suite—, pero ¿te importaría echar un vistazo? ¿A los armarios y todo lo demás?

Le dije que claro y recorrí toda la estancia mirando debajo de la cama y en el armario.

—Todo en orden —le dije por fin.

Solo entonces entró en la habitación. Me preguntó si podíamos ver una película, así que encendimos HBO. Estaban poniendo una película rara y divertida titulada *Submariners*. La vimos, yo con mi brazo alrededor de Juniper, su cuerpo temblando junto al mío, costilla con costilla. Quería besarla, pero sabía que no era el momento. Y de todos modos no se me dan bien esas cosas; siempre elijo el momento equivocado para besar porque sexualmente tengo el cerebro jodido.

Al final ella quiso irse a dormir y yo me ofrecí a quedarme en el sofá, pero me dijo que no hacía falta, así que me fui a mi habitación y pensé en la película y en el desconocido sudoroso. Como no podía dormir, me senté fuera, al lado de mi ridícula piscina, y contemplé las escasas estrellas del cielo de Los Ángeles.

A menudo me siento un poco vacío, no necesariamente en sentido negativo, sino como si mi cuerpo estuviera deshabitado. Hacía viento, pero el aire que corría entre los árboles parecía no tener temperatura, lo que no hacía más que aumentar la extraña sensación de que en realidad mi cuerpo no estaba allí, o de que yo no estaba en él. Al cabo de un rato cogí los AirPods y escuché *Dioses de Andrómeda*. Como soy muy lento leyendo, escucho muchos audiolibros. La historia transcurría en un pequeño planeta de la galaxia de Andrómeda que solo tenía una masa continental, y las personas y los orcos que vivían allí eran en su mayoría pacíficos porque las armas y la guerra estaban prohibidas. El personaje para el que estaba haciendo el casting era Garon, el hermano del protagonista, que ejercía como negociador principal de la civilización. Garon siempre lleva consigo una pluma dorada a la que llaman Pluma de la Paz. Cuando entramos en guerra, la Pluma de la Paz tiene que fundirse para convertirse en la empuñadura de mi nueva espada. La reina es cojonuda, y me daba cuenta de que Juniper sería perfecta para ese papel.

El audiolibro se quedó un instante en silencio y después me sonó el móvil. Era Bob, mi agente. Eran más de las once, pero Bob nunca dejaba de trabajar.

—Por Dios, Kai, llevo diez horas intentando localizarte. Tienes que contestar el teléfono, ¿vale? Esta generación y sus móviles… Estáis obsesionados con ellos, pero nunca los utilizáis, joder. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo.

—¿Qué tal la película?

—Creo que es buena. Aunque a Juniper le preocupan algunas cosas.

—Claro, claro. Bueno, yo la he visto y déjame decirte, chico, que no hay nada de qué preocuparse. Es increíble. Y he estado todo el día al teléfono hablando de ti. No dejan de llamarme productores de toda la ciudad para preguntarme por tu disponibilidad. Estás arrasando.

—Está bien, ¿no?

—¿Bien? Está de puta madre. Vamos a tener varias opciones. Pero ¿puedo recordarte algo? Espero que no te parezca brusco, chico, pero solo quiero recordarte que creí en ti desde el primer día. Si alguien te llama, avísame, ¿vale? Estoy seguro de que los de CAA te acecharán como los putos buitres que son, pero lo bueno de nosotros es que podemos trabajar con cualquiera, ¿me entiendes? CAA es una fábrica de incestos. No hacen las mejores películas que pueden hacer; hacen las mejores películas de CAA que pueden hacer.

—No voy a despedirte, Bob.

—Genial. Ya lo sé. Eres un chico leal. Oye, Brian Arawas quiere desayunar contigo mañana. Irá a tu hotel. Brian Arawas irá a verte, ¿te lo puedes creer? A las nueve y media. No llegues tarde. Zoe y yo nos reuniremos contigo después. *Dioses de Andrómeda* podría ser enorme. El estudio está apostando fuerte por ella. Sesenta y ocho días de rodaje, empieza en diciembre. Si el desayuno va bien, te ofrecerán un precontrato basándose solo en el vídeo que les mandaste. Fíjate si les gustas para el papel del hermano. ¿Cómo se llama, Zoe?

—Garon —le contestó Zoe.

Era la ayudante de Bob. Supongo que los ayudantes suelen escuchar las llamadas, pero Bob no dejaba de reclamar su atención.

Zoe me caía bien.

—Garon. Joder, si hay libro, no puedes cambiar los nombres de mierda, porque los fans se volverían locos. En fin, Kai, primero el precontrato y luego las pruebas de química. Te gusta trabajar con Juniper, ¿verdad? Por lo que veo en tus redes sociales, te cae muy bien. Pero no te pongas nervioso. Brian es listo, pero no más que tú. Y quizá ni siquiera quieras hacer una película de espadas en el espacio. Ya veremos cómo va el desayuno. Tienes que preguntarte qué tipo de carrera profesional quieres. ¿Quieres ser Matthew? ¿Quieres ser RDJ? O, joder, no sé, quizá quieras ser Will McIntire. Ese tío tiene una vida que te cagas, permíteme que te lo diga, es lo bastante famoso para tirarse a tías buenas, pero puede ir al supermercado. ¿Puedo hablar de tirarse a tías buenas, Zoe?

Oí el final del suspiro de Zoe cuando activó el micrófono.

—Creo que sería mejor que no, Bob —le contestó.

—Así es el nuevo Hollywood, chico. Una puta locura. Me hago viejo, me hago viejo, llevaré doblados los bajos de los pantalones. ¿Todavía puedo citar al puto T. S. Eliot, Zoe?

Otro suspiro.

—Sí, Bob, todavía puedes citar a T. S. Eliot.

—Genial. Te conseguiremos un buen contrato. Y cuando he hablado con el productor esta mañana, Dylan, un tío estupendo, te va a encantar, me ha dicho que iban a ampliar un poco el papel para convertirlo en el quinto protagonista. A ver cómo va el desayuno con Brian, y luego prepararemos el precontrato.

—Vale —le dije. Y un segundo después—: ¿Y qué va a pasar con *Andy Warhol no envejece jamás*?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué va a pasar con la película. Todo el mundo dice que es muy buena, pero no sé lo que eso significa.

—Significa que están intentando que inviten a Matthew y a Kathryn a los Óscar, eso es lo que significa. A mí me ha encantado la película, ¿vale? Es una película de puta madre. Pero ¿quién quiere ver una película triste sobre Andy Warhol y dos chavales tristes? Esto es Estados Unidos, Kai. Los estadounidenses pagaron doscientos millones de dólares por ver *Superpoli de centro comercial*. No somos un país con gusto ni sofisticación. Ni siquiera para los premios, que no estamos hablando de los Premios Nobel. ¿Sabes qué película nominaron a un óscar? *El segundo diente de Molly*. Hay que joderse. ¿Has visto *El segundo diente de Molly*?

—No.

—Si alguna vez has visto a un perro vomitar el equivalente a su peso después de haber comido chocolate, ya la has visto. Ya nadie tiene buen gusto. Quizá nunca lo tuvieron. ¿Todavía puedo hablar de vómitos de perro, Zoe?

—Deja de hacer estas preguntas, por favor —le dije.

—Estoy de acuerdo —añadió Zoe.

—Soy un dinosaurio. Pero soy un dinosaurio que va a conseguirte un contrato de la hostia para *Dioses de Androginia*. ¿Quieres que te dé un consejo? El mejor momento para cerrar un trato es antes de que nadie sepa si tu película va a ser importante. Puede que me equivoque y que el año que viene estés en los Óscar, pero el mundo está lleno de grandes películas que nadie ve y de grandes actores a los que nadie contrata. Nos vemos después del desayuno.

—Andrómeda —murmuró Zoe.

—Hasta mañana —dije yo.

Me quedé contemplando el cielo, que nunca terminaba de oscurecerse. Quería llamar a alguien, pero era muy tarde. Eché un vistazo a mis mensajes. Tenía muchos sin responder, pero no me apetecía contestar a ninguno. La idea de hacerlo acentuaba mi dolor de estómago, y ya me dolía bastante. Intenté dejar la mente en blanco y volver a escuchar *Dioses de Andrómeda*, pero no dejaba de pensar en Bob, en Lon, en Ellen, en el hombre sudoroso que se había metido en el Uber y en la mirada de Juniper cuando me pidió que echara un vistazo a su habitación. Y pensaba en eso, por supuesto, el pronombre que no necesitaba más descripción, porque siempre estaba ahí, despierto, dormido o en un estado intermedio. Pensé en que Ellen lo sabía y en que la gente suele ser muy amable al respecto, pero aun así no me gusta que lo sepan porque entonces ya no pueden dejar de verme a través de ese prisma. Pensé en lo condescendientes que habían sido todos —los policías, los abogados — y en que me habían tratado como a un niño. Pero, claro, la cuestión es que yo era un niño.

No sabía si de verdad quería ser famoso. Pensé en que, antes de ver la película, Matthew estaba rodeado de periodistas, todos ellos uno o dos pasos más alejados de él de lo que se suele estar en una conversación, porque él desprendía una energía que los mantenía a distancia. Les dijo que la única persona que no puede disfrutar de una película de Matthew Malone es Matthew Malone, y todos se rieron. Pero esa misma energía que hacía reír a los periodistas hizo que el hombre sudoroso creyera que podía meterse en el coche de Juniper. Pensé en algo que Matthew me había dicho una vez en el set: «He consumido muchas drogas, pero nada te afecta como la fama. Unas veces te eleva, otras te hunde, pero siempre te sacude».

10

A la mañana siguiente me despertó el sonido de un teléfono. No era el mío. Era el teléfono del hotel.

—¿Diga?

—Buenos días, señor Laramie. Brian Arawas ha venido a verlo.

Me di la vuelta y miré el reloj. Eran las ocho y doce minutos, más de una hora antes de la hora a la que habíamos quedado para desayunar.

—Bajo en cinco minutos.

Me lavé los dientes, me puse una camiseta de los Mekons y los vaqueros del día anterior, y emprendí el largo camino hasta el vestíbulo. El sol brillaba más de lo que parecía necesario. Brian Arawas estaba esperándome fuera, a la estrecha sombra de una palmera. Llevaba unas Ray-Ban, la barba bien recortada y un pelo que parecía haberse cortado hacía menos de un día. Arawas había sido actor antes de convertirse en director y, aunque tenía canas, todavía parecía en forma y era guapo; y además era consciente de que estaba en forma y era guapo.

—Kai —me dijo acercándose a mí con los brazos abiertos. Nos abrazamos. En Hollywood se dan muchos abrazos—. Kai, te pido disculpas por haber llegado una hora y dieciocho minutos antes a nuestra cita para desayunar, pero soy una persona puntual y

entusiasta, y estaba impaciente por conocerte. ¿Dónde vamos a desayunar?

—La verdad es que no conozco bien Los Ángeles —le contesté.

—Asombroso. Nunca llegas a conocerla. Sigue siendo de oro, Ponyboy. Eres de Nueva York, ¿verdad?

—Soy sobre todo de Indiana.

—Bueno, nadie es perfecto —me dijo con una media sonrisa—. Iremos al Algernon.

En el coche, un Audi A8 plateado con el interior de cuero blanco, le dije a Brian que me había encantado su última película, una entrega independiente del universo de *X-Men* sobre una misión para liberar a mutantes de un campo de prisioneros.

—Básicamente hicimos un remake de *La gran evasión* —me explicó—, aunque con superhéroes. Nos lo pasamos muy bien. El estudio suavizó el mensaje político de la película, pero así es Hollywood. Todos aman la libertad y la democracia hasta que quieren vender una película a nivel internacional, y entonces tenemos que respetar que muchas formas de gobierno pueden ser legítimas. ¿Ya te has leído el libro?

—Casi todo.

Intenté contarle lo mucho que me gustaba el personaje para el que había hecho el casting, pero acabé divagando. Le dije que Garon me recordaba a mí mismo, lo cual no era cierto. Me recordaba sobre todo a otros escribas de otras historias fantásticas. Brian asintió, pero no dijo nada, así que me pregunté si habría tirado por la borda mis posibilidades de conseguir el papel antes de haber

llegado siquiera al restaurante. Giramos hacia Sunset Boulevard, donde el tráfico avanzaba a paso de tortuga.

—¿Has visto la última película de Tarantino, *Érase una vez en Hollywood*? —me preguntó.

—Sí.

—Todas las películas de Quentin tratan sobre el cumplimiento de deseos, y esta imagina la historia alternativa más deseada de todas: un mundo en el que no hay tráfico en Los Ángeles. ¿De verdad Garon es el personaje con el que más te identificas?

—No.

—Ya me lo imaginaba. ¿Y cuál es?

—Gavinth —le contesté. El marido de la reina Agripa.

Brian asintió.

—¿Sabes? He hablado con unos cuarenta actores sobre ese papel, y ninguno de ellos ha pronunciado correctamente el nombre de Gavinth. Tú sí.

Estuve a punto de contarle que era solo porque no estaba leyendo el libro, sino escuchando el audiolibro, pero me detuve a tiempo.

—Me encanta cómo apoya a su reina y cree de verdad en todas las reglas de Andrómeda, pero aun así quiere poder, ¿sabes? Y me gusta su giro. Bueno, creo que la quiere, pero también sabe que quererla es una forma de estar cerca de ella, y estar cerca de ella es una forma de tener voz y voto a la hora de decidir si van a la guerra.

—Sí —me dijo Brian—. Sí. Cada personaje recorre un camino humano en la historia, y Gavinth nos muestra cómo las personas pasan del poder del amor al amor al poder. —Hizo una pausa al entrar en un aparcamiento y luego añadió—: No quiero crearte

falsas expectativas. Me encanta lo que dices sobre Gavinth, pero te veo como Garon.

Asentí y dije algo parecido a que yo también me veía como Garon.

El Algernon era un local de desayunos, y enseguida nos sentaron fuera, en un pequeño patio junto al aparcamiento del restaurante. Brian me recomendó que pidiera algo llamado Today's Harvest, y eso hice. Eran básicamente rodajas de aguacate y tomate rociadas con vinagre de vino tinto, solo que costaban treinta y siete dólares. Una cosa que me molesta de Los Ángeles es su total falta de conciencia de sí misma. Como un bebé que no sabe que es un poco raro cagar en un pañal, Los Ángeles no sabe que es un poco raro cobrar treinta y siete dólares por un aguacate.

Brian se ponía muy poético hablando del libro.

—En la película que quiero hacer, el recorrido de Garon plantea quizá la pregunta más importante: ¿cómo se convierte una herramienta en un arma? Piensa en el hacha de piedra, por ejemplo. Seguramente en un principio se utilizó como herramienta, pero en algún momento pasó a utilizarse como arma. En ambos casos, el hacha de piedra era poderosa, pero como arma se convirtió en un instrumento con el que ejercer el poder, ¿verdad?

—Y eso es la pluma de Garon —le dije.

—ESO ES LA PLUMA DE GARON —me contestó Brian dando un golpe en la superficie de piedra de nuestra mesita—. Empieza siendo la herramienta a través de la cual las leyes y los decretos llegan desde la corte hasta el pueblo, pero después, cuando Garon escribe la declaración de guerra contra los orcos, se convierte en un arma

metafórica, y al final, cuando se funde para crear la empuñadura de su espada, se convierte en un arma de guerra literal. Sí. Sí. Lo has entendido perfectamente, Kai. Entiendes el recorrido. Siento que ya estamos haciéndolo juntos. ¿Tú también lo sientes?

—Sí, sí. Totalmente.

—Pero la verdadera pregunta —siguió diciéndome Brian— es cómo puede el arma volver a ser una herramienta. Una vez abierta la caja de Pandora de la violencia, ¿cómo volvemos a la paz? Y por eso creo que en las secuelas veremos a Garon luchando con su espada, en sentido tanto literal como metafórico.

—¿Habrá secuelas?

—Sí, Valentina tiene prevista una trilogía. El segundo volumen está casi terminado y he visto el borrador del tercero. No quiero destriparte el recorrido de Garon, pero al final vuelve a tener una pluma en la mano.

—Suena genial. Sí, me encanta ese arco argumental.

Una chica se había acercado a nuestra mesa.

—Perdón —dijo. Supuse que estaba emocionada por haber reconocido al brillante Brian Arawas, pero me miraba a mí—. ¿Eres el chico que anoche salvó a Juniper Castillo?

—No sé si puede llamarse salvar, pero…

—Madre mía. Qué alegría conocerte. Me pareció alucinante, en serio. Solo quería darte las gracias.

—Ah, vale —le contesté.

Entonces la chica le pidió a Brian Arawas que nos hiciera una foto, y Brian nos la hizo.

—No sabía que ya eres toda una estrella —me comentó Brian.

Le expliqué brevemente que habíamos tenido una noche rara y después volvió a centrarse en la película.

—Cuéntame cómo llevas las espadas —me dijo.

Me reí un poco porque creí que me lo había dicho en broma, pero no era así. De nuevo, el bebé no sabe que es raro cagar en un pañal.

—Pues… regular. —Recordé que Matthew me había contado que cuando llegó a la última ronda del casting para una película de surf, le preguntaron si sabía surfear, y él les contestó: «Claro que sé surfear. Soy Matthew Malone», aunque no había surfeado en su vida y ni siquiera nadaba muy bien—. He hecho danza, y luchar con espadas es en buena medida bailar.

—Me encanta —me dijo Brian—. Me encanta. Te lo voy a robar. En *Andy Warhol no envejece jamás* te mueves de forma absolutamente fascinante.

Me tragué un trozo de aguacate.

—Gracias, sí. El papel era genial. —Se me encogió un poco el estómago—. Juniper lo hace muy bien, ¿verdad?

—Sí, sí, la Agripa favorita del estudio —me contestó—. ¿Cómo fue trabajar con ella?

—Increíble. Está preparadísima. Es supercompetente, profesional y brillante, y sobre todo está muy preparada. Con ella nunca hay que preocuparse.

—Lo único que me preocupa es que esté demasiado preparada, que llegue con el papel tan estudiado que a veces le falte esa chispa de improvisación, esa versatilidad que da el estar abierto a lo que pueda surgir en ese momento. Es más un Bach que un Beethoven, tú ya me entiendes. A mí suelen gustarme más los Beethoven.

Yo no lo entendí.

—A mí me gusta mucho —le dije—. Creo que tiene chispa.

—Sin duda formáis un tándem maravilloso, aunque, claro, estoy seguro de que entiendes que hay muchos grandes actores interesados en Garon.

—Claro. Estoy seguro de que encontrarás a la persona adecuada.

—Bueno, espero que esta semana vengas a hacer las pruebas de química. La herramienta que pasa a ser arma, Kai. Eso es lo que espero que te guardes en el corazón.

—Muy bien. Sí, sin duda. Gracias por el desayuno. Me ha encantado conocerte.

—A mí también me ha encantado conocerte.

El trayecto de vuelta al hotel fue un poco incómodo; aunque la conversación había terminado, tenía que continuar con él durante veinte minutos más. Llegamos por fin, se bajó del coche para darme un abrazo y me dijo que le encantaría trabajar conmigo, y yo le respondí que sí, claro, que a mí también me encantaría trabajar con él. Mientras volvía a mi habitación, vi a Bob y a Zoe sentados a una mesa fuera del restaurante del Bel-Air.

—¡Kai! —me gritó él—. Qué curioso verte aquí. —Tiró de mí para darme un abrazo—. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo ha ido?

Era un hombre corpulento, no tanto gordo como grande en general. Llevaba un traje muy bien confeccionado. Nadie se parece más a sí mismo que un agente.

—Ha ido bien, creo —le contesté mientras le daba la mano a Zoe.

Zoe daba la mano en lugar de abrazos, llevaba el pelo recogido en una coleta apretada y me caía bien porque su cara nunca revelaba gran cosa.

—¿Y qué te ha parecido él? —me preguntó Bob mientras nos sentábamos a la mesa.

Apareció un camarero y le pedí un café.

—Pues creo que… No sé. Es un poco pretencioso.

—Bueno, es director de cine.

—Supongo.

—Brian es un genio y, como la mayoría de los genios, lo sabe.

Zoe miró su móvil.

—Parece que hoy estás por todo internet, Kai. ¿Has pegado a un paparazi?

—No, un tío intentó meterse en el coche de Juniper, y yo… me aseguré de que no lo hiciera.

—Así que eres un héroe.

—Ni idea.

Mi móvil vibró. Eché un vistazo. Ellen. «Llámame».

—Entonces Brian… —me dijo Bob.

—Sí, bueno, me gustan sus películas, claro. Y esta es importante, supongo.

—Por cierto, estoy negociando con el estudio, pero parece que serán unos doscientos mil por adelantado, más una pequeña cantidad al final.

—¿Te parece bien?

—Vamos a intentar que nos den doscientos cincuenta, pero siempre van a ofrecernos lo mínimo posible. Hay mil jóvenes actores a los que les encantaría hacer ese papel, ellos lo saben y nosotros

también, así que si lo quieres, es porque el papel es bueno, no porque vayas a hacerte rico.

A mí me parecía que tener doscientos mil dólares era ser rico.

—Vale —le dije.

—Entonces quieres firmar el precontrato —me dijo Bob—. Suponiendo que consigamos los doscientos cincuenta.

—Supongo. El libro es bueno, pero el guion es bastante… genérico. Me preocupa que no sea más que otra película de acción, ¿sabes?

—No es más que otra película de acción del tío cuyas anteriores películas de acción han recaudado en total mil millones en taquilla internacional, un tío que se gana la vida creando estrellas, literalmente. Tom Calloway no sabría actuar ni para librarse de una mierda de multa por haber aparcado mal, y es la puta imagen de Armani gracias a Brian Arawas. Kai, me pagas para que te aconseje, y mi consejo es que *Dioses de Agamenón* va a triunfar, y tú puedes triunfar con ella. Sinceramente, con la cantidad de pasta que le está metiendo el estudio, podría dirigirla un puto robot entrenado con películas de *Transformers*, y aun así daría beneficios.

—Andrómeda —le corrigió Zoe.

—Eso. El título es un puto problema. Tú y los títulos de mierda, Kai. ¿Se te ocurre una combinación mejor? —Se rio a carcajadas.

—Supongo que debería hacerla.

—Deberías —me dijo Zoe.

—Zoe tiene razón —añadió Bob.

Y entonces caí en la cuenta de que Zoe no había estado en ninguno de mis cafés, cenas o comidas anteriores con Bob. Ella siempre me recibía en la agencia, me acompañaba al despacho de

Bob, me preguntaba si quería beber algo, charlaba conmigo hasta que él estaba disponible y luego desaparecía. Me pregunté si la habían ascendido o si solo estaba allí para convencerme de que firmara el precontrato.

—Entonces, si digo que sí y me dan el papel, tengo que aceptarlo, ¿no?

—No tienes que aceptar nada. Si quieres que te saquemos de ahí, te sacaremos. Pero sí, en términos generales, aceptarás un acuerdo que cumplirás en caso de que te den el papel. Aunque por ahora nada es definitivo.

Zoe metió la mano en el bolso y sacó el contrato.

—Aquí pone que te darán doscientos cincuenta —me dijo Bob—, porque esperamos que piensen que, bueno, ya ha firmado este contrato, joder, mejor le damos los cincuenta mil extra y así no tenemos que liarnos con más papeleo.

—¿En serio?

—Recurriré a su miedo y aceptarán el trato. Siempre lo aceptan si tienen miedo. El miedo gobierna esta ciudad. El miedo a que otra persona se lleve ese algo tan especial, tan inaudito, tan único en la vida.

—¿Y en este caso ese algo soy yo?

—Ese algo eres tú, joder.

—Además —añadió Zoe—, eres famoso por haberle salvado la vida a Juniper anoche.

—Yo no… —empecé a decir.

Pero Bob me había colocado el contrato en las manos, así que no dije nada y me limité a firmarlo.

11

Me apetecía echarme una siesta al volver a mi habitación, pero cometí el error de ponerme en contacto con Ellen, que me informó de que vendría a las diez para «ensayar situaciones». Ya eran las diez menos cuarto, así que me di una ducha rápida, me cambié y, para cuando terminé, ella ya había llegado.

—¡Buuueeenooosss díííaaasss! —canturreó cuando abrí la puerta —. Hace un día precioso para mi nueva estrella mediática. Eres tendencia en Twitter, Kai. Dime, ¿quién lo ha montado? Porque yo no he sido. Ojalá tuviera ideas como esta, pero no soy tan lista.

—No lo ha montado nadie. Un tío se metió en el Uber de Juniper…

—Venga ya. Es demasiado bueno para que no haya sido orquestado. ¿Un chico guapo salva a su preciosa coprotagonista de un viejo sudoroso y repulsivo? Parece de película, aunque es demasiado obvio. Me pregunto si ha sido Katie. Katie tiene un don para lo dramático.

—Es imposible que fuera Katie —le dije—. Juniper estaba aterrorizada. Estaba temblando, literalmente. No creo que fuera un montaje.

—Bueno, entonces quizá los dioses nos han hecho un regalo maravilloso. En cualquier caso, este tipo de publicidad en los medios no puede comprarse ni con todo el dinero del mundo. Estoy segura

de que fue traumático y todo eso, pero también es oro. ¿Qué te parece si hacemos la clase fuera?

Abrió la puerta del patio y se sentó en una de las tumbonas con el iPad. Me pregunté cómo sería la vida de Ellen. No habría sabido decir cuántos años tenía. ¿Treinta? ¿Cuarenta?

—¿Tienes alguna mascota? —le pregunté.

—Viajo demasiado. Antes tenía un gato.

—¿Qué le pasó?

—Se murió, Kai, gracias por preguntar.

—Lo siento.

—Me han dicho que hoy te has reunido con Brian Arawas. ¿Vas a estar en *Dioses de Andrómeda*?

—No lo sé. He firmado un precontrato, pero…

—No, por Dios, Kai. Recuerda que yo podría ser un periodista. Todo el mundo podría ser un periodista.

—Me ha encantado conocer a Brian. Es un director excelente, pero no sé cuál será mi próximo proyecto. Ni siquiera sé lo que voy a hacer esta noche —le dije en tono monótono.

—Mejor así. Juniper tiene fama de ser difícil de dirigir. ¿Lo notaste en el set?

—Juniper es la actriz mejor preparada, más trabajadora y más encantadora que he conocido nunca —le contesté levantando un dedo por cada uno de mis tres adjetivos.

—Muy bien. ¿Con qué esperas que se quede el público de esta película?

—Con la sensación de que tanto el amor como el arte pueden cambiarnos.

—¿Qué sentiste al verte en la pantalla?

—Me fijé sobre todo en Juniper y en Matthew, que me hicieron olvidar que eran Juniper y Matthew. Se convirtieron en Carly y Andy.

—Bien. Bien. Estamos avanzando. Oye, si alguien saca el tema del instituto, dejaré claro que no se puede hablar de eso. ¿Hay algo más que debamos evitar?

—Creo que no.

—Porque es evidente que antes había algo que no me habías contado. ¿Hay algo más que yo no sepa? Eso es lo que me preocupa. Te conviene contármelo todo.

—Creo que eso es todo, de verdad.

—Estupendo —me dijo—. Estupendo. Vas a hacerlo muy bien.

Después de que Ellen se marchara, me eché una siesta. Soñé con eso; no con eso en concreto, sino con la sala del juzgado. Recuerdo que cuando entré por primera vez, me sorprendió lo pequeña que era y la poca gente que había. Ni prensa, ni familia. Solo los miembros del jurado, los suplentes y los abogados sentados a sus mesas, y luego él. Sabía que estaba allí, pero no podía mirarlo. Solo veía una mancha borrosa por el rabillo del ojo. Sentía que estaba traicionándolo. Todos me decían que no era culpa mía, pero yo estaba destrozando su reputación.

Me desperté pensando en eso y en Ellen preguntándome al respecto. No quería volver a exponerme solo por ser el quinto protagonista de una película. No iba a poder pasar todo el tiempo con Juniper; ella actuaría sobre todo con el coprotagonista y con los demás cortesanos. Llamé a Bob.

—Flannery y Appelt —respondió una voz educada.

Le dije quién era y me pasó con Bob de inmediato. Antes, todas mis llamadas pasaban por Zoe, que me decía que Bob estaba «en una reunión» y que me llamaría más tarde, pero esta vez la operadora me pasó directamente con Bob.

—¿Qué pasa, chico?

—Diles que no.

—¿Qué?

—Di que no a *Dioses de Andrómeda*. No quiero hacer la prueba de química. Lo siento, pero no quiero el papel.

—¿Puedo darles alguna razón?

—No quiero pasarme seis meses en Canadá haciendo el papel del hermano menor de nadie.

Bob no me dijo nada, algo tan poco frecuente en él que pensé que me había colgado. Pero de repente se rio.

—Mira, chico, tengo más de diez guiones para enviarte que han llegado esta misma semana. En varios harías el casting para el papel protagonista. Seguramente te pagarán menos, pero yo estoy aquí para que cumplas tus sueños, chico. No soy como esos cabrones de la CAA. Si no quieres pasarte seis meses en Canadá haciendo el papel del hermano menor de nadie, no voy a obligarte. Se lo diré.

Y colgó.

Quería ver a Juniper, así que le mandé un mensaje y le pregunté si podía pasarme por su habitación. Me respondió enseguida: «Diez minutos. Estoy saliendo de la ducha». Me imaginé a Juniper en la ducha. Me la imaginé con la cabeza hacia atrás, su espesa melena

lisa y empapada, sus grandes ojos parpadeando para quitarse el champú, su clavícula, y así sucesivamente.

Cuando llegué a su habitación, exactamente diez minutos después, tenía el pelo envuelto en una toalla y estaba maquillándose frente al espejo.

—Sé que no te preocupa tanto como a mí, pero ¿no crees que la escena del cementerio parece casi satírica con esa canción y tal como está montada?

—La verdad es que no —le contesté—. Sinceramente, Juniper, siento que mi trabajo terminó después del rodaje y que ahora solo tenemos que…

—Pero se trata de nuestras carreras, Kai. ¿No te das cuenta? Es nuestra tarjeta de presentación. Quizá para ti es diferente porque, y no te lo tomes como algo personal, hay muchos más papeles buenos para los hombres, pero siento que para mí esta es una oportunidad única en la vida y…

—Ya has conseguido el papel protagonista en una película importantísima, Juniper. Y en esta estás muy bien, de verdad.

—Pero ¿no ves que estar bien no es suficiente? No puedes hacer de esto tu vida simplemente estando bien.

—Lo que quería decir es que en esta película estás genial.

—Podría estar mejor si Kathryn no hubiera elegido una y otra vez la toma más inocente, con mirada ingenua y cara de pobrecita de mí. Podría estar mejor si Lou Reed no sonara de fondo en la escena del cementerio. Doy la impresión de ser muy plana…

—No das esa impresión. Y a mí me gusta Lou Reed.

—… mientras que tú muestras una gran variedad y profundidad de sentimientos.

—Juniper, en la película pareces inocente, pero por eso es tan desgarradora. No estás preparada para las mierdas por las que tienes que pasar, pero pasas por ellas de todos modos. Sinceramente, me hizo pensar en mí. Siento un amor por tu personaje que no puedo sentir por mí, y mientras te veía en la película no dejaba de pensar: «Yo también me merezco este amor».

—Eres muy amable —me dijo dando un paso hacia mí.

—Es la verdad.

Creí que íbamos a besarnos, pero de repente ella se apartó y movió los brazos muy nerviosa.

—No consigo calmarme. No lo he conseguido desde lo del tío del coche de ayer.

—Ellen cree que puede que alguien lo preparara —le dije—. Que el tío sudoroso era un cebo o algo así. Katie no haría algo así, ¿verdad?

—Puede ser perversa, pero siempre me lo cuenta. Imposible que fuera un montaje.

—Sí, ya me lo imaginaba.

Al cabo de un minuto, Juniper me miró a través del espejo.

—¿Quieres ir a ver una película en la que no salgamos? —Su tono me pareció tímido. Incluso inocente.

—Sí. Me gustaría. ¿Puede ser una malísima?

Se rio.

—Claro, tiene que ser una malísima.

Juniper y yo bajamos y nos metimos en su todoterreno plateado. Me sorprendió descubrir que sabía conducir, no sé por qué.

Nos abrimos paso entre el tráfico, avanzando poco a poco hacia el cine. Juniper empezaba una y otra vez a criticar la película y luego se callaba. Le conté que iba a pasar de *Dioses de Andrómeda* porque creía que el papel no era lo bastante importante ni interesante. Me dijo que le gustaría que fuera el protagonista, su marido, y le respondí que a mí también, pero que no tenía pinta de protagonista, que tenía pinta del hermano menor del protagonista, y ella se rio.

—Te subestimas, Kai.

Llenó el silencio que siguió con sus preocupaciones por nuestra película.

—No puedo dejar de darle vueltas. Perdona, sé que es molesto. Solo quiero que la película sea especial, que sea significativa.

—¿Y qué convierte una película en significativa? —le pregunté—. Todo el mundo habla de lo buena que es la película, o de si es buena o no, pero yo ni siquiera sé qué convierte una película en buena. O sea, ¿qué sentido tiene hacer películas? ¿Es para hacer feliz a la gente? Entonces la película es malísima. ¿Se trata de hacerles llorar? Entonces es genial. ¿Se trata de mostrar alguna verdad profunda sobre la condición humana? Entonces creo que es buena, pero no genial.

—Sí, ese es el problema. Podría mostrar algo profundo sobre la condición humana si no fuera por la puta canción de Lou Reed.

Le ofrecí un chicle, que rechazó. Lo desenvolví y empecé a mascarlo mientras echaba un vistazo a la cartelera.

—Hay una película de Robin Hood con una valoración del quince por ciento en Rotten Tomatoes, pero al cuarenta y ocho por ciento de los usuarios les ha gustado —le dije.

—El porcentaje es demasiado alto.

—Estoy de acuerdo. Espera, creo que ya la tengo. Si no te importa que esperemos hasta las tres menos diez, podemos ver *Redención nórdica*. Valoración del ocho por ciento. *The Guardian* dice: «En este oficio, uno está cada vez más acostumbrado a las películas poco inspiradas, pero *Redención nórdica* no puede tener más fallos. Aunque se supone que en Noruega, en Suecia o dondequiera que se desarrolle esta ridícula historia de noventa y siete minutos hace frío, los hombres siempre aparecen sin camisa y empapados en sudor, lo cual es lo único bueno de la película. Las interpretaciones de los pectorales de los actores son mucho más convincentes que las de sus caras».

—Bueno —dijo Juniper—, ¿no te parece perfecta?

Y lo fue. Estábamos solos en el cine, así que pudimos gritarle a la pantalla durante toda la película, que resultó ser mucho más divertida que cualquier comedia. En un momento dado, el villano de *Redención nórdica* dice: «Ni dioses, ni reyes, solo Odín».

—Me temo que Odín es un dios —me comentó Juniper.

—Ni dioses, ni reyes, solo algunos dioses —le dije yo.

—Ni dioses, ni reyes, solo una reina, Agripa —añadió Juniper.

—Bueno, mi opinión sobre *Andy Warhol no envejece jamás* sin duda ha mejorado —me dijo Juniper mientras salíamos del cine.

—¿Lo ves?

—¿Salía alguna mujer en la película?

—Sí. La doncella. Al principio.

—Ah, sí, el objeto sexualizado al que el villano se llevó a rastras para que interiorizáramos la verdadera villanía del villano.

—Y la madre.

—Claro, por supuesto, la cosa que proporcionaba comida y mantas a los personajes humanos.

—Creo que entre las dos tenían al menos ocho frases.

—Supongo que eso es lo bueno de *Andrómeda* —me dijo Juniper —. Agripa tiene cierta profundidad. Participa en la acción. Y creo que la historia de amor entre Gavinth y ella es bastante bonita. Tienen un buen obstáculo. La estructura de la película es sólida, la verdad. Solo trata sobre…

—Orcos.

—Sí. Exacto.

Me detuve en un extremo del aparcamiento.

—Sería divertido estar en Vancouver contigo —le dije—, pero te pasarías todo el tiempo con el idiota al que elijan para interpretar a Gavinth.

Me miró sonriendo.

—Seguramente uno de la película que acabamos de ver.

Justo en ese momento vi en el aparcamiento a un tío con barba haciéndonos una foto con una cámara grande. La cámara hizo un fuerte clic.

—¿Qué película habéis visto? —nos preguntó.

No le contestamos.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —siguió preguntándonos.

Me quedé paralizado hasta que Juniper me cogió de la mano y tiró de mí hacia el coche. Nos subimos y nos marchamos.

—Qué raro —me dijo.

—¿Le has dicho a alguien que estarías aquí?

—Le he dicho a Katie que iba al cine contigo. Se supone que debo mantenerla informada de a dónde voy. Da igual, solo es un fotógrafo.

Miré a Juniper, su vestido de verano y su maquillaje.

—¿Te has arreglado para él?

—¿Para quién?

—Para el puto fotógrafo. —Mientras lo decía, sabía que estaba más enfadado de lo que debería, pero no sabía por qué—. ¿Sabías lo de anoche? ¿Fue todo… una actuación?

—Por Dios, Kai, no. No. Estas cosas pasan todos los días. No necesito organizar nada con fans repulsivos. Ahora bien, ¿ha enviado Katie a este fotógrafo a este cine? Es probable, pero no tiene nada que ver con organizar una… agresión.

—¿Te has arreglado para él?

—Cálmate —me pidió. Se lo pregunté por tercera vez. Al final, tras una larga pausa, me dijo—: No voy arreglada. Si me arreglara, te darías cuenta. Y si he pensado en alguien al elegir este vestido en concreto, ha sido en ti. Así que gracias por haberte fijado, supongo.

—Perdona —le dije al cabo de un segundo—. Siento que ahora mismo no sé lo que es real.

—¿Por qué no vas a presentarte a las pruebas para *Andrómeda*? ¿No quieres pasar seis meses con una actriz neurótica?

Respiré hondo. Pensé que quizá no estaba hecho para eso, pero tampoco lo estaba para nada más.

—Sería diferente si fuera a estar contigo todo el tiempo, pero no quiero ser el hermano menor de Gavinth. Sinceramente, ahora

mismo no sé ni si quiero actuar.

—Kai, eres un actor fantástico.

—Que se te dé bien algo no significa que tengas que hacerlo —le contesté.

Quise contárselo también en ese momento, pero sabía que estaba un poco enfadada conmigo, así que dejé que condujera de vuelta al hotel y luego le pregunté si quería ver otra película en mi habitación. Ella sonrió —Dios, me encanta la sonrisa de Juniper—.

—Por supuesto —me contestó.

12

—Vaya, yo no tengo piscina —me comentó al entrar en mi habitación y salir de inmediato al pequeño patio.

Se recostó en una tumbona y yo me acomodé en la de al lado, de modo que los dos contemplábamos el cielo sin nubes.

—No me gusta hablar de este tema —le dije—, pero llevaba tiempo queriendo contarte algo.

—Vale.

—Sé que puedo confiar en ti porque eres muy dura contigo misma, pero nunca juzgas a los demás.

—¿Se trata de lo peor?

—Sí. Sí.

Sentí que me miraba, pero seguí contemplando el cielo. Parecía un cuadro monocromático o algo así, como si en realidad no fuera real.

—Un profesor abusó de mí en el colegio. Un profesor de lengua. Era el típico profesor popular, un héroe al que todo el mundo quería. Tenía mujer, hijos, nietos y todo eso. Un tío mayor. Tenía más de setenta años. Y bueno… él me decía que era natural. Que era natural que los alumnos especiales se enamoraran de sus profesores, que Sócrates y Platón también lo hacían. Y eso se prolongó durante unos dos años, no todo el tiempo, solo cuando se

sentía «débil», como él decía. Y yo sabía que era una mierda, pero no me negué. Me caía bien.

»En fin, había más chicos, aunque él me decía que no, y al final uno de ellos se lo contó al director, detuvieron al tío y me obligaron a testificar en su contra. Sinceramente, eso fue incluso peor que todo lo que había pasado. Supongo que es lo que los terapeutas llaman «retraumatización». Luego él fue a la cárcel, su mujer se divorció de él y sus hijos tuvieron que vivir con eso, y yo también tuve que vivir con eso, y aunque en el juicio se ocultó mi identidad, todo el colegio lo sabía. Ahora él está muerto. Murió en la cárcel. De un infarto. Esto es todo. Esto es lo peor.

—Lo siento, Kai. —Se inclinó hacia mí y me agarró del antebrazo, justo por encima de la muñeca—. Siento muchísimo lo que te pasó.

—Ellen se ha enterado.

—¿Tu publicista?

—Técnicamente es la publicista del estudio. Dice que debería adelantarme, hablar de ello públicamente y dejarlo atrás. Pero no hay forma de dejarlo atrás. No quiero que todo el mundo me mire como me miran cuando se enteran. Como seguramente estás mirándome tú ahora mismo. Con lástima.

—Oye —me dijo, y por fin desvié la mirada del cielo y la dirigí a ella, que no me miraba con lástima. Me miraba con algo mucho más complejo—. No siento lástima por ti. Estoy enfadada por lo que te pasó y lo siento, pero no siento lástima por ti. Yo… te quiero.

Me lo dijo de una forma que me impactó muchísimo más de lo que esperaba. Tardé un rato en volver a hablar.

—Bueno, tú eres un caso aparte —le dije por fin—. La mayoría de la gente me mira y siente lástima o piensa: «¿Por qué no dijo nada?

¿Por qué lo permitió?».

—Nadie piensa eso. —Seguíamos mirándonos, yo me limité a levantar las cejas y ella añadió—: Bueno, nadie debería pensarlo.

—Yo tenía catorce años cuando empezó. Edad suficiente para saber lo que hacía.

—¿Recuerdas lo que me has dicho antes sobre que puedes sentir un amor por la chica de nuestra película que no puedes sentir por ti? Si otra persona te hubiera contado lo que acabas de contarme, te habría partido el corazón. Kai, eras un crío. Él era un adulto. Confiabas en él. Lo admirabas. Es normal en un crío. Lo que él hizo con esa admiración… fue horroroso.

—Sí. Vale.

—Ellen tiene razón. Deberías adelantarte. Es lo mejor. Y la mayoría de las personas son amables. A mí siempre me dicen que el hecho de que hable de mi madre las ha ayudado a no sentirse tan solas.

—Será como cuando testifiqué, solo que todos los días.

Ella seguía sujetándome el brazo. Tenía unas manos preciosas. Su tacto me alteraba la tensión arterial.

—Entiendo que es una elección de mierda —me dijo.

Hablamos durante mucho rato, sobre por qué no quería el papel del hermano de Gavinth, sobre si quería dedicarme a ser actor o no. En ningún momento me soltó el brazo.

13

Esa noche, después de que ella se marchara, pedí la cena para mí solo al servicio de habitaciones. Intenté ver la tele, pero no encontré nada interesante. No sabía qué hacer. Seguramente debería haber llamado a mis padres o a un amigo, pero sentía ese tipo de soledad que los demás no pueden aliviar. Entré en el salón de la suite, saqué la botella de champán de su baño de agua a temperatura ambiente, le quité el papel de aluminio y la descorché. Salí al patio, me quedé en calzoncillos, me metí en la piscina e intenté beberme el champán. Estaba demasiado caliente y tenía tantas burbujas que se me metió un poco por la nariz. Me pregunté por qué me lo estaba bebiendo, por qué estaba sentado en esa piscina del Hotel Bel-Air en calzoncillos bebiéndome a morro una botella de champán caliente, y me di cuenta de que era una especie de actuación. Lo hacía porque parecía guay, aunque yo fuera la única persona que viera lo guay que parecía.

Así que me hice una foto y la colgué en internet. Salía bien en la foto; se me veían las clavículas, tenía el pelo revuelto y se vislumbraba la botella de champán. Recordé algo que mi compañera de piso me había dicho una vez, que debería haber una palabra para nombrar la distancia entre la vida real y la vida en Instagram. Ella había propuesto «fictancia».

El móvil empezó a vibrar. Era Bob otra vez.

—Le he dicho al estudio que no querías el papel del hermano menor de nadie, y lo han entendido. Pero al momento, cinco minutos después, me llama directamente el puto Tom Weisman y me pregunta qué quieres. Me dice que necesitan a alguien para la nueva *Jurassic World* y que siempre necesitan nuevos actores para *X-Men*. Y luego me dice, escucha, me dice: «Entiendo que un talento como Kai no quiera el papel del hermano de nadie. Pero ¿y si hiciera el casting para el papel de ese nadie?».

—Espera, ¿qué?

—Quieren que hagas una prueba para… No me acuerdo del nombre de ese capullo. ¿Gavin?

—¿Gavinth? ¿El protagonista?

—Gavinth, sí. Para ser exactos, el coprotagonista, por detrás de la chica. Setecientos mil garantizados, y la participación en los beneficios podría ser una pasta, Kai. Si la película da dinero, tú ganas dinero. No soy adivino, pero esta película va a dar un pastón. Les saldrá la pasta por las orejas. Figuritas. Secuelas. Incluso te llevas una pequeña parte del videojuego que están haciendo para la película. Protagonista.

—¿Con Juniper como Agripa?

—Hay que joderse con los putos nombres. Sí, actuarías con Juniper, si consigues el papel. Dos chavales que están arrasando consiguen su primera superproducción, y por supuesto la hacen juntos porque son muy amigos. Así que tienen a dos estrellas emergentes que ya saben que tienen química. Es oro. Es puto

platino. Me encanta que dijeras que no querías ser el hermano de nadie. Me encanta. Y ahora no vas a serlo. Déjame decirles que sí. Déjame decirles que el jueves estarás allí, preparado para hacer la prueba para Gavinth, la prueba de química con Juniper.

—Tengo que pensármelo.

—Chico, la oferta no puede ser mejor.

—Solo quiero pensármelo. Hablaremos mañana.

—Buenas noches, Gaylord, duque de la Mansión. ¿Puedo decir puto Gaylord, Zoe?

—Te recomendaría que no, Bob.

—Genial. Vete a dormir, chico. Hablaremos mañana. Te enviaré la última versión del guion.

Tenía un nudo en el estómago. Claro que vas a intentar hacer el papel de Gavinth, consorte de la reina. Hace nueve meses eras camarero, y no en un buen restaurante. Solo has actuado en una película. Trata sobre un artista que murió hace treinta años. Nadie ve películas con títulos de cinco palabras sobre artistas muertos. *Dioses de Andrómeda* es un buen trabajo, y tú estás en el mundo para trabajar.

Empecé a leer la última versión del guion. Los diálogos —y no había muchos— parecían fáciles de traducir a otros idiomas. Pocos adjetivos. Verbos de acción. Muchos comentarios generales, del tipo: «Destruiremos al enemigo, o el enemigo nos destruirá a nosotros». En un momento dado, Gavinth dice literalmente: «Mi querida reina, el poder del amor no puede competir con el amor al poder».

También había largas descripciones de escenas de batallas, muchas de las cuales no conseguía seguir.

Pero veía muchas cosas que me gustaban en el papel. Gavinth quería ser el héroe de la historia, y todas sus decisiones tenían sentido, que es mucho más de lo que puede decirse de la mayoría de los guiones. Mi profesor de arte dramático me dijo que el teatro consistía en construir una idea para luego dar un giro inesperado. Ha sido así desde Aristóteles. Y Gavinth adquiría una comprensión tremenda. Cuando ya han transcurrido dos tercios de la película, se da cuenta de que si apoya al enemigo invasor en lugar de a su mujer, podría acabar con el matriarcado y hacerse con el poder, de modo que empieza a socavar a Agripa. Pero incluso al final, cuando ya es prácticamente un villano, sigues sintiendo su amor por su patria, incluso por su reina. Simplemente se ha convencido a sí mismo, como acabamos haciendo todos, de que sus intereses coinciden con los del mundo.

Además, seguramente el estudio pagaría a un entrenador o lo que fuera necesario para que desarrollara los músculos, ya que a Gavinth se le describía una y otra vez «sin camisa, vestido solo con su armadura dorada».

Di otro trago a la botella de champán. Estaba oscuro en Los Ángeles, pero no del todo, por supuesto, porque nunca llegaba a oscurecerse del todo. Se quedaba en una especie de naranja grisáceo.

Setecientos mil dólares. Seiscientos treinta después de la comisión de Bob. Seguramente tendría que contratar a Ellen, o a alguien como Ellen. Calculé que eso serían veinticinco o treinta mil. Después de los impuestos podrían quedarme unos cuatrocientos mil dólares

limpios. Cuatrocientos mil dólares, y lo único que tenía que hacer era pasar seis meses en Vancouver y quizá un mes haciendo promoción. Cuatrocientos mil dólares limpios, contantes y sonantes. Me gustó pensar en esas palabras, en cómo sonaban: «Cuatrocientos mil dólares».

Salí de la piscina, cogí mi ropa, entré en la habitación y vacié el champán en el lavabo. No quería que nadie pensara que lo había desperdiciado.

Estaba tumbado en la cama viendo la tele cuando Ellen me invitó a ir a un local de Bel Air a tomar una copa. Por alguna razón, me apetecía tomar algo —algo que no estuviera caliente. Además, estaba a solo cinco minutos. En el bar me costó un poco encontrar a Ellen, porque, aunque había muchas luces, no se veían las caras. Al final di con ella, y con Lon, Natalie, Todd el del estudio y Katie, todos apiñados alrededor de una mesa alta.

Un camarero vestido de blanco rondaba por allí, y yo veía claramente su uniforme, pero no a la persona que lo llevaba puesto. Al otro lado de la mesa, Todd el del estudio estaba contando un chiste. Me di cuenta de que estaba borracho porque arrastraba las consonantes.

—Quiero que cerréis los ojos y os imaginéis a una familia que vive en la más miserable pobreza. Pobreza absoluta. Lo único que tienen es una pequeña choza con techo de paja. Dos adultos y dos niños dentro de esa minúscula casa. Ahora imaginad que se incendia. Su hogar. Está quemándose hasta los cimientos. ¿Os lo estáis imaginando?

—Sí, me lo estoy imaginando —le contestó Ellen.

—¿Por qué te lo estás imaginando? ¿Por qué le haces eso a su casa?

—Oye, ¿este es el puto chiste?

—Ese es el chiste.

—Eso no es un chiste —replicó Ellen—. Es una obra moralista de mierda. Kai, bienvenido. Todd nos está fastidiando la noche con su humor.

Todd el del estudio hizo un gesto con una mano para restarle importancia a la crítica, y con la otra levantó su cerveza para darle un trago. El camarero me trajo una copa de vino blanco que no le había pedido.

—Kai, estás increíble en la película, en serio —me dijo Todd.

—Gracias. —El pianista que tocaba detrás de Todd terminó una canción y yo aplaudí sin hacer ruido, pero fui el único—. Te agradezco mucho tu apoyo.

—Bueno, es una película especial —me dijo—. No se consiguen tan a menudo. Tienes que hacer muchas de *Alvin y las ardillas* para conseguir una como *Andy Warhol no envejece jamás*. O al menos eso me pasó a mí. Has hecho un grand slam en tu primer bateo.

—No me interesa mucho el béisbol —le dijo Lon—, pero me gusta esa metáfora. Así que ¿vais a apoyar la película?

—La apoyamos al cien por cien —le contestó Todd—. Vamos a gastarnos en promocionarla el doble de lo que os habéis gastado vosotros en hacerla.

—Solo porque la hicimos con catorce millones —intervino Natalie —. Y con la estrella más taquillera de Hollywood.

En ese momento apareció Kathryn, que fue abrazando a todos los que estaban alrededor de la mesa hasta llegar a mí.

—Kai —me dijo—, hoy me ha llamado Brian y me ha dicho que vas a hacerlo viajar de Garon a Gavinth.

—Le encanta viajar —le contesté.

—Sí. De X a Y, y de Y a Z. Pero te va a caer muy bien. De verdad. Y, sinceramente, es una sinergia perfecta, porque para nuestra película es genial que Junie y tú estéis en la suya. Y cuando la termines, te robaré para que estés en mi siguiente proyecto. Pasarás del uno al otro hasta el final de nuestras carreras. Me encanta. Me alegro muchísimo por ti. Tendrás que ganar a los demás en la prueba, claro, pero lo conseguirás. Lo conseguirás. Nunca ha habido nadie como tú. —Kathryn cogió una copa de vino y la levantó—. Por *Andy Warhol*, por *Dioses de Andrómeda* y por el brillante futuro de nuestros jóvenes actores.

Todos brindaron.

—¿Por qué estamos brindando por una película que ni Lon ni yo vamos a hacer? —preguntó de repente Natalie.

—Porque Kai va a hacer una prueba para el papel protagonista —le contestó Kathryn.

Todd el del estudio me miró.

—Me gustas para ese papel, chico —me dijo.

—Gracias.

Todd le indicó con un gesto al omnipresente camarero que nos sirviera otra ronda.

—No debería hacerlo —le dijo Lon a Ellen.

—¿Quién no debería hacer qué, Lon?

—Kai no debería aceptar esa película de Brian Arawas.

—Vete a la mierda. Claro que debería.

Lon le dio un sorbo a su copa.

—¿Por qué no debería? —le pregunté al cabo de un minuto.

Lon apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Antes era así. En la ciudad se decía: «Pero ¿sabe manejar un arma?». Veías a alguien con buena pinta. Guapo. Buen actor. Natural. Con mucho talento. Y los ejecutivos decían: «Pero ¿sabe manejar un arma?». Porque lo curioso de Hollywood es que, a pesar de todo su rollo liberal, hippy, de kombucha y pacifista, no llegas muy lejos si no sabes manejar un arma. Piensa en todos los grandes actores. Tom Cruise, genial manejando un arma. Podría decirse que es su mayor talento. Denzel Washington, qué bien maneja un arma, el cabrón. ¿Paul Giamatti? Un gran actor, de verdad, muy bueno, pero no sabe manejar un arma. No le queda bien. El tío de *Crepúsculo*. Rob Pattinson. Un actorazo, pero no sabe manejar un arma.

—Lon —intervino Ellen.

—En *Dioses de Andrómeda* no hay armas de fuego —le dije—. Todo son espadas y hechizos.

—Eso dicen. A algunas personas les queda de pena una pistola, una espada, una varita mágica o lo que coño sea. Tú eres un buen actor, pero si intentas interpretar a un tío cachas que se lía a espadazos, estás jodido. No sabes manejar un arma.

—Lon —repitió Ellen—. Nada de consejos profesionales después de las ocho de la tarde. Además, lo único que te pasa es que lo quieres para tu próximo proyecto.

—Es verdad que tengo un guion perfecto para ti —admitió Lon—, pero no es por eso. Si acepta esa película, el chico acabará en el

cementerio en el que acaban todos los demás capullos de veinte años. Todos conocemos a cuarenta que ya no trabajan.

—Cállate de una puta vez, Lon —le dijo Ellen.

—¿Estoy equivocado? —le preguntó.

—Lo que estás es borracho —le contestó Ellen.

Di un sorbo a mi vino.

Lo curioso era que yo sabía bastante sobre cómo manejar un arma. Tenía una en algún sitio. Mi abuelo me la había regalado cuando cumplí trece años. Una escopeta de dos cañones calibre .410 fabricada en Italia. Seguramente todavía estaba en casa de mis padres. Practicamos tiro al plato varias veces, pero solo había matado un animal con ella una vez. Mi abuelo vino a la ciudad para el Día de Acción de Gracias y acabamos cazando codornices en el sur de Indiana. Llevábamos perros de caza y yo me había puesto un chaleco naranja brillante. Estaba en primero de instituto y de repente me aterrorizó la idea de matar cualquier animal. Era la primera vez que me pasaba.

La escopeta me parecía una gran responsabilidad, y lo era, por supuesto. No dejaba de pensar que si me daba la vuelta y disparaba, podría matar a mi padre o a mi abuelo. Me sentía raro con ese poder de matar en la mano, con el cañón apuntando hacia abajo.

Me pregunté si Lon habría disparado alguna vez. No lo parecía.

—Créeme, Kai —me dijo Ellen inclinándose hacia mí—, nadie en este bar, incluido el pianista, sabe menos sobre el Hollywood del siglo XXI que Lon, ¿vale? Por eso tiene a Natalie. A Todd le caes bien,

y él es el productor ejecutivo de la película, así que su opinión realmente cuenta.

Asentí, pero estaba pensando en cazar en el sur de Indiana con mi abuelo. Resultó que a él solo le quedaba un año de vida, aunque entonces gozaba de buena salud. Recuerdo que le conté que me habían elegido para el papel de Hamlet, y él me dijo: «El demonio tiene poder / para adoptar una forma agradable». Me sorprendió que mi abuelo conociera la obra. «Tienes que seguir leyendo. Mientras tengas un carnet de biblioteca, nunca estarás solo en este mundo», me dijo.

En mi recuerdo, los perros espantaron a una bandada de codornices unos instantes después. Levanté la escopeta a la altura del hombro y apunté con cuidado un poco más allá de las codornices. Quería dar la impresión de que lo intentaba sin arriesgarme a matar de verdad. Pero temía el retroceso del arma contra mi hombro, así que, al apretar el gatillo, moví un poco el brazo y observé atónito y horrorizado cómo una codorniz caía en espiral desde el cielo.

Sentí que mi abuelo me daba una palmada en la espalda. Mi padre gritó que tenía un talento natural mientras uno de los perros corría hacia nosotros con la codorniz muerta en la boca.

14

Ellen me llamó a la mañana siguiente.

—Tres cosas, muy rápido. Una: voy a llamar a Jill, de *The New Yorker*, para proponerle que te haga un reportaje, pero necesito tu permiso.

—De acuerdo.

—No sabrá nada. No habrá ningún problema.

—De acuerdo —le repetí.

Es increíble que la gente siempre evite nombrarlo o recurra a un pronombre. Me miran y sé que están pensando en eso, lo que me hace pensar en eso a mí, y entonces la habitación se satura de «eso», de «lo» y de palabras que no se nombran. «¿Por qué lo permitió?». «¿Por qué no se lo contó a nadie?». «¿Cuánto tiempo duró?». «¿Quién más lo sabía?». «¿En qué consistía exactamente?». «Me han dicho que incluso sucedía en el colegio».

Me agobiaba. De alguna manera, me convertía a mí en eso.

Ellen me dijo que se me daba bien tratar con la prensa y que *The New Yorker* casi nunca publicaba reportajes de actores noveles. Me contó que incluso podríamos estar al inicio de una campaña para ganar premios, y que Jill era perfecta para ese trabajo, siempre y cuando me cayera bien.

—Sí, me pareció bien —le contesté.

—Jill es genial. Escribe muy bien. Te enviaré su reportaje sobre Michelle Obama. Me pondré manos a la obra. Solo quiero que no te preocupes, ¿vale, Kai? Yo me ocupo de todo. La segunda cosa: ¿cuándo tienes la prueba para *Andrómeda*?

—Creo que mañana. No lo sé. Bob no me ha llamado.

—Perfecto. La tercera: ¿tienes pensado volver a casa? Hoy estarás aquí, claro, y mañana también, pero creo que no te necesitaré los próximos ocho días, así que puedes volver a casa si quieres. Es una forma sutil de decirte que tu estancia aquí termina el viernes.

—¿Y hoy es miércoles?

—Hoy es miércoles.

—Sí, vale, supongo que me iré a casa.

—Genial. Te reservaré un vuelo para el viernes por la mañana ¿a…?

—A Nueva York, supongo. O a Indianápolis. Ya te lo diré.

—Muy bien. Lamento decirte que será un vuelo comercial. Aunque en primera clase. Ahora tengo que irme a una reunión de marketing de *Andy Warhol no envejece jamás*. Hablaremos de ti, como siempre. Por cierto, puedes unirte a la reunión por teléfono si quieres. Dios sabe que Juniper lo hará.

—Paso.

—Me parece perfecto. Muy bien. Hablamos pronto.

Esa mañana llamé por fin a mi padre, sentado en lo que había llegado a considerar mi pequeña piscina. En realidad, no era más que una bañera grande, pero era mía, al menos durante dos días más. Mi padre contestó al primer tono.

—Kai, ¿dónde estás?

—En un hotel de California.

—Yo estoy pescando en el puto río White con Mike Curless. ¿Te acuerdas de Mike?

—Sí, claro. Salúdalo de mi parte.

—Mi hijo, el actor famoso, te manda saludos, Mike. ¿Qué tal por Hollywood?

—He visto la película y creo que es buena.

—Estoy deseando verla. Ya hemos reservado los billetes para Nueva York y todo, tu madre, Emma, tu hermano y yo. Tu hermano también está aquí. ¿Quieres saludarlo?

—Sí —le contesté, aunque en realidad no quería—. Hola, Alex.

—¿Qué tal Hollywood?

—Bien, supongo.

—No me puedo creer que reciba actualizaciones sobre tu vida amorosa en mis alertas de Google.

—¿En serio?

—Esta misma mañana. Estás saliendo con esa chica de la película. ¿June?

Suspiré.

—No te creas todo lo que lees.

—Es monísima.

—Sí.

—Me la tiraría —me dijo.

—Me alegro de saberlo —le contesté.

—Por Dios, no hace falta que te pongas a la defensiva. Creía que no era tu novia.

—No lo es. ¿Cómo está Emma? —Su mujer.

—Muy bien. Estamos deseando que llegue el estreno. Emma ya tiene el vestido y todo. Está buenísima.

—Genial, sí, espero que te guste la película.

—Sinceramente, Kai, a estas alturas, por una noche de fiesta sin niños, me importa una mierda si la película es malísima.

—Pues gracias —le dije.

Y entonces le pasó el teléfono a mi padre, que me preguntó por el tiempo y si me alojaba en el mismo hotel que él en Nueva York.

—Quizá este fin de semana vuelva a casa por unos días, si os parece bien —le dije.

—¿Quieres decir aquí?

—Sí, allí.

—Bueno, siempre eres bienvenido.

Le mandé un mensaje a Ellen diciéndole que quería volar a Indianápolis y luego me quedé un rato en mi habitación echando un vistazo a Instagram. Juniper me escribió para preguntarme si quería ir a comer. Le pregunté si podíamos pedir la comida al servicio de habitaciones, porque no me apetecía que me hicieran fotos. Me respondió: «¿En mi habitación o en la tuya?», con uno de esos ambiguos emojis sonrientes que no sabría traducir. Se supone que los emojis clarifican el lenguaje, pero el problema es que en realidad nadie quiere ser claro.

La primera vez que le pregunté a la viróloga social si quería quedarse a dormir, me contestó: «La verdad es que me da igual», y yo pensé que estaba diciéndome que le daba igual si nos acostábamos o no, pero lo que ella quería decir era que le daba

igual quedarse a dormir o no después de acostarnos. Entonces le dije: «Quizá deberíamos esperar», y ella me contestó: «¿A qué, al matrimonio?». Me lo tomé a broma, nos acostamos y se quedó a dormir.

Después de que se quedara dormida, me levanté, me di una ducha y vomité en el váter por razones que no tenía del todo claras. No es que pensara mucho en él, sino que sabía que él estaba en la habitación, que de hecho estaba en todas las habitaciones. Y luego, cuando terminé de ducharme y volví a la cama, la viróloga social se giró, me rodeó con un brazo y me dijo: «Hueles bien».

Me levanté para dejarle la puerta abierta a Juniper, volví a la cama y me tumbé encima de las sábanas, con las almohadas detrás de la espalda, de modo que estaba casi sentado. Estaba echando un vistazo a las películas a la carta, absurdamente caras, cuando ella entró sin llamar.

—Hola. —Llevaba unos pantalones de chándal de color rosa claro y una camiseta de Ariana Grande—. Si dices algo malo de Ariana Grande, te parto la cara —me dijo saltando a la cama y sentándose con las piernas cruzadas. Iba descalza. Llevaba el pelo hacia atrás. No se había maquillado—. Me siento muy observada.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tú puedes mirarme. Yo estoy mirándote.

No supe qué contestarle, así que me limité a seguir mirándola.

—¿Puedo decirte lo que veo? —me preguntó.

—Claro.

—Veo a mi Gavinth.

Me reí y puse los ojos en blanco. Ella se abalanzó hacia mí para darme un abrazo que también fue una especie de llave de lucha libre, y yo volví a reírme y la abracé también.

—Nos lo vamos a pasar en grande haciendo la guerra juntos —me dijo.

—Y vamos a ganar mucho dinero.

—¡Y vamos a ganar mucho dinero! ¡Muchísimo dinero! Solo por llevar armadura y decir bien los nombres de los lugares.

—Altar de Har'koa —le dije.

—Dazar'alor —añadió ella.

—¿Me equivoco si digo que no solo te has leído el libro, sino que también has escuchado los podcasts de fans y todo lo demás?

—Me he unido al Discord oficial de fans. Me han asignado a un gremio.

—¿A un gremio?

—Sí, un grupo de fans dentro del grupo de fans. Es una comunidad muy maja, aunque un poco agobiante.

—Impresionante —le dije—. Puedes ponerme al día en la caravana de maquillaje el primer día de rodaje.

Juniper me lanzó una sonrisa burlona y volví a pensar en el emoji.

Se tumbó en la cama, me atrajo hacia ella y levantó el móvil. Mientras jugaba con los ángulos y las expresiones faciales, me aparté.

—¿Es necesario? —le pregunté.

—Es solo para Instagram —me contestó—. Bueno, estamos juntos en la cama. ¿Qué tiene de malo hacernos una foto juntos en la cama?

—Que no estamos juntos en la cama.

Levantó de nuevo el móvil y yo volví a apartarme.

—¿Podemos acabar de una vez con la parte más horrible del día?

Me acerqué a ella, le pasé el brazo por encima de los hombros y sonreí a la cámara. Juniper hizo unas cuantas fotos, eligió una, le aplicó un filtro muy sutil y me la mostró para que le diera el visto bueno.

—¿El texto? —le pregunté.

—Estaba pensando en «en la cama con mi amigo». Todo en minúsculas.

—Muy propio —le dije.

—Te crees muy especial por menospreciar el inmenso poder de Instagram —me comentó mientras colgaba la foto.

—Sí, me lo creo.

—Veamos una película.

—Vale, pero ¿vas a mirar cada cinco minutos cuántos likes tiene la foto y luego intentarás utilizar esa información para adivinar las cifras aproximadas del fin de semana de estreno de *Andy Warhol no envejece jamás* y decirme que debería alegrarme y/o entristecerme por lo bien y/o mal que le va a ir a nuestra película?

—Ufff, Kai. Para empezar, no es nuestra película. Es mi película en la que sales tú.

—Es la película de Matthew en la que salimos los dos —le contesté riéndome.

—Es la película de Kathryn, protagonizada por Matthew, en la que salgo yo y en la que te presento a ti. En segundo lugar, sí, voy a mirar cuántos likes tiene mi mierda de foto y cuántos nuevos seguidores te ha conseguido porque te he etiquetado. De nada. Así

es como cuantifico mi valor para la sociedad, Kai. Estoy intentando ayudar a nuestra película.

—La película de Matthew.

—La película de Matthew. ¿Qué vamos a ver? —me preguntó.

—Llevo tiempo queriendo ver *John Wick 2*.

—Dicen que es la versión intelectual de *John Wick 1*.

15

Mientras veíamos la película, yo no dejaba de mirar a Juniper. Tenía los labios carnosos y unos ojos marrones increíblemente grandes. «Parezco un personaje de dibujos animados que se ha convertido en una chica de verdad», me dijo una vez. El pelo le caía muy liso, de un castaño intenso con reflejos rojizos naturales. Me gustaba cómo se sentaba, con las piernas recogidas y una mano en la barriga. Me gustaba cómo me miraba en las escenas más violentas y ponía una cara de asco exagerada. Me gustaba cómo de repente se reía a carcajadas con los chistes de la película. Si alguien estuviera en un escenario improvisando un monólogo, querría tener a Juniper entre el público, me gustan las personas así.

Y me encantaba lo mucho que se esforzaba, lo mucho que deseaba ser buena. Lo que a los demás les molestaba de Juniper —que es demasiado controladora, demasiado ambiciosa y demasiado comprometida— para mí era lo mejor de ella. Así que me atraía. La deseaba. En un mundo en el que yo sabía tan poco lo que deseaba, sabía que la deseaba a ella. No solo la quería; además, me caía bien. Me gustaba estar con ella. Pero también me sentía mal por quererla y porque me cayera bien, y sobre todo por desearla. Quizá desear a alguien sea un error. Esas son las mierdas que se me pasan

por la cabeza cuando me acerco un poco a la sexualidad humana. No puedo confiar en mí mismo. Me echo atrás.

Hacia la mitad de la película, Juniper se inclinó hacia mí, le pasé el brazo por encima de los hombros y sentí la extrañeza de su respiración subiendo y bajando, acercándose y alejándose de mí.

La sexualidad siempre me ha estresado, incluso antes. Supongo que eso fue en parte lo que me convirtió en un blanco fácil. Una vez él me dijo: «Sabes que sé lo que te gusta», que es una de esas frases muy complicadas formadas íntegramente por palabras sencillas. Pensé en Juniper viéndome desnudo, en lo que diría o haría. Cuando estuve con la viróloga social, sin duda no salía con ella, y me dijo que le gustaba esa parte de mí que está justo por encima de la cadera, y él también me lo había dicho. Me había dicho que tanto los chicos como las chicas tenían ese pequeño arco muscular que se extendía desde la pelvis hasta la cadera, y que por eso le gustaban tanto los chicos como las chicas. Y yo me quedé allí, dejé que me lo acariciara y me gustó, o al menos eso me pareció. Y luego la viróloga social me dijo lo mismo, y sentí que iba a vomitar, pero nos acostamos de todos modos, y si se dio cuenta de algo raro, no me lo dijo.

—¿Te encuentras mal? —me preguntó Juniper.

—Bueno, acabo de ver cómo le vuelan la cara a un tío —admití.

—No, en serio, pareces aterrorizado.

—Estoy bien, veamos la película.

Cogió el mando a distancia y la pausó.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada, de verdad.

—¿Es por mí? ¿Porque me he acercado demasiado? ¿Porque me he inclinado hacia ti?

—No.

—Porque puedo sentarme muy recta. Esa postura me queda muy bien. No quería…

—Solo estoy preocupado por la prueba —le mentí—. Me gustaría mucho pasarla.

—De *Andrómeda*.

—Sí —le contesté al cabo de un segundo.

Algo en sus ojos me tranquilizó. Sentí que recuperaba el aliento. Juniper siguió mirándome un buen rato, en silencio. La quería de verdad. De eso estaba seguro.

Me pareció que contenía la respiración. Se enderezó —era cierto que esa postura le quedaba muy bien— y reanudó la película.

—Mírame así mañana y la pasarás —murmuró.

A la mañana siguiente me desperté temprano, bajé al vestíbulo del hotel y pedí un Uber. Hacía frío y estaba nublado, con un viento fuerte. Le di la espalda al viento y me encogí.

—Tiempo de incendios —me dijo el aparcacoches.

—Espero que no —le contesté.

—En las noticias de esta mañana han dicho que la pregunta no es si va a haberlos, sino dónde —me comentó.

—Qué miedo —le contesté, por decir algo.

Solo pensaba en la prueba, en mis frases, en cómo se colocaría Gavinth, en que tenía que echar los hombros hacia atrás para parecer más alto.

—La nueva normalidad —me dijo.

Entonces llegó mi Uber. El conductor era un poco mayor que yo. Era corpulento y tenía marcas de viruela.

—¿Cómo estás? —me preguntó con un ligero acento de Europa del Este.

—Nervioso —le contesté—. Voy a un casting.

—Yo también soy actor. Soy un tío duro, ¿sabes? Solo trabajo en esto entre papel y papel.

—Vaya. ¿Qué tal te va el trabajo últimamente?

—Va y viene. Un día o dos para esto, otro día o dos para aquello. Hace unos meses hice de mafioso en *Navy: Investigación criminal*. Estuvo bien. Me mataban. He muerto en más de cuarenta películas y series. Ahora soy experto en morirme. ¿Y tú?

—Solo he conseguido unos pocos papeles.

—Pocos pero buenos, si te alojas en el Hotel Bel-Air.

—Sí, pocos pero buenos.

—A veces pienso que Hollywood no es más que actores que pagan a otros actores para que los lleven en coche a los castings. Hoy yo conduzco el Uber y tú lo coges. Mañana puede que tú conduzcas el Uber y lo coja yo.

—Sí, puede ser.

—Lo único que no cambia es que Uber gana dinero, independientemente de quién conduzca. Y los agentes ganan dinero, independientemente de quién trabaje.

—Así es.

—En fin, suerte —me dijo.

Un verano, en un campamento de teatro, hice un ejercicio de concentración que se me quedó grabado. Se trata de sumergirse en la conciencia sensorial. El coche huele a humedad. Nos detenemos en un semáforo y oigo el golpeteo rítmico de los discos de freno deformados. Siento la textura del tejido del asiento trasero. Respiro hondo. Me llega un ligero olor a quemado.

—Aquí está bien —le dije cuando estábamos a unas manzanas de distancia.

Quería caminar, activar la circulación y enderezar la espalda. Hacía más calor que media hora antes. Sentía el sol en la piel. Se me ocurrió que Gavinth vive en un mundo en el que sus piernas son su segundo medio de transporte más rápido, solo por detrás del caballo. El olor a fuego lejano era ahora innegable; la pregunta no era si lo había, sino dónde.

La oficina de la directora de casting era un local con los cristales tapados, a media manzana del bulevar de Santa Mónica, sin letrero ni nada. Llegué doce minutos antes, así que di una vuelta a la manzana. A mitad de camino vi a Juniper en el otro extremo de la calle caminando en dirección a mí, con los auriculares puestos y la mirada baja. No sabía si le cortaría el rollo o si quedaría mal que llegáramos juntos, de modo que di media vuelta y volví rápidamente al local. Me sudaban las axilas. Quizá eso estaba bien. Gavinth suda. Claro que suda. «Es tuyo… si lo quieres. Recuerda que puedes no quererlo».

La recepcionista levantó la mirada cuando entré, pero no me dijo nada. La luz era tenue y el mobiliario, moderno. Me senté al lado de Callum Golding. Lo había visto alguna vez. Habíamos coincidido en un par de castings.

—Kai, ¿verdad? —me dijo.

Le estreché la mano y mantuvimos una conversación incómoda sobre el trabajo. Callum era tan guapo que dolía mirarlo, con esos labios carnosos, esa mandíbula cuadrada y esos ojos de color zafiro.

Juniper entró unos segundos después, nos saludó con la cabeza y se sentó aparte, con los auriculares puestos, hasta que la directora de casting, Nina, apareció de detrás de una pared.

—¿Juniper y Callum? —preguntó.

Esperé. La conciencia sensorial del coche había desaparecido y no conseguía recuperarla. Intenté sentirme a mí mismo sentado en ese sofá, pero no pude. Intenté oler el fuego en el aire, pero no me llegaba ningún olor. Odiaba las salas de casting. Me sentía mucho mejor grabando un vídeo. Al cabo de un rato saqué el móvil y entré en Reddit.

Había un incendio cerca del Getty. Parte de la 405 estaba cerrada porque los bomberos estaban trabajando para evitar que el fuego saltara a la autopista. Un youtuber famoso había publicado: «¿Cómo voy a llegar al brunch si la 405 está cerrada?», y todo el mundo decía que estaba cancelado, que era increíble que las celebridades creyeran que incluso los incendios forestales giraban en torno a ellas, y otras personas decían que en realidad no era un incendio forestal, que lo que se había incendiado eran matorrales, y otros decían que Los Ángeles tenía lo que se merecía, y otros decían que no debería haber concentraciones tan grandes de personas en lugares con tan poca lluvia, y otros decían que ni siquiera debería haber concentraciones tan grandes de personas.

Nada de eso ayudaba a apagar el incendio, ni tampoco a prepararme para el papel de Gavinth, pero me dio algo con lo que

entretenerme mientras esperaba a que Callum y Juniper terminaran. En algún momento entró otro chico y se sentó a mi lado, Charles Oldham. Era bastante famoso —había sido el último Mímico en *X-Men*— y el que más le preocupaba a Bob. Hablamos un rato sobre el incendio y por fin salió Callum, seguido por Juniper. Empecé a decirle algo, pero ella volvió a colocarse los auriculares, miró al suelo y se puso a caminar describiendo pequeños ochos.

Si se me da bien actuar es porque siempre puedo relacionar mi vida con la de un personaje. Me gusta pensar en cómo las personas han llegado a donde están y siempre encuentro la manera de relacionar sus decisiones y circunstancias con las mías. El ahora siempre es un problema que empezó antes. Así que volví a Gavinth, que, como yo, estaba enamorado, pero no sabía muy bien qué hacer, porque no solo estaba enamorado. También estaba metido en muchas otras cosas.

Uno o dos minutos después volvió a aparecer Nina.

—¿Juniper y Kai?

Me levanté. Charles Oldham me deseó mucha mierda, le contesté: «Sí, para ti también», y seguí a Juniper y a Nina por un pasillo flanqueado por retratos de todos los actores famosos imaginables hasta llegar a una sala con las paredes revestidas de espuma negra para el aislamiento acústico. Sentados a una mesa junto a una pared estaban Brian, dos mujeres vestidas de negro y una mujer con una larga melena plateada que se presentó como la autora, Valentina. Me acerqué y les estreché la mano, no sé por qué, aunque Juniper no lo hizo.

—Nuestra creadora —le dije a Valentina.

—¿Cómo dices? —me preguntó.

—Lo siento. Qué tontería. Estoy nervioso. ¿Por qué estoy nervioso?

Brian se levantó y rodeó la mesa. Extendió las manos y me masajeó los brazos por debajo de los hombros.

—Estás nervioso porque quieres el papel —me dijo—. Y eso me gusta. ¿Todo listo, Nina?

—Estoy formateando una tarjeta, espera un momento —le contestó Nina.

Brian me hizo un gesto con la cabeza y me dio un último apretón antes de soltarme. Juniper se quitó los auriculares, se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Mírame ahora mismo como cuando vimos *John Wick 2* —me susurró.

Al separarnos, la miré y vi que se ruborizaba.

—Muy bien —dijo Nina—, ya estamos listos para empezar.

—Creo que ya hemos empezado —comentó Brian.

A partir de ahí fue fácil. Yo era Gavinth y ella era Agripa, mis frases me parecían mías, la deseaba y deseaba lo que ella tenía, y ella me deseaba y deseaba impedir que yo consiguiera lo que ella tenía. Cuando Brian dijo: «Corten, ha estado genial», me sorprendió de verdad darme cuenta de que estaba en una habitación cutre con el suelo laminado y rodeado de desconocidos.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Brian.

—Maravilloso —le contesté.

Como actor, siempre buscas esa sensación de euforia, de no estar atrapado en tu mente, de que puedes salir de tu conciencia. Nunca

había tenido esa experiencia en un casting, al menos no hasta ese punto. Hasta que Juniper se giró hacia Brian no me di cuenta de que seguía mirándola.

—Yo creo que podemos darle más intensidad —dijo Juniper—. Es una escena épica, ¿no?

—La verdad es que me preguntaba si podrías intentar ser un poco más introspectiva, Juniper. Un poco más reservada. Él quiere lo que tú tienes.

—Claro, pero no es lo bastante inteligente para conseguirlo —replicó Juniper—. De momento no me preocupa, ¿verdad?

—Puede que te preocupe un poco —le contestó Brian—. Inténtalo.

Y lo hizo. A medida que ella se mostraba más prudente, yo me volvía más conspirador, más decidido a ganarme el cariño de Agripa. Ahora, cuando yo le decía: «Seguro que Su Majestad sabe que es hermosa», y ella me respondía: «Sé muy bien que los hombres lo creen», parecía que estuviéramos en un duelo verbal más que coqueteando. Pero yo seguía metido en el personaje, como suele decirse.

—Ha estado genial —dijo Brian.

—Increíble —añadió Valentina.

—¿No he estado demasiado tranquila? —preguntó Juniper.

—Para nada —le contestó Valentina.

—Quizá un poco —dijo Brian—. Me pregunto si podrías mostrarnos lo que ella quiere.

—Lo que ella quiere —repitió Juniper.

—Lo que Agripa quiere de Gavinth. Si podrías mostrárnoslo de forma un poco más clara. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —le contestó Juniper, aunque me dio la impresión de que dudaba.

Así que repetimos la escena, y ahora sentía su hostilidad. Esta vez se acercó a mí, me dijo: «Sé muy bien que los hombres lo creen», y me sentí tan pequeño que apenas pude soltar mi siguiente frase: «Al menos en eso los hombres son sabios». Y ella pareció crecer cada vez más mientras decía: «Efectivamente, en eso, y en nada más».

—Maravilloso —dijo Brian—. Fantástico. Kai, me encanta cómo te dejas llevar por ella, y Juniper, me encanta que sepas que eres la reina. Es genial. ¿Valentina, Nina?

—Creo que podemos pasar a la siguiente escena —dijo Nina—. Tenemos opciones estupendas.

Y entonces pasamos a la siguiente escena, más adelante en la película, cuando empiezo a sentirme incómodo con el papel servil que he aceptado antes. Empecé la escena con: «¿Soy una sirvienta para ti?», y Juniper hizo una pausa muy larga —tan larga que me salí del papel y pensé que quizá había olvidado su frase— y después me dijo: «No, querido, las sirvientas… son… fundamentales. Tú eres mi marido».

«Pero ¿no soy yo fundamental para el Reino?».

«Todos los ciudadanos son fundamentales para el Reino. Cada uno tiene deberes que cumplir. Incluso yo tengo deberes que cumplir».

«No quiero ser solo un ciudadano más del Reino», le dije.

«Y yo no quiero tener las responsabilidades de una reina, pero aquí estamos, mi amor».

«¿Lo soy?».

«¿Si eres qué?», me preguntó, claramente harta de la conversación.

«Tu amor», le contesté.

Entonces me sorprendió con un beso, un beso en los labios rápido y un poco condescendiente.

«Por supuesto que eres mi amor».

«Y tú eres el mío», le dije, y me sorprendí a mí mismo devolviéndole el beso, pero ella se apartó rápidamente y esbozó una sonrisa de superioridad.

«Ah, pero no —me dijo—. Soy tu reina».

—¿Podemos intentarlo sin los besos? —nos preguntó Brian.

—Claro —le contesté.

Y lo hicimos, pero no quedó tan bien. Lo repetimos varias veces. En algunos momentos me daba la sensación de que Juniper estaba demasiado apegada a su poder y que yo la adulaba demasiado en mi afán por conseguirlo. Brian también lo percibió y nos explicó las opciones. Con Juniper y la mesa entre nosotros, Brian no me molestaba. Consiguió hacerme sentir que estaba haciendo algo más que aparecer en una estúpida película de fantasía, como si estuviera persiguiendo algo universal e importante. En nuestro cuarto intento, yo quería continuar, quedarme en ese mundo con Juniper dando un paso atrás cada vez que ella daba un paso adelante.

Pero pronto se terminó y me dirigí a la sala de recepción, Juniper volvió a ponerse los auriculares y pasé por delante de Charles Oldham.

—Que te vaya bien, tío —me dijo.

Fuera, llamé a Bob y empecé a caminar. Me contestó al segundo tono.

—¿Qué tal te ha ido, chico?

—No lo sé, pero Juniper lo pone muy fácil.

—Te llamaré en cuanto me entere de algo. Estoy seguro de que les has encantado, chico. Tengo que colgar.

Caminé unas cuantas manzanas más antes de coger un Uber. Podría haber ido a cualquier sitio, claro —a un museo, al cine, a la ópera o donde fuera—, pero volví al hotel, pedí la comida al servicio de habitaciones y me puse a ver la tele. Todas las cadenas informaban sobre el incendio. No había mucho que contar —el fuego arrasaba y la gente intentaba evitar que los edificios se quemaran—, pero aun así se las arreglaban para no dejar de hablar del tema, y yo me las arreglé para seguir viéndolo.

Era más de la una cuando Bob me llamó.

—O tú o Charles —me dijo—. Creo que hay cierto debate interno. Al director le encantas. A Nina le encantas. Creo que tenemos que asegurarnos de que al estudio también le encantes. Todd está indeciso, y su jefe… Bueno, Charles tiene experiencia. Es famoso.

—Claro, lo entiendo.

—¿Sabías que tiene catorce millones de seguidores en Instagram?

—No, no lo sabía.

—El estudio babea con esa mierda. Les encantan las cifras. Juniper solo tiene cuatro millones. Eso me ha dicho Todd. Solo cuatro millones. Madre mía. Por lo que dicen, tú estás prácticamente muerto en las redes sociales.

—Así que o Charles o yo.

—Sí. Puede que esta vez no nos salga bien. El que decide es el estudio. Voy a pedirle a Kathryn que llame al jefe de Todd. Quizá sirva de algo. Y Matthew ya ha apostado por ti. La opinión de Juniper también cuenta. Deberías llamarla.

—¿Y qué le digo?

—Dile que quieres pasar seis meses en la puta Vancouver con ella. Si algo está claro es que quiere follarte como si no hubiera un mañana.

—Es actriz. Está actuando.

—Yo solo digo lo que digo.

Odiaba de verdad cuando Bob decía esas cosas, porque me recordaba que él pensaba esas cosas.

—La llamaré —le dije, y colgué el teléfono.

Cada vez que Bob dice: «Puede que esta vez no nos salga bien», se acabó. En realidad nunca te dicen que te han rechazado; se limitan a ignorarte y un día ves a Charles en el cartel de la película. Sentí una oleada de fracaso y vergüenza, los dos jinetes de mi apocalipsis, y se me abrió un vacío en el abdomen, justo debajo de la caja torácica. Recordé que tenía que volar a casa. Ni siquiera sabía a qué hora salía mi vuelo. Era un incompetente total, un idiota que fingía abrirse camino en el mundo. Por alguna razón, me vino a la mente algo que Matthew me había dicho una vez: «Te haces famoso consiguiendo papeles, y consigues papeles haciéndote famoso».

En ese momento me llamó Ellen.

—¿Dónde estás? —Sentí tensión en su voz, como si hubiera estado llorando.

—En mi habitación. ¿Qué pasa?

—Vale, no te vayas. Quédate en tu habitación. Estaré allí en… en catorce minutos.

—¿Pasa algo?

—Voy a decirte algo que nunca les digo a los actores: búscate en Google. Estaré ahí en trece minutos y medio.

Así que me busqué en Google. Solo había visto el primer titular —«El joven actor Kai Laramie metió a su agresor sexual en la cárcel»— cuando recibí una llamada de Juniper.

—¿Dónde estás?

—En mi habitación, esperando a Ellen.

—Así que ya lo sabes.

—Lo sé.

Me entró una llamada de Bob. La desvié al buzón de voz.

—Lo siento muchísimo, Kai.

Respiré hondo un par de veces, pero no sentía el aire entrando ni saliendo. No sabía qué decir ni qué hacer. Ahora todo el mundo lo sabría. La directora de casting lo sabría. Brian Arawas lo sabría. Matthew Malone lo sabría. El móvil volvió a vibrar. Mi hermano. Dios mío. Todo el mundo lo sabía.

—Kai —me dijo Juniper—, no hiciste nada malo. Que se haya hecho público no tiene nada de vergonzoso. De todos modos, solo es una web de cotilleos. Nadie lee esa mierda.

—Está llamándome mi hermano —le dije.

—Pues quizá tu hermano sí la lea.

El móvil volvió a vibrar. Matthew.

—Tengo que colgar —le dije—. Está llamándome Matthew.

Acepté la llamada.

—Kai —me dijo con esa tranquila seguridad que lo definía en el imaginario popular—, ¿cómo estás?

Sentía que me ardían los ojos.

—Ahora mismo bastante asustado.

—Kai, salvaste a muchos otros jóvenes al testificar. Muchos chicos nunca sabrán lo que tú has tenido que saber.

—Gracias, Matthew.

—Te cubriremos las espaldas durante la promoción. Junie y yo. Estamos contigo.

El móvil vibró. Bob otra vez.

—Oye, Matthew, tengo que colgar. Mi agente no deja de llamarme.

—Todo irá bien. Bueno, a largo plazo te morirás, y a corto plazo va a ser un poco movido, pero a medio plazo, Kai…, a medio plazo todo irá bien.

—Gracias, Matthew.

Acepté la llamada de Bob.

—Has conseguido el puto papel, chico.

—¿Qué?

—Han dicho que para qué comprar una estrella si podemos crear una, joder.

—¡Felicidades! —intervino Zoe.

—Juniper y tú protagonizando otra película juntos. Genial para *Warhol*. Genial para el futuro.

—¿Has visto el artículo? —le pregunté.

—¿Lo de ese profesor? Sí, me lo acaban de enviar. En todo caso, chico, y no te lo tomes a mal, pero en todo caso nos viene bien. Eres un héroe por partida doble: has salvado a la niña mimada del país de un fan acosador y a los niños del país de un pedófilo.

—Nos viene bien —repetí.

Me dolía el estómago. Recordé que me hacía sentarme en su regazo y se frotaba contra mí. Nunca se quitaba la ropa. A veces me decía que cómo va a ser inapropiado si jamás me has visto la polla. Sencillamente, me gusta darte placer. El placer no puede ser malo.

A veces pensaba que quizá no había sucedido de verdad, que quizá, como él había dicho en el juicio, me lo había imaginado todo o me lo había inventado para hacerle daño. Pero entonces, ¿cómo se explican los demás casos? El artículo, que primero ojeé y después leí despacio mientras esperaba a Ellen, daba a entender que había sido yo el que había delatado a mi agresor, aunque había sido otro chico el que se lo había contado al director. Me eligieron para testificar porque el otro chico tenía antecedentes por drogas y no lo consideraron fiable. Eso me hacía parecer un héroe que no era. Yo no había acabado con todo aquello. Había acabado con todo aquello otra persona.

Pero ¿cómo explicar lo que se siente? ¿Cómo explicar que jugaba contigo al juego de los nervios, que te preguntaba si estabas nervioso cuando te ponía la mano en el muslo, y tú le contestabas que no, y entonces subía un poco la mano y te preguntaba si ahora estabas nervioso, y tú le contestabas que no, no estoy nervioso? ¿Por qué le contestabas eso? ¿Por qué no le decías que sí, estoy nervioso de cojones y aterrorizado, y esto no me parece bien? Al final, él se acercaba a tu polla y tú le decías que sí, estoy nervioso, y él te la agarraba de todos modos. Pensé en la figura de su despacho, una figura de bronce de un vaquero demacrado montado a caballo, con un sombrero de ala ancha calado hasta la frente. Es curioso lo que se recuerda, lo que se niega a caer en el olvido.

—Hemos conseguido setecientos cincuenta mil por adelantado —me dijo Bob.

—Guau.

—Ochocientos por la primera secuela, un millón por la segunda; y estas películas te convierten en una puta estrella. Por haber tenido

los santos cojones de decirle al estudio que no quieres el papel del hermano de nadie y catapultarte al papel protagonista.

—Sí —le dije—. Sí. Acepta el trato.

—Eso quería oír. Disfrútalo, chico. Disfrútalo a tope, joder.

TERCERA PARTE

LA PROMOCIÓN

KAI

1

—Son las estrellas de la nueva película *Andy Warhol no envejece jamás*, protagonizada por Matthew Malone en el papel de Andy Warhol.

—¿El famoso Matthew Malone?

—Sí, Mel, el famoso Matthew Malone, y sé que te encanta. Bienvenidos a *Indiana Mornings*, Kai Laramie y Juniper Castillo.

«Sonríe». Estoy en una sala de reuniones del hotel Mandarin Oriental de Nueva York, mirando al objetivo de una cámara. Estamos en directo, vía satélite, con Indianápolis. No puedo ver el plató ni a los presentadores de *Indiana Mornings*. Solo oigo sus voces.

—Buenos días —contesta Juniper.

Parece muy contenta, aunque sé que anoche no se durmió hasta las tres de la madrugada porque estaba preocupada por la promoción.

—Tengo que preguntaros por Matthew Malone.

—El mejor —le contesto.

—El mejor, sin duda —repite Juniper.

«Recuerda los ensayos con Ellen. Matthew es auténtico, divertido y sensato. Se transformó para este papel. Es un actor brillante. Sé

que todos lo conocéis por Marvel, pero estamos deseando que lo conozcáis como Andy Warhol».

—Tengo entendido que se basa en una historia real. Juniper, ¿interpretas a una joven periodista?

—A una periodista MUY joven, diría yo, Chris.

Juniper se ríe muy ligeramente.

Me sudan las axilas. ¿Por qué estoy asustado? Es solo *Indiana Mornings*.

—Sí —le contesta Juniper—, soy una periodista que sigue a Andy Warhol en lo que resultan ser los últimos meses de su vida, y Kai interpreta a uno de sus becarios.

—Kai, tú eres de aquí, de Indianápolis.

—Así es, Mel. Crecí viendo vuestro programa. —Es mentira, pero es una buena mentira.

—Y cuando estabas aquí, sufriste abusos por parte de un profesor. Has hablado abiertamente sobre este difícil capítulo de tu vida.

Ellen me dijo que esto pasaría hace más de una semana, cuando salió a la luz y colgué un mensaje en Instagram reconociendo los abusos para «adelantarme a los hechos». Te dirán: «Has hablado abiertamente de tus abusos», porque eso les da permiso para hablar del tema. No actúan como buitres, porque tú has hablado de ello abiertamente. Ella te ha enseñado a cambiar de tema, así que cambias de tema.

—Fue una época muy difícil en mi vida, pero lo he volcado todo, junto con las demás cosas que he vivido, en esta película, *Andy Warhol no envejece jamás*.

—Bueno —me dice Mel—, estoy impaciente por verla.

—Muchas gracias, Mel —le contesta Juniper—. Es una película que de verdad te hace creer en el poder del arte y en el poder del amor.

—Son las películas que me gustan —añade Chris—. Además, sale el famoso Matthew Malone.

—Qué maravilla —comenta Mel—. En fin, muchísimas gracias por acompañarnos, Kai Laramie y Juniper Castillo. *Andy Warhol no envejece jamás* se estrena el 4 de octubre en todos los cines.

—¡Vamos, Jaguars! —exclamo. La mascota de mi instituto.

—Estamos fuera —dice una voz en los auriculares.

—Juniper —interviene Katie—, he observado que has hecho una mueca cuando has dicho que la película te hace creer en el poder del amor.

—Sí, bueno, es tremendamente cursi.

—Recuerda que toda la mañana vamos a hablar con gente del interior del país. Les importa una mierda Andy Warhol.

—Te das cuenta de que estás hablando de Kai, ¿verdad? Él es del interior del país.

—Solo hago mi trabajo. Vale, ahora nos toca Omaha. Más o menos lo mismo. De tres a cinco minutos. Lo estáis haciendo muy bien.

Hacemos Omaha. Hacemos Cincinnati. Hacemos Tulsa, Filadelfia, Asheville y Pasadena. Intento mantener la espalda recta, aunque estoy que me caigo. Recuerdo los puntos clave y los repito como si los dijera por primera vez. Juniper me aprieta la mano entre

entrevista y entrevista, y eso me ayuda. Me devuelve a mi cuerpo. Solo un tercio de los entrevistadores lo menciona.

Las preguntas son las mismas una y otra vez. ¿Cómo es trabajar con Matthew Malone? Tenéis una química extraordinaria en la película; ¿cuál es el secreto? Debéis de estar muy contentos porque vais a volver a trabajar juntos en *Dioses de Andrómeda*. Juniper, dicen que Kai te salvó de un fan demasiado entusiasta. Matthew Malone se transformó totalmente para convertirse en Andy Warhol. Kai, ¿es cierto que le dijiste a Juniper que la querías el día que os conocisteis? ¿Con qué esperáis que se quede el público de la película? Juniper, has hablado abiertamente del abandono y el maltrato que te infligió tu madre. Kai, tú también has hablado abiertamente del trauma que sufriste; ¿influyó en tu personaje?

En Colorado Springs —una vez más, no vemos a las personas ni los lugares, solo sabemos que es Colorado Springs porque nos han dicho que es Colorado Springs—, el presentador comenta:

—Nos han dicho que sois muy amigos.

Juniper y yo nos miramos.

—Así es —le contesto—. Quiero tanto a Juniper que he firmado un contrato para hacer otra película con ella.

—Hemos pensado en someteros a un breve cuestionario para ver si de verdad sois tan amigos.

—Qué divertido —dice Juniper.

No es divertido, claro. Nada de lo que sucede en esta sala oscura con focos que nos iluminan desde arriba, con el cartel de la película al fondo, nada en esta sala puede ser divertido.

—Juniper, ¿de qué color es el cepillo de dientes de Kai?

—Fácil —le contesta Juniper—. Azul.

—¿Kai?

—Es azul.

—Kai, ¿cuál es el animal favorito de Juniper?

Me giro hacia Juniper.

—¿Quieres que lo digamos juntos? —le pregunto.

—Claro.

Es un viejo truco de actores.

—El ri… —empiezo a decir, y Juniper se incorpora tan rápido que ni siquiera se nota que yo había empezado antes—:… noceronte —decimos al unísono.

—Cuéntame por qué, Juniper.

—Pues hace años se escapó uno del zoológico de Praga —le explica—. Y me pareció tan bonito que un rinoceronte paseara por las calles de Praga que desde entonces me encantan.

—Increíble. Juniper, ¿cuál es el color favorito de Kai?

—El amarillo —le contesta con seguridad. Yo no tengo un color favorito.

—Casi —intervengo—. Es concretamente el amarillo de las hojas del ginkgo en otoño en Indiana.

—Se la damos por válida —dicen los presentadores—. ¿Y cuál es la bebida favorita de Juniper?

—Club soda —decimos a la vez.

—Ah, eres abstemia. Vale, las habéis acertado todas. La última: Kai, ¿Juniper tiene pareja?

—No.

—¿Juniper?

—Bueno, aquí se equivoca. Estoy casada con el mar.

Los dos presentadores se ríen.

—Muy bien, está claro que sois muy amigos en la vida real. Felicidades por la película. Aún no la hemos visto, pero la reseña de *The New York Times* ha dicho que es una de las películas más esperadas del año, y estamos deseando que llegue el 4 de octubre para ir al cine a verla. Gracias a los buenos amigos Juniper y Kai.

—Muchísimas gracias a vosotros —les contesto.

—Estamos fuera —nos dice Ellen—. Buen trabajo. Nos quedan dos minutos para Duluth. Tres más y pasamos a las mesas redondas. Lo estáis haciendo genial.

Me vuelvo hacia Juniper.

—Buen trabajo con el rinoceronte —le digo.

—Es verdad que un rinoceronte se escapó del zoológico de Praga —me cuenta—. Ni siquiera me lo he inventado. Ahora será mi animal favorito para siempre.

—Entendido. Y supongo que ahora mi cepillo de dientes es azul.

—¿De qué color es en realidad?

—Ni idea. ¿De verdad estás casada con el mar?

—Totalmente.

2

Una cosa que he aprendido enseguida sobre las promociones: los periodistas quieren hacer preguntas que se salgan de lo habitual, pero no pueden, porque en ese caso perderían la oportunidad de entrevistar al siguiente grupo de estrellas de Hollywood. El estudio los pondría en la lista negra. Por eso la mayoría de los entrevistadores no me preguntan al respecto, aunque se haya difundido por todo internet. Ellen les ha recomendado que no pregunten. Los únicos medios que lo hacen son los que creen que merece la pena arriesgarse (como el programa matinal de noticias de la ciudad donde nací) o los que son demasiado ingenuos para entender cómo funcionan las cosas.

Uno de estos medios está en la mesa redonda de la sala de reuniones a la que nos dirigimos a continuación, en cuanto hemos terminado las conexiones en directo con los programas matutinos. La mujer de Teen Pop Craze apenas se ha presentado cuando me dice:

—Debe de ser difícil promocionar esta película al mismo tiempo que asimilas la reacción del público ante los abusos sexuales que sufriste de niño.

Asiento. Ellen me dijo que asintiera y no dijera nada cuando en realidad no me hicieran una pregunta.

—Déjame reformularlo —añade la mujer—. ¿Ha sido difícil?

—Claro —le contesto—, pero muchas cosas son difíciles. No sé, en general mi vida no está nada mal, así que quizá debería callarme y disfrutar de mi buena suerte.

Mi respuesta es demasiado dura. Parece que estoy a la defensiva. Estoy seguro de que Ellen me la criticará con delicadeza.

—Matthew se ha transformado totalmente para el papel… —dice otro periodista, esta vez de *BuzzFeed*, y así volvemos al tema principal.

Ayer: Matthew nos invita a cenar. El restaurante está tan poco iluminado que tiene que ponerse las gafas para leer la carta. Es raro pensar que a Matthew Malone le fallan los ojos. Nos cuenta que en una ronda de entrevistas para promocionar una película sobre la Segunda Guerra Mundial en la que se saltaba de aviones (según su descripción), respondió a una pregunta sobre la bomba atómica diciendo: «Quizá lanzar la bomba sobre Hiroshima salvó vidas en última instancia».

—Y todavía hoy —nos cuenta—, veinte años después, siguen dándome la lata con eso. Puede que los que dicen que esa respuesta puso de manifiesto mis prejuicios contra los asiáticos tengan razón. Quizá los que siguen comentando que me encanta la guerra tengan razón. Sin duda he ganado mucho dinero fingiendo luchar en guerras. No lo sé. Pero solo lo dicen porque no tuve cuidado, porque expresé una opinión. Si he tenido éxito desde entonces es porque no respondo a ese tipo de preguntas. No opino. Les digo: «Eso deberías

preguntárselo al director» o «Pues no lo sé». O respondo a otra pregunta.

Mientras hablo con los periodistas de la mesa redonda, cada uno con su pequeña grabadora rectangular colocada ante mí, y respondo a sus preguntas, me siento como si no estuviera en mi cuerpo, como si no fuera yo, como si mi yo desapareciera en esas grabadoras. En la mesa que tengo detrás, Juniper habla como siempre, con frases completas y con gran entusiasmo, pero siento que yo estoy bajando el ritmo y ni siquiera es mediodía. Digo: «Kathryn ha hecho una gran película», y alguien me pregunta: «¿Cómo consigues meterte en el estado mental necesario para interpretar un personaje tan intenso?». La verdad es que lo consigo a través de la memoria, accediendo a los momentos más duros y a los mejores de mi vida y fingiendo que van a volver a suceder, lo cual no es una forma buena ni saludable de actuar, pero es la única manera que conozco de hacerlo para que sea verosímil. Pero no lo digo. Lo que digo es que Anthony Hopkins leía el guion doscientas cincuenta veces y luego se entregaba a una serie de circunstancias imaginarias, y eso es lo que intento hacer también yo.

Nos dan media hora para comer, pero Ellen quiere comentarme algunas cosas, así que subimos a mi habitación y yo contemplo Central Park mientras ella me habla.

—Kai, cuando hables de eso, tienes que parecer seguro de ti mismo, no dubitativo ni a la defensiva. Sé que es difícil, pero tienes

que parecer quien eres, un héroe que metió a un mal tipo en la cárcel y salvó a otros niños.

—Yo no soy ese.

—Bueno, pues ahora tienes que serlo, ¿vale? Como Juniper con su madre. Ella finge que se alegra de hablar del tema. Está actuando. Tú eres actor. Finge, o haz lo que los actores hacéis en estos casos.

—Entendido.

Apoyo la frente contra el cristal y miro las calles llenas de gente. Hace un año habría dado cualquier cosa por tener esta habitación de hotel, esta vida y este papel.

—Además, si yo siento tu desinterés, ellos también pueden sentirlo. Mira, a nadie le gustan las ruedas de prensa, tampoco a la prensa. No soñaban con ser periodistas para sentarse a una mesa redonda con otras siete personas y hablar de una película que puede que les haya gustado y puede que no, ¿verdad? Pero si no alimentan al monstruo del contenido con entusiasmo, morirán, y si tú no alimentas al monstruo del contenido con entusiasmo, también morirás.

—Haces que parezca muy divertido.

—Solo intento ser realista. Sé que estos días son largos. Pero si necesitas una Coca-Cola Light, te llevaré una Coca-Cola Light. Si necesitas un lorazepam, te conseguiré un lorazepam. Tienes una suite en un buen hotel que no pagas, pero no es gratis, y el precio es dar entrevistas con agallas y entusiasmo.

Me como una ensalada César mientras Ellen sigue dándome instrucciones, y luego ella sale al balcón a fumarse un cigarrillo. Le

digo que no sabía que fumara.

—Con todo respeto, Kai, no sabes mucho de mí —me contesta.

Y entonces le cuento lo que sí sé: que está casada con una mujer que se llama Sarah, que antes tenía un gato, que en el bolso lleva frutos secos variados en una bolsa zip porque no come carbohidratos, pero le encanta picar algo de vez en cuando, y que es buena en su trabajo.

—Bueno —me dice—, pues me conoces mejor que la mayoría de mis compañeros de trabajo. Si algo puede decirse de ti, Kai, es que escuchas, joder.

Sigo comiendo.

—¿Quién crees que lo filtró? —le pregunto al cabo de un rato—. ¿Ese profesor con el que hablaste?

—Le hice firmar un acuerdo de confidencialidad.

—¿De verdad? Gracias.

Se encoge de hombros.

—Es mi trabajo. —Tras unos instantes de silencio, añade—: ¿No sería Juniper?

Lo pienso un minuto.

—No, Juniper no me haría algo así.

—Es que es raro que se filtrara. Intenté de verdad mantenerlo en secreto.

—A menos que me estés mintiendo y lo filtraras tú —le digo.

Se ríe.

—Kai, por desgracia, me importas. Y eso me dificulta el trabajo, créeme.

3

Paso la tarde con Juniper, respondiendo a las mismas preguntas. ¿Cómo es trabajar con Matthew? ¿Cómo conseguisteis Juniper y tú esa química tan increíble? ¿Cómo te documentaste para el papel? ¿Conoces bien a Juniper? ¿Hay algo que nuestros lectores deban saber sobre vuestra relación? Juniper, has hablado abiertamente sobre los maltratos en tu infancia y sobre lo mucho que te han marcado; ¿qué les dirías a los jóvenes que viven situaciones similares?

A esta última pregunta, Juniper siempre responde de forma brillante, y cada vez es como si nunca antes hubiera dicho esas palabras, como si se le hubieran ocurrido en ese momento. «Vuestra primera obligación es sobrevivir. De niña, me sentía todo el tiempo muy impotente y asustada, y lo lamento de verdad por todas las personas que se sienten así, pero vuestra primera obligación es sobrevivir si podéis, llegar a la otra orilla».

Me gusta esta respuesta porque no finge que la solución es fácil, que el trauma se supera o se deja atrás. Tienes que vivir con él, pero tu primera obligación es sobrevivir.

Cuando mis padres se enteraron por fin, mi madre me dijo: «¿Por qué no nos lo contaste antes?». La verdad es que se lo conté en

cuanto pude, en cuanto me fue posible. Antes, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta.

Pasamos la tarde sin problemas. Matthew va a salir en *Entertainment Tonight*, así que Juniper y yo quedamos para verlo juntos. Ella quiere que luego vaya a la fiesta de cumpleaños de su amiga Ophelia. Pero antes vuelvo a mi habitación, me tumbo en la cama y me quedo un rato mirando el techo. Echo un vistazo a Instagram, subo varias fotos de hoy y me bebo una cerveza del minibar. Decido ir a dar un paseo, pero cada dos por tres me reconoce alguien, aunque lleve una gorra de béisbol, porque se está hablando mucho de la película, así que vuelvo al hotel y me tomo una copa solo en el bar viendo un partido de béisbol.

Al final, Juniper me manda un mensaje diciéndome que va a pedir la cena al servicio de habitaciones, de modo que me dirijo a su suite, que por alguna razón tiene un piano de cola en uno de los dos salones.

—Hoy ha sido agotador —le digo.

—Pues sí. Fingir que te miro con cariño durante nueve horas seguidas es horroroso.

Me río.

—El año pasado apenas podía pagar el alquiler, y aun así encuentro la manera de quejarme de mi vida.

—Es que acaba cansando —admite.

—Bueno, tu primera obligación es sobrevivir.

—Trabajar con Matthew ha sido un sueño hecho realidad.

—Mi animal favorito es el rinoceronte que se escapó del zoológico de Praga.

—El color favorito de Kai es el amarillo de las hojas de ginkgo en otoño. —Se deja caer en una de las sillas del salón—. En fin, los problemas de los privilegiados siguen siendo problemas.

—¿Qué quieres cenar? Voy a llamar al servicio de habitaciones.

Estoy comiéndome una hamburguesa con queso y Juniper una ensalada cuando Matthew aparece en la pantalla. Lleva un traje negro, con los dos botones superiores de la camisa morada desabrochados, y sonríe. Se me hace raro pensar que lo conozco, que este hombre al que veo en la tele es también un hombre que juega a videojuegos de carreras de motos y no consigue dejar de fumar.

—¿Cómo estás? —le pregunta el presentador.

—Bien. Estoy bien —le contesta Matthew.

Luego hablan de Warhol y de transformarse para el papel, de que Matthew perdió catorce kilos en treinta días y todo eso, y de repente, sin venir a cuento, el presentador le dice:

—Matthew Malone, ¿qué nos pasa después de morir?

—Sé que el amor es más fuerte que la muerte —le contesta Matthew—. Mi padre murió hace casi diez años, pero mientras yo viva, él seguirá siendo mi padre y yo seguiré siendo su hijo.

—Siento mucho tu pérdida —le dice el presentador.

—Mi viejo era todo un personaje —sigue diciendo Matthew—. En todos los años que pasamos juntos, solo una vez me dijo que estaba

orgulloso de mí, cuando pusieron mi nombre al ala de oncología del Hospital Infantil Los Ángeles.

—Bueno, has hecho una película buenísima, Matthew, aunque tu padre no te lo hubiera dicho.

—Ojalá hubiera podido verla. Los chicos son geniales. Juniper Castillo y Kai Laramie. —Juniper y yo nos empujamos emocionados —. Cuando llevas tanto tiempo en este negocio como yo, sabes reconocer a los que son especiales. Y estos chicos son especiales.

Ellen me llama. Katie llama a Juniper. Contestamos.

—Joder, ha dicho tu nombre en la televisión nacional —me dice Ellen—. Dios, es un crack. ¿Y eso de que el amor es más fuerte que la muerte? Vamos a sacarle todo el partido posible. Es ese tipo de teología que defienden hasta los ateos.

—Sí, Juniper y yo estamos viéndolo juntos.

—Enrollaos de una vez —me dice Ellen.

—No podemos. Ella está casada con el mar.

Después de colgar, Juniper y yo vamos cambiando de canal hasta que damos con una comedia de acción de Matthew con Kevin Hart. Juniper analiza la película —es capaz de distinguir qué diálogos se grabaron más tarde en sesiones de doblaje, cuándo el director quería un plano general con los dos actores, pero tuvo que cortarlo porque una interpretación no salió bien, y cosas por el estilo— y a mí me encanta escucharla y ver cómo su mente interactúa con una película, incluso con las malas. Quizá especialmente con las malas. Cuando vemos buenas películas, nos quedamos en silencio y nos limitamos a absorberlas, pero de las malas es más fácil reírse y

aprender. En las películas malas se ven mejor los hilos de las marionetas, se entienden las decisiones de los actores y cómo, en combinación con la cámara y los decorados, intentan crear la ilusión de que todo podría ser real, o lo bastante real para despertar sentimientos auténticos.

Nos quedamos un rato tumbados en la cama viendo la película, que no es buena, y pienso en lo absurdo que es no haber besado nunca a Juniper en la vida real, en lo mucho que a Ellen, a Katie y al resto de la maquinaria les gustaría que la besara, y en que eso hace que no quiera besarla. En realidad sí quiero besarla, creo, pero sé que eso llevaría a todo tipo de otras cosas, incluyendo la posibilidad de que yo acabara vomitando en el baño con un ataque de pánico. Pienso en que ahora me resulta más difícil decirle «Te quiero» que cuando nos conocimos.

—Seguro que Matthew sabía que sería una película malísima —me dice—. No puede ser que se dejara engañar por el guion, ¿verdad?

—Quizá le encanta el coprotagonista. ¿Por qué crees que voy a hacer *Dioses de Andrómeda*?

—¿Por el dinero?

—Bueno, y porque me pagan un entrenador personal.

—Además, llevarás una armadura dorada.

—Y sale esa chica guapa.

—¿Qué chica guapa?

—La que hace de tu hermana.

Juniper se ríe.

—Es una respuesta ingeniosa para la prensa si quieres sacar el máximo partido a las posibilidades. Las historias de amor necesitan obstáculos.

—No. «La chica que hace de su hermana me parece guapa» es un mal obstáculo, aunque lo diga en broma.

Juniper se queda callada un minuto y después seguimos viendo la película y nos reímos tanto con ella como de ella.

—¿Cuál es nuestro obstáculo? —me pregunta de repente.

—Pues…

—Quiero decir que podría gustarte, ¿no?

—La verdad es que me gustas mucho.

—Entonces podrías besarme.

—Y tú podrías besarme a mí.

Ahora está mirándome, y me doy cuenta de que sé que está mirándome porque yo estoy mirándola a ella. Juniper Castillo nunca rehúye el contacto visual, y qué ojos tiene, de un castaño intenso y envolvente.

—Podría —me dice.

Me estremezco.

—La cuestión es que no puedes no haber besado a una persona —le digo—. No puedes volver a como era antes de saber lo que se siente al besar a esa persona.

—Ya sabes lo que se siente al besarme.

—Mi personaje sabe lo que se siente al besar a tu personaje delante de dos cámaras, un micrófono de pértiga y un montón de gente. No es lo mismo.

Se queda un rato en silencio y al final asiente.

—Deberíamos ir a esa fiesta —me dice.

Y eso hacemos. Cuando llegamos a Brooklyn son más de las once. La fiesta es en un tercer piso y todos son jóvenes y atractivos. Una chica con el pelo largo y rizado me pregunta si quiero ir al dormitorio de Ophelia a consumir drogas, y yo le digo: «¿Qué drogas?», y ella me contesta: «Tratándose de Ophelia, seguramente cocaína», y yo le digo: «Creo que estoy bien así». Juniper conoce a todo el mundo y yo no conozco a nadie, así que cojo un vaso de plástico y me sirvo un poco de vino en la cocina. Una chica me pregunta si sé preparar un martini, le contesto que sí y le preparo uno, y entonces aparece Juniper, me da un beso en la mejilla y me dice: «Ophelia es divertidísima, ¿no crees?». La verdad es que aún no he conocido a Ophelia, pero le sonrío y le digo: «Sí», y luego hablo un rato con un chico joven y guapo que está rodando una película en la que es el único superviviente de un accidente de avión. Hablamos de que el vino está caliente, y el chico parece muy majo, una de esas personas a las que les interesa la interpretación en sí misma, no como un medio para alcanzar la fama, y después se acerca su novia y él me la presenta como directora, y ella dice: «Sobre todo de anuncios», y yo le digo que los anuncios también necesitan directores, y ella me contesta: «Lo dices como si los anuncios fueran huérfanos», lo que me hace pensar que todos somos una especie de huérfanos, solo que de la variedad que parece adulta, intentando descubrir cómo hacer martinis, amigos y arte. La fiesta es muy divertida, me gusta estar aquí, y entonces aparece Jaya Hudson-Rowe, me abraza y dice: «Es el chico que me quiere». Todo el mundo intenta ser guay a su lado, pero es Jaya, y pienso en lo mucho que debe de costar ser Jaya Hudson-Rowe todo el tiempo, incluso en la fiesta de Ophelia, y en lo bien que debió de pasárselo

aquella noche conmigo bebiendo martinis, aunque solo fuera porque yo no tenía ni idea de quién era.

La nueva novia de Jaya está con ella y me dice que ya ha visto la película porque trabaja en un estudio y que estoy increíble, le doy las gracias y cuando por fin me doy cuenta de quién es Ophelia es solo porque alguien saca una pequeña tarta casera con velas, veintidós velas, y no dejo de pensar que todos somos muy jóvenes. Nuestras articulaciones todavía están bien. Lo que haya empezado a endurecerse en nosotros todavía es blando en este piso.

4

A la mañana siguiente me despierto con una ligera resaca y bajo a reunirme con Jill, de *The New Yorker*. La reconozco porque me la presentaron antes de ver la película, pero no sé si darle la mano o un abrazo. Se acerca con decisión y me estrecha la mano.

—¿Qué tal la promoción? —me pregunta.

—He tenido trabajos peores. De hecho, todos mis trabajos han sido peores.

—A mí me parece bastante deshumanizante. Sinceramente, nunca me han gustado los reportajes de famosos, pero mi editor insiste en que se me dan bien y, como tú dices, he tenido trabajos peores. ¿Empezamos con un desayuno?

Cogemos un taxi. No lleva ninguna grabadora a la vista ni toma notas. Le pregunto qué es lo que no le gusta de los reportajes de famosos.

—Tú intentas que la gente compre entradas para el cine, y yo intento que la gente compre revistas, y esos objetivos a veces entran en conflicto. Pero, sobre todo, y no te lo tomes a mal, creo que una de las razones por las que me asignan estos trabajos es porque los famosos no me parecen especialmente interesantes. ¿A qué te dedicabas antes?

—Era camarero en un restaurante del East Village.

—¿Lo ves? Si te hubiera entrevistado entonces, antes de tu entrenamiento mediático, podríamos haber tenido una conversación estupenda. ¿Qué aprendiste como camarero?

—Muchas cosas. Era un restaurante italiano. Iban sobre todo parejas. Lo mejor de ser camarero es que mucha gente no te ve como una persona, así que te acercas a la vida de los demás. Personas que se enamoran, que rompen, que intentan decidir si cambian de colegio a su hijo. Lo ves todo, y es en público, y ellos nunca se dan cuenta de que tú lo estás viendo.

—Si te gusta que no te vean como una persona, te encantará ser famoso.

Jill se ríe. Soy consciente de que intenta que me sienta cómodo para que cometa un desliz, pero aun así me cae bien.

Durante el desayuno saca la grabadora y me pregunta por la película, por cómo me preparé para hacerla. Me pregunta por Juniper y por lo diferentes que han sido nuestros caminos. Me pregunta si Juniper lleva perfume, le contesto que no, y por un momento me llega su olor. Jill me cuenta que escribe mucho sobre el perfume porque escribir sobre los olores es el reto más interesante al que se ha enfrentado, y entonces me pregunta a qué huele Juniper.

—No sé describirlo —le contesto—. Como cuando estás en casa un día de lluvia, quizá.

—Dices mucho «Te quiero». Me lo han comentado varias veces. ¿Quieres a Juniper?

—Mucho.

—¿Quieres comentar algo sobre los rumores?

—No.

—Ya lo ves, el entrenamiento mediático mata la conversación. —Da un sorbo a su café—. ¿Te ha dicho el estudio que finjas estar enamorado de Juniper?

Ellen me ha enseñado a responder a la pregunta que quiero responder, no a la que me hacen.

—Nadie tiene que decirme que quiera a Juniper. Es muy amable, muy atenta y muy divertida.

—Hace unas semanas, un fan se metió en el coche de Juniper y tú lo echaste. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente.

—Ese hombre se llama Allen Marksville.

—Bien.

—Allen Marksville es un hombre blanco de cincuenta y dos años de Los Ángeles. Lo entrevisté. Cuando le pregunté cuál era su capítulo favorito de la serie en la que salía Juniper, no supo contestarme. No pudo describirme ni una sola trama. No sabía cómo se llamaba el personaje de Juniper.

—Bien —repito. Empiezo a sudar.

—Me sorprendió. Me pregunté si Allen Marksville era de verdad un fan de Juniper.

—¿Cómo conseguiste localizar a ese tío?

—Soy buena periodista. ¿Por qué un hombre de cincuenta y dos años que no es fan de Juniper fingiría serlo?

Recuerdo que Ellen me dijo que tenía que ser un montaje, que era demasiado bueno para ser verdad.

—No lo sé. Eso va más allá de mis competencias.

—Quiero escribir sobre ti, Kai, pero también me interesa escribir sobre la maquinaria que está convirtiéndote en una estrella. Y tengo

curiosidad por saber si estabas al corriente de que Allen Marksville era un infiltrado, que lo habían colocado ahí para que quedaras como un héroe cuando lo echaras del coche.

Ojalá Ellen estuviera aquí, pero *The New Yorker* no permite que los publicistas acompañen a los entrevistados.

—¿Estás diciendo que fue cosa mía? Te prometo que no soy ni de lejos lo bastante listo para hacer esas cosas.

—Eres muy listo, pero no sé si tienes la experiencia suficiente. El estudio tiene gente, ¿no?

—El estudio no haría eso. No son así.

Ella se limita a sonreír.

—De acuerdo. ¿Por qué decidiste hacer *Dioses de Andrómeda*?

Le hablo de Brian, del recorrido del amor al poder y todo eso, y de que me entusiasmaba volver a trabajar con Juniper. Pero sigo pensando en el estudio, en si en realidad son así. Pudo ser el estudio. Pudo ser Bob. Pudieron ser los agentes de Juniper, o los de Matthew, o incluso Ellen. Pudo ser cualquiera. En Hollywood no puedes fiarte de nadie. Demasiada gente está desesperada por tener éxito. Y yo lo he alcanzado casi por casualidad.

—¿Conoces a Max Weber? —me pregunta Jill.

—No.

—Weber decía que hay dos tipos de carisma: el carisma de la personalidad y el carisma del cargo. Todos los papas tienen el carisma del cargo, pero solo algunos tienen también el carisma de la personalidad. ¿Qué se siente con un carisma de la personalidad excepcional? ¿Eres consciente de que lo tienes?

—Bueno, no creo que tenga…

—Así que ¿el mundo se pliega a tu voluntad y no te das cuenta?

—Créeme, Jill, el mundo no se pliega a mi voluntad. Ni siquiera sé cuál es mi voluntad.

—Entonces estás diciendo que podrías tener lo que quisieras si supieras lo que quieres.

Sonrío.

—Puede ser.

Me pregunta si quiero ir al MoMA, y vamos. Contemplamos las obras de Warhol, claro, y me pregunta qué me parecen, pero no sé qué responder. La verdad es que Warhol me deja un poco frío. Lo que más me gusta de él son las últimas obras que hizo con Basquiat, los cuadros que no parecen tan planos y superficiales, pero no se lo digo. Le hablo de la visita al Carnegie con Juniper y la conservadora, y le cuento lo que he leído sobre el último año de su vida: que siempre estaba de fiesta, que le dolía la vesícula a todas horas y que sentía que el mundo lo había dejado atrás. Le digo que mantenerse en el punto de mira es duro, pero que Warhol se sentía obligado a hacerlo. Me pregunta si me gusta estar en el punto de mira, y le contesto que me gusta actuar y que no se me da bien nada más.

Nos abrimos paso hasta la sala donde están los cuadros de la serie *De espaldas al mundo*, de Agnes Martin. No son más que franjas de colores claros, pero, aunque la sala está bastante llena de gente, reina un silencio absoluto. Algo en esos cuadros exige silencio. Me quedo un buen rato mirando uno de ellos. El cuadro transmite la misma sensación que se tiene al respirar hondo. Pienso en cuando visitamos el museo de Pittsburgh, en que la conservadora

nos dijo que artistas como Martin y Joan Mitchell intentan plasmar lo que es la experiencia interior, no solo lo que parece.

—Martin no leyó ni un periódico ni una revista durante los últimos cincuenta años de su vida —me dice Jill al salir de la sala.

—Esos son los artistas que me gustan —le contesto.

Más tarde volvemos al hotel y nos tomamos una copa en el vestíbulo. Yo me tomo un espresso martini porque sé que esta noche me iré a dormir tarde; Matthew ha organizado una fiesta. Jill se toma una copa de rosado. Parece la madre de un amigo, una de esas personas a la que fácilmente pasas por alto.

—Es obvio que el estudio quiere que parezca que Juniper y tú estáis enamorados —me dice—, y que lo neguéis.

Le lanzo una mirada vaga como respuesta. Ellen me dijo que no pueden citar tus miradas vagas.

—Debo decir que no me parece que hagáis buena pareja. Una persona muy analítica, tan ambiciosa que llega a incomodar. Y luego tú, un ingenuo novato en Hollywood al que no le interesa internet y que parece indiferente a la fama.

—Quiero a Juniper. Es atenta, divertida y sensata. —Y de repente me detengo un momento y le digo la verdad—: La admiro. Es tremendamente brillante y ambiciosa, y quiere hacer grandes obras de arte. Estoy un poco harto de los artistas superguays, que brillan sin esfuerzo. No es real. Lo real es que artistas como Juniper trabajan muy duro.

—Estoy de acuerdo. ¿Estás enamorado de Juniper?

—A veces —le contesto.

Estoy cansado, y el espresso martini me ha soltado la lengua. Vuelvo a centrarme.

—¿Te resulta difícil distinguir entre tus emociones y las que el estudio de cine querría que sintieras?

Me limito a sonreír un momento y luego vuelvo a mis puntos clave.

—Juniper es de verdad una de mis mejores amigas. Cuando me pasa algo maravilloso o terrible, es la primera persona a la que quiero llamar.

—¿Podemos hablar *off the record*? —me pregunta.

Ellen me ha hablado de este tema. Si sueltas una tontería y luego dices: «Esto era *off the record*», el periodista puede publicarlo igualmente, porque no puedes convertir algo en *off the record* de forma retroactiva. Pero si le pides hablar *off the record* y el periodista está de acuerdo, no podrá escribir sobre nada de lo que le digas a continuación. Pero nunca he oído que un periodista pida hablar *off the record*.

—Claro —le contesto.

—Solo quiero hablar contigo como una persona normal, y siento que le das mil vueltas a la cabeza cada vez que te hago una pregunta. Debe de ser agotador para ti, y lo es para mí. Así que, *off the record*, ¿cómo es?

—¿Esto? ¿La promoción? —Ella asiente—. Es como si tú fueras un soldado medieval atacándome con una espada y yo la parara con mi escudo. Mientras el escudo aguante, todo irá bien. Pero se necesita cierta concentración para mantener el escudo en alto.

—Pero si bajas el escudo, todo lo que me digas será verdad.

—Sí. Exactamente.

—¿Qué tiene eso de malo?

—La verdad es mía. Vas a hablar de mi vida. De mis sentimientos más personales e íntimos. De mis… lo que sea. Mis peores recuerdos. Mis mejores recuerdos.

—Sí, pero hemos hecho un trato. Tú intercambias partes de ti por fama. La fama te permite seguir trabajando y te da dinero. Y a mí también me da dinero.

—Pero en cuanto he intercambiado esas partes de mí, ya no puedo recuperarlas. Ya no son mías.

—Vale —me dice—. De acuerdo, lo entiendo. ¿Seguimos con la entrevista formal?

—Claro.

En ningún momento me pregunta por el tema omnipresente. Cenamos, me pregunta por mi infancia en Indiana y me dice que va a entrevistar a mi hermano y a mis padres. Me pregunta si me gustaba el instituto. Me pregunta si recuerdo la primera vez que supe que se me daba bien actuar. Le digo la verdad, que todavía no sé si se me da bien actuar, pero que recuerdo la primera vez que todo lo demás desapareció y me sentí totalmente metido en un personaje. Estaba en el instituto representando *Vive como quieras*. Era el ensayo general y no pensaba en mis frases ni en mis movimientos en el escenario; no pensaba en nada porque estaba demasiado ocupado interpretando a Paul. Interpretar. Así lo llamamos. Interpretas a un personaje en una obra de teatro. Pero si tienes mucha suerte, por momentos deja de ser una interpretación, deja de ser una simulación y se convierte en magia. Ya no eres Kai

Laramie, con su mochila y sus preocupaciones. No estás interpretando a un personaje, sino convirtiéndote en él. En ese ensayo general fue la primera vez que sentí que me había convertido en alguien, que durante un instante fugaz no estaba interpretando a Paul, sino que era Paul. Y si alguna vez has sentido ese subidón, sacrificarías mucho por la oportunidad de volver a sentirlo.

—Me ha parecido sincero —me dice después de que se lo haya contado. No le contesto. No sé qué decirle—. Nunca he sido actriz, pero escribir es algo parecido. La sensación de perderse, de que quien escribe las palabras no eres tú, de que eres una especie de acueducto por el que fluyen las palabras.

Jill y yo nos separamos, y Ellen está esperándome en el vestíbulo.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta.

Ahora que Jill se ha marchado, siento que la rabia se apodera de mí.

—¿Organizaste tú el montaje con el tío sudoroso en el Uber de Juniper?

—No —me contesta, pero la miro a los ojos y veo en ellos miedo y sentimiento de culpa.

—Tú metiste a ese tío en el Uber. Ni siquiera es un fan. Jill lo entrevistó.

—Miiieeerrrdddaaa. Mierda. —Retrocede unos pasos y luego vuelve a acercarse—. Vamos a un sitio privado.

La sigo hasta la segunda planta, hasta una pequeña sala de reuniones decorada con carteles de nuestra película. Cierra la puerta detrás de nosotros.

—No lo sabía —me dice—. Que conste. No me lo dijeron hasta tres días después.

—¿Quiénes?

—El estudio. Concretamente, Todd. Siempre es Todd. Juega sucio.

—Y no me lo dijiste. —Siento que he elevado la voz.

—No, Kai, no te lo dije porque ¿de qué te sirve odiar a Todd? Si odias a Todd, no harás *Andrómeda*, aunque hacer *Andrómeda* sea genial para tu carrera. Intentaba cuidarte. Intentaba… Mierda.

—También filtró lo de mis abusos, ¿verdad? —Ahora casi estoy gritando. Siento que me arden los ojos—. Y también lo sabías.

—No. No, no, no. No se lo conté a Todd. No confío en él. No. Dios mío. Debería habértelo contado. Sabía que debería habértelo contado, pero no quería que odiaras al estudio.

—Porque no trabajas para mí. Trabajas para el estudio.

—Sí, pero no por mucho más tiempo si Jill publica esta historia. El estudio querrá echarle la culpa a alguien, y yo fui la que propuso el reportaje. ¿Qué le has dicho?

—Que eso iba más allá de mis competencias.

—No ha estado mal. Mierda, el estudio va a quedar fatal.

—¿Va a quedar fatal? El estudio lo hace fatal.

—Kai, es un asco, pero venden entradas de cine. Y funciona, ¿vale? Ha funcionado. Has sido tendencia en Twitter. Seguramente por eso has conseguido el papel de Gavinth. Tienes a Gavinth por Todd. Es bueno para nuestra película y para la próxima que vas a hacer. Y a Juniper no le hicieron daño.

—Tengo que irme a una fiesta —le digo.

5

Subo a cambiarme y a ponerme ropa adecuada para la fiesta: pantalones negros y una camisa de manga corta de Prada. No me puedo creer la cantidad de ropa que fabrica Prada, ni lo encantados que están de enviármela. Incluso me mandan calcetines bonitos. ¿Quién lleva calcetines de Prada? Yo, supongo. Esto no se lo he contado a Jill, de *The New Yorker*, que me gustan las cosas bonitas. Me gusta vestirme de Prada para ir a una fiesta de Matthew Malone en una discoteca que ha alquilado solo para él.

La discoteca está cerca de Broadway y llego a las nueve y cuarto. Como la fiesta empezaba a las nueve, está casi vacía, pero Lon ya está aquí.

—Pareces cansado, chico —me dice—. Me alegro mucho de no tener que hacer esa mierda de promoción. Es lo peor de las películas.

—Sí —le contesto—, es mucho curro.

—Y tanto, chico, pero te queda bien la camisa de Prada. Bueno, tengo que ir a charlar con ese tío de allí. Es el puto jefe de propiedad intelectual de Mattel. ¿Te lo puedes creer? Ahora hacen películas basadas en juguetes. Una película de Hot Wheels. Una película de Barbie. Muñecas American Girl que cobran vida en la

pradera y se mueren de tuberculosis. Aunque dicen que él es el próximo pez gordo.

Al rato aparece Juniper con un vestido de seda ligero como una pluma que la verdad es que hace que me cueste tragar saliva.

—Tengo que hablar contigo —le digo.

Buscamos un rincón más o menos tranquilo y le cuento que el tío sudoroso era un infiltrado del estudio.

—Qué asco —me dice.

—Ya lo creo.

—Aunque fue buena publicidad, tienes que admitirlo.

—Te quedaste traumatizada.

—He visto cosas peores.

—¿No estás cabreada?

—Bueno, tampoco es que nos pusieran en peligro ni nada de eso.

No sé qué decirle, así que me dirijo a la barra y pido una cerveza y una club soda para Juniper. Pienso en que a veces yo trabajaba en fiestas como esta para ganar algo de dinero extra e iba de un lado a otro con aperitivos para la gente. Ahora yo soy la gente.

Tengo una suerte de cojones y soy inmune a mi buena suerte.

—¿Qué tal te ha ido con *The New Yorker*? —me pregunta Juniper cuando vuelvo.

—Ha sido intenso. Una mujer inteligente. Seguramente ha conseguido que hablara demasiado. ¿Y tú qué has hecho?

—Una sesión de fotos, casi todas para *Marie Claire*. Me han hecho posar con quince looks diferentes. Después me han hecho una entrevista, fácil.

—Por si sale en el reportaje, me ha preguntado si estaba enamorado de ti.

—¿Y qué le has contestado?

—Que a veces.

Juniper se ríe y niega con la cabeza.

—Entonces le has dicho la verdad.

Juniper conoce a todo el mundo, así que empieza a moverse entre los invitados. Veo a Charles Oldham, el chico que también hizo el casting para *Dioses de Andrómeda*. Hablo con él un rato sobre la nueva película de Edgar Wright en la que acaba de conseguir un papel, que según él es genial. A todo el mundo se le da muy bien hacer que su vida parezca maravillosa. Aunque sé que Charles quiere mi papel, siento un poco de envidia del que ha conseguido él.

Hacia las diez aparece por fin Matthew, con un traje de color marrón claro y una camisa con casi todos los botones desabrochados. Se le ve el vello del pecho. Matthew tiene un cuerpo escultural. Viene hacia mí, me da un abrazo, le pregunto si quiere tomar una copa y me dice que no puede porque tiene un programa de televisión por la mañana y además ha venido en moto. Le pregunto dónde se aloja y me contesta que tiene un piso en la ciudad.

—Por cierto, ven mañana cuando acabes con la prensa. Tráete a Junie. Cenaremos juntos.

Quiero contarle lo que hizo Todd, pero Juniper me ha hecho sentir que quizá no sea para tanto.

Lon me presenta al tío de Mattel, que me dice que su película de Hot Wheels va a ser increíble, y yo le digo que suena genial, aunque una película de Hot Wheels me suena al final de algo importante,

como el último aliento en la larga vida del arte. Mientras el tío de Mattel me habla, intento descifrar qué es el arte, por qué lo hacemos y si yo hago arte o hago otra cosa. Quiero hablar con Juniper sobre este tema, o sobre cualquier otro, pero ella le ha pasado el brazo por los hombros a Charles Oldham y los dos están hablando con dos chicas que parecen modelos.

Al rato no hay nadie con quien me apetezca hablar y estoy un poco borracho, así que me voy. Juniper me manda un mensaje diciéndome que vaya a una fiesta en casa de alguien, pero no tengo ganas de salir. Creo que quizá me gusta demasiado estar solo para este trabajo. Lo que de verdad quiero es que Juniper venga a mi habitación y veamos una película juntos, un poco acurrucados, como siempre, pero sin llegar a abrazarnos. Quizá también quiera algo más que eso, pero no puedo asimilar ese querer algo más, no puedo permitirme quererlo, porque ¿y si ella no quiere que la imaginen así? ¿No es una especie de violación pensar en alguien de una manera en la que esa persona no quiere que se piense en ella? Él siempre me decía que pensaba en mí a todas horas, que le encantaba recordar lo que habíamos hecho juntos e imaginar lo que podríamos hacer, y a mí no me gustaba que pensara en mí.

No suelo buscar lo que dicen de mí, pero cuando llego a mi habitación, no sé por qué —seguramente porque estoy borracho—, entro en Twitter y busco mi nombre. Leo el primer resultado.

> Fui al colegio con Kai Laramie y no es el héroe que todo el mundo dice que es. No fue él quien denunció a nuestro profesor pederasta, sino otro chico,

> pero Kai se lleva el mérito porque es famoso. Es el típico tío de Hollywood: no denuncia a los pederastas, sino que los tolera.

Solo seis retuits y catorce likes, pero aun así siento una oleada de pavor. Y además es verdad. Yo no denuncié a nuestro profesor pedófilo.

Intento dormirme, pero no puedo dejar de pensar en esa frase. «Los tolera». ¿Lo había tolerado? Recuerdo que una vez le pedí que fuéramos a su casa. No me gustaba hacer esas cosas en el colegio, me parecía demasiado peligroso. Le pedí que fuéramos a su casa y él me dijo que sí. Vivía a solo unas manzanas. Su casa tenía techos bajos, era sórdida y estaba mal iluminada con luces empotradas que estaban fundidas o brillaban demasiado. Me ofreció una taza de café, me acarició la polla por encima de los pantalones y después me la sacó y me dijo que por una vez no teníamos que darnos prisa, y yo dejé que sucediera. ¿Fue tolerancia o supervivencia?

6

Al día siguiente tengo una larga sesión de fotos con Juniper y por la tarde otra ronda de entrevistas. Todas son normales y predecibles, y no me estreso demasiado, menos cuando un tío entra y pregunta:

—¿Cuál era el sentido de la vida para Andy Warhol?

Dejo que Juniper se ocupe de la pregunta. Luego el entrevistador dice:

—¿Cuál es el sentido de la vida para ti, Kai?

No sé cuál es el sentido de la vida. El sentido de la vida es evitar contestar a preguntas sobre el sentido de la vida. El sentido de la vida es sentarse al lado de una persona de la que a veces estás enamorado y a la que sin duda quieres. El sentido de la vida es que somos monstruosos el uno con el otro y tiernos el uno con el otro, y que la monstruosidad y la ternura son inseparables. El sentido de la vida es el helado de chocolate. No lo sé. Así que me quedo en blanco y Juniper interviene.

En ese momento me siento un idiota. Odio sentirme idiota. Se parece bastante a lo insignificante que me sentía con él, a esa impotencia. Quizá el sentido de la vida sea tener suficiente poder para que no puedan hacerte daño, para que no puedan imponerte su poder, y pienso en todo esto mientras Juniper dice:

—Creo que para Kai el sentido de la vida es ser generoso con los demás. Al menos, así actúa.

Me concentro de nuevo.

—Eres muy amable, Juniper. Y para Juniper, el sentido de la vida es hacer un buen trabajo con buenas personas.

Y ella me mira de esa manera suya, esa manera que es a la vez sincera y para la cámara, que es totalmente actuada y totalmente auténtica.

—Vaya, qué dulce eres —me dice.

No es para tanto —Ellen no me dice nada después—, pero me paso el resto de la tarde muy consciente de que estoy en una sala con demasiada luz, con un operador de cámara, un técnico de sonido, dos publicistas, Juniper y un elenco rotativo de entrevistadores. Es agotador. Quiero irme a casa. En este momento ni siquiera sé exactamente cuál es mi casa, pero quiero irme esté donde esté. Hacemos otro cuestionario de amistad con uno de los entrevistadores, nos pregunta por nuestros animales favoritos, respondemos juntos: «El rinoceronte que se escapó del zoológico de Praga», y nos reímos, pero la verdad es que creo que se ha convertido en mi animal favorito.

—Acaban de anunciar un estreno en París —me dice Ellen durante un descanso—. Matthew es muy famoso en Europa. Esto es muy grande, Kai. Nunca he tenido un estreno europeo. Así que el día 1 estarás en París y volverás el día 2 para el estreno en Nueva York.

—¿Vendrás conmigo?

—Debería seguir contratada al menos hasta que salga el reportaje de *The New Yorker*.

Volvemos a la sesión de fotos de cuatro a seis y luego llega la hora de ir a casa de Matthew. Caigo en la cuenta de que no sé dónde vive, así que le mando un mensaje y me escribe de inmediato una dirección en el Upper East Side. Juniper y yo cogemos un Uber.

—¿Cuál es el sentido de la vida para ti, Kai? —me pregunta cuando nos acomodamos, y yo me río.

Juniper lleva unos vaqueros perfectamente desgastados y un jersey cómodo. Me dan ganas de pasarle el brazo por los hombros, pero no sé si sería coquetear demasiado y además no sé si tengo derecho a desear lo que deseo.

—Esta mañana, en la entrevista con *Vogue*, me han preguntado si besabas bien. Les he dicho que eras muy tierno, y Katie se ha enfadado conmigo porque al parecer ser tierno no es sexi.

—¿Preferiría que fuera más agresivo besando?

—Supongo que sí. Me ha dicho que los hombres tienen que parecer alfas, y yo le he contestado: «Los míos no».

Hablamos de los preparativos para *Dioses de Andrómeda*, de que tendremos entrenadores para ponernos cachas y estar guapos con la armadura. Nos vamos a Vancouver dos semanas después del estreno de *Andy Warhol no envejece jamás*, y hablamos de lo que podríamos hacer durante esas dos semanas. Le digo que quizá vuelva a Indianápolis, y ella me dice que quiere venir conmigo y ver los campos de maíz, y yo le digo: «En Indianápolis no hay campos de maíz; es una ciudad de verdad», y ella se ríe.

El tráfico de Nueva York es espantoso, deberíamos haber cogido el metro, pero ahora me reconocen casi cada vez que voy en metro, y

es un poco cansado. La pregunta que más me hacen es por qué voy en metro, como si existiera algún sistema de transporte secreto para famosos de tercera categoría. Llegamos por fin al edificio de Matthew, en la calle 85, frente a Central Park. Le decimos nuestros nombres al portero, que llama a Matthew y nos dice que el piso está en la planta catorce. El ascensor no se abre a un rellano, sino directamente al enorme piso de Matthew, que tiene unos ventanales del suelo al techo con vistas al embalse de Central Park y al Upper West Side a lo lejos. Los muebles son minimalistas, incluida una silla Eames negra, y tiene una cocina enorme donde trabaja un equipo de gente. Él está viendo la tele cuando entramos, pero se levanta de un salto de su inmaculado sofá de cuero y nos abraza a los dos a la vez.

—Dios, os tengo un poco de envidia. Un par de jóvenes artistas geniales dando vueltas por la ciudad, con todo el futuro por delante. Me encanta verlo. ¿Qué queréis beber?

Juniper pide una club soda, yo un old-fashioned, y alguien en la cocina se pone a preparar nuestras bebidas. Matthew nos lleva hasta un cuadro de Warhol en el que aparece el símbolo del dólar en verde y azul sobre fondo amarillo.

—Me lo regalé a mí mismo después de rodar nuestra película —nos comenta—. Warhol dijo una vez: «Me gusta el dinero en la pared», así que esta es mi manera de colgar dinero en la pared.

Juniper nos cuenta que a Warhol le fascinaba el dinero y busca en el móvil una cita que recuerda de su investigación.

—«El dinero estadounidense está muy bien diseñado —lee—. Me gusta más que cualquier otro tipo de dinero. Lo he tirado al East River, junto al ferry de Staten Island, solo para verlo flotar».

—Me encanta que hayamos podido hacer una película tan bonita sobre un tipo tan maravillosamente peculiar —nos dice Matthew—. Y las previsiones. ¿Habéis visto las previsiones?

No quiero admitir que no tengo muy claro a qué previsiones se refiere, así que me limito a decir que no. Matthew nos lleva al sofá, y Juniper se sienta y dobla las piernas encima.

—Las previsiones de taquilla para el fin de semana del estreno superan los veinte millones —nos dice—. Con una película sobre Andy Warhol. Increíble. ¿Cómo os ha ido con la prensa?

—Ha sido duro —le contesto—, pero es divertido estar con Juniper.

—Kai también es bueno en esto —añade ella—. Nadie diría que odia ser famoso.

—Tiene sus ventajas y sus inconvenientes —nos dice Matthew—. La mayoría de las profesiones exigen sacrificios, pero es difícil quejarse cuando desde aquí arriba contemplas Central Park.

—Y tu Warhol original —le digo.

—Sí, y eso también. Los dos conseguiréis llegar a donde yo estoy. Sois muy ambiciosos, inteligentes y estáis listos.

—Gracias —le dice Juniper, aunque no sé si ha sido un cumplido.

Durante la cena —raviolis veganos rellenos de setas— Matthew nos deleita con anécdotas de actores famosos, sus compañeros de trabajo favoritos y otros que no le caen tan bien. Nos cuenta que una vez, cuando era joven y aún hacía las escenas de acción, su coche tenía que dar cuatro vueltas de campana; la toma salió perfecta, pero él se mareó mientras el coche daba vueltas y vomitó, el coche siguió rodando y el vómito le salpicó toda la cara. Nos

cuenta que su equipo quiere que sea el villano en la nueva película de *Spider-Man*, pero a él solo le gustan los villanos que saben defender su visión del mundo, y Mysterio es lo que él llama «un villano tipo Yago».

Juniper le pide que lo explique, y Matthew nos hace una introducción a *Otelo*. Nos cuenta que Yago actúa de forma siniestra en beneficio propio, pero es tan malintencionado y deshonesto que resulta más repulsivo que los villanos que a él le gusta interpretar, los que luchan por una causa superior a ellos, aunque lo hagan de una manera deplorable.

—Tiene que haber un defecto fatal. Algo noble que el villano desea con demasiada intensidad.

Matthew vuelve al estilo narrativo de Hollywood. Como si se tratara de una anécdota divertida, nos cuenta que una vez una gran estrella de Hollywood le apuntó con una pistola, y que pensó en denunciarlo, pero no quiso destrozar la reputación de su coprotagonista.

Pienso en lo que me decía mi profesor, citando a Auden. Si alguna vez nos pillaban, me decía, a él lo castigarían «según un código de conciencia ajeno». Utilizaba la poesía como arma contra mí. Pienso en que ahora todo el mundo lo sabe, en que la gente me ve y piensa: «Este tipo sufrió abusos de niño». Quizá no importe quién lo filtró. Quizá sea como uno de esos dragones chinos en los que hay mucha gente debajo del disfraz, unos en la cola, otros en la cabeza y otros en el medio. Quizá no necesite saber qué persona de las que estaban dentro del dragón se lo contó al mundo, porque en realidad lo hizo el dragón.

7

Estamos volviendo al hotel cuando suena el móvil de Juniper.

—Es Katie —me dice.

Contesta, y veo que se queda pálida mientras Katie habla.

—Sí —dice. Una larga pausa—. Sí. —Otra larga pausa—. Entendido. —Otra más—. Está conmigo.

Cuelga, y en ese momento me llama Ellen. Desvío la llamada al buzón de voz.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Juniper está pálida como la cera.

—Parece que uno de los chicos que sufrió abusos ha colgado un hilo en Twitter. Vamos a verlo.

Abre Twitter y lo encuentra enseguida porque mi nombre es tendencia.

> La verdad es que Kai Laramie nunca dijo ni una palabra sobre los abusos. Si lo hubiera hecho, quizá me habría librado de lo peor que me ha pasado en la vida. Fui yo quien denunció los abusos. Se lo conté al director de nuestro colegio.
>
> Kai lo sabe y aun así ha dejado que los titulares digan gilipolleces como EL HEROICO ACTOR QUE IMPIDIÓ QUE SU AGRESOR SIGUIERA ABUSANDO DE

SUS COMPAÑEROS. Pero Kai nunca dijo NADA. Obviamente, él también es una víctima, pero decir que es un héroe es pasarse un poco.

Que conste que lo denuncié yo. Kai testificó porque yo tenía antecedentes por posesión de marihuana y los fiscales pensaron que eso pondría en duda mi credibilidad como testigo. He pasado por un auténtico infierno.

Es una puta humillación que me hagan pasar por otro infierno, que conviertan a Kai en una especie de superhéroe y que pasen por alto lo que hice yo. Es típico de los medios, claro, pero alguien les ha contado estas mentiras, y todos sabemos que ha sido Juniper Castillo.

Es evidente que ella está detrás de todo esto. Se muere de ganas de ser una estrella. Entras en su Instagram y no ves otra cosa que a ella y a Kai, su dulce, inocente y heroico Kai. Pero la historia es mucho más complicada de lo que los medios cuentan.

La verdad es que Kai sufrió abusos, no dijo nada y ahora es un héroe. Yo sufrí abusos, lo denuncié, ¿y ahora no soy nadie? Menuda farsa. Di la verdad, Kai. Y haz que tu novia se disculpe por retraumatizarnos a los dos.

El primer tuit del hilo tiene más de diez mil retuits. La primera respuesta, con más de cinco mil likes, dice: «Siento lo que te pasó, tío. La típica mierda de Hollywood».

La segunda respuesta: «Estos dos son unos putos farsantes. Él es el señor Usurpador y ella es la señora Finjo Estar Enamorada De Kai Mientras Me Enrollo Con Charles Oldham. Es muy posible que se haya inventado toda esa mierda sobre su pobre madre muerta».

Se me encoge el estómago.

—¿Es eso cierto? —le pregunto por fin.

—¿El qué?

—¿Estás enrollándote con Charles?

—Uno, no me estoy enrollando con Charles. —Juniper empieza a elevar la voz—. Dos, no soy tu novia, así que puedo enrollarme con quien me dé la puta gana. Tres, ¿cómo puedes preguntarme eso ahora? Esto no tiene nada que ver con Charles Oldham. Una persona está intentando destrozar nuestras carreras, Kai. ¿Lo entiendes? Si no manejas esto como es debido, todo se irá a la mierda.

La posibilidad de que todo se vaya a la mierda me resulta tentadora, pero no se lo confieso a Juniper.

—Voy a llamar a Ellen —le digo.

Contesta antes incluso de que haya sonado el primer tono.

—Mañana te reunirás con Jill —me dice—. Le contarás la verdad, y la verdad es esta: no querías hablar de tus abusos, pero se filtró, y ahora vas a confirmar que tu compañero fue una víctima y un héroe, y vas a decir que el verdadero villano de esta historia no eres tú, sino el hombre que abusó de vosotros y la persona que filtró la información y os retraumatizó, que no fue Juniper. No tenemos que hacer nada más. Dejaremos que Jill rompa el embargo y hable de la película antes de tiempo, espero que eso minimice los comentarios sobre ti. Una entrevista mañana por la mañana, a primera hora, y luego no dirás ni una puta palabra más sobre este tema, dejaremos que se olvide.

—De acuerdo.

—Lo siento.

—Ya.

—En cuanto des esa entrevista mañana, podremos dejarlo atrás.

—Vale.

Pero nunca quedará atrás. Es lo que Ellen no acaba de entender. En cierto modo, aunque él haya muerto, sigue sucediendo. Sucede en mi cabeza. Sucede cuando sacan el tema. Sucede cuando sueño.

De vuelta en el hotel, busco mi nombre en Reddit y Twitter. Por todas partes hay conversaciones sobre Juniper y sobre mí. La más larga, en el subreddit de cultura pop, ya tiene más de mil comentarios. Algunas personas nos defienden —sobre todo a Juniper, que muchos creen que está recibiendo golpes sin comerlo ni beberlo—, pero los comentarios con más votos positivos dicen que somos y siempre hemos sido unos farsantes, que se nota cuando algo es solo para promocionar una película y que Juniper seguramente miente sobre los malos tratos que le infligía su madre para llamar la atención y dar lástima. La opinión general parece ser que Matthew Malone es un tío estupendo, pero que estos dos parecen estrellitas intrigantes.

Estoy dormido cuando suena el teléfono. Miro el reloj del hotel: las dos y dieciocho de la madrugada. Es Juniper. Está llorando desconsoladamente. Al principio ni siquiera consigo entender lo que me dice.

—Voy ahora mismo —le digo.

Me pongo algo de ropa y corro a su habitación. Está sollozando.

—La he cagado y ahora van a cancelar *Andrómeda*.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

—Tengo esa sensación. Lo sé.

—Juniper, te ha dado un ataque de pánico.

Está sudando y llorando, es evidente que está angustiada, pero su actitud me frustra porque ¿a quién le importa si cancelan *Andrómeda*? Solo es una película.

—Sin esa película no tengo nada —me dice.

—Eso no es cierto, Juniper.

—No puedo dejar de trabajar. No lo entiendes. Cuando no trabajo, no soy nada. No le importo a nadie.

—Hablas como tu madre.

—No fue cosa mía. No fui yo.

—Lo sé. —La abrazo y se relaja—. Lo siento, y estoy aquí.

La abrazo durante un buen rato hasta que se calma y su respiración entrecortada se vuelve más profunda.

—¿Sabes cuál es nuestro obstáculo? —me pregunta.

—No he llegado a descifrarlo.

—Que no sabemos diferenciar lo que queremos de lo que se supone que debemos querer.

—Por eso tantos chicos de nuestra edad estudian Derecho —le digo, y ella se ríe. Le acaricio la frente, le aparto el pelo y dejo al descubierto los suaves pelitos que tiene por encima de la sien—. Te quiero. Estás demasiado metida en Hollywood, pero te quiero.

—Es lo único que tengo. Lo es todo para mí.

Quiero preguntarle por mí, por su hermano, recordarle que en su vida hay mucho más que Hollywood, pero no lo hago.

—No lo filtraste tú, ¿verdad? —le pregunto—. No fuiste tú.

—Kai, nunca haría algo así.

—Quieres que la película tenga éxito.

—Sí —admite—. Sí. Pero no. Jamás haría esa mierda. Por mucho que me importe la película, tú me importas muchísimo más.

—¿Estarás mañana en la entrevista? —le pregunto.

—Por supuesto —me contesta, de nuevo con lágrimas en los ojos —. Por supuesto, Kai.

El artículo se publica en internet el mismo día de la entrevista.

> Kai Laramie está sentado con su compañera de reparto y amiga Juniper Castillo en una silla normal, en una sala de reuniones normal, aunque lujosa. Aunque lo han maquillado y lo han peinado, tiene los ojos rojos y parece que ha estado llorando. Le pregunto cómo se siente y me contesta: «En nuestro trabajo tenemos que renunciar a cierta privacidad, pero la verdad es que el tema de los abusos que sufrí es muy personal para mí, y lamento que se haya difundido tanto y que eso haya hecho daño a otras personas. Es verdad que el que denunció los abusos a los responsables del colegio fue mi compañero de clase, y se lo agradezco muchísimo. Salvó a mucha gente. Nunca dejaré de lamentar no haber tenido el valor de decir nada».
>
> Sus palabras suenan ensayadas, como si se hubiera pasado toda la noche pensándolas, pero al mismo tiempo sinceras. Próximamente, la revista publicará un reportaje sobre Laramie, pero por ahora baste decir que es un joven que parece no ser consciente de su inocencia, un chico al que te dan ganas de proteger con un poco de atención maternal. Le pregunto si se arrepiente de su creciente fama, y me contesta: «No sé si "arrepentirse" es la palabra adecuada. Me encanta actuar. Me encanta crear cosas con otros artistas».
>
> Cuando entrevisté a Laramie por primera vez, hablamos de todo, desde Andy Warhol (el artista del que trata la película *Andy Warhol no envejece jamás*, que tanto está dando que hablar) hasta su infancia en Indianápolis, pero ahora, en nuestro segundo encuentro, solo abordamos un tema que está en boca de todos: los abusos que sufrió y el hecho de que no rectificara la

información inicial de que había sido el «héroe» que había denunciado a su agresor ante las autoridades.

«No quise rectificar la información porque no quería reconocerla», me dice. (De hecho, ante la insistencia de la publicista de Laramie, accedí a no preguntarle sobre los abusos en nuestro primer encuentro). «Debería haber dicho que sí, que sufrí abusos, pero que no, que no fui un héroe, salvo en la medida en que todos los que sobreviven a los abusos lo hacen de forma heroica. Siento no haberlo hecho».

Laramie también se apresura a defender a su compañera de reparto, de quien ha confesado estar enamorado «a veces». «Confío totalmente en Juniper y ella no tiene nada que ver con esto».

Y hasta aquí el escándalo. Hablemos ahora del filme, que consigue ser lo que Andy Warhol nunca fue: profundo. *Andy Warhol no envejece jamás*, un retrato tremendamente conmovedor de un artista al final de su vida y de dos jóvenes profesionales al inicio de la suya, es una de esas películas que nos parecen frescas y clásicas a la vez. Tanto Laramie como Castillo han pasado por muchas dificultades en sus jóvenes vidas, y de alguna manera estos traumas de la vida real parecen haberse trasladado a la pantalla de una forma que resulta vibrante sin caer en lo estridente. Castillo, como detalló en un post viral de Medium titulado «Mi madre me quería. También me abandonó», sufrió maltrato y un abandono devastador durante toda su infancia. «No sé lo que es que te quiera un adulto que no quiera nada de ti», escribió, y los ojos de no haber dormido de Laramie esta mañana nos recuerdan que quizá siente lo mismo.

Idealizamos las vidas de los actores jóvenes y brillantes. Creemos que son muy diferentes de nosotros. Y es cierto: Castillo y Laramie son más guapos de lo que yo lo seré jamás, con su pelo perfecto y sus sonrisas calculadas, pero son solo personas, personas metidas en una maquinaria que transforma la historia personal en atención mediática, que convierte la realidad en ficción y la ficción en realidad.

Juniper está leyéndome el artículo en voz alta. Estamos los dos tumbados en su cama. Hace una pausa.

—Es muy bueno.

—No está mal —le contesto—. Parezco un poco tonto.

—No pareces tonto, y ha dicho que nuestra película es fresca y clásica a la vez. Das la impresión de ser maduro y consciente de ti mismo.

—Es que odio la idea de que durante el resto de mi vida lo primero que se sepa de mí sea que no denuncié a mi agresor.

—No podías denunciar a tu agresor, Kai. Si hubieras podido, lo habrías hecho.

—Recuerdo cuando la policía apareció en el colegio con una orden de registro y entró en su despacho. Recuerdo que pensé: «Se acabó». Pero en realidad solo fue el principio. Fue el principio de que mis padres y mi hermano se enteraran. El principio de que en el colegio se enteraran. De que los profesores se enteraran. El principio de saber que iba a tener que testificar y todo lo demás.

—Ya —me dice—. Por cierto, gracias por haberte quedado despierto conmigo. Siento haberme puesto tan nerviosa. No importa si cancelan *Andrómeda*. Lo sé. Es solo que me dio un ataque de pánico. No debería haberlo convertido en algo personal.

—No pasa nada —le contesto, porque es verdad.

Ella oye la voz de su madre del mismo modo que yo oigo la de él, solo que él no era mi padre. Le pido que siga leyendo y lo hace. Me encanta escuchar a Juniper leer. Nunca he sido capaz de leer en voz alta con seguridad y fluidez; Juniper lee como una narradora profesional, con una pronunciación perfecta y una seguridad absoluta. Ninguna palabra la sorprende ni la hace tropezar. Me pregunto cómo sería tener una relación con el lenguaje en la que

todo fluye, en la que no cuesta ningún esfuerzo descodificar las letras en sonidos y los sonidos en conceptos.

Pero, claro, en parte es precisamente esta diferencia entre nosotros lo que hace que me resulte tan fácil quererla.

8

A la mañana siguiente es nuestro último día de promoción en Estados Unidos. El embargo de críticas se levanta esta misma mañana y tenemos una puntuación del cien por cien en Rotten Tomatoes hasta que un tío de *Slate* dice que «la interpretación sobreactuada y torpe de Warhol por parte de Matthew distrae de lo que podría haber sido una bonita historia de amor». Aun así, la inmensa mayoría de las críticas son positivas. *The New York Times* dice: «¿Es un anzuelo para los Óscar? Claro, pero este crítico lo ha mordido». *Variety* la califica como «una película bonita y conmovedora protagonizada por dos jóvenes actores cuya química salta de la pantalla». Juniper y yo nos pasamos el día citándonos críticas entre entrevista y entrevista.

No puedo compararlo con ningún otro sentimiento que haya experimentado. Al mundo le gusta nuestra película, y el amor y el trabajo que le hemos dedicado parecen justificados. Hace mucho tiempo, cuando vivía en este mismo cuerpo, pero era una persona diferente, el anuario de mi instituto dijo que yo era «el que más probabilidades tiene de triunfar en Hollywood», y ahora siento que lo he conseguido, como si mi vida estuviera cambiando de maneras que aún no acabo de entender.

Bob me llama durante una entrevista y le devuelvo la llamada en una pausa.

—Deberíamos haber esperado a estas putas críticas antes de firmar tu contrato con *Dioses de Artessa* —me dice.

—Andrómeda —lo corrige Zoe.

—Sí, da igual. Las críticas, chico. Eres una puta estrella. Vas a conseguir que me inviten a los putos Óscar. ¿Tengo al menos un esmoquin, Zoe?

—Eso deberías preguntárselo a tu mujer —le contesta.

—Estoy muy orgulloso de ti, chico. Estoy feliz que te cagas. Oye, déjame darte un consejo: asegúrate de tener personas en tu vida a las que no pagan para que les caigas bien. Zoe y yo somos de puta madre, pero necesitas a personas que no tengan ningún interés personal en ti. Lo ideal serían personas que te conozcan de antes. Mucha gente va a querer sacarte algo.

—Y si no tienes cuidado, te quedarás sin nada —interviene Zoe.

—Gracias a los dos —les digo.

—Muy bien, chico —me dice Bob—. Eres una puta estrella. Eres una puta supernova. Nos vemos en el estreno el miércoles. Estoy impaciente, joder.

La última tarde que paso con la prensa, aunque previsible, no deja de ser un tanto desmoralizadora. Nadie puede preguntarme por el hilo de Twitter, y de todos modos su repercusión ha empezado a disminuir gracias al artículo de *The New Yorker*. Otras víctimas de abusos han salido en mi defensa diciendo que contarlo es más difícil

de lo que se cree y que en esta historia el único villano es el tío muerto que cometió los abusos.

Así que contesto a las preguntas, las mismas que ya he contestado. Es importante que las personas que sufren abusos sepan que no tienen ningún motivo para sentirse avergonzadas, digo, aunque me da vergüenza decirlo. Matthew Malone es una auténtica leyenda, un modelo de generosidad. Quiero a Juniper. Juniper y yo tenemos el mismo animal favorito: un rinoceronte que se escapó del zoológico de Praga. Trabajar con Juniper es un sueño hecho realidad, así que estoy deseando volver a hacerlo en *Dioses de Andrómeda*. Ver el proceso creativo de Juniper es inspirador porque se entrega por completo al papel. Su compromiso y su dedicación son inigualables. Es divertida, amable y brillante. Lo que más nos gusta hacer juntos es ver películas, sobre todo malas. Me preparé para el papel leyendo todo lo que pude sobre Warhol. Me encanta la obra de Warhol porque todo se muestra en la superficie, porque plasma cómo una imagen repetida —ya sea Jackie Onassis o una silla eléctrica— pierde su significado en la repetición. Kathryn es una persona muy entregada, apasionada e incansable. Me ha encantado el equipo de esta película. Les estoy muy agradecido. Ellos son los que de verdad hacen la película. Nosotros solo somos la cara visible de algo mucho más grande. Creo que es importante reconocer que las víctimas de abusos no tienen nada de lo que avergonzarse. Matthew nos ha dado consejos maravillosos. Es atento, generoso y empático. Quiero a Juniper.

Todo esto es verdad, pero al repetirlo una y otra vez empieza a parecer mentira. Empieza a parecer una traición.

Hemos terminado por fin. Ellen y Katie nos llevan al bar del hotel para celebrarlo tomando unas copas, y también está Kathryn, que me da dos besos.

—Dios mío, Kai, gracias por aguantar tanta prensa. Aunque te diré una cosa: lo único peor que tener mucha prensa es no tenerla en absoluto, así que al menos tenemos problemas de ricos. Y hablando de ricos, ¿bebes champán? —Asiento—. Perfecto, van a traernos dos botellas.

Antes de que llegue el champán, Ellen me pide que salga con ella. Se enciende un cigarrillo. No corre ni una brizna de viento en Manhattan, y aunque los rascacielos que nos rodean tapan el sol, hace calor. Huele ligeramente a meados, como para mí huele siempre Nueva York.

—Estoy muy orgullosa de esta campaña —me dice.

—Yo también. No la he cagado demasiado.

—Lo has hecho genial, Kai. Tienes un talento natural. Oye… —Empieza a decirme algo, pero se detiene a reconsiderarlo—. ¿Recuerdas que hace un tiempo te dije que trabajaba para el estudio, no para ti?

—Sí.

—Bueno, pues voy a dejar de trabajar para el estudio.

—¿Qué ha pasado?

—Se acabó. Eso es todo.

—¿Por mi culpa?

—Por muchas cosas. Todo el sistema es obsceno. La maquinaria engulle a las personas. Ya no queda humanidad, si es que alguna vez la hubo. Tengo que salir de ahí. Ponerme por mi cuenta, quizá. Trabajar con unos pocos clientes. Pasar más tiempo en casa.

—¿Les has dicho que te vas?

—Todavía no. Se lo diré después del estreno. Tengo que llevarte hasta la meta. —Da una calada al cigarrillo y expulsa el humo—. ¿Sabes qué es lo más jodido? Sé que lo que Todd os hizo a Juniper y a ti no fue para tanto, pero lo jodido es que tuvo que hacerlo. Era lo que había que hacer por el bien de la película. Cuando empezó todo esto, te dije que nadie quiere ver una película con un título de cinco palabras sobre un artista muerto. Y ahora está previsto que recaude veintidós millones de dólares en su primer fin de semana. Va a ser un éxito, y todo gracias a la maquinaria. Todd vio una forma de alimentarla, y la alimentó. Estoy harta de ser despiadada. Necesito un poco de… piedad.

Cuando volvemos al bar, todos brindamos por la película y luego nos separamos en grupitos. Estoy hablando con Ellen cuando aparece Todd. Ellen se bebe de un trago su copa de champán.

—Tengo uno para ti, Todd —le dice.

—¿Un chiste?

—Sí. El del granjero y la cerda. ¿Te lo sabes?

Percibo cierto enfado en la voz de Ellen.

—Creo que no —le contesta Todd.

—Una mujer de ciudad va a visitar a su hermano, que es granjero, y ve pasar a una cerda con tres patas. Entonces le pregunta a su hermano: «¿Qué le pasa a esa cerda?». El granjero le contesta: «Ah, es Bessie. Bessie es increíble. Una vez, el granero se incendió y Bessie se escapó y dio golpes en la puerta con el hocico para avisarnos. Es genial». La mujer de ciudad le dice: «Vale, pero ¿y lo

de las tres patas?». El granjero le contesta: «En otra ocasión, Bessie reunió todas las ovejas como si fuera un perro pastor. Es impresionante. No hay ningún cerdo en esta granja como Bessie». «Pero ¿por qué solo tiene tres patas?», vuelve a preguntarle su hermana. El granjero le contesta: «Bueno, un cerdo así no te lo comes de una sola vez».

Todd esboza una débil sonrisa y luego se ríe un poco.

—Un cerdo así no te lo comes de una sola vez —dice—. Tengo que recordar este chiste.

9

Tenemos medio día libre, así que Juniper me manda un mensaje por la mañana y acaba viniendo a mi habitación. Nos sentamos en el sofá y vemos una película, *El viaje de Chihiro*, una de las favoritas de Juniper. Tengo la sensación de que me mira tanto a mí como la película con la esperanza de que me guste tanto como a ella. Por suerte, así es. Pedimos el desayuno al servicio de habitaciones, aunque Juniper apenas come nada —solo un par de bocados de huevo— porque le preocupa cómo se verá en el estreno. Vemos la película en una especie de silencio reverente. Es una de esas películas en las que la escena final te impacta más de lo que esperabas. De repente me agobio pensando en mí de niño y en la niña de la película, que recupera su vida de una forma imposible en la vida real. Juniper se inclina hacia mí, como le gusta hacer.

—Lo sé —le digo—. Quizá este sea el sentido de las películas.

—¿Cuál? —me pregunta.

—Que las personas sientan cosas juntas.

—El arte da forma a lo informe.

—¿Kierkegaard?

—La frase es mía.

—Dios, te quiero de verdad, Juniper.

—Yo a ti también, Kai. —Y mientras siguen saliendo los créditos, añade—: Lo siento mucho, Kai. Siento que hayas tenido que volver a pasar por todo eso.

Le cuento algo que aprendí en terapia. Mi padre no es muy dado a expresar sus sentimientos, pero pagó para que fuera a terapia en cuanto todo salió a la luz, y me ayudó mucho.

—Mi terapeuta dice que una de las características principales del trauma es que no sabes cuándo va a terminar. Podemos aguantar casi cualquier cosa si sabemos que tendrá un final. Por muy jodido que sea correr una maratón, sabes que se acabará en cuarenta y dos coma ciento noventa y cinco kilómetros. Pero cuando estás pasando por algo realmente traumático, no sabes cuándo acabará ni cómo. Ni siquiera si acabará. Y eso es lo que lo hace tan destructivo.

—Seguramente debería volver a hacer terapia —me dice.

—Pues sí. No te lo tomes a mal, Juniper, pero necesitas terapia.

Juniper me comenta que tiene que empezar a prepararse para su última sesión de fotos a la una, que es cuando llegarán sus peluqueros y sus maquilladores, pero que hasta entonces está libre. Solo son las once. Le pregunto qué podemos hacer y me contesta que no quiere salir a la calle porque no le apetece que la reconozcan, algo muy propio de Juniper. Le digo que podemos ver otra película, tenemos tiempo de sobra. Así que alquilamos otra película de treinta y dos dólares a cargo del estudio, esta vez *Moonlight*, de Barry Jenkins.

Es una película muy tierna desde el principio, muy sincera sin caer en lo cursi, y la vemos en un silencio absorto. Soy muy consciente de que Juniper está sentada a mi lado. Soy consciente del desayuno a medio terminar encima de un mantel blanco. Soy consciente de su

olor, a su champú con aroma a lavanda. Soy consciente de que deseo a Juniper, de que la deseo como nunca he deseado a nadie. Quiero besarla y verla desnuda. Ahora mismo me parece tremendamente hermosa, y su olor me embriaga. Tiene las piernas dobladas encima del sofá, como le gusta, y está inclinada hacia mí, con el hombro apoyado en mi brazo.

No sé cómo decirle lo que deseo, ni si está bien que lo desee. Mi terapeuta dice que no puedo culparlo de todo, que no puedo convertirlo en el eje en torno al cual gira mi vida, pero en este aspecto lo es. Lo quería. Es cierto que quiero a cualquiera, pero lo quería. Era muy inteligente y sofisticado. Podía citar a cualquier poeta. Me entendía, o al menos eso me pareció durante un tiempo. Y se aprovechó de todo eso. Ahora estoy hecho una mierda. Ni siquiera soy capaz de decirle a una chica que sin duda me desea que yo también la deseo, y no soy capaz porque la quiero. Me aterra sexualizar el amor, estropearlo, ensuciarlo como él ensució mi amor por él.

Con la viróloga social fue más fácil porque nunca sentí este cosquilleo en el estómago, nunca sentí que la mera idea de respirar su aliento era oxígeno puro.

—Me gustas demasiado —consigo decirle por fin.

Ella pausa la película con el mando a distancia.

—¿Demasiado?

—Cuando me tocas, cuando estás tocándome, casi no puedo respirar.

—Puedo no…

—No estoy enamorado de ti a veces. No siento algo por ti a veces. Es todo el tiempo. Es incesante. Ha sido incesante desde que te vi por primera vez en aquel hotel de Pittsburgh. Pero si te lo digo, si te digo la verdad, lo pongo todo en peligro. Todo mi ser. A los dos.

Se queda mirándome fijamente durante un buen rato.

—¿Puedo besarte? —me pregunta por fin.

Asiento y nos besamos, al principio con suavidad —como en la película—, pero luego se convierte en un beso más intenso y profundo, devorador, su boca en la mía y después en mi cuello y en mi oreja. Le beso la clavícula, su preciosa clavícula; ella tiene la mano en mi cara, se la cojo y le beso los dedos, y luego vuelvo a su boca.

—Quiero verte —me dice.

Así que me quito la camiseta y siento sus manos contra mis bíceps, mi pecho, haciéndome cosquillas en la barriga. Le doy un beso en la frente.

—Hace tanto tiempo que lo deseo… —me dice.

Y eso hace que la desee aún más, y le quito la camiseta; seguimos sentados, así que ella se inclina hacia atrás mientras yo la miro a los ojos. Se desabrocha el sujetador y le pregunto si puedo mirar.

—De eso se trata —me contesta.

Contemplo sus pequeños y perfectos pechos, vuelvo a besarla y nuestras manos se descubren mutuamente.

—Levántate —me dice.

Me levanto y me pregunta si quiero quitarme los pantalones, me dice que me enseñará lo suyo si yo le enseño lo mío, y yo me río y me desnudo. Me siento totalmente expuesto delante de ella, con los

brazos pegados al cuerpo, y me pide que me dé la vuelta y me dice que tengo un culo bonito, y yo le digo gracias, y ella me dice también me gusta cuando te das la vuelta. Te toca, le digo, y entonces se quita los pantalones y las bragas y se da la vuelta para mí. Trago saliva y doy dos pasos hacia ella, y ella se acerca a mí, y no permito que él entre en la habitación. No se lo permito a nadie. Es algo entre Juniper y yo, las dos únicas personas que sabrán qué más pasó esa mañana en mi habitación de hotel.

El teléfono del hotel me despierta. Ella sigue desnuda a mi lado, con una rodilla apoyada en mi pierna bajo las sábanas. Me doy la vuelta.

—¿Diga?

—¿Sabes dónde está Juniper? —Es Ellen.

—Sí, está aquí conmigo.

—Llega tarde a peluquería y maquillaje.

—Ah, vale. Subirá en un momento.

—¿Estáis…? ¿Os habéis…? —empieza a preguntarme—. ¿Sabes qué? No es asunto mío, joder. Dile que suba.

—Solo estábamos viendo una película —le digo.

—Paso de meterme en ese jardín. Pero mándala a la habitación, ¿vale?

Juniper ya está poniéndose las bragas y luego los pantalones.

—Bueno —me dice—, esto es un acontecimiento importante. Una noticia de última hora. ¿Podemos… podemos repetirlo?

—Creo que sí —le contesto.

—Por desgracia, esta noche vuelo a París.

—No te lo vas a creer: yo también vuelo a París esta noche.

—Genial. Tomaré nota. El chico al que quiero vuela conmigo a París.

10

Esa tarde tengo programada una «verificación de datos», que resulta ser una mujer de *The New Yorker* que dedica dos horas enteras a hacerme todo tipo de preguntas sobre mi vida: ¿Es cierto que fuiste al colegio de primaria Greenbriar? ¿Participaste en una producción teatral de verano de *Annie*? En *Vive como quieras*, ¿te sentiste totalmente metido en el papel de Paul? ¿Dijiste que estás enamorado de Juniper Castillo «a veces»? Tus padres crecieron en Evansville, Indiana, ¿verdad? Tu publicista se llama Ellen Kim. El tema de tus abusos se difundió a pesar de que la señora Kim intentó mantenerlo en secreto. Prefieres no hablar de los abusos con los periodistas si se te da esta opción, pero a veces no se te da. ¿Es cierto que cuando Juniper y tú os conocisteis estabas dibujando un retrato a bolígrafo de ella? Eras un chico de teatro, sí, pero ¿también jugabas al béisbol? ¿Tu hermano es dentista en Noblesville, Indiana? ¿Esta es tu primera película? Mides un metro ochenta, eres de complexión delgada y tu próximo papel será en la adaptación cinematográfica de la novela superventas *Dioses de Andrómeda*. Nunca has hecho una película sin Juniper Castillo. ¿Es cierto que no conocías al hombre al que echaste de un coche en Los Ángeles?

Cuando termina por fin, me siento como si mi vida fuera una mariposa muerta clavada en la pared de algún museo, pero se

acabó, y me doy cuenta de que Jill puede escribir lo que quiera sobre mi pasado, pero no puede escribir sobre mi futuro. Siempre se dice que el presente es lo único que importa, pero para mí es el futuro. Cuando estaba con él, siempre pensaba en el futuro, en que algún día sería adulto. Ahora pienso en Vancouver y en hacer una divertida película de fantasía con Juniper, y pienso en ensayar y en entrenar a todas horas para ponerme cachas. En realidad no tengo presente, este momento no lo controlo. Lo que tengo, lo que siempre tendré, es el futuro perpetuo.

Después de la verificación de datos, hablo con Ellen sobre cómo ha ido y cómo sospecho que será el reportaje (crítico con la maquinaria, pero generoso conmigo), y luego elijo qué llevarme a París de las muchas cosas que me ha enviado Prada. Apenas consigo cerrar la maleta y sé que tendré un nuevo outfit en París, porque Prada le ha dicho a Bob que quieren que lleve algo diferente en cada estreno. A las cuatro de la tarde estoy en el vestíbulo. Ellen, Katie y Kathryn están tomándose una copa en el bar. Kathryn me da dos besos.

—¿Te puedes creer que nuestra pequeña película vaya a estrenarse en París? —me dice.

Juniper baja con gafas de sol y un sombrero, y nos dirigimos todos al aeropuerto, donde nos espera un señor mayor que nos acompaña a hacer el check-in, nos hace saltarnos la cola de seguridad y nos lleva directamente a los detectores de metales. Esto llama aún más la atención, y oigo a alguien decir: «Tío, mira, Juniper Castillo». Tras pasar el control de seguridad, una chica se acerca a mí y me pide un selfi.

—Que lo haga caminando, porque no podemos parar —me dice Ellen.

La chica levanta el móvil, pone morritos y yo sonrío sin dejar de caminar.

—Por eso les pedí un vuelo privado —comenta Kathryn—. Nuestros aspirantes a estrellas están convirtiéndose en auténticas estrellas.

Juniper mantiene la cabeza gacha y no se quita las gafas de sol, y llegamos por fin a la puerta de embarque. El hombre mayor del aeropuerto se acerca al mostrador, la puerta se abre y embarcamos antes que los bebés, los militares de servicio y cualquier otra persona. Estamos en clase *business*, con asientos que se reclinan hasta quedar completamente horizontales, y el mío está delante del de Juniper, así que me arrodillo en el asiento y la miro mientras se acomoda.

—Me temo que va a ser así durante un tiempo —le digo, algo desconcertado por la experiencia.

Una azafata me trae champán, y Kathryn cruza el pasillo para brindar conmigo. Matthew no está en el avión; supongo que tiene uno propio. Enseguida llegan los pasajeros, y solo uno pide hacerse una foto con Juniper, que le hago yo. Los demás pasajeros de la clase *business* o no nos reconocen o son demasiado guays para decir nada.

Una vez instalados, veo una película —*Vacaciones en Roma*, con Gregory Peck y Audrey Hepburn— y me olvido del mundo. Ceno algo y luego reclino el asiento para dormir. Me despierto una vez por la noche para mear y paso por al lado del asiento de Juniper. Está

dormida, y me detengo un momento solo para mirarla, acurrucada de lado.

—No mires a la gente mientras duerme. Da miedo —me dice Ellen desde el otro lado del pasillo, y me giro hacia ella—. Dios mío, estás colado por ella.

Le lanzo una mirada, pero no le digo nada, porque las miradas no se pueden citar.

—¡Oye, no utilices lo que te he enseñado sobre medios de comunicación contra mí, amigo!

Voy al baño y después vuelvo a dormirme pensando en que Juniper está a solo unos centímetros de mí.

Cuando aterrizamos en París, nos recibe una persona que nos ayuda a saltarnos la cola del control de pasaportes y nos acompaña hasta la salida, donde nos esperan tres Mercedes negros. Juniper y yo subimos en uno de ellos, con Ellen en el asiento delantero.

—Ha sido un día muy largo —nos dice Ellen—. Os daremos un minuto para que os refresquéis y os cambiéis, y a las once empezaremos con los medios de comunicación. Estaréis casi todo el tiempo juntos, pero, Juniper, esta tarde tienes una sesión de fotos con la edición francesa de *Vogue*, y, Kai, mientras tanto tendrás una entrevista en profundidad con un periódico holandés llamado *NRC*. Hacia las tres, los dos iréis a vuestras habitaciones para que os peinen, os maquillen y os vistan, y como muy tarde a las cinco iremos en coche al estreno. Recorreréis la alfombra roja y concederéis varias entrevistas, Matthew presentará la película y después de la proyección tendremos una mesa redonda.

—Genial —dice Juniper—. ¿Y luego volvemos al hotel?

—Sí, y por la mañana volamos a Nueva York. Un curro de chill, como decís los jóvenes.

Las rondas de entrevistas francesas son más o menos como las estadounidenses, solo que los periodistas van mejor vestidos y hablan con acento. Les cuento que me preparé para la película leyendo todo lo que escribió Warhol. Les digo que Juniper es divertida, atenta y más sensata de lo que le correspondería por su edad. Juniper les dice que soy encantador, cariñoso y amable. Una vez, incluso dice que soy guapo. Intercambiamos anécdotas sobre la película. Ahora estas historias han perdido toda su aspereza y se han convertido en guijarros que sujetamos en las manos. Cada siete minutos entra un periodista diferente. El escenario es el mismo, pero el hotel es otro y el cartel que tenemos detrás anuncia la película *Andy Warhol ne vieillit jamais*.

Aquí los periodistas se sienten mucho más cómodos preguntándonos por nuestra vida personal. Quizá tengan menos que perder, o tal vez la cultura es diferente, pero casi todos me preguntan de una forma u otra si utilicé el trauma de mis abusos durante la adolescencia para entender mejor los problemas de mi personaje. Les contesto que uno aporta todo su ser a un papel, por supuesto, pero que no aprendí nada de los abusos que no pudiera haber aprendido en otro lugar, en uno más fácil. Si esta respuesta es cierta o no es casi irrelevante para la experiencia de decir las palabras; lo único que sé es que la respuesta, que ya he dado

decenas de veces, me permite sentirme seguro y mantener la cordura.

Al parecer, el hotel en el que nos alojamos sirvió de escenario para una vieja película sobre París. Mi habitación tiene muchos armarios y dos dormitorios, es de aquella época en la que la gente se instalaba en habitaciones de hotel durante meses enteros. Pero apenas he estado en la habitación, solo para cambiarme y ducharme. Estoy cansado y tomo un sorbo de espresso después de cada entrevista.

Después de atender a la prensa, nos llevan en los tres Mercedes negros a la torre Eiffel, donde Juniper y yo nos bajamos para hacernos unas fotos. Matthew llega justo después, así que nos hacemos varias fotos más los tres juntos. «Mis chicos», dice alegremente mientras sale del coche y nos abraza. En un momento dado, apoya la cabeza en mi hombro, y sé que esa será la foto que los publicistas difundirán a todos los medios europeos.

De vuelta en el hotel, el entrevistador holandés —un joven atractivo que lleva un traje negro— viene a tomarse un café conmigo.

—Debes de estar cansado —me dice. Yo le confirmo que sí, y añade—: A Warhol le fascinaban el consumismo y el diseño industrial. Tú también debes de sentir que estás mercantilizando el arte.

Nunca había establecido esa relación, pero es cierto que estamos intentando vender algo profundo a través de entrevistas superficiales.

—Claro —le contesto—. A Warhol le encantaban los negocios. Le encantaba vender cosas. Decía que los negocios eran la forma más elevada de arte. Y hacer una película… es arte. Promocionar una película… son negocios.

—¿Te resulta incómodo mercantilizarte? A Warhol nunca pareció molestarle.

Me las arreglo como puedo para contestarle y le digo que no me estoy mercantilizando, que solo hablo de mi experiencia.

—Pero tu amor por Juniper, el hecho de que hayas hablado sobre los abusos que sufriste, tu… ¿cómo se dice en inglés?, poner todo eso encima de la mesa tiene muy poco que ver con Warhol. El público nunca conoció a los amantes de Warhol mientras él vivía. Nunca conoció sus miedos. Él era muy celoso de su intimidad, a pesar de llevar una vida pública. Tú no lo eres. ¿Por qué?

—Diría que quizá sencillamente se me da peor protegerla. O que vivo en una época diferente, con expectativas diferentes.

Pienso en Matthew, en que incluso él ha hablado de la muerte de su padre en la tele.

El entrevistador sigue haciéndome preguntas —preguntas inteligentes— sobre Warhol y sobre mí, sobre la fama y la intimidad. Estoy impresionado y un poco asustado a la vez, pero Ellen está con nosotros y no interviene, así que supongo que estoy haciéndolo bien.

—Se nos acaba el tiempo, así que la última pregunta, por favor —dice Ellen cuarenta y cinco minutos después.

—Creo que la película es extraordinaria y que destacas en todas las escenas. Es una pregunta tonta, pero ¿cómo consigues meterte tanto en el personaje?

—En lugar de meterme en él, lo metí a él en mí —le contesto.

—Un juego peligroso —replica el entrevistador—. Gracias por tu tiempo.

Ellen y yo subimos a mi habitación en un ascensor diminuto.

—Lo has manejado muy bien —me dice—. Algunos de estos europeos son demasiado intelectuales para mi gusto, pero estoy segura de que el reportaje saldrá bien. —Meto la mano en el bolsillo y saco un chicle—. Tienes treinta minutos para cambiarte y luego nos vamos al estreno.

Abro la puerta de mi habitación con la esperanza de encontrar a Juniper, pero no está, por supuesto. A quien encuentro es a una peluquera y maquilladora. Me gusta que me maquillen; no es frecuente que un desconocido te toque la cara con amabilidad, y esta desconocida, con el pelo de punta y pestañas postizas, es atractiva, lo cual ayuda. Mientras me peina, le mando un mensaje a Juniper: «¿Hay alguna posibilidad de que te vea tres segundos antes de que nos vayamos?».

Y ella me contesta al momento: «Ya casi he terminado. Estoy en la 251».

Su habitación está en la misma planta que la mía, así que en cuanto terminan conmigo, me pongo un traje negro de Prada y recorro el pasillo. Llamo al timbre —hay timbre— y ella abre la puerta. Lleva un vestido de terciopelo negro con un gran escote.

—Madre mía —le digo.

—Te dije que te darías cuenta cuando me arreglara para ti.

Cierro la puerta detrás de ella y la beso de inmediato.

—El pintalabios —me susurra en la boca.

Le digo que no me importa y que ya lo arreglaremos luego. Nos besamos un rato, yo pegado a la pared y ella pegada a mí. Al final se aparta.

—Me gusta tu cuerpo cuando está con el mío. Es algo muy nuevo.

—¿La frase es tuya? —le pregunto.

—De E. E. Cummings —me contesta, y yo me río.

—¿Recuerdas cuando en la lectura del guion me dijiste que la ansiedad es la enfermedad de la libertad? Pienso en ello muchas veces.

—La ansiedad es el vértigo de la libertad —me corrige.

—Ah, lo entendí mal. Bueno, me gusta más mi versión. Es la enfermedad de la libertad.

—Sea lo que sea, estamos a punto de inyectárnosla directamente en vena.

Bajamos juntos al vestíbulo del hotel. Ellen se ha puesto un vestido corto negro y Katie lleva algo parecido. El equipo de Matthew se queda en otra zona hasta que él baja con esmoquin y pajarita.

—Estás muy elegante —le digo.

—Y tú estás radiante, chico. Radiante.

Ya oigo a gente fuera, pero no estoy preparado para ver la cantidad de personas que rodean nuestros coches. Juniper empieza a hacerse selfis con algunos fans mientras el ruido va en aumento, y yo también me hago un par cogiendo los móviles para encuadrar la foto como me gusta. Matthew sale del hotel y se produce un cambio físico en el universo, la gente pasa entre nosotros para llegar hasta

él. «¡Matthew, Matthew!», gritan con acento francés, y me empujan hasta que aparecen los guardaespaldas y abren paso para que Matthew llegue a su coche. Juniper y yo nos colamos en el coche de detrás, con Ellen y Katie apretujadas con nosotros, y la gente pega las manos y la nariz a los cristales tintados de las ventanillas para vernos. Los coches tienen que avanzar despacio para no atropellar a nadie, pero al final salimos a la carretera.

—Qué raro ha sido —comenta Juniper.

—Parece que el estreno está a petar —dice Ellen—, así que respirad hondo mientras podáis.

11

Los gritos empiezan mientras damos la vuelta a la manzana para llegar a la alfombra roja. Juniper y yo salimos del coche y oigo mi nombre, así que intento mirar y saludar con la mano a los que me llaman, pero hay muchísima gente. Están apretujados contra unas vallas, y hay policías cada pocos metros para asegurarse de que no las derriben. Juniper se acerca y empieza a hacerse selfis con los fans, y yo hago lo mismo. De repente alguien grita: «Te quiero, Kai Laramie», así que le respondo: «Yo también te quiero», y supongo que es verdad. Las películas necesitan fans, y estoy agradecido de que en esta tengamos tantos. Ya casi me he acostumbrado al ruido cuando Matthew llega, sale del coche con sus guardaespaldas y empieza de verdad el alboroto, con gente pidiendo a gritos fotos y autógrafos. Matthew se limita a saludar con la mano y a gritar: «¡Te quiero, París! *Je t'aime! Je t'aime!*».

De camino a la alfombra roja paso por el photocall, que muestra el logotipo de la película. Me quedo ahí con mi traje mientras más de diez fotógrafos me gritan que mire hacia aquí, ahora hacia allá, y que baje la barbilla, por favor. No sé qué hacer con las manos. Un minuto después aparece Juniper, nos hacen varias fotos juntos y me aparto para que le hagan fotos en solitario. Ellen me lleva a la

alfombra cuando llega Matthew, que nos abraza a Juniper y a mí a la vez sin dejar de sonreír.

—Dejad que os conviertan en un objeto —nos dice.

Al fondo de la alfombra roja nos esperan cámaras para entrevistarnos. Me cuesta entender lo que me preguntan por el acento y el ruido, pero me las arreglo como puedo. Ellen está detrás de mí, fuera del encuadre. Pienso en que el vestido de Ellen está pensado para que se funda con el fondo, mientras que mi traje está diseñado para destacar. Un entrevistador me pregunta qué me parece París.

—Es precioso. Me gustaría mudarme aquí —le contesto, aunque solo he visto la torre Eiffel y las habitaciones del hotel.

Avanzo un paso en la alfombra.

—Juniper acaba de decir que te quiere. ¿Tú también la quieres? —me pregunta otro entrevistador.

En ese momento llega Juniper y me rodea con los brazos.

—Sí, Kai, ¿tú también me quieres? —me pregunta.

Me sorprende sentirla detrás de mí. El contacto físico sin previo aviso siempre me pone nervioso. Miro al entrevistador, luego a la cámara y vuelvo a mirar al entrevistador.

—Ahora mismo estoy un poco abrumado.

Ellen me agarra.

—Empiezas a parecer asustado —me dice.

—Sí.

—¿Sabes qué? Saltémonos el resto de las entrevistas y vamos dentro.

Dentro del cine: alfombra roja en el suelo. Arcos por encima. Techo pintado. Es un cine con mucha clase, seguramente de principios del siglo XX. Me digo a mí mismo todo lo que debo decirme cuando estoy asustado: conecta con tu cuerpo. Siéntelo todo. Tienes los pies en el suelo, con unos zapatos de Prada que te aprietan un poco. Oyes el ruido de fuera, pero al menos está un poco amortiguado. Huele las palomitas. ¿Cómo sientes el aire en la piel? Rancio, ligeramente cálido. ¿Dónde te encuentras? En París. ¿Estás con alguien a quien quieres? Sí. Vale. Respira. Inspira por la nariz y espira por la boca.

No puedo dejar de sudar. Odio sudar. Me recuerda que mi cuerpo es el de un mamífero. Más adelante hay un puesto con cajas de palomitas ya preparadas. Ellen coge una y me pregunta si quiero algo de beber.

—¿Tienen whisky? —le digo.

—Para la estrella de la película sí —me contesta.

Y un minuto después aparece con un vaso de plástico lleno de whisky y hielo. Me calmo. Sé que no debería utilizar el alcohol para esto, pero funciona. El problema del alcohol es que me calma la ansiedad a corto plazo, pero a largo plazo la empeora. Lo mismo me pasa con la marihuana y con Instagram. Doy un largo trago. Me quema la garganta al bajar.

—Podemos ir a nuestros asientos —me dice Ellen.

Encuentro el asiento con el letrero KAI LARAMIE, al lado del que tiene el letrero JUNIPER CASTILLO. Juniper aparece unos minutos después y se sienta, y solo con sentir su olor me tranquilizo.

—Estás impresionante —le digo, y ella se sonroja.

El cine se llena de gente, cientos de personas. Estamos en la sexta fila, así que casi todo el mundo está detrás de nosotros, pero no

deja de acercarse gente para felicitarnos y darnos la mano.

Matthew está de pie al frente de la sala. Su sombra, que duplica su tamaño, trepa por la pantalla. Da las gracias a todos por haber venido.

—El año pasado estuve en Portugal y visité un antiguo osario —dice—, un lugar donde se guardan los huesos de los difuntos. Cubrían todas las paredes, una sala tras otra llenas de nuestros antepasados. Y en la entrada principal, una inscripción decía: «Nosotros, los huesos que aquí estamos, por los vuestros esperamos». Los huesos de Warhol esperan por los nuestros, pero él también está con nosotros, ahora más que nunca, en un mundo saturado de imágenes. Estoy muy orgulloso de esta película y sobre todo de los brillantes jóvenes que la protagonizan, Kai Laramie y Juniper Castillo. Los quiero, y sé que después de ver esta película vosotros también los querréis.

Los aplausos empiezan ya con los créditos. Aplauden con fuerza a Matthew, por supuesto, pero Juniper y yo también recibimos algunos cuando nuestros nombres aparecen en la pantalla.

Más que ver la película, escucho a cientos de personas viéndola; cómo cambia la energía en la sala durante la escena de la discoteca en la que Juniper sangra, cómo se ríen del humor seco de Andy, y sobre todo los llantos cuando Warhol muere y nos llega la noticia. Cuando suena la canción de Lou Reed que Juniper odia, todo el mundo está llorando, yo incluido, y luego la película termina, y todos se levantan de inmediato y empiezan a aplaudir. Juniper sigue cogiéndome de la mano, aunque la tengo sudada, tira de mí para que saludemos al público, y luego nos dirigimos al fondo de la sala y nos sentamos entre Kathryn y Matthew para responder a las

preguntas de una estrella de la telerrealidad británica; después, entre bastidores, doy un trago de whisky de una petaca que me pasa Matthew, porque tengo el cerebro inundado de todo tipo de sustancias químicas que nunca antes había sentido, y más tarde Juniper y yo estamos en una habitación de hotel quitándonos la ropa elegante el uno al otro.

Juniper y yo terminamos la noche siendo los últimos en salir del bar de la terraza del hotel. Hace calor en París y tenemos unas vistas impresionantes de la ciudad. Me habla de su infancia, de la pequeña piscina del edificio de Los Ángeles en el que se alojaba y de que en esa piscina siempre había otros niños que también estaban en la ciudad para la temporada de capítulos piloto. Me cuenta que su madre se emborrachaba tanto que a ella le preocupaba que se ahogara en la piscina, y yo le digo que no tuvo la oportunidad de ser una niña, y ella me contesta que seguimos siendo solo unos críos. Le cuento cómo fue crecer en Indianápolis, que participé en el teatro de verano de la Universidad de Butler y que solo me sentía yo mismo en el escenario o en el campo. Tenía que actuar.

Hablar con Juniper es todo lo contrario de hablar con un periodista.

A la mañana siguiente, en el avión, no consigo dormir. No sé exactamente lo que siento, pero siento muchas cosas. Intento ver *Tigre y dragón* en la pequeña pantalla. La azafata no deja de llenarme la copa de cabernet, y yo no dejo de bebérmelo. Veo a

Juniper durmiendo al otro lado del pasillo. Quiero volver a acostarme con ella, pero al mismo tiempo no quiero. La idea de volver a tener sexo me abruma un poco. El sexo es tan físico, tan instintivo, tan básico… Pienso en que una vez me dijo que en cuanto los hombres te tienen, ya no te desean. No quiero ser ese tipo de hombre, pero me aterra acabar siéndolo. Siempre me echo atrás ante la intimidad. Es muy fácil decir «Te quiero» y muy difícil permitirme sentirlo.

Al final me quedo dormido. Me despierto con una ligera resaca mientras descendemos.

—Tendrás dos horas en el hotel —me dice Ellen de camino al Mandarin Oriental—. Los peluqueros y maquilladores llegarán a las dos de la tarde, a las cuatro tienes que estar en el coche y después recorreremos la alfombra roja. La proyección empieza a las seis y la mesa redonda será a las ocho y cinco. Luego está la fiesta, de la que podrás marcharte cuando quieras, y después serás libre, amigo mío. Tienes una noche en el hotel para hacer lo que te apetezca y a partir de entonces ya no estarás bajo mi tutela. Solo nos quedará esperar a ver si de verdad alguien se presenta a ver la película.

Ellen siempre habla de logística, y se me ocurre que en realidad no he tenido libertad de movimiento desde la semana que transcurrió entre el casting y el inicio de la promoción, que me han organizado el horario durante todo este tiempo, pero es una locura quejarme de mi trabajo. Es incluso vergonzoso.

En fin, todo esto es lo que se me pasa por la cabeza cuando llegamos al Mandarin Oriental y Juniper me manda un mensaje,

«¿En mi habitación o en la tuya?», voy a su habitación, tenemos sexo y luego pedimos la comida al servicio de habitaciones.

—¿Estás bien? —me pregunta Juniper apoyando la cabeza contra mi pecho, que late con fuerza.

—Sí —le contesto, aunque durante el sexo he estado perdido en mis pensamientos.

—Esta noche se estrena nuestra película. La gente empezará a verla a partir del viernes. Lo hemos conseguido, joder.

12

Los gritos empiezan incluso antes de que salgamos del coche. Llevo otro traje de Prada, este de un tono azul marino, creo. Juniper está sentada a mi lado con otro vestido de Dior. Un vestido largo de color índigo que envuelve sus delicados hombros y cubre el resto de su cuerpo como una armadura. Parece incómoda; el vestido no está hecho para estar sentada. Cuando el coche gira la esquina, veo a gente a ambos lados de la calle, cinco filas de personas detrás de las vallas. Gritan, y a mi cerebro le cuesta un poco diferenciar entre gritos de emoción y gritos de terror.

Me resulta extraño pensar que esta es mi vida. Soy muy consciente de que estoy viviendo un sueño, aunque quizá no sea mi sueño. Pero ¿cuál es mi sueño? Juniper me coge de la mano. En el dedo anular derecho lleva un anillo de diamantes que le ha prestado la marca de joyas que la patrocina. Yo llevo un reloj TAG Heuer, aunque no suelo llevar reloj. Está guapísima, quizá demasiado maquillada para la vida real, pero perfecta para las cámaras.

Cuando salimos, los gritos aumentan. «KAAAIIIIII», oigo detrás de mí, y me doy la vuelta, pero entonces la gente que tengo delante también grita: «¡¡¡KAI!!!», así que me giro hacia ellos. No sé dónde mirar. Juniper empieza a pasearse por delante de las vallas haciéndose selfis con todo el mundo, pero a mí el ruido me agobia

tanto que no sé qué hacer hasta que siento en la espalda la mano de Ellen, que me empuja hacia las vallas. Vuelvo en mí, saludo a la multitud y me dirijo a la alfombra roja, donde está Kathryn con un precioso traje dorado ajustado. Me pongo en la cola para la alfombra. Delante de mí está un niño con esmoquin.

—Es el ganador del Concurso Nacional de Ortografía —me explica Ellen—, y delante de él está el tío que ganó las 500 Millas de Indianápolis, con su mujer. Los estrenos siempre atraen a una mezcla de lo más variopinta.

Por fin llega mi turno y me coloco delante del muro de cámaras con todo el mundo gritando mi nombre. En París había diez o doce cámaras, pero aquí debe de haber más de cincuenta haciendo clic y disparando flashes mientras los fotógrafos pegan gritos para intentar llamar mi atención. Aunque Ellen me ha dicho que mire al frente y no haga caso de ninguna de sus peticiones, todos gritan mi nombre y quiero ser una buena celebridad que mira a cada uno de ellos y les permite hacer su foto. Veo a mis padres y a mi hermano, y los abrazo.

—Estoy orgullosa de ti, Kai —me dice mi madre.

Mi padre está entusiasmado por conocer al piloto de IndyCar, de modo que los presento y luego tengo que volver con los fotógrafos para hacerme fotos con Juniper. Le paso el brazo por la cintura y siento que su cuerpo se entrelaza con el mío. Ella me mira, me lanza una media sonrisa, me guiña un ojo y se gira hacia las cámaras.

Nos detenemos para conceder entrevistas —a *Time*, *E!* y *Teen Vogue*—, y mientras estoy hablando con *Entertainment Weekly* oigo un estruendo detrás de mí y sé que ha llegado Matthew. Al final de

la alfombra roja, Juniper me presenta a una amiga suya que resulta ser famosísima.

—Debe de ser agobiante estar en tu lugar —le digo.

—Qué empático por tu parte decirlo —me contesta.

Pero en realidad solo he multiplicado mi agobio teniendo en cuenta su nivel de fama. Juniper me pregunta si estoy bien, y asiento. Debería preguntarle si ella está bien, pero no lo hago. Estoy demasiado agobiado para pensar en nadie ni en nada aparte del ruido en mi cabeza.

El director Ryan Arnold y su mujer se acercan a mí. Está dirigiendo la próxima película de Matthew, un gran musical. Me dice que le han dicho que estoy fantástico, le doy las gracias y me dice que le encantaría quedar a comer conmigo si algún día estoy por Los Ángeles, y yo le contesto que sí, sí, claro.

Veo a Bob y a Zoe. Él me da un abrazo y Zoe me pregunta cómo estoy.

—Un poco sobreestimulado —le contesto.

—No te preocupes, Kai —me dice—. Todo esto acabará pronto.

Antes de que entremos en el cine, Ellen me acompaña hasta los fotógrafos por última vez para que me hagan fotos con los productores, Todd el del estudio, Juniper y Matthew. Matthew me pasa el brazo por los hombros y caminamos juntos. Me dice que está muy orgulloso de mí, y al final de la alfombra roja señala las cámaras y a los fans que hay detrás, al otro lado de las vallas.

—De verdad eras el que más probabilidades tenía de triunfar en Hollywood, chico.

—Espera, eso es del anuario de mi instituto. ¿Cómo lo sabes?

Matthew se encoge de hombros muy ligeramente.

—Siempre viene bien investigar un poco de antemano. Mandé a un tío de mi equipo a curiosear un poco.

Algo se rompe dentro de mí. De repente lo entiendo todo.

—Tú lo filtraste —le digo—. Fuiste tú.

Levanto la mirada hacia él, que sigue sonriendo a sus admiradores.

—Mira lo bien que ha salido todo. Ya ves por qué tuve que hacerlo. Ahora lo entiendes.

No lo entiendo, pero no digo nada. Nunca digo nada ante la traición. Siempre me quedo mudo de miedo.

—Mira a toda esa gente —sigue diciéndome—. ¿Por una película sobre Andy Warhol? Sé que ha sido duro para ti, chico, pero lo hemos conseguido, joder.

No define lo que hemos conseguido. Ahora me mira y parece estar esperando a que le dé la absolución.

—No se llega a ser Matthew Malone sin desearlo, chico —añade al cabo de un momento—. Debes desearlo con todas tus fuerzas, joder. Como Junie.

Una vez más, no sé qué es lo que debo desear. ¿Éxito? ¿Fama? ¿Una vida en el mundo del espectáculo? ¿Cuadros de Andy Warhol en la pared? No puedo decir nada. Tengo un nudo en la garganta.

—Si necesitas que sea tu villano, estoy encantado de hacer el papel —me dice en un tono tranquilo—, pero dentro de diez años tendrás que darme las gracias por tu carrera.

Juniper ya está sentada en su butaca. Me siento a su lado y me inclino hacia ella.

—Fue Matthew. Me lo acaba de contar —le digo.

—¿Lo filtró él?

—Ni siquiera me ha pedido perdón. Solo me ha dicho que tuvo que hacerlo.

—Menudo cabrón. —Y un segundo después añade—: Pero, bueno, tenemos que trabajar con él.

—¿De verdad?

—Esto no acaba hoy —me dice con cierto tono de lástima. De nuevo ese terrible pronombre—. Con suerte, competiremos por premios. Tendremos que ir a muchas proyecciones. Toda una campaña. Y él estará allí. ¿Qué vamos a hacer?

No me pregunta «¿Estás bien?» ni «¿Quieres que nos vayamos?». Me pregunta qué vamos a hacer. Siento que el pánico vuelve a apoderarse de mí, ese viejo temor. Alguien me ha atrapado entre sus garras y no sé cómo escapar. Si corro hasta la parte de delante de la sala y grito que Matthew Malone es un puto monstruo capaz de joder a cualquiera para salir adelante, perjudico a la película, a Juniper y a mí mismo. ¿Qué puedo hacer? Lo único que quiero es no sentirme como me siento ahora mismo, acorralado e indefenso. Empieza la película. Vuelvo a sudar. No puedo pensar, ni siquiera siento el consuelo de sujetar la mano de Juniper.

Después de la proyección, estoy en la parte delantera de la sala con Matthew, Juniper y Kathryn. La amiga famosísima de Juniper nos entrevista. Le digo que Matthew es muy amable, generoso y divertido. Me extiendo sobre su generosidad contando que dio bonificaciones en efectivo a todo el equipo, una anécdota que ya he

contado más de diez veces. Me odio a mí mismo mientras la cuento, pero me odiaría aún más si no la contara.

Matthew le dice al público que le encanta trabajar con nosotros porque «en su interpretación hay una pureza que puede perderse con el tiempo, una disposición a abrirse totalmente y a mostrarse vulnerables que es fundamental para que las películas sean buenas». El público aplaude, como aplaude cada una de sus frases y se ríe de cada una de sus bromas. Me doy cuenta de que el público también juega a este juego, de que también forma parte del espectáculo. Todo el mundo alimenta la maquinaria.

¿Cómo describir esta sensación? En el instituto teníamos dos bailes al año. Yo bailo muy bien —soy consciente de mi cuerpo en el espacio, he tomado clases, etc.— y siempre salía a bailar cuando sonaban las canciones más movidas. En las canciones lentas quizá bailaba con una chica.

Pero él siempre estaba allí haciendo de carabina, siempre al acecho, a menudo en las sombras, literalmente. Estaba allí para evitar que los chicos se enrollaran en la pista de baile, que les echaran alcohol a las bebidas o que hicieran cualquier otra cosa que se suponía que los chicos no debían hacer. Yo siempre sentía que estaba allí, incluso cuando bailaba e intentaba no sentirme cohibido y entregarme a la música, lo percibía, y eso me hacía sentir como si en realidad no estuviera en mi cuerpo, sino observándolo desde fuera. Como si flotara en el techo del gimnasio y mirara desde arriba a todo el mundo, incluido a mí mismo. Y vuelvo a sentirme así. Siento que mi alma no está en mi cuerpo, sino en algún palco, contemplando a estas diminutas figuras con su elegante ropa

ajustada. Nada ha cambiado. Él sigue en la sala conmigo. Yo sigo vestido de gala. Y sigo muy asustado.

No sé exactamente cuándo lo decido. Quizá durante la película. Quizá en la fiesta posterior, cuando bailo con Juniper y le doy vueltas mientras ella jadea y se ríe.

—Kai —me dice—, sabes moverte.

Quizá cuando el DJ pone «Mr. Brightside», de The Killers, y Matthew me pasa el brazo por los hombros y canta a gritos el estribillo esperando que yo lo grite con él, cosa que acabo haciendo porque no quiero montar una escena. Quizá no lo decido hasta que estoy fuera, sudando, con la pajarita desatada. Quizá no lo decido hasta que veo un taxi y lo paro. Quizá no tomo la decisión hasta que estoy en la parte de atrás del taxi y digo:

—¿Puede llevarme al Mandarin Oriental, por favor? Y luego al JFK.

—¿Qué compañía?

—Aún no lo sé.

En el hotel, cojo el pasaporte, pero dejo la maleta. Vaya donde vaya tendrán ropa.

A veces me pregunto si disfruto jodiéndome la vida, si hay algo en lo más profundo de mí que quiere verlo todo hecho trizas, que quiere alejarse con calma de la explosión de mí mismo. No bebo mucho (o al menos no bebía mucho antes de la promoción), no consumo drogas duras y no me autolesiono, pero necesito cierta sacudida, y la consigo saboteando mi propia vida. Por eso no me

sorprende del todo descubrirme conspirando contra mis intereses mientras estoy sentado en un taxi camino del aeropuerto y reservo un vuelo con el móvil a algún lugar cálido y lejano.

He pasado el control de seguridad y he imprimido la tarjeta de embarque. Me dirijo a la puerta que indica cuando recibo un mensaje de Juniper: «¿Dónde te has metido? Hay una fiesta en casa de Matthew».

Miro el móvil un segundo, lo tiro a un cubo de basura cercano y sigo caminando.

CUARTA PARTE

EL BAJÓN

JUNIPER

DÍA 1

Según mi experiencia, tras el estreno de una película se produce un fenómeno al que llamo «el bajón». Sucede tanto con las películas buenas como con las malas, e incluso con series de televisión que se emiten en Nickelodeon durante seis años. Un día estás trabajando, avanzando sin descanso en tu carrera artística, y al día siguiente te despiertas y… se acabó.

Como Kai no apareció en la fiesta de después del estreno ni respondió a mi mensaje preguntándole si en mi habitación o en la suya, lo llamo a la mañana siguiente, pero me salta directamente el buzón de voz. Supongo que aún está durmiendo. «Buenos días. Llámame cuando cargues el móvil y escuches esto. Te quiero». Luego llamo a mi agente, Jamie.

—Juniper, cariño, ¿cómo estás?

—¿Cómo va la película?

—Seguimos esperando superar los veinte millones el fin de semana del estreno. Sabremos algo más mañana por la noche, cuando veamos a gente de verdad sentada en las butacas. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Qué debería hacer hoy? ¿Colgar algún post? Podría subir un carrusel de fotos con Kai, o podría hacer un directo, o…

—Mejor cuelga cosas del estreno, Junie, pero tienes que relajarte un poco. Lo has conseguido. Tómate una semana libre.

—No necesito una semana libre. Necesito que la película sea un éxito.

—Ya lo es. ¿Has leído las críticas? Vas a tener mucho que hacer. Probablemente toda una campaña de premios. Pero por ahora el tren ya ha salido de la estación. Trabaja en *Andrómeda* si necesitas hacer algo.

—Entendido.

—Te llamaré mañana con más noticias.

—Vale. Gracias, Jamie.

No empiezo a preocuparme por Kai hasta aproximadamente las diez y media de la mañana. Vuelvo a llamarlo. Salta directamente el buzón de voz. No quiero ser la típica paranoica, así que me digo a mí misma que está bien y que sigue durmiendo. Voy a correr al gimnasio del hotel. Prefiero correr por Central Park, y está a la vuelta de la esquina, pero no quiero que me reconozcan, y menos cuando hago ejercicio, porque tengo una forma de correr un poco ridícula. Así que me pongo una gorra y ropa de deporte y corro en la cinta, y entonces me llama Katie y me dice que mi vuelo a Los Ángeles sale a las ocho de la tarde, pero que ha conseguido que pueda quedarme hasta tarde en el hotel, de modo que no tengo prisa.

Le pregunto qué tengo que hacer para promocionar la película.

—Por Dios, Juniper —me contesta—. Ya lo has hecho. En cuanto la película pasa a ser presente para el público, para nosotros ya es

pasado. Ahora todo depende de la publicidad y del equipo de marketing del estudio. Ya has promocionado la película hasta la saciedad. Échate una siesta.

Vuelvo a llamar a Kai y al final decido preguntarle a Ellen.

—Hola —le digo.

—Hola, ¿está Kai contigo? —me pregunta Ellen.

—No, esperaba que estuviera contigo.

—No contesta al móvil.

—Salta directamente el buzón de voz.

—Vale, estoy empezando a preocuparme —me dice Ellen—. Voy a pedir al hotel que vayan a echar un vistazo. Seguramente solo sea una resaca y que se ha quedado sin batería.

Mientras espero a que me llame, cuelgo en Instagram el carrusel de fotos con Kai: imágenes de los dos durante la promoción; la última de ellas es una foto juntos en la alfombra roja, él me rodea con el brazo y yo me río. Texto: «Te quiero, Kai Laramie. Y estoy deseando que el mundo vea por qué».

Ellen me llama mientras leo los primeros comentarios.

—Pues todas sus cosas siguen aquí. Parece que no ha dormido en el hotel esta noche, porque la cama sigue hecha. Ahora estoy bastante preocupada.

—Mierda —le digo.

—Voy a llamar al estudio.

Que Kai haya desaparecido me hace sentir exactamente igual que cuando mi madre desaparecía. El mismo miedo en todo el cuerpo. El mismo resentimiento y la misma frustración. La misma sensación de

que, por mucho que te quieran, quieren más aquello por lo que te abandonan. Ya lo sufrí bastante con mi madre y no lo quiero con un novio.

De pequeña deseaba una vida normal, una vida en la que tu madre se despierta antes que tú, te prepara el desayuno y te lleva al colegio. En cambio, siempre estaba persiguiéndola. Se iba una noche y no volvía a casa, y entonces yo la llamaba una y otra vez hasta que al final me contestaba y se me ocurría algo para que volviera, aunque yo solo tenía once o doce años. Volvía oliendo a whisky y a cigarrillos y me decía que había conocido a un productor que iba a convertirnos en estrellas, o cualquier otra cosa.

Pero, claro, cada vez existía la posibilidad de que hubiera sucedido algo peor. Algo peligroso. Algo fatal. Todo era siempre una preocupación con mi madre, y ahora lo es con Kai.

Para distraerme, echo un vistazo a Instagram y busco el nombre de Kai con la esperanza de que postee algo o de que alguien postee algo sobre él, de que aparezca con resaca en alguna foto que le haya hecho un paparazi. Llevo un rato buscando cuando recibo una llamada de un número con prefijo de Los Ángeles que no reconozco.

—¿Diga?

—Hola, soy Todd, del estudio —me dice—. Necesito que vengas a la oficina de Nueva York, si no te importa. Hay un coche esperándote fuera.

—¿Va todo bien?

—Luego hablamos.

Y me cuelga.

Mientras el coche se abre paso por la Séptima Avenida, siento que me falta el aire. Pienso en cómo estaba Kai ayer. Estaba perdido, pero es de esperar en un estreno, donde suceden mil cosas a la vez. Se mostraba tímido con mis amigos. Estaba enfadado por la traición de Matthew, pero no tanto como para abandonar el estreno.

Me lo imagino dolido. Me lo imagino muerto. Me imagino cómo lo abrazaré cuando lo vea. Si es que lo veo.

Me dejan en un rascacielos del Bajo Manhattan, donde un guardia de seguridad me acompaña hasta la planta diecisiete y me lleva al despacho de Todd, que hace esquina y tiene vistas a la Estatua de la Libertad.

Me siento en un lujoso sofá y resisto el impulso de hablar primero. Todd se levanta y se dirige a un minibar que hay sobre una mesita auxiliar.

—¿Una copa? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Bueno, yo voy a tomarme una. —Se sirve un whisky y levanta el vaso como si brindara conmigo—. Hemos rastreado el móvil de Kai hasta el JFK, donde lo tiró a un cubo de basura, pero por los cargos de su tarjeta de crédito sabemos que a primera hora de esta mañana ha cogido un vuelo a Jamaica y ha reservado una cabaña en un complejo turístico llamado GoldenEye. Eso es todo lo que saben mis hombres.

—¿Tus hombres?

—Este tipo de cosas pasan más a menudo de lo que te imaginas con los actores. No todos son profesionales como tú, Juniper. Algunos son…, bueno, artistas. Me temo que Kai puede ser uno de ellos. El problema es que también es un actor de puta madre y lo

necesitamos en Vancouver dentro de dos semanas para preparar *Dioses de Andrómeda*.

—Claro, por supuesto.

—Creo que tendremos que cambiar el reparto si él se retira.

—Sí, entiendo que habría que sustituirlo.

—Los dos sois un pack, Juniper. La historia es que dos jóvenes con talento siguen juntos en una gran superproducción. Sin los dos, esta historia se viene abajo. Eres muy buena, pero creo que, siendo realistas, tendríamos que cambiar a los dos actores.

—¿Me estás diciendo que si Kai no vuelve, vas a despedirme de *Dioses de Andrómeda*?

—«Despedir» es una palabra muy fuerte. Cambiaremos a los actores.

—¿Vas a despedirme porque un chico se ha largado a Jamaica? —No estoy enfadada solo con Todd. También lo estoy con Kai.

Se queda un momento callado, se sienta y coloca los pies encima de la mesa. Lleva unas botas negras con cordones.

—Sí —me contesta—. Tendría que hacerlo. Pero creo que aún podemos salvar la situación.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Te he reservado un vuelo a Jamaica para mañana a primera hora. Al mediodía estarás nadando en el mar. Todos los gastos pagados.

—Porque crees que soy la única que puede traerlo de vuelta.

Todd respira hondo.

—Sí. Porque creo que eres la única que puede traerlo de vuelta.

Cuando empezamos *Andy Warhol no envejece jamás*, yo era la estrella. Bueno, la estrella era Matthew, pero yo era la estrella en

ciernes, la que tenía un potencial ilimitado y la que podría convertirse en la próxima gran revelación. Pero el que ha asumido ese papel ha sido Kai, en parte debido a su inexperiencia, a que está sin pulir. También es una de las razones por las que me enamoré de él, por supuesto. Es tan encantador, joder, y tan poco consciente de su encanto…

—Así que llego puntual a todos los rodajes. A todas las entrevistas. Soy la profesional por excelencia. Y me despides porque él no es profesional. ¿Te has dado cuenta de que siempre son los hombres los que pueden ser, como tú los llamas, artistas? ¿Te has dado cuenta de que las mujeres no pueden permitirse ese lujo? — Estoy mirando las suelas de sus botas, que están más cerca de mí que cualquier otra parte de su cuerpo.

—Sé que crees que yo impongo las reglas —me contesta Todd—, pero me metí en este negocio para hacer grandes películas, y ahora estoy atrapado en el papel del jefe. Yo no impongo las reglas más que tú. Hay otro jefe detrás de mí, y otro detrás de él, como muñecas rusas, solo que van haciéndose cada vez más grandes hasta llegar a los accionistas, y a ellos lo único que les importa es que suban las acciones. Con quien estás enfadada es con el mercado.

—Nadie quiere reconocer su poder, Todd. Es incómodo. Iré a Jamaica. Traeré de vuelta a Kai. Y la próxima vez que necesite un favor, te acordarás de que hice un trabajito para ti. Te acordarás de que yo, a diferencia de la mayoría de la gente de esta puta industria, soy de fiar.

—Me gusta tu chispa.

—Ya —le contesto.

Llamo a Jamie y le digo que más le vale que consiga que me quede en la película, tanto si está Kai como si no. Llamo a Katie y la pongo al corriente. Luego a Ellen.

—Solo está asustado, Juniper —me dice—. Le ha dado un ataque de pánico. Volverá contigo.

Pero me he pasado la vida persiguiendo a personas irresponsables que siempre tienen excusas para ser irresponsables, y una acaba cansándose. De hecho, una empieza a sentir un poquito de rabia.

DÍA 2

Un coche me espera a las cinco de la mañana del día siguiente. Me dirijo al aeropuerto, cojo un avión a Montego Bay y después otro coche que recorre la costa norte hasta Oracabessa, el pueblecito donde vivió Ian Fleming mientras escribía las novelas de James Bond. El conductor no deja de señalarme cosas por el camino: en esta playa rodaron *El lago azul*, aquí se puede nadar con delfines, aquí está la mansión encantada Rose Hall.

Cuando llego al complejo turístico, una chica que se llama Hazel me dice que me han reservado la Villa Fleming, la casa en la que se alojó el escritor. La villa —con piscina y playa privadas, tres zonas independientes, una bañera al aire libre y vistas al mar— me parece un poco excesiva para una sola persona, pero no la rechazo.

Sé que tengo que ir a buscar a Kai, pero no me apetece, así que me paso la mañana escribiendo en mi diario como Agripa, intentando meterme en su piel. Cuando trabajo en un personaje, me cuesta saber si su voz se convierte en la mía o la mía se convierte en la suya, pero a partir de determinado momento me siento cómoda siendo esa otra persona, y todavía no he llegado a ese punto.

Lo que me cuesta no es asumir el poder de Agripa ni su necesidad de aferrarse a él. Eso lo entiendo. Lo que necesito entender mejor es su vulnerabilidad, cómo Gavinth deja al descubierto y a la vez se aprovecha de su compasión. La compasión suele confundirse con debilidad, pero es mucho más fuerte y valiente que la apatía, y quiero expresarlo a través de Agripa. Me he traído un libro de escritoras del siglo XIX y he leído el prólogo pensando en cuánto sabe Agripa de la traición de su marido y cuándo lo sabe.

La verdad es que quiero que Kai me encuentre a mí. Quiero que corra hacia mí y se disculpe por haberme abandonado, por haber leído el mensaje en el que le preguntaba dónde se había metido y haber tirado el móvil a un cubo de basura en lugar de contestarme.

Decido ir a darme un baño. Tras un largo periodo en el tiempo abstracto de la promoción, me resulta extraño y agradable meterme en el agua, inquietantemente tranquila, y siento un cosquilleo en la piel hasta que me acostumbro a la temperatura. Nado un poco mar adentro y me coloco bocarriba para flotar y contemplar el cielo despejado. Me sienta bien mover el cuerpo. Si no tienes cuidado, puedes olvidar que tienes un cuerpo, que hasta cierto punto eres un cuerpo.

Nado hasta una laguna en la que pequeñas villas salpican la costa. Un socorrista me ofrece unas gafas y un tubo, y entonces veo miles de pececitos abriéndose paso entre las algas. En medio de la laguna veo una tortuga marina nadando tranquilamente a unos metros de mí. La sigo con la mirada un buen rato, la veo salir a la superficie de vez en cuando para respirar, y su elegancia y su tamaño me dejan

absolutamente asombrada. La cuestión es que las tortugas marinas saben exactamente cómo ser tortugas marinas, mientras que yo no sé muy bien cómo ser humana. Buena parte de lo que hay en mi interior me desconcierta. Me siento como una abstracción, como ese cuadro de Joan Mitchell que vi en Pittsburgh.

Vuelvo a mi playa privada, cansada tras el largo baño. Me seco con la toalla, me pongo un vestido de playa y salgo en busca de algo de comer. Y es entonces cuando por fin me encuentro con Kai, que a estas horas ya está bebiendo en un bar al aire libre a orillas del mar. El bar está lleno de fotografías de estrellas del reggae, y Kai contempla el mar mientras se bebe una cerveza Red Stripe. Debajo de su silla hay un gato atigrado bien alimentado. Deja la cerveza y se inclina sobre su cuaderno de dibujo. Está dibujando el paisaje.

—Kai —le digo.

—Juniper —me contesta. Si le sorprende verme, su cara no lo delata.

—No puedes hacer que me enamore de ti y luego desaparecer. Es muy poco considerado.

Sonríe sin la menor vergüenza.

—No lo soportaba.

—Pues me llamas y me dices que no lo soportas.

—No quería fastidiarte la noche.

—Y me has fastidiado mucho más que esa noche.

—Lo siento —me dice, aunque no parece sentirlo en absoluto.

—Ni siquiera respondiste a mi mensaje. Lo leíste y luego tiraste el móvil a un cubo de basura. ¿Cómo se supone que debo sentirme?

—Cuando te dije que había sido Matthew, me contestaste: «¿Qué vamos a hacer?». No me dijiste que lo sentías. Ni que estabas

enfadada. Ni que Matthew es despreciable. Me dijiste: «¿Qué vamos a hacer?». Como si todo lo que ha pasado fuera solo un pequeño inconveniente para tus metas profesionales.

—No puedes desaparecer porque no te gusta cómo reaccionan los demás. Podemos hablarlo, incluso podemos discutir, pero no puedes desaparecer sin más. ¿Te imaginas cómo me sentí al despertarme y no encontrarte en ningún sitio? Pensé que habías muerto.

—No tenemos nada en común —me dice—. Las personas viven experiencias juntas y creen que están enamoradas porque han compartido algo grande, la película, la gira promocional, y de repente se termina y se dan cuenta de que eso era lo único que tenían en común. —Da un sorbo a la cerveza—. Supongo que nosotros sí tenemos algo en común: los dos somos un desastre. Yo solo quiero echar mi vida por la borda, y tú sigues persiguiendo el sueño de tu madre.

—Lo que dices me duele mucho. —Siento que se me llenan los ojos de lágrimas e intento contenerlas, pero no puedo.

—¿Quién te ha enviado, por cierto? —me pregunta en un tono muy frío—. ¿El estudio?

—El estudio me dijo dónde estabas, pero yo quise venir.

—¿Cómo me han encontrado?

—Rastrearon tus tarjetas de crédito.

—Qué puta locura. Incluso sin el móvil pueden localizarme. Creen que les pertenezco.

—Pero yo quería verte. Asegurarme de que estabas vivo.

—Estoy de maravilla. Estoy viviendo un sueño.

—¿Vas a volver conmigo?

—Ni de coña, joder.

—Kai —le digo.

—Querías ver si estoy bien. Estoy bien. Misión cumplida.

Me alejo con la esperanza de que me llame y se disculpe, pero me deja marchar. Vuelvo a mi villa y me permito llorar un poco. Tiene razón sobre el estreno, claro. No debería haberle dicho: «¿Qué vamos a hacer?». Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo puedes responder a una traición cuando todas las respuestas empeoran tu vida?

Me pregunto si Kai tiene razón sobre mí, si sigo persiguiendo el sueño de mi madre. Cuando terminó *Cazador de estrellas*, mi madre me dijo que seguramente nunca volvería a trabajar en nada importante. Me lo dijo borracha, claro, pero aun así me lo dijo, y ahora la he vencido y he demostrado por fin que se equivocaba. Nunca había hecho una película con estas críticas, que generara tanto revuelo, y es cierto que siento que tengo algo que demostrarle, aunque esté muerta. Quizá precisamente porque está muerta.

Bajo a mi pequeña playa privada, me tumbo al sol y llamo a Jamie.

—Aún es pronto, pero estamos superando ligeramente las expectativas —me dice.

—¿Ligeramente?

—Creo que estamos más cerca de una recaudación de veinticinco millones en el estreno que de veinte, lo cual es increíble. No voy a engañarte, con el impulso que llevamos, me imaginaba que

podríamos llegar incluso a los treinta, pero veinticinco es un milagro. Y solo en nuestro país. Casi el doble del presupuesto y sin demasiado gasto en publicidad. Vamos a arrasar este fin de semana. Y la puntuación de CinemaScore es buena: A negativa.

—¿Negativa?

—Juniper, nunca estás satisfecha.

—Pero las puntuaciones preliminares eran altísimas.

—Esto es un triunfo. Veinticinco es un triunfo enorme. De todos modos, este proyecto es sobre todo un trampolín. Y ahora pasas a *Dioses de Andrómeda*.

Cada proyecto es una puerta al siguiente. El verdadero éxito está ahí fuera, al otro lado del horizonte.

—Esta película no depende de la primera semana. Depende de los diez primeros años. Depende de si entra en la carrera por los premios. Nos queda un largo camino por delante. Consigue que el chico se aclare y todo irá bien. Pero lo necesitamos para la campaña. En esta ciudad no se gana una mierda sin una buena campaña.

Me quedo en la playa un buen rato. Quiero que Kai venga a buscarme, pero sé que no lo hará. Me pongo a leer y encuentro un poema de Emily Dickinson que me gusta mucho. No tengo del todo claro de qué trata, pero me gusta cómo termina:

de modo que debemos unirnos separados —
tú allí — yo — aquí —
con la puerta apenas entreabierta
que océanos hay — y oraciones —

y es puro sustento —
desesperación —

«Tú allí, yo aquí, con la puerta apenas entreabierta». Pienso en Kai, en la distancia insalvable que nos separa, en que no puedo meterme en su cabeza ni él puede meterse en la mía, aunque a los dos se nos da bastante bien meternos en la cabeza de otras personas. Siempre hay una distancia entre tú y yo, un abismo que no podemos salvar, y aunque estemos en el mismo complejo turístico de la misma isla, yo estoy aquí y él está allí, con la puerta apenas entreabierta.

Por la tarde llamo a Matthew Malone.

—Chica —me dice—, nuestra película va a ser número uno en taquilla este fin de semana.

—Sí —le contesto—. Parece que va a llegar a veinticinco millones.

—Veintisiete, según lo último que me han dicho, y eso solo en Estados Unidos. Creo que tendré que comprarme otro Warhol. ¿Estás bien?

—Matthew, tienes que llamar a este complejo turístico, el GoldenEye, preguntar por Kai y pedirle perdón.

—¿Pedirle perdón por qué, por lo de los abusos?

—Sí. Por lo de los abusos. —Siento la frustración en mi voz.

—No te preocupes, lo llamaré. Lo ha pasado mal, ¿eh?

—Sí, Matthew. Sacaste a la luz algo muy íntimo.

—Ya imaginaba que no lo entendería.

—Yo tampoco lo entiendo.

—Comerciamos con nuestras debilidades, Juniper —me dice—. Incluso la gente corriente recibe más atención en Facebook cuando cuenta que acaba de morir su perro, o que tiene cáncer, o lo que sea. El mundo gira en torno a la atención. Quién la recibe y quién no. La vida te va mejor si la recibes. Y yo conseguí mucha para Kai y para nuestra película. Algún día me lo agradecerá.

—Lo dudo.

—Bueno, al menos algún día lo entenderá —me dice Matthew muy seguro de sí mismo—. Lo llamaré. Tenemos que llevarnos bien para la campaña de premios.

Durante la cena, un tipo —con rastas canosas, vestido con pantalones cortos y camiseta de tirantes— canta canciones de reggae acompañado de una guitarra de una sola cuerda. Al terminar una canción nos cuenta que actuó con Ziggy Marley, luego canta una versión inquietante y desgarradora de «Redemption Song», y me pregunto cómo debe de sentirse, después de haber actuado ante miles de personas, tocando ahora para varias decenas de turistas que en su mayoría ni siquiera le prestan atención. Pienso en que la industria suele retirar incluso a las mejores actrices, con las mejores carreras, antes de haber cumplido los cincuenta.

Pero sigue siendo un trabajo. Siguen pagándote por hacer lo que te gusta. En esto Kai se equivoca. No solo intento vivir el sueño de mi madre. También intento descubrir cuál es mi sueño. Saco el cuaderno y escribo un poco.

La cuestión es hacer lo que te gusta mientras puedas hacerlo lo mejor posible. Eso es lo que el arte nos exige. Pero ¿no es también lo que te decía

tu madre? ¿Que debemos sacrificarlo todo en nombre del gran dios Arte? Quizá he elegido mal todo este tiempo. Kai ha sido un gilipollas cuando me ha dicho que estoy persiguiendo el sueño de mi madre, pero no se ha equivocado, del mismo modo que yo no me equivocaría si dijera que él está huyendo no porque sea noble y heroico, sino porque es lo que no pudo hacer cuando estaba en el instituto. ¿Cómo podemos escapar de ser productos del pasado?

De vuelta en mi villa, me doy una ducha y vuelvo a leer el guion de *Andrómeda*. El viento arrastra hasta mí el sonido de las olas rompiendo contra la playa. Cuando salgo a mirar las estrellas, veo a Kai en una tumbona, mirando el mar y mascando chicle.

—No hay nada como una resaca nocturna —me dice—. ¿Por qué le has pedido a Matthew que me llame?

—Porque tenía que disculparse.

—Bueno, pues se ha disculpado. Me ha dicho que lo sentía si me había hecho daño. Me encantan las disculpas con un «si».

La distancia entre nosotros me parece insalvable. Yo aquí y tú allí. Me acerco a él, me siento en la tumbona de al lado y levanto la mirada hacia el cielo lleno de estrellas.

—Estoy cabreadísima contigo —le digo por fin—. No puedes abandonar a las personas así.

—Bueno, pues entonces sí tenemos algo en común, porque yo también estoy cabreadísimo contigo —me contesta.

No quiero mentirle ni ocultarle nada, así que se lo digo sin más.

—Si no vuelves, me despedirán de *Dioses de Andrómeda*. Todd dice que somos un pack. O los dos o ninguno.

—Tus prioridades son muy chungas. Tendrás otras películas.

—Las tendré, pero no quiero hacer otras películas. Quiero hacer esta. Contigo.

—Siento mucho causarte molestias, pero no voy a volver. No voy a hacer *Dioses de Andrómeda*. Se acabó. Encontraré otra cosa que hacer. Quizá me quede aquí currando de camarero.

—Estás siendo ridículo. Estás actuando como un loco.

—No hay nada ridículo en aspirar a ser camarero. Lo era hace ocho meses.

—He venido hasta aquí a buscarte, y tú te dedicas a…

—No te he pedido que vinieras.

—Me dijiste que me querías.

—Y te quiero.

—Pues actúa como tal, joder.

—¿Volviendo a meterme en esa trituradora de carne? No, gracias. No te quiero tanto.

—Estás actuando como un niño.

—Vete a la mierda. —Se levanta—. No necesito que me des lecciones. —Me mira desde arriba, con algo nuevo y aterrador en sus ojos—. ¿Has venido porque te importo o porque necesitas que haga *Dioses de Andrómeda*? Porque si de verdad te importara, ¿me pedirías que volviera a ese mundo?

Dicho esto, se marcha. Me parece un desconocido, como si me hubieran pedido que llevara de vuelta del Caribe a una persona a la que no conozco. Sus ojos, normalmente cálidos y atentos, ahora son distantes. Quiero gritarle que se supone que estamos enamorados, pero dejo que se marche. Vuelvo a contemplar las estrellas y acabo quedándome dormida en la tumbona.

DÍA 3

A la mañana siguiente, como no sé qué otra cosa hacer, me pongo a leer las reseñas de los espectadores a medida que van apareciendo. Leo todas y cada una de Rotten Tomatoes, desde «A Juniper Castillo el papel le queda grande» hasta «Es una película estupenda, protagonizada por dos buenos actores y una mujer con las tetas muy pequeñas». Leo y leo, aunque me da un poco de asco. También leo mucho sobre Kai, sobre todo elogios a su interpretación y algunos a su físico, pero de vez en cuando aparece la palabra «usurpador». Espero que no esté leyendo estas reseñas.

Cuando estaba haciendo *Cazador de estrellas*, sabía que mis compañeros me consideraban una pesada. Siempre me esforzaba demasiado en clase y en el set, siempre levantaba la mano o pedía otra toma. Ellos solo querían seguir con el trabajo. A veces me obsesionaba la idea de colocar una grabadora en la caravana de la coprotagonista, donde solían reunirse todos, para enterarme de lo que decían de mí. Leer las reseñas tanto de los críticos como de los espectadores es como escuchar en directo lo que el mundo piensa de mí y de mi trabajo, y no puedo resistirme.

Hacia la hora de comer me he agobiado de ser Juniper Castillo, de que un millón de personas, literalmente, tengan opiniones sobre mí. Pero ¿no es eso precisamente lo que quiero, lo que he estado

buscando desde el principio? No he tenido auténtico éxito desde *Cazador de estrellas*, y ahora lo tengo. Además, se considera una obra de arte, una película que merece la pena ver.

Hemos hecho algo especial y quiero celebrarlo, pero la única persona con la que quiero celebrarlo está emborrachándose en el bar del complejo turístico y contemplando el mar como si conversara con él.

Lo veo a la hora de cenar y le pregunto si puedo sentarme con él. Está bebiendo Red Stripe otra vez y señala una silla a su lado. El restaurante está lleno y siento que nos miran.

—¿Qué tal te ha ido la tarde? —le pregunto.

—Viviendo el sueño. Hay un arrecife de coral precioso justo al salir de la laguna. Está lleno de peces.

Silencio.

—Ahora es cuando tú me preguntas cómo me ha ido el día.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Un poco estresante, la verdad. Ayer se estrenó una película mía y quiero celebrarlo con el chico del que estoy enamorada, pero está enfadado conmigo.

—Sí que parece estresante.

—Yo también estoy enfadada con él. Está fastidiando lo que debería ser un fin de semana divertido.

—Tiene toda la pinta de ser un gilipollas.

—Ojalá fuera tan sencillo. —Tras otro silencio, lo intento de nuevo —. Kai, hace cuatro días estábamos juntos en la cama. ¿Podemos al menos ser cordiales? No debería haber reaccionado como lo hice en

el estreno. Estaba estresada. La cagué. Lo siento. Pero también soy práctica. Soy ambiciosa. Quiero que ganes todos los premios por tu extraordinaria interpretación, ¿vale? También quiero ganarlos yo. Quiero arreglarme contigo, ir a fiestas muy bonitas y después desnudarme contigo. No puedo pedir perdón por querer todo eso, ni por querer ser inteligente y actuar con estrategia para conseguirlo.

—Era excitante que supieras exactamente lo que querías. Era embriagador.

—¿En pasado?

—Ahora mismo estoy muy jodido, Juniper. No distingo los tiempos verbales, ¿vale?

—Vale —le contesto.

Entonces se levanta de la mesa y se marcha sin pagar la cuenta.

Por la noche vuelvo a verlo en mi villa contemplando las estrellas. Está claro que quiere estar cerca de mí, y yo quiero estar cerca de él, pero no sabemos cómo superar el obstáculo.

—¿Qué tal va la película? —me pregunta.

—Está superando las expectativas. Seguramente recaudará unos veintisiete millones este fin de semana.

—Está bien.

—Muy bien.

—¿Qué tal va la trama del usurpador? —me pregunta.

—Aparece de vez en cuando, pero no importa, Kai. A la gente le encantas en la película, y eso es lo que importa. Lo que importa es el trabajo, no el…, todo lo demás.

—Estamos en un negocio en el que se nos define por lo que la gente piensa de nosotros.

—Sí. Siempre dices que no eres inteligente, pero la razón por la que resulta tan agotador discutir contigo es porque en realidad eres muy inteligente.

Le pido a Kai que entre en la casa y que veamos una película —incluso le digo que puede elegirla él—, pero no quiere y me dice que nos veremos por la mañana. Cojo un refresco llamado Ting de la nevera y bajo al mar a contemplar las olas iluminadas por la luz de la luna, rompiendo y retirándose en mi pequeña franja de playa. No consigo distinguir ninguna constelación, pero aun así me descubro trazando líneas mentales entre las estrellas. Fue una de nuestras primeras formas de arte como especie: mirábamos los puntos más o menos aleatorios del cielo, hacíamos dibujos con ellos y después contábamos historias sobre esos dibujos. Quizá contar historias es para nosotros lo que nadar en el mar es para las tortugas marinas.

No sé lo que se siente siendo Kai, pero sí sé lo que es que se analice minuciosamente mi vida en lugar de mi trabajo como actriz. Justo antes de que se estrenara mi anterior película, colgué un post sobre el abandono por parte de mi madre. Para entonces ella ya había muerto. Es extraño hablar mal de un muerto. No puede defenderse, pero tampoco es que yo estuviera mintiendo. Es cierto que bebía. Que nos dejaba a mi hermano y a mí solos durante días. Que me decía que nunca llegaría a nada, que no lo deseaba lo suficiente. El post se hizo viral, sobre todo la parte del final en la que decía que era muy difícil querer a los demás cuando no has crecido

sintiéndote querida. «He interpretado muchos papeles, pero el único que siempre quise fue ser su hija querida —escribí—. Me di cuenta demasiado tarde de que no soy una carga para las personas que me quieren, sino un regalo en sus vidas. Ojalá mi madre me hubiera visto como un regalo. De todos modos, estoy decidida a verme a mí misma como tal».

Pero publiqué ese texto durante una campaña de promoción discreta, una campaña fallida. A Kai lo ataron a un cohete y Matthew Malone le dijo: «Ahora sal y habla de eso de lo que aún no sabes cómo hablar».

Respondo a varios mensajes de mis amigos, incluido el de Jaya, que me felicita porque la película ha sido la que más ha recaudado este fin de semana. Pero no puedo dejar de pensar en Kai. No hace falta ser actor para que el mundo te machaque, te reduzca a una figura plana y te convierta en villano o en héroe, o en ambas cosas a la vez. Pero si eres actor, todo el mundo tiene una entrada para el espectáculo.

Empiezo a preguntarme cuánto nos reportará realmente en taquilla el trauma de Kai. Seguro que hay una cifra. ¿Tres millones? ¿Doce? ¿Qué cifra justifica obligarlo a sentarse ante una cámara tras otra y revivirlo todo?

Katie me llama.

—Hola —le digo.

—Hola, sé que estás en Jamaica, pero la campaña para los premios está empezando a tomar forma. El estudio nos apoya. Han

programado nuestra primera comida con los votantes de la Academia para el próximo miércoles. ¿Lo has hecho alguna vez?

—No —le contesto.

—Bueno, solo es una comida con viejos. Un tío que coprotagonizó alguna película hace cuarenta años está en la Academia y tiene voto, así que va a esa comida y tú te lo camelas. La campaña se centrará en Matthew, por supuesto, pero también van a impulsar mucho a Kai. Y a ti. Creo que conseguir que te nominen será un poco más difícil, porque es un año muy fuerte para las mujeres y te enfrentarás a actrices más consolidadas, pero es bueno que hablen de ti. Matthew está volcándose de lleno. Ni siquiera va a rodar otra película hasta principios del año que viene para centrarse en este tema. Sé que empiezas *Dioses de Andrómeda* dentro de dos semanas, pero hasta entonces me gustaría sacarle el máximo partido posible. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

—Vale, Junie, eres la mejor. Tráete al chico de vuelta. Hablamos pronto.

Odio que me llamen Junie, joder.

Contemplo las olas acercándose y retrocediendo. Abro el guion de *Andrómeda* y repaso algunas frases, le grito al mar sobre el futuro del Reino y luego me voy a la cama.

Mientras estoy tumbada bajo la mosquitera mirando el guion en el móvil, no puedo dejar de pensar en la campaña. Algo surge dentro de mí y decido llamar a Katie.

—No haré campaña con Matthew Malone —le digo—. No iré a comidas con él. No iré a proyecciones con él. No diré cosas bonitas de él. No tengo ningún interés en ayudar a Matthew Malone de ninguna manera, en ningún momento, y nunca volveré a trabajar con él.

Katie contrataca, como haría cualquier publicista normal, diciéndome que se trata de negocios, que en los negocios no hay lugar para los sentimientos y que tengo que pensar en mi carrera y en lo que me conviene.

—Sinceramente, Junie —añade—, si yo hubiera sabido lo de los abusos de Kai, también lo habría filtrado. Es oro puro.

—Estás despedida —le digo.

—Junie, no estás siendo razonable. Lo entiendo. Estás enamorada. Yo también he estado enamorada. Te vuelve loca. Lo que hizo Matthew fue una putada, pero se acabó. Para ser sincera contigo, Kai tiene que madurar un poco. Todavía es joven. Pero ¿tú? Tú sabes cómo funcionan las cosas.

—¿Qué parte de «Estás despedida» no has entendido?

—Junie.

Cuelgo.

Tardo mucho en quedarme dormida. Cuando por fin lo consigo, sueño con Kai. Sueño con su boca en mi cuello y luego con mi mejilla apoyada en su pecho, sintiendo su respiración subir y bajar debajo de mí.

DÍA 4

Una parte de mí quiere volar a Los Ángeles y buscar el siguiente proyecto. Dejar que Kai se aleje. Dejar que viva su vida, aunque eso suponga el fin de nuestra película y de nuestra relación. Pero también sé de lo que está huyendo Kai, y sé que de eso no se puede escapar.

Estoy arreglándome —en pijama, aplicándome todos los sérums necesarios en la cara, lavándome los dientes y todo eso— cuando oigo una voz que grita: «¡Juniper!». Salgo a la piscina y veo a Kai con pantalones cortos y una camiseta de manga larga. Sopla una ligera brisa y noto el aire caliente en la piel. Me acerco a él, lo abrazo y siento que se derrumba. Le huele el aliento a cerveza, y cuando dejamos de abrazarnos, me sujeta por los hombros y me mira fijamente. Su cara es tan simétrica, su boca es tan carnosa y su nariz es tan recta que es fácil olvidar que es real, salvo por esos ojos. Las venas enrojecidas alrededor de sus iris de un verde intenso me recuerdan que solo es una persona, y ser una persona es ser vulnerable, frágil y efímero.

—¿Podemos ver una película en silencio absoluto? —me dice—. No me preguntes nada y yo no te preguntaré nada. Solo vemos una película.

—Claro que sí —le contesto.

Lo acompaño hasta el porche, que da a una pequeña zona de césped y, más abajo, al mar. Le muestro la reducida colección de DVD de la villa y, como no podía ser de otra manera, elige una película de Bond de los años ochenta titulada *Panorama para matar*. Aunque Bond ha oscilado entre lo extravagante y lo serio en los últimos sesenta años, esta es la más extravagante que he visto, ridícula, exagerada y llena de propaganda anticomunista que, por decirlo suavemente, se ha quedado anticuada. Me apoyo en Kai, como siempre, y él coloca el brazo en el respaldo del sofá, justo por encima de mí. No dejo de mirarlo de reojo durante toda la película.

Él no habla y yo tampoco. Las películas también pueden ser esto, una experiencia compartida para personas que no saben cómo compartir experiencias. Vemos películas juntos cuando no podemos mirarnos a los ojos, cuando no sabemos qué decirnos. Las películas son un espacio de fascinación compartida. Al final, cuando la acción alcanza su punto álgido de ridiculez, Kai me dice:

—En fin, no es muy buena.

—¿Cómo sobrevivía la gente en los años ochenta con este tipo de entretenimiento? —le pregunto.

—Yo las veo sobre todo por el vestuario —me contesta.

—Yo las veo por los personajes femeninos tan bien desarrollados.

Se ríe.

—Me encantan las películas. A pesar de todo, me encantan, joder.

Después de la película vamos al restaurante a comer algo. El camarero le pregunta si quiere una Red Stripe, pero él le pide una

Coca-Cola Light. Ahora está un poco más hablador.

—Seguramente es posible dedicarse solo a actuar —me comenta —. Teatro regional o algo así.

—Arrasarías en una función de provincias de *Hamlet* —le digo.

Y entonces empieza a recitar *Hamlet*.

> *¿Quién querría cargar con fardos,*
> *rezongar y sudar en una vida fatigosa,*
> *si no es porque algo teme tras la muerte?*
> *Esa región no descubierta,*
> *de cuyos límites ningún viajero*
> *retorna nunca, desconcierta*
> *nuestro albedrío, y nos inclina*
> *a soportar los males que tenemos*
> *antes que abalanzarnos a otros que no sabemos.*
> *De esta manera la conciencia*
> *hace de todos nosotros cobardes…*

—Guau —le digo—. ¿Cuánto sabes de *Hamlet*? ¿Sabes más? Sigue.

—«¿Qué es pues un hombre si su bien más importante / y el negocio más grande de su tiempo / es dormir y comer? No más que un animal».

—Kai, no te voy a mentir. Es la hostia de sexi.

—¿Un héroe indeciso que no se atreve a dar el paso y cumplir sus sueños, que pueden ser autodestructivos? Si eso te gusta, soy tu hombre.

—Siento no haberme colocado delante de la sala para decirle a todo el mundo que Matthew Malone es una mierda y que haría cualquier cosa por una estatuilla que cree equivocadamente que por fin le hará valer lo suficiente a ojos de los que no lo quisieron —le digo.

—No, lo entiendo. Para ser sincero, no quiero que la gente odie a Matthew. Sacan mucho más queriéndolo. No necesito que el público piense que Matthew Malone es una mierda.

—Pero necesitas que yo piense que es una mierda —le digo, y me doy cuenta de ello en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Sí.

De vuelta en la villa, vemos otra película, esta vez una de acción de los noventa titulada *Hora punta*. Luego le digo que necesito hacer ejercicio, y él decide venir conmigo, así que vamos al pequeño gimnasio interior y exterior del complejo, donde levanto pesas y hago flexiones y abdominales. Kai corre en la cinta un rato. Me gusta su aspecto sudado y cansado cuando termina, bebiendo un poco de agua en un vaso de cartón mientras está sentado en un banco de pesas y recupera el aliento.

Esa noche, Kai y yo empezamos nuestra tercera película del día, *En busca de la felicidad*, una vieja película de Will Smith sobre la paternidad. Mientras la vemos, siento que Kai empieza a inclinarse hacia mí, que quiere acercarse. Más que ver la película, lo veo a él viendo la película y siento su cuerpo casi tocando el mío, con la

cabeza tan cerca de mí que me llega el olor a agua salada seca de su piel. No dejo de mirarlo de reojo, intentando no mover la cabeza para que no se dé cuenta, y en un momento dado veo que está llorando. Como actor, Kai podría llorar contorsionando toda la cara, pero como persona, llora en silencio, secándose lágrima tras lágrima sin hacer el menor ruido.

Recuerdo cuando Kai me preguntó qué hace que una película sea buena. Para ser sincera, no me encanta esta película; es un poco exagerada y melodramática para mi gusto. Pero me descubro llorando también yo. Quizá una película es buena si nos permite sentir cosas que son difíciles de sentir. Por muy cursi que sea la película, me recuerda que el amor sí tiene poder; quizá no tanto como debería, pero el suficiente para ayudarnos a sobrevivir a lo que tenemos que sobrevivir. Las películas pueden abrirnos una ventana a nuestro yo más profundo, a ese lugar recóndito que duele tanto que solo podemos vislumbrarlo a retazos.

—Él me jodió —me dice Kai. Levanto la mirada hacia él—. Tienes que entenderlo. Nunca había besado a nadie. Me hicieron la primera mamada antes de haber dado el primer beso. Me ahoga. Incluso intentar contártelo ahora… me ahoga.

Le rodeo el pecho con el brazo y le digo lo único sincero que se me ocurre, lo que él me dijo una vez cuando yo necesitaba oírlo.

—Lo siento, y estoy aquí.

—Nunca llegué a descubrir lo que yo deseaba, ¿sabes? Sexualmente, sin duda, pero tampoco en otros aspectos. Nunca llegué a desarrollar mis deseos porque él me los definió demasiado temprano, demasiado pronto.

—Claro.

—Estoy muy asustado, Juniper. Estoy muy asustado, joder.

Nos quedamos acurrucados en el sofá hasta que se duerme en mis brazos.

DÍA 5

Me despierto antes que él, preparo café y me siento en el porche a tomármelo. Aunque tengo unas vistas espléndidas del mar, no dejo de mirar a Kai, que duerme con el cuerpo oculto bajo un edredón y la cabeza apoyada en una almohada. Está guapísimo, y recuerdo haber leído un comentario que decía que en su entrevista con *The New Yorker* daba la impresión de «tener la piel muy fina». Pero ¿la piel no es siempre fina?

Quiero que Kai sea actor porque quiero que hagamos *Dioses de Andrómeda*, pero también quiero que Kai sea actor porque es muy bueno, porque tiene un talento natural. A veces escuchas a una cantante y piensas: «Tiene un don», y Kai lo tiene.

Pero Kai no quiere nada de esto. Se me ocurre que nunca le he preguntado qué quiere. De hecho, no he dedicado mucho tiempo en mi vida a pensar en lo que quiero yo, porque siempre he estado muy ocupada queriendo lo que el mundo quiere que quiera.

Cuando por fin se despierta, le digo:

—No tienes por qué hacer *Dioses de Andrómeda*.

—Lo sé —me contesta.

—No me importa que huyas de la industria, pero sí me importa mucho que huyas de mí.

—Ya. Lo siento de verdad.

—Que me abandonen personas que dicen que me quieren me… me pone de la olla.

—Claro. Lo sé. Lo siento. Me dio un ataque de pánico.

Bajamos a la playa y arrastramos un kayak para dos personas hasta el agua. Remamos por la laguna. Vemos otra tortuga marina, y Kai no deja de decir «¡Guau!» mientras la tortuga nada por debajo de nosotros en el agua transparente.

Hablamos de interpretación, de cómo se sintió en el set y en el casting para *Andrómeda*, y hablamos de las rondas de entrevistas, de cómo se sentía cuando le preguntaban una y otra vez cómo había sobrevivido a algo a lo que aún no había sobrevivido.

—Deberías llamar a Ellen —le digo cuando volvemos a la playa. Y le paso mi móvil.

—Sí. Claro. Buena idea.

Habla con Ellen paseando por la playa y apenas oigo lo que le dice, pero parece dócil. No deja de decir: «Sí», «No, claro, lo entiendo» y «Lo sé». Sí oigo cómo termina la conversación: «Te quiero, Ellen. Lo siento… Lo sé. Lo sé».

Vuelve y se sienta a mi lado en la playa.

—¿Has despedido a Katie?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me dijo que lo que había hecho Matthew había sido inteligente y que ella habría hecho lo mismo si lo hubiera sabido, así que la despedí.

—Y le dijiste que no quieres hacer campaña con Matthew.

—Sí.

—Aunque eso pueda costarte la nominación al óscar.

Me encojo de hombros.

—Tengo pocas posibilidades.

—Me quieres de verdad —me dice. Parece sorprendido.

—Sí, te quiero de verdad.

—Es muy fácil decir «Te quiero», pero muy difícil escucharlo, escucharlo de verdad.

—Kai, mírame —le digo mientras me levanto. Me mira fijamente, con esos ojos verdes curiosos, nerviosos, esperanzados y sobre todo sinceros—. Te quiero, Kai. Te quería en Pittsburgh, en Los Ángeles y en Nueva York, y te quiero en Jamaica, y te quiero allá donde vayas.

—No quiero que te despidan.

—Habrá otras películas.

—Pero ninguna en la que puedas interpretar a Agripa, reina del Reino.

—Es verdad.

—Y ninguna en la que yo pueda interpretar a Gavinth, tu marido, al que de vez en cuando le pones los cuernos.

—Eso también es verdad.

—¿Quieres que ensayemos? —me pregunta.

—Sí.

En el salón de la villa, con suelo de madera noble, volvemos a ser Agripa y Gavinth discutiendo.

—¿Te atreves a interrumpir el juicio legítimo de Medivh?

—Me temo que debo hacerlo, porque…

—¡Golpead a esta mujer! —grita. En su tono hay tanta rabia, casi asco, que me asusta.

—Los orcos —digo, más asustada de lo que esperaba—. Los orcos, mi señor. Han arrasado Calenbath. Lo que no está en llamas es ceniza. Nuestros aliados se han marchado. Nuestros enemigos están a las puertas. El futuro es incierto y el pasado yace bajo tierra, mi señor. Solo existe el tiempo, y ese tiempo es el ahora.

—¿Puede ser que…? —Parece muy sorprendido, muy asustado.

—El tiempo de las preguntas ha pasado, Gavinth. El tiempo de hablar ha pasado. Ahora luchamos, todos nosotros. Sin juicios. Sin tribus. Sin gremios. Solo humanos y orcos. Luchamos por el Reino que fue. —Hago una pausa y dejo que la emoción brote en mi interior—. ¡Y luchamos por el Reino que será!

Pasa un momento hasta que se rompe el hechizo, hasta que Gavinth vuelve a ser Kai y yo vuelvo a ser Juniper.

—Ha estado bien —me dice—. Es divertidísimo, joder.

—Y en esta no tengo que meterme coca ni mancharme toda la blusa de sangre —señalo.

—Y yo no tengo que estar traumatizado, solo sediento de poder.

Vemos una película, una de las últimas de Bond. Más lograda, no tan cursi y con secuencias de acción trepidantes. Él apenas dice nada hasta que termina. Están pasando los créditos con una canción de Adele cuando se inclina, acorta la distancia que nos separa y me besa primero con suavidad —con curiosidad— y después con

auténtica pasión. Durante un rato nos besamos como el par de críos que supongo que de alguna manera todavía somos.

Más tarde, en la playa, estamos los dos leyendo cuando me dice:

—Creo que quiero volver a casa.

—¿Dónde está tu casa exactamente?

—No lo sé —me contesta.

DÍA 6

A la mañana siguiente, mientras desayunamos, vuelvo a decirle a Kai que no me importa no hacer *Andrómeda*, porque de verdad no me importa.

—Puedes mudarte a Indianápolis conmigo. Tiene una buena compañía de teatro. Mejor de lo que te imaginas.

—Te quiero, pero no sé si tanto como para mudarme a Indianápolis.

Yo sonrío y él se ríe.

—Me gusta el teatro —me dice—. Me gusta su espontaneidad, el hecho de que solo haya una oportunidad.

Le cuento que nunca he hecho teatro, que siempre he actuado para la pantalla, porque eso era lo que mi madre quería.

—No me puedo creer que haya pasado más de un año —le digo—. Se han estrenado dos películas mías desde que ella murió.

—Estaría muy orgullosa de ti.

—Sí, quizá demasiado. Ojalá me hubiera querido por ser una buena amiga o una buena hermana o lo que fuera, pero solo me quería por ser una buena actriz.

De repente me doy cuenta de que un chico está de pie junto a nuestra mesa.

—¿Te han dicho alguna vez que te pareces muchísimo a Juniper Castillo?

Le contesto que soy Juniper Castillo y me hago una foto con él.

—¿No te molesta? —me pregunta Kai cuando vuelvo a sentarme —. Quiero decir, que te interrumpan en medio de una conversación seria.

—Sin fans no hay trabajo.

—Pero podrías haberle dicho: «Lo siento, estoy desayunando» o algo así.

—Ese chico solo va a verme una vez en su vida. Quiero que tenga un buen recuerdo. A mí no me cuesta tanto y espero que a él le aporte algo.

—No estoy seguro de que no te cueste tanto, pero eso me encanta de ti, que siempre tengas tiempo para estas cosas.

Comemos un rato y luego le digo:

—¿Sabes? Anoche me di cuenta de una cosa. Estaba pensando en lo mucho que me cabreó que te marcharas y en lo mucho que me cabreó que Todd tuviera previsto cambiar el reparto de *Dioses de Andrómeda* si tú no la hacías, y que yo la perdería. Y la quería por puro instinto, porque se suponía que debía quererla, porque es el próximo gran éxito del estudio. Pero de lo que me di cuenta anoche es de que si tú no estás en *Andrómeda*, quiero que cambien el reparto. No quiero hacerla con el puto Charles Oldham. No quiero hacerla con ningún otro actor. Quiero hacerla contigo, actuar con y contra ti. Esa es la película que quiero hacer. Dedico muy poco tiempo a pensar en lo que de verdad quiero.

—No podremos hacer papeles juntos el resto de nuestras vidas. Trabajaremos en películas diferentes.

—Sí, lo sé, pero podríamos hacer esta juntos. Lo que quiero decir es que intentaron amenazarme diciéndome que no puedo hacerla sin ti, pero es que no quiero hacerla sin ti. Sin ti solo es una película.

Me mira. Una de las cosas buenas de Kai es que te das cuenta de que está procesando información, pero no sabes lo que está pensando. Es demasiado buen actor para descifrarlo fácilmente. Eso me gusta.

Después de hacer ejercicio bajamos a la playa. Jamie me ha enviado un juego de pruebas del segundo volumen de *Andrómeda*, así que lo leo mientras Kai se da un baño. Para ser un chico de Indiana, se siente muy cómodo en el agua, de vez en cuando se sumerge y vuelve a aparecer unos metros más allá.

Mientras leo, también pienso en lo que quiero de verdad y en cómo descubrirlo. Sé que quiero ser actriz. Me encanta la sensación de convertirme en otra persona, de actuar con otros con la esperanza de que nuestra fantasía pueda dar lugar a algo real. Echo de menos estar en el set, no solo porque me dicen cuándo levantarme y qué decir, sino también porque echo de menos formar parte de un equipo que crea algo más grande de lo que cualquier miembro de ese equipo podría hacer por sí solo. Abro mi diario.

> *Alguien me dijo justo después de que sucediera que cuando muere tu padre o tu madre, te liberas de su cuidado, para bien o para mal. Pero yo sigo sin sentirme liberada y supongo que nunca lo estaré. Echo de menos a mi madre. Echo de menos cuando era pequeña y la llamaba mamá. Echo de*

menos cuando tenía miedo y me acurrucaba contra ella. Echo de menos cuando conseguía un anuncio y ella me llevaba a comer pizza. Echo de menos sentirme querida por ella. Me quería, aunque fuera un amor de mierda, y eso es lo peor de todo. No que mi madre me abandonara, sino que me quería Y me abandonó.

La sombra de Kai se proyecta sobre mi diario y levanto la mirada hacia él, empapado por el mar.

—Dios, qué guapo estás —le digo.

—¿Me prestas el móvil? —me pregunta.

Lo desbloqueo y se lo doy. Se sienta en la tumbona a mi lado y me mira fijamente mientras sujeta el móvil pegado a la oreja.

—Todd Simons, por favor —dice. Y un momento después—: Hola.

—…

—Todd, déjame decirte lo que va a pasar. Voy a hacer *Andrómeda*, pero no voy a participar en la campaña de premios para *Warhol*, y Juniper tampoco. Además, vas a pagar nuestra estancia en Jamaica hasta que volemos a Vancouver, dentro de diez días. A cambio, no colgaré un vídeo en Instagram contándole a todo el mundo que Matthew Malone es un cabrón conspirador.

—…

—No lo entiendes, Todd. No estamos negociando. Estoy informándote de lo que va a pasar. No dependemos de ti. La verdad es que tú dependes de Matthew. Lo necesitas para la próxima película de Matthew Malone, y para la siguiente, y para la siguiente. Y acabo de darme cuenta de que Matthew depende de mí.

—…

—A nosotros, y hablo también por Juniper, nos importa una mierda si cambias el reparto de *Dioses de Andrómeda*.

—…

—Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Kai cuelga.

—Vamos a hacer *Andrómeda* juntos —me dice.

Me río y lo abrazo.

—No me importa la película. Lo que me importa es que estemos juntos.

—Lo sé. Y es lo que necesito. Necesito que me quieras a mí, no a Gavinth.

—Oh, te quiero a ti —le digo.

Lo beso y luego lo llevo a la villa, donde tenemos sexo, lo que Kai —con cierto encanto y cierto cringe— llama «hacer el amor».

No me siento cohibida, ni siquiera soy consciente de mí misma; simplemente estoy en mi cuerpo, entrelazada con el suyo, al compás el uno del otro, y ninguno de los dos necesita hablar, solo necesitamos sentirnos. Después lo convenzo de que se quede en la cama. Enciendo la tele y veo que están poniendo una película. No recuerdo cuál, pero sí recuerdo la sensación de verla con Kai.

EPÍLOGO

Al final, tanto Kai como yo conseguimos que nos nominen en los Independent Spirit Awards, pero nos quedamos sin los grandes premios, en buena medida porque no seguimos las reglas del juego. Ahora Ellen es nuestra publicista, no la del estudio, y disfruta diciéndole al estudio: «No. No. Cuando dijeron que no harían campaña, lo dijeron en serio».

Andy Warhol no envejece jamás sigue avanzando y acaba recaudando más de cien millones a nivel mundial. La crítica especializada la considera la película más rentable del año, y aunque la mayor parte de las ganancias van a parar a los productores y a Matthew, una pequeña parte nos llega a nosotros, lo suficiente para que, junto con el dinero de *Cazador de estrellas* que mi madre no se gastó, pueda comprarme una casita en West Hollywood.

Matthew no gana muchos premios, aunque lo nominan a todos. En un programa nocturno, tras su nominación al óscar, dice: «Siempre he querido hacer películas que viera mucha gente, pero resulta que uno puede hacer películas que se ven mucho y películas que no ve casi nadie». Siempre procura mencionarnos, decir que somos geniales, y una vez incluso comenta el sacrificio que supuso para nosotros, aunque no confiesa quién nos sacrificó.

Disfrutamos del éxito de *Andy Warhol no envejece jamás* sobre todo en Vancouver, donde nos preparamos para *Dioses de Andrómeda* comiendo mucho pollo a la plancha y haciendo ejercicio dos horas y media al día. Tenemos apartamentos separados durante el rodaje porque no queremos que el mundo se entere. Queremos que sea un secreto, sobre todo Kai, una verdad que sea solo nuestra.

En Vancouver empiezo a ir a terapia, y al final Kai y yo también hacemos terapia juntos. En una de nuestras primeras sesiones, Kai llora mientras me cuenta todo lo que le pasó con el profesor y lo que tuvo que testificar. Vomita en mitad de la sesión.

—No tienes que decir nada que te haga sentir inseguro —le dice el terapeuta.

—No lo entiendes —le contesta Kai—. No hay vuelta atrás. Nunca vuelves a sentirte seguro.

Y esta es la verdad de ser adulto, supongo, en la medida en que somos adultos. Los dos tuvimos una de esas infancias en las que aprendes demasiado pronto que no estás a salvo, que nunca lo has estado, que las personas que tienen que protegerte no pueden o no quieren hacerlo porque quieren algo más de ti que el mero amor, que es lo único que los niños pueden ofrecer.

Empiezo a tener roces con Brian Arawas casi desde el comienzo de los ensayos —él quiere una Agripa mucho más desdeñosa con Gavinth de lo que creo que exige el guion—, pero aun así hago lo que me pide, porque es mi trabajo y a pesar de todo lo disfruto. Actuar con Kai es emocionante, aunque ahora formamos parte de un

reparto más amplio, un grupo grande, y eso diluye un poco la experiencia. Muchas veces tenemos que actuar delante de una pantalla verde, con marcadores pegados en la cara para registrar las expresiones faciales y poder así digitalizarlas y trasladarlas a otros mundos, y hasta cierto punto a otros cuerpos. Aun así, me gusta el trabajo. Siempre me gusta trabajar. Sigo basándome demasiado en el trabajo para medir mi valía, pero al menos ahora sé que cuando confundo mi carrera profesional con mi persona, les hago un flaco favor a ambas.

Llega marzo de 2020 y la película se interrumpe. El mundo cambia y Hollywood también.

Al principio Kai y yo nos quedamos en mi casa, pero nos da claustrofobia, de modo que cruzamos medio país en coche y alquilamos una en Indianápolis, a solo unas manzanas de sus padres. La casa da a un sendero pavimentado, así que podemos correr juntos todas las mañanas y estar al aire libre. Además, está cerca de un cementerio enorme llamado Crown Hill, donde se puede caminar durante kilómetros manteniendo la distancia social. Algunas mañanas, mientras me tomo el café, aparecen ciervos en el patio trasero. Me enamoro de Indianápolis casi sin darme cuenta.

Me caen muy bien los padres de Kai —más que a él, la verdad—, y ellos también me quieren. Su madre empieza a decirme que soy una hija para ella, y no me importa. Cuando la película vuelve a ponerse en marcha con pruebas diarias de covid, me da pena marcharme de Indianápolis, pero al fin y al cabo el hogar tiene tanto que ver con el

lugar en el que estás como con las personas con las que estás, y yo estoy con él.

Hacemos juntos la promoción de *Andrómeda*. Kai responde educadamente «Siguiente pregunta» cada vez que le preguntan por los abusos, y yo contesto a las preguntas sobre mi madre con frases trilladas que son ciertas pero no especialmente íntimas. La promoción es aún más larga que la de *Warhol* —tres continentes—, pero sobrevivimos.

Y eso es lo maravilloso. Sobrevives. Es una mentira podrida eso de que lo que no te mata te hace más fuerte, y que todo sucede por alguna razón, pero esto sí es verdad: sobrevives.

El milagro del amor es que Kai quería a la Juniper que conoció en aquel hotel de Pittsburgh, y que también me quiere a mí. El milagro del amor es que sí, yo estoy aquí y tú estás allí, pero la puerta está entreabierta. Cruzamos esa puerta con empatía, con imaginación y con acción. Nos abrimos paso a través de ella con música, baile y arte. Derribamos la puerta con amor. Queremos a los demás hasta que puedan quererse a sí mismos, hasta que podamos querernos a nosotros mismos. Y durante todo el camino, el futuro sigue siendo ineludible e irrevocablemente tuyo. Puedes aferrarte a ese futuro todo el tiempo que necesites, hasta que, con esfuerzo y con tiempo, el futuro se convierta en presente y el presente, en pasado. Sobrevives y sobrevives, hasta que un día has sobrevivido.

AGRADECIMIENTOS

La mayoría de las personas que alcanzan cierta fama deciden llevar una vida pública. Puede que se arrepientan de esta decisión o que sufran consecuencias negativas, pero aun así la decisión fue suya. No suele ser el caso de sus familias, así que me gustaría empezar agradeciendo a mi mujer, Sarah, y a mis hijos, Henry y Alice, su amor y su paciencia. La aventura de estar aquí con vosotros tres es la mayor alegría de mi vida. Sarah, gracias por ser mi primera y más querida lectora, y por todas nuestras colaboraciones a lo largo de los años. Debo señalar también que Sarah es una experta en Warhol, así que no habría podido escribir este libro (ni ningún otro) sin ella. *Andy Warhol Enterprises*, un libro que ella ha coeditado, ha sido una fuente fundamental para mí, pero, además, cada vez que me surgía una pregunta sobre Andy, tenía la suerte de poder gritarla al otro lado del pasillo.

También quiero dar las gracias a mi hermano y a mi cuñada, Hank y Katherine, y a mis padres, Mike y Sydney, por haberme traído al mundo y por acompañarme con amor. Nuestros mejores amigos, Chris y Marina Waters, también han sido compañeros incondicionales en días muy extraños desde que nos conocimos, en 2007.

En cuanto al mundo editorial, he tenido la inmensa suerte de publicar con Julie Strauss-Gabel en Dutton durante toda mi carrera.

Han pasado nueve años desde que escribí mi anterior novela, y durante todo este tiempo Julie nunca me preguntó cuándo llegaría la próxima, ni por qué el siguiente libro era una historia de la tuberculosis, ni nada parecido. Por el contrario, lleva más de veinte años apoyándome y dando rienda suelta a mis divagaciones creativas. Mi agente, Jodi Reamer, me ha apoyado con agudeza y pasión. Mi compañera de producción desde hace mucho tiempo, Rosianna Halse Rojas, ha leído todos los borradores de este libro con la mirada de una correctora y la generosidad de una gran lectora. En Penguin Random House, Anna Booth, Cassie Vu, Ilana Jacobs, Rob Farren, Natalie Melius, Vanessa Robles, Kaitlin Kneafsey, Abby Synnes, Kim Ryan, Helen Boomer, Emily Romero, Christina Colangelo, Bri Lockhart, Alex Garber, Carmela Iaria, Trevor Ingerson, Maggie Searcy, Kelsey Fehlberg, Jen Loja, Jocelyn Schmidt y Stephanie Sabol hicieron aportaciones importantes al libro que estás leyendo.

He tenido mucha más suerte en Hollywood que la mayoría de los autores, y por eso les estoy muy agradecido a Wyck Godfrey, Marty Bowen, Isaac Klausner y Laura Quicksilver. Han llevado mis historias por aguas difíciles y me han hecho comentarios fundamentales sobre los aspectos de Hollywood que aparecen en esta novela, al igual que mi agente cinematográfica, Kassie Evashevski. Gracias también a Erin Siminoff y Elizabeth Gabler por su apoyo. Les estoy muy agradecido a todos los actores, directores y compañías que han adaptado mis libros, y valoro muchísimo todo lo que me han enseñado sobre su trabajo. Quiero dar las gracias especialmente a Nat Wolff, que siempre parece llamarme cuando más necesito escuchar a un amigo.

Entre los primeros lectores, debo darles las gracias a Stuart y Ann-Marie Hyatt, Laura Sandahl, Paige Lewis y Kaveh Akbar. Conocí el poema de Dickinson gracias al maravilloso Ed Coleman. Ilene Cooper y Bill Ott lo han hecho todo posible.

En algunos de los días más difíciles de mi vida, Elyse Marshall Pfeiffer ha estado ahí para mí y conmigo. Le he dedicado este libro porque, con su amistad y sus consejos en los últimos dieciséis años, muchos de esos días difíciles también han sido días preciosos.

En este libro he intentado escribir sobre la maquinaria que convierte la experiencia privada en expresión pública y que después mercantiliza esa expresión. En este proceso se pierden muchas cosas y se hace daño a muchas personas. Aun así, me encantan los libros. Me encantan las películas. Me encanta el arte. Me ayudan a sentir lo que puedo sentir mientras todavía estoy aquí. A todos los que hacen arte, a pesar de todo y precisamente por eso, gracias.

Descubre todos los libros de

JOHN GREEN

en penguinlibros.com



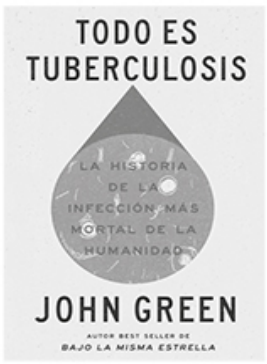




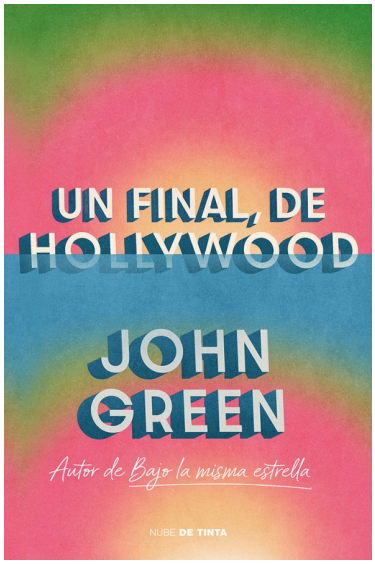








Juniper desea dejar atrás su vida como estrella infantil y convertirse al fin en una actriz adulta. Kai ama volcar todo su ser y sus experiencias en sus personajes, aunque para ello tenga que adentrarse en sus recuerdos más oscuros.



Cuando ambos resultan elegidos para protagonizar la película biográfica de Andy Warhol, se les presenta la oportunidad perfecta de dar el salto a la fama, e incluso de enamorarse. Pero nada los prepara para que sus carreras estallen, en lo bueno y en lo malo.

John Green teje una historia de amor inolvidable tras los focos de Hollywood entre dos jóvenes que tratan de

descubrir quiénes son en un mundo donde la línea que separa la vida pública de la privada es muy fina. Donde importa más que nunca encontrar a alguien en quien confiar y ser valiente para perseguir el tipo de amor que todos merecemos.

John Green es el autor best seller de *Buscando a Alaska*, *Bajo la misma estrella*, *Mil veces hasta siempre*, *Tu mundo y el mío* y *Todo es tuberculosis*. Con su hermano Hank, es cocreador de un gran número de proyectos de vídeo online, entre ellos Vlogbrothers y el canal educativo Crash Course. Sus libros han sido galardonados con un Premio Audie, un Premio Edgar, una medalla Michael L. Printz o un Premio Los Angeles Times Book. Vive con su familia en Indianápolis. Puedes visitar su web en johngreenbooks.com.



Título original: *Hollywood, Ending*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, John Green
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.
Esta edición se publica por acuerdo con Dutton, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Noemí Sobregués Arias, por la traducción

Extractos de Mi filosofía de A a B y de B a A, en el capítulo 3:
de Andy Warhol, 1975, traducción propia de Noemí Sobregués

«Yo no puedo vivir contigo», en el capítulo titulado «día 2»: de Poemas, de Emily Dickinson, n.º 640, c. 1862, traducción de Silvina Ocampo con prólogo de Luna Miguel, Austral Editorial, Barcelona, 2019, pp. 199-201

Extracto de Hamlet, en el capítulo titulado «día 4»: de Hamlet, William Shakespeare, 1623, *traducción de Tomás Segovia, Debolsillo, Barcelona*, 2026, p. 74

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del diseño original de Cassie Vu para Dutton Books

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19514-98-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Un final de Hollywood

Primera parte. El Rodaje. Juniper

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte. El examen. Kai

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Tercera parte. La promoción. Kai
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Cuarta parte. El bajón. Juniper
Día 1
Día 2
Día 3
Día 4
Día 5
Día 6
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre John Green
Créditos